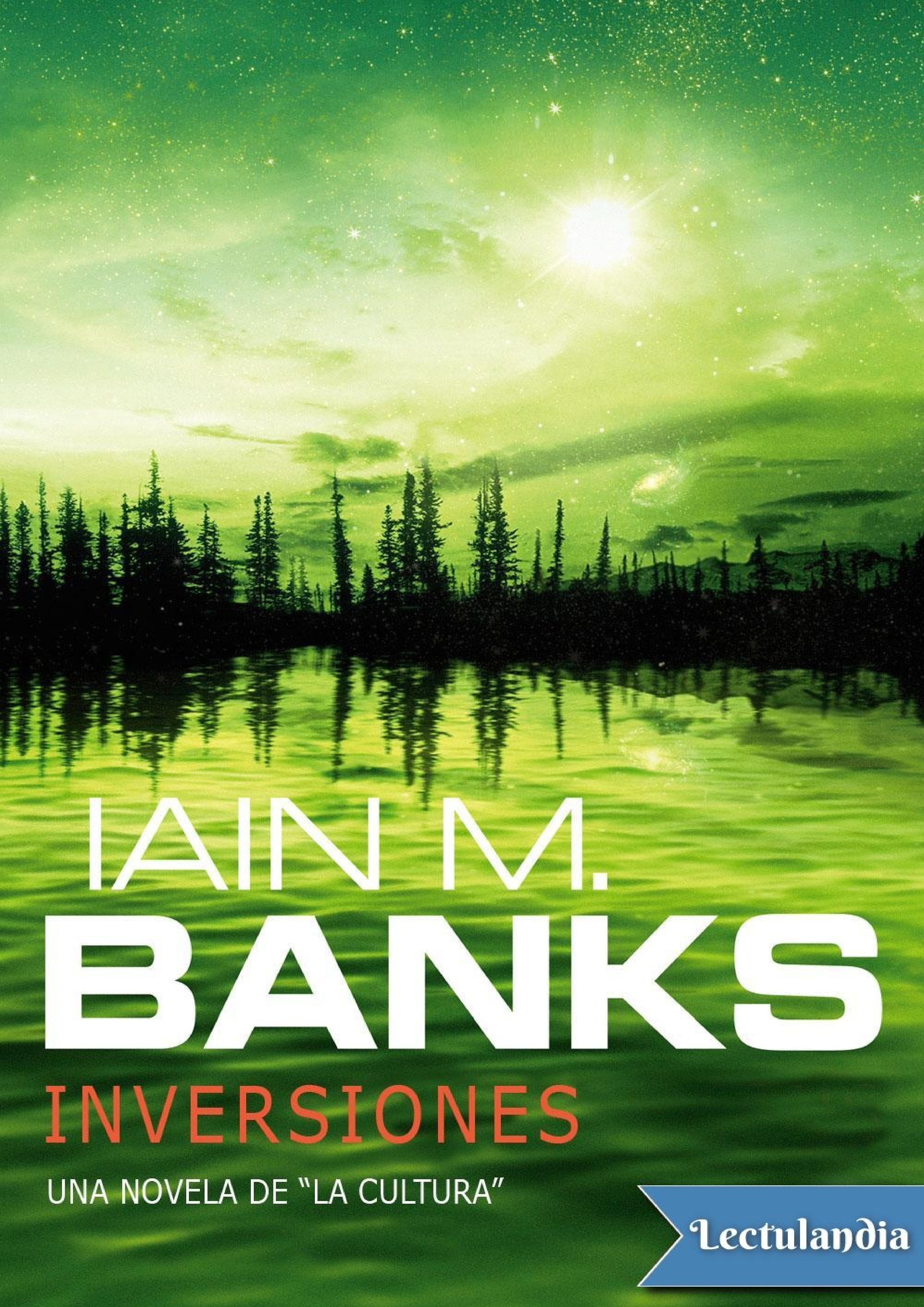

IAIN M.
BANKS
INVERSIONES
UNA NOVELA DE "LA CULTURA"
Lectulandia

En el palacio de invierno, la nueva doctora del Rey tiene más enemigos de los que cree. Pero, por otra parte, también dispone de remedios insólitos que ellos desconocen.

En otro palacio tras las montañas, el guardaespaldas jefe del Protector General se enfrenta a sus propios adversarios, aunque no lo tiene tan fácil: son más rápidos y eficaces y él solo dispone de métodos tradicionales para hacerles frente...

Iain M. Banks

Inversiones

Serie de La Cultura 5

ePUB v1.0
Superpollo1968 01.28.12

Título original: Inversions
Traducción de Manuel Mata Álvarez-Santullano

ISBN 978-84-9800-272-0

Para Michelle

Prólogo

El único pecado es el egoísmo. Eso decía la buena doctora. La primera vez que expresó esta opinión yo era lo bastante joven como para dejarme primero intrigar, y luego impresionar, por lo que tomé por una demostración de profundidad.

Solo más adelante, ya adulto, mucho tiempo después de que ella nos dejara, empecé a sospechar que lo contrario también era cierto. Se puede decir que, en cierto sentido, el egoísmo es la única virtud genuina y, consiguientemente –dado que los opuestos tienden a cancelarse– el egoísmo es en realidad neutro y carece de valor más allá de un contexto moral de apoyo. En los últimos años– mi madurez, si queréis, o mi vejez, si lo preferís así– he vuelto, con cierta renuencia, a apreciar el punto de vista de la doctora y a coincidir con ella, al menos hasta cierto punto, en la creencia de que el egoísmo es la raíz de casi todo el mal, si no todo.

Por supuesto, desde el principio supe lo que quería decir. Que cuando anteponemos nuestros intereses personales a los de los demás es cuando más probabilidades tenemos de hacer algo malo y que existe un punto común en la culpabilidad, sea la de un niño que ha robado en el bolso de su madre o la de un emperador que ordena un genocidio. Con estos dos actos, y cualquiera de los que hay entre medias, lo que venimos a decir es: nuestra gratificación nos importa más que las tribulaciones o angustias que podamos haberte causado a ti o a los tuyos con nuestras acciones. En otras palabras, que nuestros deseos son más importantes que tu sufrimiento.

La objeción que me surgió al llegar a la edad adulta fue la idea de que solo al actuar movidos por nuestros deseos, al tratar de obtener aquello que nos complace porque nos resulta grato, podemos crear riqueza, comodidad, felicidad y todo lo que la doctora, a su vaga y generalizadora manera, habría descrito como «progreso».

Sin embargo, con el paso del tiempo, tuve que admitir en mi fuero interno que aunque esta objeción podía ser válida, no es lo suficientemente universal como para cancelar del todo la afirmación de la doctora, y que por mucho que el egoísmo pueda ser en ciertas ocasiones una virtud, por su naturaleza es con mayor frecuencia un pecado, o la causa directa de un pecado.

A todos nos gusta pensar que no es que nos hayamos equivocado, sino que nos han malinterpretado. Nos gusta pensar que no estamos pecando, sino que hemos tenido que tomar una decisión difícil y que nos ceñimos ella. Providencia es el nombre de la corte mística y divinamente inhumana frente a la que esperamos que sean juzgadas nuestras acciones y que esperamos coincida en nuestro veredicto sobre nuestra propia valía y la culpabilidad o inocencia de nuestros actos.

Tengo la sospecha de que la buena doctora (como veis, también la estoy juzgando al llamarla así) no creía en la Providencia. Nunca supe con total certeza en qué creía,

aunque siempre tuve la seguridad de que creía en algo. Puede que, a pesar de todas sus afirmaciones sobre el egoísmo, solo creyera en sí misma y nada más. Puede que creyera en ese progreso del que tanto hablaba o quizá, de un modo extraño, como extranjera, creyera en nosotros, en la gente con la que vivía y a la que quería, hasta un punto en que ni siquiera nosotros mismos podíamos creer.

Cuando se marchó, ¿nos dejó mejores de lo que éramos? Pienso que sí, sin duda. ¿Lo hizo por egoísmo o por altruismo? Creo que, al final, eso es lo de menos, salvo porque es posible que afectara a su paz mental. Esa es otra cosa que me enseñó. Que somos aquello que hacemos. Que para la Providencia –o para el progreso, el futuro, o cualquier otra forma de juicio que no sea nuestra propia conciencia– lo que hemos hecho, no lo que hemos pensado, será nuestra vara de medir.

De modo que lo que sigue es la recopilación de nuestros hechos en forma de crónica. Una parte de mi relato posee una veracidad indiscutible, puesto que yo estuve presente cuando se produjo. En cuanto a la otra parte, no puedo confirmar su veracidad. Tropecé con la versión original por pura casualidad, mucho después de que los acontecimientos descritos en ella hubiesen tenido lugar, y aunque creo que representa un interesante contrapunto con respecto a la historia que yo viví, la presento más como un alarde artístico que como un juicio fruto del estudio y la reflexión. Sin embargo, creo que los dos relatos se pertenecen mutuamente y tienen más valor juntos que separados. Fue, creo que no hay duda al respecto, un momento histórico. Desde el punto de vista geográfico, la conclusión estuvo dividida, como, a fin de cuentas, tantas otras cosas lo estaban entonces. La división era el único orden.

En lo escrito aquí he tratado de no juzgar, pero tengo que confesar que espero que el lector –una especie de Providencia parcial, quizá– lo haga y no piense mal de nosotros. Admito libremente que una parte de mis motivaciones (en concreto al continuar la crónica de mi yo antecesor y refinar el lenguaje y la gramática de mi compañero narrador) se explica por el deseo de asegurar que el lector no se forme una mala opinión de mí, y como es lógico, este es un deseo egoísta. Sin embargo, me permito albergar la esperanza de que este egoísmo pueda engendrar un bien, por la sencilla razón de que de lo contrario es muy posible que esta crónica no existiera.

Una vez más, al lector toca decidir si ese habría sido un desenlace más afortunado.

Pero ya es suficiente. Un hombre joven y vehemente quiere dirigirse a nosotros.

1

La doctora

Amo, fue en la tarde del tercer día de la estación de siembra del sur cuando el ayudante del interrogador vino a buscar a la doctora para llevarla a la cámara oculta, donde esperaba el torturador jefe.

Yo estaba sentado en el salón de los aposentos de la doctora, moliendo los ingredientes de una de sus pócimas con un mortero y un almirez. Concentrado como estaba en esta tarea, tardé un momento o dos en recobrar la compostura al oír que alguien aporreaba agresivamente la puerta y derribé un pequeño pebetero de camino a la entrada. Esta fue la causa tanto de mi tardanza en abrir como de cualquier imprecación que Unoure, el ayudante del interrogador, pudiera haber escuchado. Estas palabras malsonantes no estaban dirigidas a él y yo no estaba ni dormido ni tan siquiera remotamente adormilado, como espero que crea mi amado amo, diga lo que diga el mencionado Unoure: una persona poco fiable y de temperamento voluble, según todos los testimonios.

La doctora se encontraba en su estudio, como era lo habitual a esa hora de la tarde. Entré en su taller, donde guarda los dos grandes armarios que contienen los polvos, las cremas, los ungüentos, los líquidos y los diferentes instrumentos que emplea en su profesión, así como las dos mesas donde descansan toda clase de quemadores, hornillos, retortas y frascos. En ocasiones también trata allí a sus pacientes, cuando hace falta recurrir a la cirugía. Mientras el pestilente Unoure esperaba en el salón, limpiándose la nariz en una manga ya mugrienta y mirando a su alrededor con el aire de alguien que trata de decidir qué va a robar, yo crucé el taller y llamé a la puerta del estudio que también sirve a la doctora como dormitorio.

–¿Oelph? –preguntó ella.

–Sí, señora.

–Pasa.

Oí el ruido sordo de un grueso volumen al cerrarse y sonreí quedamente.

El estudio de la doctora estaba a oscuras y flotaba en el aire la fragancia de la dulce flor de la istra, cuyas hojas suele quemar en los incensarios colgados del techo. Me abrí camino a tientas por la oscuridad. Como es lógico, conozco perfectamente la distribución del estudio de la doctora –mejor de lo que ella misma podría suponer, gracias a la inspirada perspicacia y la juiciosa astucia de mi amo–, pero mi señora es propensa a dejarse sillas, escabeles y banquetas en medio, así que me vi en la obligación de avanzar con prudencia hasta el lugar en el que la llama de una pequeña vela indicaba su presencia, sentada a la mesa que hay delante de una ventana cubierta por pesados cortinajes. Se enderezó en el asiento, estiró la espalda y se frotó los ojos. La mole de su diario, tan grueso como una mano y tan ancho como un antebrazo, descansaba sobre la mesa, frente a ella. El gran libro estaba cerrado y con el candado echado, pero incluso en aquella oscuridad cavernaria pude ver que la cadenilla del cierre oscilaba de un lado a otro. Había una pluma en el tintero, cuya tapa estaba abierta. La doctora bostezó y se ajustó al cuello la fina cadena de la que pende la llave del diario.

Mi amo sabedor numerosos informes anteriores que creo que la doctora está recopilando sus experiencias aquí en Haspide para el pueblo de su tierra natal, Drezen.

Es evidente que la doctora quiere mantener sus escritos en secreto. Sin embargo, en ocasiones olvida que me encuentro en la habitación, normalmente cuando me ha encargado que busque una referencia en alguno de los volúmenes de su biblioteca voluminosa y extravagante y yo llevo algún tiempo haciéndolo en silencio. Por lo poco que he podido vislumbrar de lo escrito en estas ocasiones, he llegado a la conclusión de que cuando escribe en su diario, no siempre emplea el haspidiano o el imperial –aunque hay pasajes en ambas lenguas–, sino a veces un alfabeto que nunca he visto.

Creo que mi amo está tomando medidas para comprobar, con la ayuda de otros nativos de Drezen, si la doctora escribe en drezenés, y con este fin, siempre que puedo, trato de consignar en la memoria cuanto me es posible de lo escrito en su diario. Sin embargo, en esta ocasión no pude echar ni un vistazo a los pasajes en los que, a buen seguro, había estado trabajando.

Impulsado por el afán de servir lo mejor posible a mi amo en este asunto, me permito respetuosamente volver a señalar que una sustracción temporal del diario permitiría a un cerrajero habilidoso abrir el libro sin dañarlo, con lo que podría hacerse una copia de sus escritos y resolver finalmente el interrogante. Esto podría llevarse a cabo cuando la doctora estuviera en cualquier otra parte del palacio o, mejor aún, de visita en la ciudad, o incluso mientras estuviese tomando uno de sus

frecuentes baños, que suelen ser prolongados. (Fue durante uno de esos baños cuando le conseguí a mi amo uno de los escalpelos del maletín de doctora, que le fue debidamente entregado. Añado que tuve el cuidado de hacerlo justo después de una visita al hospicio de los pobres, para que las sospechas recayeran sobre ellos). No obstante, y como es lógico, me inclino ante el juicio superior de mi amo en este asunto.

La doctora me miró con el ceño fruncido.

–Estás temblando –me dijo. Y claro que lo estaba, porque la repentina aparición del ayudante del torturador había resultado indudablemente inquietante. La doctora dirigió la mirada a la puerta del quirófano, a mi espalda, que había dejado abierta para que Unoure pudiera oír nuestras voces y se sintiera menos predispuesto a cometer cualquier maldad que estuviera maquinando–. ¿Quién es? –preguntó.

–¿Quién es qué? –pregunté mientras observaba cómo cerraba la tapa del tintero.

–He oído toser a alguien.

–Oh, es Unoure, el ayudante del interrogador, señora. Ha venido a buscaros.

–¿Para ir adonde?

–A la cámara oculta. Maese Nolieti ha enviado a buscaros.

Me miró sin decir nada durante un segundo.

–El torturador jefe –dijo con voz templada, y asintió–. ¿Estoy metida en algún lío, Oelph? –preguntó mientras apoyaba un brazo en la gruesa tapa de cuero de su diario, como si quisiera protegerlo o buscara protección en él.

–Oh, no –le dije–. Tenéis que llevar vuestro maletín. Y medicinas. –Me volví para mirar la puerta del quirófano, recortada a la luz del salón. Llegó el sonido de una tos desde allí, una tos que sonaba como a esas que se utilizan para recordar a los demás que uno está esperando con impaciencia–. Creo que es urgente –susurré.

–Mmmm. ¿Crees que el torturador jefe Nolieti tiene un catarro? –preguntó la doctora mientras se levantaba y empezaba a ponerse la chaqueta larga, que había estado colgada del respaldo del asiento.

La ayudé con la negra prenda.

–No, señora. Creo que lo más probable es que alguno de los reos a los que están interrogando no se encuentre... hum, del todo bien.

–Ya veo –dijo ella. Metió los pies en las botas y se enderezó. Su prestancia física volvió a sorprenderme, como me ocurre en tan numerosas ocasiones. Es alta para ser mujer, aunque no excepcionalmente, y aunque para ser mujer posee unos hombros anchos, he visto pescadoras y mariscadoras de aspecto más recio. Creo que es su porte, su forma de comportarse.

He tenido la suerte de vislumbrar tentadoras visiones de su persona –tras uno de sus numerosos baños–, ataviada con la ropa interior, con la luz tras de sí, al salir envuelta en una nube de aire fragante e inundado de talco y pasar de un cuarto a otro,

con los brazos alzados para enrollarse una toalla alrededor del largo y húmedo cabello rojizo, y la he observado en las grandes ocasiones de la corte, ataviada con vestidos formales y bailando con la ligereza y la delicadeza –ycon la expresión de pura modestia– de la mejor y más educada de las doncellas, y confieso libremente que me he sentido tan atraído en sentido físico hacia ella como cualquier hombre (joven o no) se vería hacia una mujer de aspecto tan saludable y grato a la vista. Pero al mismo tiempo hay algo en su comportamiento que yo –así como, sospecho, muchos otros varones– encuentro desalentador, e incluso un poco amenazante. Cierta franqueza inmodesta en su forma de proceder es la causa de esto, me temo, junto a la sospecha de que, yunque su aceptación de los hechos que dictan la aceptada y patente preeminencia de los varones es en la superficie irreprochable, se ve acompañada por una especie de injustificado humor que inspira en los varones la inquietante sensación de que se está divirtiendo a su costa.

La doctora se inclinó sobre la mesa y abrió las cortinas y los batientes para dejar que entraran los rayos de Seigen. A la tenue luz que se colaba por las ventanas reparé en el pequeño plato con bizcochos y galletas que había al borde de la mesa de mi señora, al otro lado del diario. Su vieja y desafilada daga descansaba también en el plato, con los romos bordes manchados de grasa.

La recogió, pasó la lengua por la hoja y entonces, tras lanzarle un último y sonoro beso mientras terminaba de limpiarla con la manga, se la guardó en la bota derecha.

–Vamos –dijo–. No hagamos esperar al torturador jefe.

–¿Es realmente necesario? –preguntó la doctora mientras miraba la venda que había en las mugrientas manos del ayudante del torturador Unoure. Este llevaba un largo delantal de carnicero, hecho de piel y manchado de sangre, por encima de una camisa inmunda y unos pantalones holgados y de aspecto grasiento. La venda negra había salido del interior de un largo bolsillo del delantal.

Unoure sonrió, y al hacerlo exhibió una miscelánea de dientes cariados y descoloridos, alternados con huecos que hubiesen debido ocupar otros dientes. La doctora se encogió. Tiene la dentadura tan recta y bien cuidada que la primera vez que la vi asumí de manera natural que eran una pieza postiza de factura especialmente soberbia.

–Son las normas –dijo Unoure con la mirada clavada en el pecho de la doctora. Ella se cerró el cuello de la chaqueta por encima de la camisa–. Sois una extranjera –le dijo.

La doctora suspiró y me miró de soslayo.

–Una extranjera –dije a Unoure con vehemencia– en cuyas manos se deposita la vida del rey casi a diario.

–Eso da igual –dijo el otro mientras se encogía de hombros. Sorbió por la nariz, y

se disponía a limpiársela con la venda cuando, al ver la expresión de la doctora, cambió de idea y lo hizo con la manga de su camisa–. Son las órdenes. Tenemos que darnos prisa –dijo mirando la puerta.

Estábamos en la entrada a los pisos inferiores del palacio. El pasillo que habíamos dejado atrás se alejaba de aquel corredor poco frecuentado hasta la zona de las cocinas y las bodegas del ala oeste. El lugar estaba muy poco iluminado. En el techo, una pequeña abertura proyectaba una polvorienta lámina de luz acromática sobre nosotros y sobre las altas y oxidadas puertas de metal, mientras que del otro lado del pasillo nos llegaba la luz débil de un par de velas.

–Muy bien –dijo la doctora. Se inclinó levemente y realizó un ostentoso examen de la venda que Unoure llevaba en las manos–. Pero no pienso ponerme eso, y no serás tú el que me lo ponga. –Se volvió hacia mí y extrajo un pañuelo limpio de un bolsillo de su chaqueta–. Toma –dijo.

–Pero... –protestó Unoure, pero entonces dio un respingo al oír el tañido de una campana procedente de algún lugar situado más allá de aquellas puertas herrumbrosas. Se volvió y, maldiciendo, guardó de nuevo la venda en el delantal.

Le tapé los ojos a la doctora con el fragante pañuelo mientras Unoure abría las puertas. A continuación, con su maletín en una mano y su mano en la otra, la conduje al pasillo que había detrás de las puertas y luego, tras descender muchas y tortuosas escaleras y cruzar más puertas y pasillos, hasta la cámara oculta en la que nos esperaba maese Nolieti. Cuando estábamos a mitad de camino, volvió a sonar una campana en algún lugar situado más adelante y sentí que la doctora daba un respingo y se le humedecía la mano. Tengo que confesar que mis propios nervios no estaban totalmente tranquilos.

Entramos en la cámara oculta por un arco bajo que nos obligó a agacharnos. (Coloqué una mano sobre la cabeza de la doctora para ayudarla a inclinarse. Su cabello era sedoso y suave). El lugar olía a algo intenso y desagradable y a carne quemada. Me vi incapaz de controlar mi propia respiración y los olores se abrieron paso a la fuerza por mis fosas nasales hasta el interior de mis pulmones.

La estancia, alta y espaciosa, se iluminaba con una variopinta colección de viejas lámparas de aceite, que proyectaban una enfermiza luz entre verde y azulada sobre toda clase de tinas, mesas e instrumentos y contenedores de aspecto diverso –algunos de ellos con forma humana– que no me atreví a inspeccionar con demasiado detenimiento, a pesar de que todos ellos eran atractivos a mis ojos, abiertos de par en par, como el sol atrae a las flores. Un alto brasero situado bajo una chimenea colgante de forma cilíndrica proporcionaba un poco de luz adicional. El brasero se encontraba junto a una silla hecha de anillas de hierro que envolvía por completo a un hombre delgado y desnudo que parecía inconsciente. La forma entera de la silla había girado sobre una estructura de soporte exterior, de tal modo que el hombre parecía haber

quedado atrapado en el acto de realizar un salto mortal hacia delante, apoyado sobre las rodillas en el aire, con la espalda paralela a la rejilla que cubría un amplio conducto de iluminación que tenía encima.

El torturador jefe Nolieti se encontraba entre este artefacto y un amplio banco cubierto con diferentes cuencos, jarros y botellas de metal, y una colección de instrumentos que podrían haber estado igualmente a tono en los lugares de trabajo de un albañil, un carpintero, un carnicero y un cirujano. Nolieti estaba sacudiendo su cabeza, voluminosa, gris y cubierta de cicatrices. Tenía las callosas y fuertes manos en las caderas y la mirada clavada en la forma encogida del hombre enjaulado. Bajo el armatoste metálico que envolvía al desgraciado había una amplia losa de piedra cuadrada con un agujero de drenaje en el centro. Un fluido oscuro que parecía sangre había goteado sobre ella. En la oscuridad se vislumbraban unas pequeñas formas blanquecinas que tal vez fuesen dientes.

Nolieti se volvió al oír que nos acercábamos.

–Ya era hora, joder –dijo, mientras clavaba la mirada sucesivamente, primero en mí, luego en la doctora y al fin en Unoure (quien, según pude ver, mientras la doctora volvía a guardarse el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta, plegaba ostentosamente la venda negra que le habían ordenado usar con ella).

–Ha sido culpa mía –dijo la doctora con tono prosaico al pasar junto a Nolieti. Se inclinó sobre la espalda del cautivo. Hizo una mueca, arrugó la nariz, se colocó a un lado del artefacto y, con una mano en las anillas de hierro de la estructura, la hizo girar entre chirridos y crujidos hasta que el hombre volvió a encontrarse en una posición sedente más convencional. El infeliz tenía un aspecto horroroso. Su rostro estaba teñido de gris, la piel quemada en diferentes sitios y su boca y su mandíbula habían cedido. Había sendos regueros de sangre seca detrás de cada una de sus orejas. La doctora introdujo una mano por las anillas y trató de abrirle un ojo. El hombre emitió un terrible y sordo gimoteo. Hubo un sonido, una mezcla de succión y desgarro, y el prisionero soltó un ruido quejumbroso, como un aullido lejano, que tras unos instantes se transformó en un burbujeo rítmico y desgarrado, tal vez su respiración. La doctora se inclinó para inspeccionar el rostro del hombre y oí que soltaba un pequeño jadeo.

Nolieti resopló.

–¿Busca esto? –le preguntó a la señora y colocó un pequeño cuenco frente a ella.

La doctora miró apenas un instante el cuenco, pero esbozó una pequeña sonrisa dirigida al torturador. Devolvió la silla de hierro a su anterior posición y continuó examinando la espalda del reo. Separó de la carne unos andrajos empapados en sangre e hizo otra mueca. Agradecí a los dioses que no estuviera mirándome y pedí en silencio que lo que tenía que hacer no requiriera mi asistencia.

–¿Cuál es el problema? –preguntó la doctora a Nolieti, quien por un instante

pareció avergonzado.

–Bueno –dijo el torturador jefe tras una pausa–. No deja de sangrar por el culo, ¿sabes?

La doctora asintió.

–Debe de haber dejado que se le enfriaran los hierros –dijo tranquilamente mientras se agachaba, abría el maletín y lo dejaba junto a la bandeja de piedra.

Nolieti se le acercó y se inclinó sobre ella.

–Cómo haya ocurrido no es asunto tuyo, mujer –le dijo al oído–. Tú solo tienes que asegurarte de que se recupere lo suficiente para que podamos seguir interrogándolo hasta que nos cuente lo que el rey necesita saber.

–¿El rey lo sabe? –preguntó la doctora levantando la mirada con una expresión de interés inocente–. ¿Es que lo ordenó él? ¿Conoce la existencia de este desgraciado? ¿O fue el jefe de la guardia, Adlain, el que decidió que el reino caería a menos que este pobre diablo sufriera?

Nolieti enderezó la espalda.

–Eso no es asunto tuyo –dijo con tono de hostilidad–. Tú haz tu trabajo y luego lárgate. –Volvió a inclinarse y pegó la boca al oído de ella–. Y olvídate del rey y del comandante de la guardia. Aquí abajo el rey soy yo, y yo digo que te encargues de tus propios asuntos y me dejes los míos a mí.

–Pero es que esto es asunto mío –dijo la doctora tranquilamente, haciendo caso omiso de la amenazante y voluminosa figura del hombre que tenía a su lado–. Si supiera lo que se le ha hecho, y cómo, me sería más fácil tratarlo.

–Oh, podría enseñártelo, doctora –dijo el torturador jefe mientras miraba a su ayudante y le guiñaba un ojo–. Tenemos tratamientos especiales reservados para las mujeres, ¿verdad, Unoure?

–Bueno, no tenemos tiempo para flirtear –dijo la doctora con una sonrisa acerada–. Decidme simplemente lo que le habéis hecho a este pobre desgraciado.

Nolieti abrió los ojos de par en par. Se incorporó y extrajo un atizador del brasero en medio de una nube de chispas. La punta, al rojo vivo, era tan ancha como la cabeza de una pequeña pala.

–Hacia el final hemos utilizado esto –dijo con una sonrisa y el rostro iluminado por un suave fulgor amarillento.

La doctora miró el atizador y luego al torturador. Se inclinó y tocó algo en la parte trasera del hombre enjaulado.

–¿Sangró mucho? –preguntó.

–Como un hombre al mear –dijo el torturador jefe con un nuevo guiño dirigido a su ayudante. Unoure asintió rápidamente y se echó a reír.

–Habría sido mejor que se lo dejaseis dentro –murmuró la doctora. Se levantó–. Estoy convencida de que es una suerte que os guste tanto vuestro trabajo, torturador

jefe –dijo–. Sin embargo, me temo que a este lo habéis matado.

–¡Tú eres la doctora, cúralo! –dijo Nolieti mientras daba un paso hacia ella con el atizador al rojo en la mano. No creo que pretendiera amenazar a la doctora, pero vi que la mano derecha de ella empezaba a descender hacia la bota en la que había guardado su vieja daga.

Miró al torturador sin prestar atención a la barra de metal candente.

–Le daré algo que tal vez lo reviva, pero creo que ya ha contado todo lo que podía contar. No me echéis la culpa si muere.

–Pues es lo que pienso hacer –dijo Nolieti mientras introducía de nuevo el atizador en el brasero. Las cenizas ardientes llovieron sobre las piedras del suelo–. Asegúrate de que viva, mujer. Asegúrate de que está en condiciones de hablar o el rey se enterará de que no has hecho bien tu trabajo.

–El rey se enterará de todos modos, no me cabe duda –dijo al doctora mientras me sonreía. Yo respondí con una sonrisa nerviosa–. Y también el comandante de la guardia Adlain –añadió–. Puede que por mí. –Enderezó al hombre de la jaula, abrió un frasco que llevaba en el maletín, introdujo una espátula de madera en el frasco y a continuación, tras abrir la sanguinolenta ruina que era la boca del cautivo, le aplicó el ungüento sobre las encías. El hombre volvió a gemir.

La doctora lo miró unos instantes y a continuación se acercó la brasero e introdujo la espátula en los rescoldos. La madera prendió y se quemó. Mi señora se miró las manos y luego se volvió hacia Nolieti.

–¿Tenéis agua aquí abajo? Agua limpia, me refiero.

El torturador jefe hizo una seña a Unoure, quien desapareció entre las sombras durante un rato antes de traer un cuenco, en el que la doctora se lavó las manos. Estaba limpiándoselas en el pañuelo que le había servido de venda cuando el hombre de la jaula profirió un terrible chillido de agonía, se estremeció violentamente por unos momentos y entonces, de repente, se puso rígido y dejó de moverse. La doctora se acercó a él. Se disponía a llevarle una mano al cuello, cuando Nolieti, con un grito de angustia, la apartó, introdujo la mano entre las anillas de hierro y la puso sobre el punto del cuello que, según me ha enseñado la doctora, es el mejor lugar para comprobar si un hombre sigue vivo.

El torturador jefe se quedó allí, temblando, mientras su ayudante lo observaba con mirada de aprensión y terror. La expresión de la doctora era de torvo y desdeñoso divertimento. Entonces Nolieti se volvió hacia ella y le apuntó con un dedo.

–¡Tú! –siseó–. Lo has matado. ¡No querías que viviera!

La doctora, impasible, continuó secándose las manos (aunque tengo la impresión de que estaban más que secas, y temblaban).

–Yo me dedico a salvar vidas, torturador jefe, no a quitarlas –dijo con tono medido–. Eso se lo dejo a otros.

–¿Qué era eso? –dijo el torturador jefe mientras se agachaba rápidamente y abría de un tirón el maletín de la doctora. Sacó el frasco abierto del que ella había extraído el ungüento y lo agitó delante de su cara–. Esto. ¿Qué es?

–Un estimulante –dijo ella e, introduciendo un dedo en el frasco, mostró una pequeña cantidad del fino gel de color marrón a la luz del brasero–. ¿Queréis probarlo? –Movió el dedo hacia la boca de Nolieti.

El torturador jefe le cogió la mano y obligó al dedo a retroceder hacia los labios de ella.

–No. Hazlo tú. Haz lo mismo que le has hecho a él.

La doctora se zafó de la mano de Nolieti y, con toda tranquilidad, se llevó el dedo a la boca y esparció la pasta marrón sobre su encía superior.

–Sabe agridulce –dijo con el mismo tono que utiliza cuando me explica algo–. El efecto dura entre dos y tres campanadas y normalmente no tiene efectos secundarios, aunque si se emplea en un cuerpo gravemente debilitado y en estado de conmoción se pueden producir convulsiones y existe una remota posibilidad de muerte. –Se pasó la lengua por el dedo–. En concreto, los niños sufren graves efectos secundarios y su uso está contraindicado para ellos. El gel se elabora con las bayas de una planta bianual que crece en varias penínsulas aisladas de las islas del norte de Drezen. Es muy preciado y normalmente se aplica en forma de solución, que es más estable y duradera. Lo he usado en varias ocasiones para tratar al rey y él lo tiene por uno de mis medicamentos más eficaces. Ya no queda mucho y habría preferido no tener que derrocharlo en alguien que ya estaba condenado ni en mi propia persona, pero vos habéis insistido. Estoy segura de que al rey no le importará. –(Tengo que decir, amo, que hasta donde yo sé, nunca ha tratado con ese gel, del que tiene varios tarros, al rey ni a ningún otro paciente). La doctora cerró la boca y pude ver que se pasaba la lengua por la encía superior. Entonces sonrió–. ¿Seguro que no queréis un poco?

Nolieti guardó silencio durante un momento, mientras su amplio y moreno rostro se movía como si estuviese masticando su propia lengua.

–Saca a esta zorra drezenita de aquí –dijo finalmente a Unoure, antes de volverse y accionar los fuelles de pie del brasero. Los rescoldos sisearon y se iluminaron, y una lluvia de chispas ascendió por la chimenea cubierta de hollín–. Luego lleva a este bastardo a la piscina de ácido.

Estábamos en la puerta cuando el torturador jefe, sin dejar de accionar los fuelles con un movimiento regular y vigoroso del pie, la llamó:

–¿Doctora?

Ella se volvió mientras Unoure abría la puerta y sacaba el pañuelo negro de su delantal.

–¿Sí, torturador jefe? –dijo.

El torturador se volvió a mirarnos, muy sonriente, mientras seguía atizando las

llamas.

–Volverás aquí, mujer de Drezen –le dijo en voz baja. Sus ojos resplandecían a la luz de los braseros–. Y la próxima vez no saldrás por tu propio pie.

La doctora le aguantó la mirada unos instantes, antes de bajar los ojos y encogerse de hombros.

–O vendréis vos a mi quirófano –dijo mientras volvía a levantarlos–. Y os prometo que os dispensaré mis mejores atenciones.

El torturador jefe se volvió y escupió dentro del brasero mientras su pie seguía insuflando vida al instrumento de muerte a través de los fuelles y su ayudante Unoure nos conducía fuera de la cámara.

Doscientos latidos después, un lacayo de la cámara real nos recibió junto a las grandes puertas de hierro que conducían al resto del palacio.

–Es la espalda de nuevo, Vosill –dijo el rey mientras se volvía en la amplia cama con dosel y la doctora, tras remangarse la camisa, procedía a levantarle el pijama. ¡Estábamos en el aposento principal de los apartamentos privados del rey Quience, en lo más profundo del más interior de los cuadrángulos de Efernze, palacio de invierno de Haspide, capital de Haspidus!

Este se ha convertido en un escenario tan frecuentado por mí (hasta el punto de que podría decirse que es mi lugar de trabajo habitual), que confieso que a veces me olvido del honor que representa encontrarse allí. Pero cuando me paro un momento a considerar el asunto, me digo: *¡Grandes dioses, yo –un huérfano de una familia caída en desgracia– estoy en presencia de nuestro amado rey! ¡Y con tanta frecuencia, y con tal grado de intimidad!...*

En tales momentos, amo, te doy las gracias con toda mi alma y con todo el vigor del que me ha dotado la Providencia, porque sé que son solo tu amabilidad, tu sabiduría y tu compasión los que me han colocado en tan exaltada posición y me ha confiado tan importante misión. Ten por seguro que seguiré tratando por todos los medios de mostrarme digno de esa confianza y cumplir con mi deber.

Wiester, el chambelán del rey, nos había llevado hasta los aposentos reales.

–¿Algo más, señor? –preguntó mientras se inclinaba todo lo que su amplia osamenta le permitía.

–No, eso es todo por ahora. Vete.

La doctora se sentó en un lado de la cama y empezó a amasar los hombros regios con sus fuertes y hábiles dedos. Yo, mientras tanto, sostenía un pequeño frasco lleno de un ungüento de intenso aroma en el que, de vez en cuando, la señora introducía los dedos para, a continuación, aplicarlo sobre la amplia e hirsuta espalda del rey para ayudar a su broncínea piel a absorberlo.

Mientras me encontraba allí, con el maletín de la doctora abierto a un lado, reparé

en que el tarro de gel marrón que había utilizado para tratar al infeliz de la cámara oculta seguía abierto en uno de los ingeniosos bolsillos interiores. Hice ademán de introducir un dedo en él. La doctora, al ver lo que estaba haciendo, me cogió rápidamente la mano, la apartó del frasco y dijo en voz baja:

–Si yo fuera tú, Oelph, no haría eso. Vuelve a taparlo con cuidado.

–¿Qué pasa, Vosill? –preguntó el rey.

–Nada, señor –dijo la doctora mientras volvía a colocar las manos en su espalda y se apoyaba sobre él.

–Au –dijo el monarca.

–Es tensión muscular, más que nada –dijo la doctora en voz baja al tiempo que giraba la cabeza con un movimiento brusco para que el cabello, que le había caído sobre el rostro, quedara de nuevo detrás de los hombros.

–Mi padre nunca tuvo que sufrir tanto –dijo el rey con irritación desde la almohada de hilo de oro, con la voz amortiguada por el grosor del tejido y el peso del plumón.

La doctora me dirigió una sonrisa fugaz.

–¿Cómo, señor? –dijo–. ¿Queréis decir que nunca tuvo que sufrir mis torpes cuidados?

–No –dijo el rey con un gemido–. Ya sabes a qué me refiero, Vosill. Esta espalda. Nunca tuvo que sufrir una espalda como esta. Ni los dolores de las piernas, las jaquecas, los constipados, ni ninguno de estos males y dolores que me aquejan a mí. –Guardó silencio un momento mientras la doctora apretaba y masajeaba su carne–. Padre nunca tuvo que sufrir nada. Él no estuvo...

–... enfermo un solo día de su vida –dijo la doctora a coro con el rey.

El monarca se echó a reír. La doctora volvió a sonreírme. Yo sostuve el tarro de ungüento, inexpresablemente feliz durante ese instante, hasta que el rey suspiró y dijo:

–Ah, qué dulce tortura, Vosill.

Momento en el que la doctora cesó un instante los rítmicos movimientos de su masaje, y una mirada de amargura, de desprecio incluso, pasó fugazmente por su rostro.

2

El guardaespaldas

Esta es la historia de un hombre conocido como DeWar, guardaespaldas principal del general UrLeyn, Primer Protector del protectorado de Tassasen entre los años 1281 y 1221, calendario imperial. La mayor parte de mi relato transcurre en el palacio de Vorifyr, en Crough, la antiquísima ciudad de Tassasen, durante el aciago año de 1221.

He decidido contar la historia a la manera de los fabulistas jeríticos, esto es, en forma de crónica cerrada, en la que –si uno se siente inclinado a creer las informaciones relativas al hecho– se ha de adivinar la identidad de la persona que relata la historia. El motivo para hacerlo es ofrecer al lector la posibilidad de decidir si otorga crédito o no a lo que quiero contar sobre los sucesos de aquel tiempo –sucesos que, a grandes rasgos, son bien conocidos, e incluso podría decirse que famosos, por todo el mundo civilizado– basándose únicamente en si la historia le «suena real» o no, sin que los prejuicios que podrían derivarse de conocer la identidad del narrador cerraran su mente a la verdad que quisiera presentarle.

Y ya es hora de que se cuente esta verdad. He leído, creo, todas las crónicas de lo que ocurrió en Tassasen durante aquella época trascendente, y la diferencia más significativa entre ellas parece ser su grado más o menos exagerado de divergencia con respecto a los hechos reales. Concretamente, existe una versión paródica que fue la que me decidió a contar la auténtica historia del período. Bajo la forma de obra teatral, tenía la pretensión de contar mi historia y sin embargo no podía haberse alejado más del objetivo propuesto. El lector solo tiene que aceptar que soy quien soy para que la ridiculez de esta obra salte a la vista.

Digo que esta es la historia de DeWar, y sin embargo admito libremente que no es toda su historia. Es solo una parte, y podría decirse que una parte pequeña, si

tomamos solo en consideración el número de años que cubre. También existe una parte anterior, pero la historia solo permite la más apresurada referencia a los sucesos del pasado.

Por tanto, esta es la verdad tal como yo la experimenté, o tal como me fue relatada por personas en las que confiaba.

La verdad, he descubierto, es diferente para cada uno. Así como dos personas no ven nunca el mismo arco iris desde el mismo sitio exacto –aunque, al mismo tiempo, es casi seguro que ambos lo ven, mientras que alguien que se encuentre aparentemente justo debajo del fenómeno no lo ve–, la verdad tiene que ver con el lugar en el que uno se encuentra y la dirección hacia la que dirige la mirada en ese momento.

Por descontado, el lector puede diferir de mí a este respecto, y cuenta con mi permiso para hacerlo.

–¿DeWar? ¿Eres tú? –El Primer Protector, Primer General y Gran Edil del Protectorado de Tassasen, general UrLeyn, se tapó los ojos para protegérselos del brillo que emitía la ventana de yeso y diamante en forma de abanico que había sobre el suelo de lustroso alabastro del salón. Era mediodía, y tanto Xamis como Seigen brillaban con fuerza en el cielo despejado del exterior.

–Señor –dijo DeWar mientras abandonaba las sombras de la esquina de la sala, donde se guardaban los mapas en un gran enrejado de madera. Hizo una reverencia ante el Protector y desplegó un mapa en la mesa que tenía delante–. Creo que este es el mapa que podéis necesitar.

DeWar, un hombre alto y musculoso que empezaba a adentrarse en la madurez, moreno de pelo, de piel y de ceño, con unos ojos profundos y oscuros, y un aire vigilante y meditabundo que se ajustaba a las mil maravillas a su oficio, definido en una ocasión como el asesinato de los asesinos. Parecía relajado y tenso a un tiempo, como un animal perpetuamente agazapado y preparado para saltar, aunque muy capaz de permanecer en esa posición todo el tiempo que hiciera falta para que su presa se aproximara y bajara la guardia.

Vestía, como siempre, de negro. Sus botas, su jubón, su camisa y su guerrera eran todas tan negras como una noche de eclipse. Ceñía su costado derecho una fina espada envainada y su izquierdo un puñal alargado.

–¿Ahora buscas mapas para mis generales, DeWar? –preguntó UrLeyn, divertido. El Generalísimo de Tassasen, el plebeyo que daba órdenes a los nobles, era un hombre relativamente menudo quien por medio de la vigorosa y activa fuerza de su carácter conseguía que casi todo el mundo sintiera que era más bajo que él. Su cabello entrecano empezaba a ralear, pero sus ojos seguían conservando el brillo. Por lo general, la gente decía que su mirada era «penetrante». Vestía los pantalones y la

chaqueta larga que había puesto de moda entre muchos de sus camaradas generales y entre un gran porcentaje de la clase mercantil de los tassasenianos.

–Cuando mi general me envía a buscarlos, sí, señor –repuso DeWar–. Trato de hacer todo cuanto está en mi mano para ayudar. Y esto me permite conjurar los riesgos a los que mi señor podría estar exponiéndose al alejarme de su lado. –DeWar dejó caer el mapa sobre la mesa, donde este se abrió.

–Las fronteras... Ladenscion –dijo UrLeyn con un hilo de voz mientras daba unos golpecitos sobre la suave superficie del viejo mapa y a continuación levantaba un rostro de expresión traviesa hacia DeWar–. Mi querido DeWar, el mayor peligro al que podría exponerme probablemente en tales ocasiones sería una dosis de algo desagradable por parte de alguna moza nueva, o un bofetón por sugerir algo que mis concubinas más recatadas encontrasen excesivamente atrevido. –El general sonrió y se subió el cinturón sobre su modesto estómago–. O unos arañazos en la espalda y un mordisco en la oreja en caso de tener suerte, ¿eh?

–El general avergüenza a los jóvenes de muchas maneras –murmuró DeWar mientras alisaba el mapa–. Pero no sería algo insólito que un asesino tuviera menos respeto por la privacidad del harén de un gran líder que..., por ejemplo, el jefe de sus guardaespaldas.

–Un asesino dispuesto a afrontar la ira de mis queridas concubinas casi merecería salirse con la suya –dijo: UrLeyn con un centelleo en la mirada mientras se mesaba los largos y grisáceos bigotes–. La Providencia sabe que su afecto adopta a veces formas muy violentas. –Alargó el brazo y propinó al joven unos golpecitos en el codo–. ¿Eh?

–En efecto, señor. Más, sigo pensando que el general podría...

–¡Ah! El resto de la pandilla –dijo UrLeyn con una palmada al ver que las puertas dobles del otro lado de la sala se abrían para dejar entrar a varios hombres, ataviados de manera similar al general, y rodeados por una auténtica hueste de ayudas de campo, burócratas con hábito y un sinfín de ayudantes más–. ¡YetAmidous! –exclamó el Protector mientras caminaba a paso vivo hacia el hombretón de cara ruda que encabezaba el grupo, le estrechaba la mano y le daba unas palmadas en la espalda. Saludó por su nombre a todos los demás generales y luego se situó al lado de su hermano–. ¡RuLeuin! ¡Has vuelto de las islas Arrojadas! ¿Va todo bien? –Rodeó con el brazo la figura más alta y más voluminosa del otro hombre, quien sonrió lentamente mientras asentía y dijo:

–Sí, señor.

Entonces el Protector vio a su hijo y lo cogió en brazos.

–¡Y Lattens! ¡Mi favorito! ¡Has terminado los estudios!

–¡Sí, padre! –dijo el niño. Vestía como un soldado en miniatura y estaba armado con una espada de madera.

–¡Bien! ¡Puedes venir y ayudarnos a decidir cómo resolver el problema de los barones rebeldes de las marcas!

–Solo un rato, hermano –dijo RuLeuin–. Prométemelo. Su tutor lo quiere de regreso antes de la próxima campanada.

–Tiempo más que suficiente para que Lattens elabore un plan perfecto –dijo UrLeyn mientras sentaba al niño en la mesa de madera.

Los burócratas y los escribas se encaminaron arrastrando los pies hacia el enrejado de los mapas, luchando por ser el primero en llegar.

–¡No os molestéis! –gritó el general tras ellos–. ¡El mapa ya está aquí! –exclamó mientras su hermano y los generales tomaban asiento alrededor de la mesa–. Alguien ya lo ha... –empezó a decir el general. Recorrió la mesa con la mirada en busca de DeWar, sacudió la cabeza y devolvió su atención al mapa.

Tras él, oculto a su mirada por los hombres más altos que se habían reunido a su alrededor, pero nunca a más de una estocada de distancia, se encontraba el jefe de sus guardaespaldas, con los brazos cruzados y las manos apoyadas en el pomo de sus armas más visibles, discreto y casi invisible, recorriendo la multitud con la mirada.

–Había una vez un gran Emperador, temido en todo lo que entonces era el orbe conocido salvo los páramos exteriores, que a nadie con dos dedos de frente le importaban un rábano y en los que solo vivían salvajes. El Emperador no tenía iguales ni rivales. Su propio reino cubría la mayor parte del mundo y todos los reyes del resto se inclinaban ante él y le pagaban generosos tributos. Su poder era absoluto y había llegado a tal punto que no temía a nada salvo la muerte, que acaba por alcanzada todos los hombres, aunque sean emperadores.

»Decidió tratar de engañar a la muerte edificando un palacio monumental tan grande, tan magnífico, tan cautivadoramente suntuoso, que la propia Parca (que, según se creía, se presentaba a los hombres de sangre real bajo la forma de un gran pájaro de fuego que solo veían los moribundos) sucumbiría a la tentación de quedarse en el gran monumento y morar allí, sin regresar a las profundidades celestes con el Emperador entre las garras.

»Por tanto, el Emperador ordenó que se construyera un gran palacio monumental en una isla situada en el centro de un gran lago circular que había al borde de las llanuras y el océano, a cierta distancia de su capital. El palacio tenía la forma de una enorme torre cónica y alcanzaba los ciento cincuenta pisos de altura. En su interior rebosaban todos los lujos y tesoros que el Imperio y los demás reinos podían proporcionar, guardados a buen recaudo en los rincones más profundos del monumento, donde estarían ocultos a los ladrones vulgares, pero serían visibles para el pájaro de fuego cuando acudiera a buscar al Emperador.

»Había también estatuas mágicas de todas las favoritas, esposas y concubinas del

Emperador, las cuales, según le habían asegurado los más santos de sus santones, cobrarían vida en el momento en que él expirara y el gran ave de fuego viniera a llevárselo.

»El arquitecto jefe del palacio era un hombre llamado Munnosh, afamado en todo el mundo como el mayor constructor que había conocido la historia, cuya habilidad e inteligencia habían hecho posible el gran proyecto. Por esta razón, el Emperador cubrió a Munnosh de riquezas, favoritas y concubinas. Pero Munnosh era diez años más joven que el monarca y, a medida que este iba envejeciendo y el gran monumento se acercaba a su conclusión, el Emperador empezó a pensar que su arquitecto lo sobreviviría y podría hablar, o ser obligado a hacerlo, y revelar dónde y cómo se habían situado los grandes escondrijos del tesoro, una vez que hubiera muerto y estuviera allí viviendo con el gran pájaro de fuego y las estatuas mágicas. Hasta puede que tuviera tiempo de completar un monumento aún más grande para el siguiente rey que ascendiera al trono imperial y se convirtiera en Emperador.

»Con esta idea en mente, el Emperador esperó hasta que el gran mausoleo estuvo prácticamente terminado y entonces hizo que Munnosh fuera atraído al lugar más profundo del vasto edificio y, mientras el arquitecto esperaba en una pequeña cámara subterránea lo que, según se le había prometido, sería una gran sorpresa, la Guardia Imperial lo emparedó cerrando toda el ala del piso en el que se encontraba.

»El Emperador ordenó a sus cortesanos que comunicaran a la familia de Munnosh que el arquitecto había muerto al caerle encima un gran bloque de piedra mientras estaba inspeccionando el edificio, y todos lo lloraron desconsoladamente.

»Pero el Emperador había subestimado la astucia y prudencia del arquitecto, quien desde hacía algún tiempo sospechaba que algo parecido podía ocurrir. Por ello, había hecho construir un gran pasadizo secreto que iba desde los pisos inferiores del gran palacio monumental hasta el exterior. Al comprender que lo habían dejado encerrado, abrió el pasadizo secreto y lo utilizó para salir al exterior, donde esperó a que cayera la noche para alejarse por el lago circular en el bote de uno de los trabajadores.

»Cuando regresó a su casa, su esposa, que se tenía por viuda, y sus hijos, que se creían sin padre, pensaron al principio que era un fantasma y se alejaron de él, llenos de temor. Finalmente logró convencerlos de que estaba vivo y tenían que acompañarlo al exilio, lejos del Imperio. Toda la familia escapó a un reino lejano, cuyo rey necesitaba a un gran arquitecto para que supervisara la construcción de fortificaciones para mantener a raya a los salvajes del desierto y en el que la gente, o no conocía quién era el gran constructor, o fingía no conocerlo por el bien de su programa de fortificaciones y por la seguridad del reino.

»Sin embargo, el Emperador se enteró de que un gran arquitecto estaba trabajando en un reino lejano y, por medio de diferentes rumores e informes, llegó a

la conclusión de que este hombre no era otro que Munnosh. El monarca, que a estas alturas era un hombre anciano y consumido, y cuya muerte estaba próxima, ordenó que se abrieran en secreto los niveles inferiores del mausoleo. Sus órdenes fueron obedecidas y, como es lógico, sus hombres descubrieron que Munnosh no se encontraba allí y encontraron el pasadizo secreto.

»El Emperador ordenó al rey que enviara a su jefe de arquitectos a la capital imperial. Al principio el rey se negó y pidió más tiempo porque las fortificaciones aún no estaban terminadas y los salvajes del desierto estaban demostrando ser más tenaces y estar mejor organizados de lo previsto, pero el Emperador, aún más cerca de la muerte que antes, insistió hasta que el rey acabó por ceder y, con gran tristeza, tuvo que enviar a Munnosh a la capital. La familia del arquitecto trató su partida como había hecho con la falsa noticia de su muerte, tantos años atrás.

»Por aquel entonces, el Emperador estaba tan cerca de la muerte que pasaba casi todo el tiempo en el gran palacio que Munnosh le había construido para tratar de desafiar a la muerte, y allí fue a donde llevaron al arquitecto.

»Cuando el Emperador lo vio y tuvo la certeza de que era su viejo arquitecto, exclamó: "¡Munnosh!, traicionero Munnosh, ¿por qué abandonaste tu mayor creación y a mí?".

«"Porque vos me hicisteis emparedar en ella para morir, mi Emperador".

»"Eso se hizo solo para garantizar la seguridad de tu Emperador y proteger tu buen nombre", dijo a Munnosh el viejo tirano. "Deberías haber aceptado lo que se había hecho y dejar que tu familia te llorara con decencia y en paz. Pero en lugar de hacerlo los condujiste a un indigno exilio, solo para que ahora tengan que llorarte una segunda vez".

»Cuando el Emperador dijo esto, Munnosh cayó de rodillas y empezó a llorar y a pedirle clemencia. El monarca extendió una delgada y temblorosa mano y dijo: "pero eso ya no ha de preocuparte, porque he ordenado a mi mejor asesino que busque a tu esposa, a tus hijos y tus nietos y que los mate antes de que puedan enterarse de tu desgracia y tu muerte".

»Al oír esto, Munnosh, que había escondido un cincel de albañil bajo la túnica, dio un salto hacia delante y trató de matar al Emperador de una puñalada en el cuello.

»Pero antes de que el golpe llegara a su destino, Munnosh fue abatido por el jefe de los guardaespaldas del Emperador, que no se había apartado un momento del lado de su amo. El hombre que había sido antaño el jefe de los arquitectos reales quedó muerto a los pies del Emperador, decapitado por un terrible tajo de la espada del guardaespaldas.

»Pero el guardaespaldas estaba tan lleno de vergüenza por haber permitido que Munnosh llegara tan cerca del Emperador con un arma, y tan horrorizado por la crueldad que el Emperador pretendía descargar sobre la familia de su sirviente muerto

–que no era más que la gota que colma el vaso, puesto que había pasado toda una vida presenciando los actos de crueldad del anciano– que asesinó a su señor y se dio muerte a sí mismo de sendos y grandes tajos de su poderosa espada, antes de que nadie pudiera hacer nada por detenerlo.

»El Emperador obtuvo entonces su deseo, morir dentro del gran mausoleo palacial que había construido. Si tuvo suerte o no en engañar a la muerte es algo que nunca sabremos, pero es poco probable, puesto que el Imperio se fragmentó poco después de su muerte, y el vasto monumento que había hecho construir a tan terrible coste fue saqueado por completo antes de que hubiera transcurrido un año y no tardó en quedar abandonado, hasta tal punto que hoy en día solo se utiliza como depósito de piedra para la ciudad de Haspide, fundada varios siglos después en la misma isla, la que hoy día se llama Lago Cráter, en el reino de Haspidus.

–¡Qué historia más triste! Pero, ¿qué fue de la familia de Munnosh? –preguntó *lady* Perrund. *Lady* Perrund había sido antaño la primera concubina del Protector y seguía siendo un miembro muy apreciado de la casa del general, un miembro al que, como todo el mundo sabía, aún visitaba en ocasiones.

El guardaespaldas DeWar se encogió de hombros.

–No lo sabemos –le dijo–. El Imperio cayó, los reyes empezaron a luchar unos contra otros, los bárbaros invadieron el mundo civilizado por todas partes, llovió fuego del cielo y sobrevino una era de oscuridad que duró muchos cientos de años. Pocos detalles históricos sobrevivieron a la caída de los reinos menores.

–Pero es posible que los asesinos se enteraran de que el Emperador había muerto y no cumplieran con su misión, ¿verdad? O que se vieran atrapados en el colapso del Imperio y tuvieran que preocuparse de su propia seguridad. ¿No sería eso probable?

DeWar miró a los ojos de *lady* Perrund y sonrió.

–Perfectamente posible, mi señora.

–Bien –dijo ella al tiempo que cruzaba un brazo sobre el otro y se reclinaba para estudiar de nuevo el tablero–. Eso es lo que escogeré creer yo, pues. Podemos seguir con la partida. Me tocaba mover a mí, creo.

DeWar sonrió al ver que Perrund se llevaba un puño cerrado a la boca. Su mirada, bajo las largas y rubias pestañas, recorrió a saltos el tablero, ora posándose aquí unos segundos, ora emprendiendo el vuelo de nuevo.

Llevaba el largo y sencillo vestido rojo de las señoras más importantes de la corte, una de las pocas modas que el Protector había heredado del reino anterior, que había conquistado junto con sus generales en la guerra de sucesión. En la corte era un hecho aceptado el que la posición elevada de Perrund se debía, más que a su edad biológica, a la intensidad de sus anteriores servicios al protector UrLeyn, una reputación –la de la concubina preferida de un hombre que aún no ha tomado esposa– de la que ella se sentía ferozmente orgullosa.

Había otra razón para su promoción a tan elevada posición, cuya marca era el segundo de sus distintivos, el cabestrillo –también rojo– que sujetaba su marchito brazo izquierdo.

Perrund, como cualquiera en la corte podría atestiguar, había dado más al servicio de su amado general que ninguna otra de sus mujeres, al sacrificar el uso de un miembro para protegerlo de la hoja de un asesino y casi perder la vida en el acto, porque el mismo golpe había rebanado los músculos y los tendones, había roto el hueso y había abierto una arteria, por la que ella había estado a punto de desangrarse mientras los guardias se llevaban a toda prisa a UrLeyn y el asesino era reducido y desarmado.

El brazo inútil, aunque terrible, era su único defecto. Por lo demás era una mujer tan alta y tan rubia como cualquier princesa de cuento de hadas, y las mujeres de menor edad del harén, que la veían desnuda cuando tomaba un baño, inspeccionaban en vano su piel dorada en busca de signos más palpables de su envejecimiento. Tenía un rostro ancho; demasiado ancho, pensaba ella, así que lo enmarcaba cuidadosamente en su largo y dorado cabello para que pareciera más fino cuando no llevaba un tocado, que siempre elegía con el mismo propósito cuando tenía que aparecer en público. Poseía además una nariz fina y una boca que no parecía gran cosa hasta que sonreía, cosa que hacía a menudo.

Sus azuladas pupilas estaban veteadas de oro y sus ojos, grandes y abiertos, resultaban en cierto modo inocentes. Podían sufrir rápidos accesos de pesar cuando recibía algún insulto o le contaban algún relato de crueldad y dolor, pero estas expresiones eran como tormentas de verano: pasaban rápidamente y eran reemplazadas de inmediato por una luminosidad preponderante y cálida. Parecía extraer un deleite casi infantil de la vida en general, que nunca distaba mucho de manifestarse en el brillo de aquellos ojos y la gente que sabía de estas cosas aseguraba que era la única persona de la corte cuya mirada podía medirse en intensidad con la del propio Protector.

–Ahí –dijo con tono sereno mientras se adentraba con una pieza en territorio de DeWar y luego se recostaba en su asiento. La mano sana frotó suavemente la marchita, que descansaba en el cabestrillo, inmóvil y sin responder. DeWar pensó que estaba tan pálida, era tan fina y tenía la piel de un tono tan poco saludable que parecía la mano de un niño enfermo. Sabía que, tres años después de la herida, el miembro inútil aún le provocaba dolores, y que cuando la mano sana la acariciaba y frotaba, como en aquel momento, ella no siempre se daba cuenta. Pensó todo esto sin mirarla, con los ojos clavados en su rostro, mientras la dama se recostaba un poco más en los cojines del sofá, que eran tan redondeados, rojos y abundantes como las bayas de un arbusto invernal.

Estaban sentados en la sala de visitas del exterior del harén, donde, en ocasiones

especiales, se permitía que los parientes próximos de las concubinas entraran a visitarlas. DeWar, que una vez más estaba esperando a UrLeyn mientras el general pasaba el rato con las más recientes incorporaciones al harén, había recibido hacía algún tiempo la dispensa especial de poder entrar en la sala de visitas cuando el Protector se encontraba en el serrallo. Esto significaba que DeWar se encontraba un poco más cerca de UrLeyn de lo que a este le hubiera gustado en tales ocasiones y mucho más lejos de lo que él mismo hubiese necesitado para estar tranquilo.

DeWar sabía la clase de chistes que circulaban en la corte sobre él. Se decía que su sueño era estar tan cerca de su señor en toda ocasión como para poder limpiarle el trasero cuando estuviera en el baño y el miembro cuando estuviera en la alcoba del harén. Otro decía que en secreto deseaba ser una mujer, para que cuando el general quisiera sexo no tuviera que buscarlo más allá de su fiel guardaespaldas y no tuviera la necesidad de arriesgarse con contactos corporales adicionales.

Que Stike, el jefe de los eunucos del harén, hubiera escuchado este rumor en concreto era cosa discutible. Lo que estaba claro es que miraba al guardaespaldas con lo que aparentaba ser una gran suspicacia profesional. El jefe de los eunucos estaba sentado con todo su inmenso corpachón sobre un pulpito situado a un lado de la alargada estancia, iluminada desde arriba por tres cúpulas de porcelana. Las paredes de la sala estaba cubiertas por entero con gruesas y oscilantes tiras de brocado intrincadamente tejido y otros lazos y cestillos de tela colgaban de los espacios de la techumbre que separaban las cúpulas, mecidos por la brisa que entraba por las persianas. El jefe de los eunucos vestía con grandes pliegues de tela blanca y se ceñía la enorme cintura con las argollas de llaves plateadas y doradas de su oficio. De vez en cuando lanzaba alguna mirada de reojo a las pocas chicas que habían escogido la sala de visitas para cuchichear y reírse, o para practicar alguno de los petulantes juegos de cartas y tablero, pero de momento estaba concentrado en el único hombre de la sala y en la partida que estaba jugando con su lisiada concubina, Perrund.

DeWar estudió el tablero.

–Aja –dijo. Su emperador estaba amenazado, o al menos lo estaría dentro de un movimiento o dos. Perrund emitió un elegante resoplido y DeWar, al levantar la mirada, se encontró con que su oponente se había llevado una mano a la boca y, con las uñas pintadas de oro apoyadas sobre los labios, exhibía una expresión de total inocencia en los grandes ojos.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Ya lo sabéis –dijo él con una sonrisa–. Vais detrás de mi emperador.

–DeWar –dijo ella pestañeando–. Querrás decir que voy detrás de tu Protector.

–Mmmm –dijo él mientras apoyaba los codos en las rodillas y la barbilla en los puños. Oficialmente, el Emperador se llamaba ahora Protector, tras la disolución del viejo Imperio y la caída del último rey de Tassasen. Los juegos de *La disputa del*

monarca que se vendían ahora en Tassasen venían en cajas que proclamaban, para aquellos que supieran leer, que el juego contenido en su interior se llamaba «La disputa del líder» y contenía una serie de piezas revisadas: un protector en lugar del emperador, generales en lugar de reyes, coroneles en lugar de duques y capitanes donde antes hubiera barones. Mucha gente, por miedo al nuevo régimen o simplemente para mostrar su adhesión a él, había tirado las versiones antiguas del juego junto con los retratos del rey. Parecía que solo en el propio palacio de Vorifyr estaba la gente más relajada.

DeWar se concentró unos momentos en estudiar la posición de las piezas. Entonces oyó que Perrund hacía un ruido y al levantar de nuevo la mirada, vio que estaba sacudiendo la cabeza mientras lo observaba con ojos brillantes.

Esta vez le tocó a él decir:

–¿Qué pasa?

–Oh, DeWar –dijo la mujer–. He oído decir en la corte que sois la persona más astuta del país, y doy gracias a la Providencia por vuestra lealtad hacia el general, porque si fuerais un hombre dotado de ambiciones independientes, todos os temerían.

DeWar se encogió de hombros.

–¿De veras? Supongo que debería sentirme halagado, pero...

–Y sin embargo es muy fácil ganaros a *La disputa* –dijo Perrund riéndose.

–¿Ah, sí?

–Sí, y por la más evidente de las razones. Os esforzáis demasiado en proteger a vuestro protector. Lo sacrificáis todo por mantenerlo alejado del peligro. –Señaló el tablero con un gesto de cabeza–. Mirad. Estáis pensando en bloquear mi caballería con vuestro general oriental, lo que dejará expuesto vuestro flanco a mi torre una vez que hayamos intercambiado las carabelas del flanco izquierdo. ¿Me equivoco?

DeWar frunció el ceño mientras miraba detenidamente el tablero. Sintió que se ruborizaba. Volvió a levantar la mirada hacia aquellos ojos dorados y burlones.

–Sí. Así que soy transparente, ¿no?

–Sois predecible –le dijo Perrund con voz suave–. Vuestra obsesión con el emperador... con el protector, es una debilidad. Si perdéis al protector, uno de los generales ocupa su lugar. Vos os lo tomáis como si fuera el final de la partida. Me pregunto... ¿Alguna vez llegasteis a jugar a *Un reino injustamente dividido* antes de conocer *La disputa del monarca*? –preguntó–. ¿Lo conocéis? –añadió, sorprendida por la mirada vacía del guardaespaldas–. En ese juego, la pérdida de cualquiera de los reyes significa el final de la partida.

–He oído hablar de él –dijo DeWar a la defensiva, mientras recogía a su protector y le daba vueltas en las manos–. Confieso que nunca he jugado, pero...

Perrund se dio una palmada en el muslo, lo que atrajo la mirada ceñuda del vigilante eunuco.

–¡Lo sabía! –dijo riéndose y balanceándose adelante y atrás en el sofá–. Protegéis al protector porque no podéis impedirlo. ¡Sabéis que el juego no es así, pero estáis tan metido en vuestro papel de guardaespaldas que os sentaría mal no hacerlo!

DeWar volvió a dejar a su protector en el tablero y, tras descruzar las piernas y ajustar la posición de la espada y la daga que llevaba, se irguió en el pequeño escabel en el que se sentaba.

–No es así –dijo, antes de detenerse un momento para estudiar el tablero–. No es así. Es solo... mi estilo. Mi forma de jugar.

–Oh, DeWar –dijo Perrund con un bufido totalmente impropio de una señorita–. ¡Qué tontería! ¡Eso no es un estilo, es un error! Jugar así es como pelear con una mano atada a la espalda... –Bajó una mirada dolorida hacia el brazo del cabestrillo rojo–. O con una mano inútil –añadió, y entonces levantó la otra mano cuando él se disponía a protestar–. Olvidaos de eso. Ateneos a mi argumento. No podéis dejar de ser un guardaespaldas ni cuando estáis jugando a un juego estúpido para pasar el rato con una vieja concubina mientras vuestro señor se entretiene con una más joven. Debéis admitirlo y enorgulleceros de ello, en secreto o no, que para mí es igual, o me enfadaré mucho. Y ahora hablad, decidme que tengo razón.

DeWar se reclinó en su asiento y levantó las dos manos en un gesto de derrota.

–Señora mía –dijo–, es tal como decís.

Perrund se echó a reír.

–No os rindáis tan fácilmente. Discutid.

–No puedo. Tenéis razón. Solo me alegro de que penséis que mi obsesión puede ser digna de encomio. Pero es tal como decís. Mi trabajo es toda mi vida y siempre estoy de servicio. Y siempre lo estaré, al menos hasta que me despidan, falle o, la Providencia no quiera que ocurra hasta un futuro lejano, el Protector fallezca de muerte natural.

Perrund bajó la mirada hacia el tablero.

–A una edad provecta, tal como dices –asintió antes de volver a mirarlo–. ¿Y todavía tenéis la sensación de que está pasando algo que podría impedir ese fin natural sin que os deis cuenta?

Una expresión avergonzada apareció en el rostro de DeWar. Volvió a coger la pieza del protector y, como si estuviera dirigiéndose a ella, dijo en voz baja:

–Su vida corre un peligro mayor del que todo el mundo parece creer. Y desde luego, mayor del que él piensa. –Levantó la mirada hacia *lady* Perrund con una pequeña y vacilante sonrisa en el rostro–. ¿O vuelvo a dejarme llevar por mis obsesiones?

–No sé –dijo Perrund mientras le acercaba la silla y bajaba también la voz– por qué estáis tan seguro de que hay gente que lo quiere muerto.

–Por supuesto que hay gente que lo quiere muerto –dijo DeWar–. Tuvo el valor de

cometer un regicidio y la temeridad de crear una nueva forma de gobierno. Los reyes y duques que se opusieron a él desde el principio descubrieron que era un político mucho más hábil y un comandante mucho más capaz de lo que esperaban. Con gran habilidad y un poco de suerte logró alzarse con la victoria, y el apoyo de los siervos manumitidos de Tassasen ha hecho que cualquiera en el viejo reino, e incluso me atrevería a decir que en el viejo Imperio, que quiera oponerse abiertamente a él, tenga que pensárselo dos veces.

–En cualquier momento va a aparecer un «pero» o un «sin embargo» –dijo Perrund.

–En efecto. Pero hay algunos que han recibido la subida al poder de UrLeyn con todas las expresiones de entusiasmo imaginables y que se han distinguido por apoyarlo en público, pero saben en secreto que su existencia, o al menos su posición de supremacía, está amenazada por el gobierno del Protector. Estos son los que me preocupan y estoy seguro de que tienen planes para nuestro señor. Los primeros intentos de asesinato fracasaron, pero no por mucho. Y solo vuestra valentía detuvo al más decidido de ellos, señora –dijo DeWar.

Perrund apartó la mirada, y la mano sana fue a posarse sobre la otra.

–Sí –dijo–. A tu predecesor le dije que ya que yo había tenido que hacer su trabajo, lo más honesto sería que él tratara de hacer el mío, pero simplemente se echó a reír.

DeWar sonrió.

–El comandante ZeSpiole también cuenta esa historia.

–Mmmm. Bueno, puede que como comandante de la Guardia de Palacio, ZeSpiole haga un trabajo tan eficaz con los asesinos que ninguno de ellos llegue nunca lo bastante cerca como para que tengamos que recurrir a tus servicios.

–Puede, pero en cualquier caso volverán –dijo DeWar en voz baja–. Casi lamento que no lo hayan hecho aún. La ausencia de asesinos convencionales refuerza mi convicción de que hay algún asesino muy especial en alguna parte, esperando al momento preciso para atacar.

Perrund puso cara de preocupación, de tristeza incluso, pensó el hombre.

–Pero, vamos, DeWar –dijo–. ¿No es eso un exceso de pesimismo? Puede que no se produzca ningún intento de asesinato porque en el momento presente nadie quiera muerto al Protector. ¿Por qué asumir la explicación más negativa? ¿Es que nunca podéis estar, si no relajado, al menos satisfecho?

DeWar inspiró profundamente y luego exhaló. Volvió a dejar la pieza del protector en su sitio.

–En estos tiempos, nadie que practique mi profesión puede relajarse.

–Dicen que el tiempo pasado siempre fue mejor. ¿Sois de los que creen eso, DeWar?

–No, mi señora, nada de eso. –La miró a los ojos–. Creo que se dicen muchas tonterías sobre los tiempos pasados.

–Pero, DeWar, fueron días de leyendas, ¡días de héroes! –dijo Perrund con una expresión que revelaba que no hablaba del todo en serio–. ¡Las cosas eran mejores, todo el mundo lo dice!

–Algunos de nosotros preferimos la historia a las leyendas, señora –dijo DeWar con tono apesadumbrado–, y en ocasiones todo el mundo se equivoca.

–¿Tú crees?

–Sin duda. Antes todo el mundo creía que el mundo era plano.

–Muchos siguen creyéndolo –dijo Perrund con una ceja enarcada–. A los campesinos no les gusta pensar que podrían caerse de sus campos, y a muchos de los que conocemos la verdad nos cuesta aceptarla.

–Sin embargo, es un hecho. –DeWar sonrió–. Puede demostrarse.

–Igual que las sombras. Y las matemáticas.

Perrund asintió fugazmente, con la cabeza ladeada. Era un gesto que parecía aceptar y rechazar la cuestión al mismo tiempo.

–Qué mundo más veraz, bien que un poco deprimente, es el que os alberga, DeWar.

–Es el mismo en el que habita todo el mundo, mi señora. Lo que pasa es que solo algunos tenemos los ojos abiertos.

Perrund aspiró hondo.

–¡Oh! Vaya, entonces supongo que los que andamos dando tumbos de acá para allá, con los ojos totalmente cerrados, debemos darle las gracias a gente como vos.

–Nunca habría pensado que precisamente vos, mi señora, necesitarais un guía.

–Yo soy solo una concubina ignorante y lisiada, una pobre huérfana que tal vez hubiera tenido un fin terrible de no haber llamado la atención del Protector. –Obligó a moverse al brazo marchito flexionando el hombro izquierdo en dirección a él–. Por desgracia, además de atraer su atención, también atraje un golpe, pero estoy agradecida por ambas cosas. –Hizo una pausa y DeWar tomó aire para hablar, pero entonces ella señaló el tablero con la cabeza y dijo–: ¿Vais a mover o no?

DeWar suspiró e hizo un ademán en dirección al tablero.

–¿Qué sentido tiene, si soy un adversario tan deficiente?

–Debéis jugar, y jugar para ganar, aun a sabiendas de que probablemente perdáis –le dijo Perrund–. De lo contrario, no deberíais haber accedido a empezar la partida.

–Habéis cambiado la naturaleza del juego al informarme de mis debilidades.

–Ah, no, el juego sigue siendo el mismo, DeWar –dijo Perrund mientras se inclinaba repentinamente hacia adelante y añadía, con una pizca de deleite y algo parecido a un destello en la mirada–: Yo simplemente os he abierto los ojos.

DeWar se echó a reír.

–En efecto, señora mía. –Se adelantó para mover a su protector, pero entonces volvió a recostarse y, con un gesto de desesperación, dijo–: No. Me rindo, mi señora. Habéis ganado.

Se produjo cierto revuelo en el grupo de las concubinas que se encontraba más cerca de la puerta que conducía al resto del harén. En su elevado pulpito, Stike, jefe de los eunucos, se puso trabajosamente en pie y se inclinó frente a la pequeña figura que entraba a paso vivo en la alargada cámara.

–¡DeWar! –exclamó el protector UrLeyn mientras se colgaba la chaqueta del hombro y se acercaba a él–. ¡Y Perrund! ¡Cielo! ¡Querida mía!

Perrund se puso en pie al instante y DeWar vio que, ante la proximidad de UrLeyn, su rostro volvía a florecer, los ojos se abrían de par en par, la expresión de su cara se dulcificaba y afloraba a sus labios la más deslumbrante de las sonrisas. DeWar se levantó también y en su rostro se esfumó la más tenue de las expresiones de pesar que quepa imaginar, reemplazada por una sonrisa de alivio y una expresión de profesional seriedad.

3

La doctora

Amo, me pedisteis que os mantuviera especialmente informado de todas las salidas que la doctora hiciera del palacio de Efernze. Lo que estoy a punto de relataros ocurrió la tarde después de que fuéramos convocados a la cámara oculta y de nuestro encuentro con el torturador jefe Nolieti.

Se había desatado una tormenta sobre la ciudad, que convertía el cielo en una oscura y arremolinada masa. Unas fisuras hechas de rayos quebraban la negrura con una brillantez cegadora, como si fueran el azul concentrado del cielo cotidiano que luchara por abrirse camino entre la oscuridad de las nubes para brillar de nuevo sobre la tierra, siquiera fugazmente. Las aguas de la orilla occidental del Lago Cráter lamían las murallas del puerto antiguo y sumergían los vacíos puertos exteriores. Hasta los barcos amarrados a los embarcaderos resguardados se mecían incómodamente y sus cascos comprimían los cojinetes de caña, que crujían y chirriaban a modo de protesta, mientras los grandes mástiles se columpiaban en el negro cielo como un bosque de metrónomos en disputa.

El viento recorría las calles de la ciudad mientras salíamos por la puerta de la Vejiga y cruzábamos la plaza del Mercado en dirección a Callejal. Un tenderete vacío había sido derribado en la plaza y el techo de lona, impulsado por las ráfagas de aire, ondeaba de un lado a otro y azotaba el suelo como un luchador atrapado en el suelo que pide clemencia.

La lluvia caía en borrascosos torrentes, punzantes y gélidos. La doctora me tendió su pesado maletín de medicinas mientras se arrebujaba en la capa y se la abrochaba. Sigo pensando que esta –junto con su chaqueta y su capa– debería ser púrpura, como corresponde a un médico. Sin embargo, a su llegada a la ciudad, dos años antes, los doctores locales habían hecho saber que no mirarían con buenos ojos cualquier

pretensión por su parte de utilizar este distintivo de condición, y la propia doctora se había mostrado indiferente al respecto, así que por regla general suele llevar ropa negra o de colores oscuros. (Aunque a veces, bajo cierta luz, en algunas de las prendas que ha encargado a alguno de los sastres de la corte, me ha parecido entrever un reflejo púrpura entre los pliegues).

La infeliz que nos había hecho salir con este espantoso tiempo caminaba cojeando delante de nosotros y de vez en cuando volvía la cabeza, como para asegurarse de que seguíamos allí. Ojalá no hubiese sido así. Si alguna vez ha existido un día para acurrucarse junto a un fuego, con una copa de vino caliente y un libro de romances heroicos, era este. Y es que hasta un banco duro, una taza de alguna infusión templada y alguno de los textos médicos que me recomienda la doctora habrían sido una bendición comparado con lo que estábamos haciendo.

–Qué tiempo más horrible, ¿eh, Oelph?

–Sí, señora.

Dicen que el tiempo ha empeorado mucho tras la caída del Imperio, lo que significa que, o bien la Providencia quiere castigar a aquellos que contribuyeron a su destrucción, o que un fantasma imperial desea cobrarse venganza desde el más allá.

La perra que nos había embarcado en esta misión absurda era una niña coja de los Túmulos. Los guardias del palacio ni siquiera la habían dejado entrar en el bastión exterior. Había sido por pura desgracia que un criado estúpido, que había ido a llevarles una nota con instrucciones, escuchara las ridiculas súplicas de la zagala y, apiadándose de ella, viniera a buscar a la doctora en su taller –cuando ella estaba, con mi ayuda, pulverizando sus cáusticamente arcanos ingredientes en el mortero– y le dijera que se requerían sus servicios. ¡Nada menos que para una bastarda de los barrios bajos! Al oír que accedía me quedé boquiabierto. ¿Acaso no oía cómo gemía la tormenta alrededor de las linternas del tejado? ¿Es que estaba sorda al gorgoteo del agua que descendía por las tuberías de desagüe de las paredes?

Así que ahora íbamos a visitar a una familia de pobres mendigos, parientes lejanos de los criados de los Mifeli, los jefes del clan mercantil para el que la doctora había trabajado nada más llegar a Haspide. La doctora personal del rey estaba a punto de hacer una visita a domicilio en medio de una tormenta, y no a un aristócrata, a alguien con perspectivas de un futuro ennoblecimiento o siquiera a una persona respetable, sino a una familia de miserables granujas e inútiles, una tribu de mendigos, pasto de los gusanos y las enfermedades, tan total y fundamentalmente inútiles que ni siquiera eran sirvientes, sino las ladillas de los sirvientes, sanguijuelas itinerantes alojadas en el cuerpo de la ciudad y de la tierra.

Tan pobres y desesperados, en suma, que hasta la doctora habría tenido el buen juicio de negarse de no ser por el hecho de que, por alguna razón extraña, había oído hablar de la enfermiza pilluela.

–Tiene una voz de otro mundo –me había dicho mientras se ponía la capa, como si aquella fuera toda la explicación que hiciera falta.

–¡Apresuraos, por favor, señora! –exclamó la criatura que había venido a buscarnos. Su acento era muy marcado y su dentadura, ennegrecida por la enfermedad, tornaba su voz en un murmullo fastidioso.

–¡No le digas a la doctora lo que tiene que hacer, inútil pedazo de excrementos! –respondí yo tratando de ser útil. La estúpida coja se encorvó un poco más y apretó el paso sobre los relucientes adoquines de la plaza.

–¡Oelph! Ten la amabilidad de no hablar de esa manera –me dijo la doctora mientras me arrebataba el maletín.

–¡Pero, señora! –protesté. Aunque, al menos, la doctora había esperado a que nuestra lisiada guía no pudiera oírnos antes de reprenderme.

Entornó los ojos para protegerse de la tenaz lluvia y alzó la voz sobre el aullido del viento:

–¿No podríamos coger un coche?

Yo me eché a reír, pero al instante troqué el ofensivo sonido por una tos. Miré de manera ostentosa a mi alrededor cuando estábamos llegando al otro extremo de la plaza, donde la niña coja había desaparecido por un callejón estrecho. Vislumbré a varios mendigos dispersos por el lado este de la plaza, que iban de acá para allá con sus andrajos, recogiendo las hojas medio podridas y las mondas empapadas que el viento había arrastrado desde el centro de la plaza, donde se levantaba el mercado de verduras. No había ni un alma a la vista. Y desde luego tampoco un coche, cochecito, carruaje o vehículo de transporte. No eran tan estúpidos como para salir con un tiempo así.

–No lo creo, señora.

–Oh, vaya –dijo ella, y pareció vacilar. Por un maravilloso momento creí que recobraría el sentido común y me diría que regresáramos al calor y la comodidad de sus aposentos, pero no fue así–. Oh, bueno –dijo mientras se cerraba mejor el cuello de la capa, se ajustaba con más firmeza el sombrero sobre el pelo recogido y bajaba la cabeza para reanudar la marcha–. No importa. Vamos, Oelph.

El agua helada bajaba resbalando por mi cuello.

–Ya voy, señora.

El día había transcurrido razonablemente bien hasta entonces. La doctora se había bañado, había dedicado algún tiempo a escribir su diario y luego habíamos visitado el mercado de especias y los bazares cercanos, cuando la tormenta no era aún más que una amenaza oscura sobre el horizonte del oeste. Se había encontrado con algunos mercaderes y otros doctores en la casa de un banquero para hablar sobre la posibilidad de fundar una escuela de medicina (a mí me mandaron a la cocina con los

sirvientes, de modo que no pude oír nada que tuviera importancia y poco que tuviera sentido) y luego regresamos al palacio paseando animadamente mientras el cielo se nublaba y las primeras lluvias empezaban a caer sobre el puerto exterior. Alegre y equivocadamente, me congratulé de haber podido refugiarme en la comodidad y calidez del palacio antes de que se desatara la tormenta.

Una nota en la puerta de las habitaciones de la doctora nos informó de que el rey deseaba verla, así que marchamos a los aposentos regios en cuanto descargamos las especias, bayas, raíces y tierras que habíamos comprado. Un criado nos interceptó en el Pasillo Largo con la noticia de que el rey había sido herido en un duelo de prácticas y corrimos –con el corazón en un puño– hacia los pabellones de caza.

–¡Sire, una sanguijuela! ¡Tenemos las mejores! ¡Un ejemplar de la rara sanguijuela imperial de Brotechen!

–¡Tonterías! ¡Lo que hace falta es una aplicación de vidrio candente sobre las venas, seguida por la administración de un vomitivo!

–Bastará con vendar la herida. Majestad, si me lo permitís...

–¡No! ¡Apartaos de mí, charlatanes de color púrpura! Largaos y haceos banqueros: ¡admitid vuestra auténtica vocación! ¿Dónde está Vosill? ¡Vosill! –gritó el rey al pie de la escalinata mientras empezaba a subirla, con la mano izquierda en el antebrazo derecho. En aquel momento nosotros bajábamos.

El rey había salido herido en un duelo, y era como si todos los médicos de cierta reputación de la ciudad hubieran estado en la sala de duelos aquel día, porque se apelotonaban alrededor del monarca y de los dos hombres que lo acompañaban como sabuesos de color morado alrededor de una bestia acorralada. Sus señores los seguían de cerca, armados con espadas de duelo y máscaras de protección, mientras que el individuo grande y pálido como la cera que se encontraba aislado en la parte trasera de la sala era presumiblemente el que había herido a su majestad.

El comandante de la Guardia, Adlain, se encontraba a un lado del rey, y el duque Walen al otro. Adlain, recordaré para la posteridad, es un hombre de gran nobleza y gracia, cuyos rasgos y porte solo tienen rival en los de nuestro buen rey, aunque la tez del comandante de la Guardia es morena, mientras que la de su majestad tiende a la rubicundez. Es una sombra fiel y leal, siempre situada junto a nuestro espléndido señor. ¿Y qué monarca podría pedir una sombra mejor?

El duque Walen es un hombre menudo y encorvado, de piel coriácea y ojos pequeños, recubiertos de arrugas y aquejados de una cierta bizquera.

–Sire, ¿estáis seguro de que no queréis que mi médico examine esa herida? –dijo Walen con su voz aguda y chirriante mientras Adlain espantaba delicadamente a dos de los doctores que acosaban al rey–. ¡Mirad! –exclamó el duque–. ¡Está goteando! ¡La sangre real! ¡Oh, vaya! ¡Médico! ¡Médico! De veras, señor, este doctor es el

mejor. Permitidme que...

–¡No! –rugió el rey–. ¡Quiero a Vosill! ¿Dónde está?

–La señora parece tener asuntos más urgentes que atender –dijo Adlain sin alterarse–. Es una suerte que solo sea un arañazo, ¿verdad, señor? –Entonces levantó la mirada y vio que la doctora y yo bajábamos. Su expresión se convirtió en una sonrisa.

–¡Vo...! –rugió el rey con la cabeza gacha mientras empezaba a subir la curva de los escalones y dejaba momentáneamente atrás a Walen y a Adlain.

–Aquí, señor –dijo la doctora al tiempo que bajaba a su encuentro.

–¡Vosill! En el nombre de los cielos del Infierno, ¿dónde te habías metido?

–Estaba...

–¡Da igual! Vamos a mis aposentos. Tú. –Ycon esto se dirigía a mí–. A ver si puedes contener a esta bandada de carroñeros sanguinarios. Aquí está mi espada de duelo. –¡El rey me entregó su propia espada!–. Tienes permiso para usarla contra cualquiera que se parezca, por poco que sea, a un médico. ¿Doctora?

–Después de vos, señor.

–Pues claro que después de mí, Vosill. ¡Soy el rey, maldita sea!

Siempre me ha sorprendido lo mucho que nuestro glorioso rey se parece a los retratos de él que se ven en los lienzos y a los perfiles que honran nuestras monedas. Tuve la suerte de poder estudiar estos rasgos magníficos un mediodía de Xamis, en los aposentos privados del rey, mientras la doctora trataba la herida recibida en el duelo y su majestad esperaba, ataviado con una larga toga arremangada, recortado contra la luminosidad de una antigua ventana de yeso, con el rostro alzado y las mandíbulas apretadas.

¡Qué noble semblante! ¡Cuan regio porte! Una melena de pelo rubio majestuosamente ensortijado, una frente rebosante de inteligencia y severa sabiduría, unos ojos claros y brillantes del color de un cielo estival, una nariz bien definida y heroica, una boca grande y elegantemente esculpida y una barbilla orgullosa y valiente, adosado todo ello a una forma a un tiempo fuerte y esbelta que sería la envidia de un atleta en la plenitud de sus fuerzas (y eso que el rey se encuentra en una espléndida edad madura, en la que la mayoría de los hombres ya han empezado a engordar). Dicen que la apariencia y el físico del rey Quience solo palidecen ante las de su difunto padre, Drasine (al que me alegro de informar de que ya han empezado;) llamar Drasine el Grande. Y con toda justicia, por cierto).

–¡Oh, señor! ¡Oh, vaya! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, socorro! ¡Oh, qué calamidad! ¡Oh!

–¡Déjanos, Wiester! –dijo el rey con un suspiro.

–¡Señor! Sí, señor. Inmediatamente, señor. –El rollizo chambelán, sin dejar de agitar y frotarse alternativamente las manos, abandonó los aposentos mascullando y

gimoteando.

–Pensaba que llevabais armadura para impedir que ocurrieran este tipo de cosas, señor –dijo la doctora. Limpió el resto de la sangre con un algodón, que a continuación me entregó para que yo lo tirara. A cambio le pasé el alcohol. Empapó otro algodón y lo aplicó a la herida que el rey tenía en el bíceps. El corte tenía dos dedos de longitud y unos pellizcos de profundidad.

–¡Au!

–Lo siento, señor.

–¡Au! ¡Au! ¿Estás segura de que esto no es una de esas brujerías absurdas, Vosill?

–El alcohol mata los malos humores que pueden infectar las heridas –dijo la doctora con tono gélido–. Señor.

–Al igual que, según tú, el pan mohoso –bufó el rey.

–Tiene ese efecto, sí.

–Y el azúcar.

–Eso también, señor, en caso de emergencia.

–Azúcar –dijo el rey sacudiendo la cabeza.

–¿Es que no tenéis, señor?

–¿Cómo?

–¿Tenéis armadura?

–Pues claro que tenemos armaduras, imbécil... ¡Au! Pues claro que tenemos armaduras, pero no las llevamos en la sala de duelos. ¡En el nombre de la Providencia, para llevar armadura, mejor no batirse en duelo!

–Pero yo pensaba que era una práctica, señor. Para la lucha real.

–Vaya, pues claro que es una práctica, Vosill. Si no lo fuera, el caballero que me ha herido no se habría detenido, ni habría estado a punto de perder el conocimiento, sino que habría seguido adelante, tratando de matarme, como se hace en ese tipo de combates. Pero sí, era una práctica. –El rey sacudió su soberbia cabeza y dio un pisotón–. Maldita sea, Vosill, haces unas preguntas más tontas...

–Os ruego mil perdones, señor.

–Además, es solo un arañazo. –El rey miró a su alrededor e hizo un gesto a un soldado que se encontraba junto a la puerta principal, quien se acercó rápidamente a una mesa y trajo a su majestad un vaso de vino.

–Cuánto más pequeña que un arañazo es la picadura de un insecto –dijo la doctora–. Y sin embargo, hay gente que muere por su causa.

–¿De veras? –dijo el rey mientras aceptaba el vaso de vino.

–Eso me han enseñado. Por culpa de un humor venenoso transmitido por el insecto a la corriente sanguínea.

–Mmmm –dijo el rey con cara de escepticismo. Miró la herida de reojo–. Sigue siendo solo un arañazo. Adlain no estaba demasiado impresionado. –Bebió.

–Supongo que hace falta mucho para impresionar al comandante Adlain –dijo la doctora, aunque no sin cierta simpatía, me parece.

El rey esbozó una sonrisilla.

–No te gusta Adlain, ¿verdad, Vosill?

La doctora enarcó las cejas.

–No lo tengo por un amigo, señor, pero del mismo modo tampoco lo tengo por un enemigo. Ambos os servimos en nuestros respectivos campos con toda la habilidad de que disponemos.

El rey entornó la mirada mientras reflexionaba sobre ello.

–Hablas como un político, Vosill –dijo en voz baja–. Y te expresas como un cortesano.

–Me tomaré eso como un cumplido.

Su majestad observó cómo limpiaba la herida durante un rato.

–No obstante, quizá deberías tener cuidado con él, ¿sabes?

La doctora levantó la mirada. Me dio la impresión de que estaba sorprendida.

–Si su majestad lo dice...

–Y con el duque Walen –dijo el rey con un gruñido–. Tendrías que oír lo que dice sobre mujeres doctoras, o, ya que estamos, sobre cualquier mujer que quiera ser otra cosa que prostituta, esposa o madre.

–Desde luego, señor –dijo la doctora con los dientes apretados. Levantó la mirada para pedirme algo y entonces vio que ya tenía el tarro apropiado en la mano. Me recompensó con una sonrisa y un gesto apreciativo con la cabeza. Cogí el algodón empapado en alcohol y lo dejé en la bolsa de los desechos, donde le correspondía.

–¿Qué es eso? –dijo el rey con las cejas alzadas en una expresión de suspicacia.

–Un ungüento, señor.

–Ya veo que es un ungüento, Vosill. ¿Pero qué es lo que...? Oh.

–Tal como estáis sintiendo, señor, acalla el dolor. También combate los malos humores que infestan el aire, y potencia al proceso curativo.

–¿Es como lo que me pusiste en la pierna aquella vez, sobre el absceso?

El rey vio su reflejo en uno de los grandes espejos que adornaban su sala de descanso privada y enderezó un poco la espalda. Volvió la mirada hacia el soldado de la puerta, quien se acercó y cogió la copa de vino de su mano, hecho lo cual su majestad levantó la barbilla y se pasó las manos por la cabellera al tiempo que sacudía la cabeza para que sus rizos, que el sudor le había pegado al cráneo, volvieran a recuperar su volumen.

–Eso está mejor –dijo al tiempo que inspeccionaba su noble perfil en el espejo–. Me encontraba en un estado lamentable, según recuerdo. Todos esos matarifes pensaban que iba a morirme.

–Me alegro mucho de que su majestad me hiciera llamar –dijo la doctora en voz

baja mientras vendaba la herida.

–A mi padre lo mató un absceso, ¿sabes? –dijo el rey.

–Eso he oído, señor. –Levantó una mirada sonriente hacia él–. Pero no a vos.

El rey le devolvió la sonrisa y luego miró al frente.

–No. En efecto. –Entonces hizo una mueca–. Pero él tampoco sufría dolores de tripa, ni de espalda, ni ninguno de mis otros achaques.

–No se ha registrado ninguna mención a tales cosas, señor –dijo la doctora mientras envolvía el musculoso brazo del rey con un rollo de venda.

Él la miró al instante.

–¿Estás sugiriendo que soy un quejica, doctora?

Vosill levantó la mirada, sorprendida.

–Nada de eso, señor. Soportáis vuestras numerosas afecciones con gran templanza. –Continuó con el vendaje. (La doctora usa unas vendas que le hace especialmente el sastre de la corte e insiste mucho en que las condiciones de su manufactura sean lo más higiénicas posible. Aun así, antes de usarlas las hierve en un agua ya hervida que antes ha tratado con un polvo blanqueador que el boticario de palacio ha preparado para ella)–. De hecho, Su Majestad debería enorgullecerse de su buena disposición a hablar de sus males –prosiguió–. Algunas personas, que llevan el estoicismo, el orgullo o la simple reticencia más allá de sus límites razonables, sufren en silencio hasta estar a las puertas de la muerte, cuando una palabra, un simple comentario en una fase mucho más temprana de su enfermedad, podría haber permitido que un doctor diagnosticara el problema, lo tratara y les salvara la vida. El dolor, o incluso las meras molestias, son como el mensaje de advertencia enviado por un guardia fronterizo. Sois libre de ignorarlo, pero entonces no debéis sorprenderos si más adelante veis vuestro reino arrasado por invasores.

El rey soltó una risilla y miró a la doctora con una expresión tolerante y amistosa.

–Tu admonitoria metáfora militar es debidamente apreciada, doctora.

–Gracias, señor. –La doctora ajustó el vendaje de manera que se acoplara perfectamente al brazo del rey–. Había una nota en mi puerta que decía que queríais verme, señor. Asumo que la razón que la justificaba antecedía en el tiempo a vuestra lesión de esgrima.

–Oh –dijo el rey–. Sí. –Se llevó una mano a la nuca–. El cuello. La contractura de nuevo. Luego puedes examinarlo.

–Por supuesto, señor.

El rey suspiró y no pude por menos que advertir que su postura se alteraba y se volvía menos erguida, menos regia incluso.

–Mi padre tenía la constitución de un estibador. Dicen que una vez cogió por el yugo a una bestia de carga y arrastró al pobre animal por todo un arrozal.

–Yo había oído que era un ternero, señor.

–¿Y? Los terneros pesan más que la mayoría de los hombres –repuso el rey–. Y además, ¿acaso estabas allí, doctora?

–No, señor.

–No. No estabas. –El rey dirigió la mirada hacia la lejanía con una expresión de tristeza en el rostro–. Pero tienes razón. Creo que era un ternero. –Volvió a suspirar–. Las historias cuentan que los reyes de antaño levantaban bueyes, bueyes adultos, mi querida doctora, por encima de su cabeza antes de arrojárselos a sus enemigos. Ziphygr de Anlios abrió en canal a un erzerador salvaje con sus propias manos, Scolf el Fuerte le arrancó la cabeza al monstruo Gruissens con una mano, Mimartis de Sompolia...

–¿Y no es posible que sean simples leyendas, señor?

El rey dejó de hablar, permaneció un momento con la mirada perdida (confieso que yo me quedé paralizado) y a continuación se volvió hacia la doctora tanto como le fue posible sin interrumpir el trabajo de ella.

–Doctora Vosill –dijo en voz baja.

–¿Señor?

–No interrumpáis al rey.

–¿Os he interrumpido, señor?

–Sí. ¿Es que no sabes nada de nada?

–Aparen...

–¿Es que no os enseñan nada en ese anárquico archipiélago del que vienes? ¿No inculcan modales a las niñas y las mujeres? ¿Tan degenerados y maleducados sois que no tenéis la menor idea de cómo debéis comportaros en presencia de vuestros superiores?

La doctora le lanzó una mirada vacilante.

–Puedes responder.

–La república insular de Drezen es famosa por su mala educación, señor –dijo la doctora con aire de total sumisión–. Me avergüenza informar de que allí se me considera una persona muy bien educada. Mis disculpas.

–Mi padre te habría hecho azotar, Vosill. Y eso solo si te hubiera disculpado por considerarte una extranjera, poco familiarizada con nuestras costumbres.

–Me alegra que sobrepaséis a vuestro noble padre en simpatía y comprensión, señor. Nunca volveré a interrumpiros.

–Bien. –El rey volvió a adoptar su pose orgullosa. La doctora terminó de vendar el tobillo–. Los modales también eran mejores en los viejos tiempos –dijo.

–Estoy segura de ello –dijo la doctora–. Señor.

–Los dioses de antaño caminaban entre nuestros antepasados. Era una época heroica. Aún podían realizarse grandes hazañas. Por entonces no habíamos perdido aún las fuerzas. Los hombres eran más grandes, más valientes y más fuertes. Y las

mujeres eran más dulces y elegantes.

–Estoy segura de que es tal como decís, señor.

–Todo era mejor entonces.

–Eso parece, señor –dijo la doctora mientras cortaba la venda por un lado.

–Es que ahora todo va a... peor –continuó el rey con otro suspiro.

–Mmmm –repuso la doctora mientras anudaba el vendaje–. Ya está señor. ¿Mejor?

El rey flexionó el brazo y el hombro, inspeccionó su musculoso brazo y al fin volvió a cubrirse la herida con la manga.

–¿Cuándo podré volver a practicar?

–Mañana, aunque con cuidado. El dolor os hará saber cuándo debéis parar.

–Bien –dijo el rey antes de darle una palmada en el hombro. La doctora tuvo que dar un paso a un lado para no caerse, pero pareció agradablemente sorprendida. Creo que se ruborizó un poco.

–Bien hecho, Vosill. –La miró de arriba abajo–. Lástima que no seas un hombre. Podrías aprender esgrima, ¿mmmm?

–En efecto, señor. –La doctora hizo un gesto de asentimiento hacia mí y empezamos a guardar los instrumentos de su profesión.

La familia de la niña enferma vivía en un par de mugrientas y apestosas habitaciones del último piso de una destartalada y abarrotada casa de Los Túmulos, sobre una calle que la tormenta había convertido en un canal de desagüe.

La portera no era digna de tal nombre. Era una vieja borracha, una bruja voraz y de olor repulsivo que pidió dinero a la doctora con la excusa de que llegábamos de la calle con un tufo tan pestilente en los pies y las capuchas que tendría que trabajar de más para quitarlo. A juzgar por el estado del pasillo –hasta donde podía verse a la luz de la única lámpara existente– los padres de la ciudad podrían haberle cobrado a ella por llevar la mugre de su interior a las calles de la urbe, pero la doctora se limitó a silbar y rebuscar en su bolso. A continuación la vieja exigió, y consiguió, más dinero por dejar subir a la niña lisiada con nosotros. Yo sabía que no tenía sentido tratar de decirle nada a la doctora, así que tuve que contentarme con lanzar a la maldita foca la mirada más amenazante posible.

De camino arriba, la angosta, crujiente y alarmantemente inclinada escalera nos llevó a través de una concatenación de pestes. Percibí en sucesión los olores de las alcantarillas, de los excrementos animales, de los cuerpos humanos sin lavar, de la comida podrida y de alguna funesta cocción de naturaleza desconocida. Esta mezcolanza venía acompañaba por una orquestación de sonidos: el chirrido del fuerte viento del exterior, los lloros de los bebés que parecían llegar del interior de todas las habitaciones, los gritos, las maldiciones, las exclamaciones y golpes de una discusión

que tenía lugar detrás de una puerta medio rota, y los mugidos lastimeros de las bestias amarradas en el patio.

Delante de nosotros, unos niños andrajosos subían y bajaban corriendo las escaleras, con chillidos y gruñidos dignos de animales. La gente se apelotonaba en los descansillos de cada piso para vernos pasar y hacer comentarios sobre la calidad de la capa de la doctora y el contenido de su gran maletín oscuro. Yo llevé la boca tapada con un pañuelo durante todo el trayecto, y solo lamenté no haberlo empapado en perfume más recientemente.

Al final de un tramo de escaleras de aspecto aún más frágil y tembloroso que los que habíamos atravesado de camino arriba, el último piso de aquel montón de excrementos, lo juro, se columpiaba de un lado a otro impulsado por el viento. Al menos yo me sentí mareado.

A buen seguro, las dos estrechas y abarrotadas habitaciones en las que nos encontramos eran calurosas en verano y frías en invierno hasta extremos insoportables. El viento entraba aullando por dos pequeñas ventanas en la primera de ellas. Estoy convencido de que nunca habían tenido persianas, solo un marco cubierto de tela a modo de cortina, y puede que algunas planchas de madera. Los batientes habían desaparecido hacía tiempo, posiblemente empleados como combustible durante el invierno, y los andrajosos jirones de tela que eran todo lo que quedaba de las cortinas no servían de mucho frente a la fuerza de la tormenta, cuya lluvia y cuyo viento penetraban siseando en la casa.

En el suelo de aquella habitación, sobre un simple jergón, se acurrucaban diez o más personas, de recién nacidos a encorvados ancianos. Sus ojos vacíos nos observaron mientras la miserable lisiada que nos había traído hasta aquel podridero destartalado nos conducía rápidamente a la habitación contigua. Entramos en ella atravesando el lienzo que cubría la puerta. Detrás de nosotros, la gente empezó a cuchichear con un ruido áspero y ceceante que lo mismo podría haber sido un dialecto del país que una lengua extranjera.

La segunda habitación era más oscura, pues aunque estaba tan desprovista como la primera de batientes, sus ventanas estaban tapadas por las formas voluminosas de unas capas o chaquetas clavadas al marco. La lluvia había empapado la tela de estas prendas antes de empezar a fluir en pequeños regueros por el yeso manchado que cubría las paredes del techo al suelo, donde había formado charcos que ya habían empezado a propagarse.

El suelo estaba extrañamente combado y acaballonado. Nos encontrábamos en uno de esos pisos adicionales que los constructores, los terratenientes y los residentes que valoran más la economía que la seguridad añaden a edificios ya baratos. El techo desvencijado tenía una docena de goteras, que descargaban copiosamente sobre el mugriento suelo de paja.

Una mujer obesa y de pelo revuelto saludó a la doctora con gran despliegue de aullidos, sollozos y palabras de apariencia extranjera entonadas con voz ronca, y la condujo entre una masa de cuerpos oscuros y malolientes, hasta una cama baja apoyada en la pared combada del otro lado de la habitación, cuyas vigas asomaban entre los terrones de argamasa mezclada con paja. Algo se alejó correteando por la pared y desapareció por una grieta alargada cerca del techo.

–¿Cuánto tiempo lleva así? –oí que preguntaba la doctora mientras se arrodillaba junto a la cama, iluminada por una vela, y abría su maletín. Al asomarme por un lado pude ver a una muchacha muy flaca, cubierta de harapos, tendida en la cama, con la cara de color gris, el fino pelo pegado a la frente y los ojos hinchados tras unos párpados trémulos, cuya respiración brotaba en rápidas y poco profundas exhalaciones. Su cuerpo entero tiritaba en la cama, su cabeza se convulsionaba y los músculos de su cuello sufrían continuos espasmos.

–¡Oh, no lo sé! –gimió la mujer del vestido sucio que había recibido a la doctora: bajo la peste derivada de su falta de higiene, despedía un olor enfermizamente dulzón. Se dejó caer en un agrietado sillón de mimbre que había junto a la cama, que se abombó bajo su peso. Apartó a codazos a algunas de las personas que la rodeaban y apoyó la cabeza en las manos mientras la doctora tocaba la frente de la muchacha y le abría uno de los párpados–. Puede que todo el día, doctora. No lo sé.

–Tres días –dijo una niña pequeña que se encontraba junto a la cabecera de la cama y que rodeaba con los brazos la delgada figura de la lisiada que nos había llevado hasta allí.

La doctora la miró.

–Tú eres...

–Anowir –respondió la niña. Señaló con la cabeza a la chica, un poco mayor que ella, que ocupaba la cama–. Zea es hermana mía.

–¡Oh, no, tres días no, mi pobre y querida niña no! –dijo la mujer del sillón de mimbre balanceándose adelante y atrás y sacudiendo la cabeza sin levantar la mirada–. No, no, no.

–Nosotras habríamos ido a buscarla antes –dijo Anowir mientras su mirada pasaba de la mujer despeinada al rostro consternado de la niña lisiada a la que abrazaba y que la abrazaba a ella–, pero...

–Oh, no, no, no –sollozó la mujerona, con la cara tapada por las manos. Algunos de los niños cuchicheaban entre sí en la misma lengua que habíamos oído en la habitación precedente. La mujer se pasó los rechonchos dedos por el despeinado cabello.

–Anowir –dijo la doctora con amabilidad a la niña que abrazaba a la pequeña coja–. ¿Podrías ir con algunos de tus hermanos y hermanas a los puertos lo antes posible y buscar un vendedor de hielo? Necesito hielo. No tiene que ser un bloque de

primera calidad. Me vale con hielo pulverizado. De hecho, lo prefiero. Toma. –Introdujo la mano en la bolsa y contó algunas monedas–. ¿Cuántos quieren ir? –preguntó mientras recorría con la mirada la multitud de rostros llorosos, jóvenes en su mayor parte.

En pocos segundos se acordó un número y ella le entregó una moneda a cada uno de los voluntarios. Esto me asombró tanto como el hecho de que pidiera hielo en aquella época del año, pero la doctora es siempre un pozo de sorpresas en este tipo de asuntos.

–Podéis quedaros con lo que sobre –dijo a los niños, que de repente parecían ansiosos por cumplir con la misión encomendada–, pero cada uno de vosotros debe traer todo lo que pueda cargar. Como mínimo –dijo sonriendo–, eso impedirá que se os lleve el huracán. ¡Y ahora marchaos!

La habitación se vació rápidamente y solo nos quedamos la niña enferma de la cama, la mujer del sillón de mimbre –que supongo que era la madre de la primera–, la doctora y yo mismo. Algunas de las personas de la otra habitación se asomaron por la andrajosa cortina que cubría la puerta, pero la doctora les dijo que se marcharan.

Entonces se volvió hacia la mujer del pelo desarreglado.

–Debéis contarme la verdad, señora Elund –le dijo. Con un gesto de la cabeza, me indicó que abriera el maletín mientras ella incorporaba un poco el cuerpo de la chica y luego me hizo amontonar la paja bajo su espalda y su cabeza. Al arrodillarme para hacerlo, sentí el calor que irradiaba la piel febril de la niña–. ¿Lleva así tres días?

–Tres, dos, cuatro... ¡Quién sabe! –sollozó la mujer–. ¡Lo único que sé es que mi preciosa hija está muriéndose! ¡Se va a morir! ¡Oh, doctora, ayúdela! ¡Ayúdenos a todos, porque nadie más lo hará! –De repente, la mujerona, no sin cierta torpeza, se dejó caer de la silla y enterró la cabeza entre los pliegues de la capa de la doctora, al mismo tiempo que esta se desabrochaba la prenda y trataba de quitársela.

–Haré lo que pueda, señora Elund –dijo la doctora y entonces, mientras dejaba caer la capa y la niña de la cama empezaba a murmurar y a toser, se volvió hacia mí–. Oelph, vamos a necesitar también ese cojín.

La señora Elund se levantó y miró a su alrededor.

–¡Eso es mío! –gritó mientras yo recogía el maltrecho cojín y lo colocaba detrás de la cabeza de la niña, que la doctora sujetaba–. ¿Dónde voy a sentarme? ¡Ya le he dejado mi cama!

–Tendréis que encontrar otro sitio –le dijo la doctora. Alargó los brazos y le levantó el vestido a la niña. Yo aparté la mirada mientras examinaba sus partes, que parecían inflamadas.

La doctora se inclinó sobre ellas, separó las piernas de la chiquilla y sacó un instrumento de su maletín. Al cabo de un rato volvió a juntar las piernas y devolvió la falda y el vestido a su posición normal. Examinó los ojos, la boca y la nariz de la niña

y le sostuvo la muñeca unos segundos, con los ojos cerrados. En la habitación el silencio era total, con la excepción del ruido de la tormenta y algún que otro mohín de la señora Elund, que se había sentado en el suelo medio embozada en la capa de la doctora. Tuve la sensación de que mi señora estaba tratando de controlar el impulso de echarse a gritar.

–El dinero de la escuela de canto –dijo al fin con voz tensa–. Si fuera ahora a la escuela, ¿cree que me dirían que se ha invertido en sus lecciones?

–¡Oh, doctora, somos una familia pobre! –dijo la mujer al tiempo que enterraba de nuevo la cara entre las manos–. ¡No puedo vigilar todo lo que hacen! ¡No sé adonde va el dinero que le doy! ¡Hace lo que le da la gana, os lo aseguro! ¡Oh, salvadla, doctora! ¡Por favor, salvadla!

La doctora cambió de posición sin levantarse e introdujo las manos debajo de la cama. Sacó un par de jarras de cerámica de gran tamaño, una de ellas con tapón y la otra sin él. Olió la que estaba vacía y agitó la otra. Había un líquido en su interior. La señora Elund levantó una mirada de ojos muy abiertos. Tragó saliva. El olor del interior de la primera jarra llegó hasta mí. Era idéntico al del aliento que emanaba de su boca. La doctora miró a la otra mujer por encima del borde de la jarra vacía.

–¿Cuánto hace que Zea tiene tratos con hombres? –preguntó mientras volvía a dejar las jarras debajo de la cama.

–¡Tratos con hombres! –chilló la mujer del cabello desordenado, irguiendo la espalda–. Eso no...

–Y en esta misma cama, además, diría yo –continuó la doctora mientras levantaba el vestido de la niña para examinar de nuevo la tela que cubría el colchón–. Aquí es donde ha cogido la infección. Alguien fue muy rudo con ella. Es demasiado joven. –Miró a la señora Elund con una expresión de la que solo puedo decir que me alegro de no haber sido su destinatario. La señora Elund, muda de asombro, abrió los ojos de par en par. Creí que iba a decir algo, pero entonces la doctora siguió hablando–. He entendido lo que dijeron los niños cuando se marcharon, señora Elund. Creen que Zea puede estar embarazada y han mencionado al capitán de un barco y a dos hombres malos. ¿O se me ha pasado algo?

La señora Elund abrió la boca y entonces pareció perder las fuerzas, cerró los ojos, dijo:

–Ooooh... –y se sumió en lo que parecía una especie de trance y se envolvió en la capa de la doctora.

La doctora la ignoró y rebuscó un momento en su maletín antes de sacar una jarra de ungüento y una pequeña espátula de madera. Se puso los guantes de vejiga de rique que le había encargado al peletero de palacio y volvió a levantarle el vestido a la niña. Yo aparté de nuevo la mirada.

La doctora usó varios de sus preciados ungüentos y fluidos con la niña enferma y mientras lo hacía me fue diciendo qué efecto tenía cada uno de ellos, cómo aliviaba este los efectos de la fiebre sobre el cerebro, cómo combatía este otro la infección en su origen, cómo hacía aquel el mismo efecto desde el interior del cuerpo de la chica y cómo le daría fuerzas y actuaría como tónico general el último de ellos una vez que se recuperara. Me pidió que sacara la capa de debajo de la señora Elund y luego la tendiera en la ventana de la habitación contigua y esperara –con los brazos cada vez más entumecidos por el frío– a que estuviera saturada de agua, antes de volver a meterla y colocar sus pliegues oscuros y empapados sobre la niña, a la que ella le había quitado toda la ropa, con la única excepción de una mugrienta muda de ropa interior. La niña seguía temblando y tiritando, sin que su estado pareciera haber mejorado.

Cuando la señora Elund empezó a hacer los ruidos que indicaban que estaba volviendo en sí, la doctora le ordenó que buscara un fuego, una olla y un poco de agua limpia para hervirla. La mujer no pareció muy contenta con esto, pero se marchó sin refunfuñar demasiado.

–Está ardiendo –susurró la doctora para sí, con una de sus elegantes manos de largos dedos sobre la frente de la niña. En ese momento se me pasó por la imaginación, por vez primera, la idea de que tal vez muriera–. Oelph –continuó, mirándome con ojos de preocupación–. ¿Puedes ir a ver si encuentras a esos niños? Aprémialos. Necesita ese hielo.

–Sí, señora –dije con tono de cansancio antes de dirigirme hacia las escaleras, con su mezcolanza de imágenes, sonidos y olores. Hacía muy poco que ciertas partes de mi cuerpo habían terminado de secarse.

Salí a la estruendosa oscuridad de la tormenta. Xamis se había puesto ya y la pobre Seigen, escondida detrás de las nubes, no parecía más capacitada para atravesarlas que un candil de aceite. Las calles, azotadas por la lluvia, estaban desiertas y a oscuras, rebosantes de sombras profundas y ráfagas de viento aullante que amenazaban con derribarme sobre los inundados canales de desagüe que discurrían por el centro de las calles. Me puse en marcha bajo la mole oscura y amenazante de los edificios que se cernían sobre mí, en la dirección que suponía se encontraban los muelles, con la esperanza de ser capaz de encontrar luego el camino de regreso y reprendiéndome por no haber tomado como guía a alguna de las personas que había en la segunda habitación.

A veces pienso que la doctora olvida que no soy oriundo de Haspide. Sí, vivo aquí desde hace más tiempo que ella, que llegó hace solo un poco más de dos años, pero yo nací en la ciudad de Derla, en el lejano sur, y pasé la mayor parte de mi infancia en la provincia de Ormin. Y desde que llegué a Haspide, la mayor parte del tiempo no la he pasado en la ciudad propiamente dicha, sino en el palacio, o en el

pabellón de verano de las colinas Yvenage, o en el camino, de viaje hacia allí o de regreso aquí.

Me pregunté si la doctora me había mandado realmente a buscar a los niños o es que habría algún tratamiento arcano o secreto que quería utilizar sin que yo estuviese delante. Dicen que todos los doctores son muy discretos con su trabajo –he oído que un clan de medicina de Oartch mantuvo en secreto la invención de los fórceps durante dos generaciones– pero siempre había pensado que la doctora Vosill era diferente. Puede que lo fuera. Puede que creyera que yo podía conseguir que el hielo llegase antes, aunque a mí se me antojaba que podía hacer bien poca cosa al respecto. El estruendo del cañonazo que marcaba el final de una guardia y el inicio de siguiente sobrevoló la ciudad. El ruido de la tormenta amortiguó en tal medida el sonido que casi se hubiera podido creer que formaba parte de ella. Me abroché la capa hasta el cuello. Mientras estaba haciéndolo, el viento me quitó el sombrero de la cabeza y lo mandó dando vueltas hasta el desagüe central de la calle. Corrí tras él y lo rescaté de la fétida corriente con la nariz arrugada por la repugnancia. Lo limpié lo mejor que pude debajo de un canalón de desagüe, le di la vuelta, lo olí y finalmente volví a tirarlo.

Cuando encontré los muelles, al cabo de un buen rato, volvía a estar totalmente empapado. Busqué en vano la tienda de hielo hasta que se me comunicó, con términos nada equívocos por parte de la población de marineros y mercantes que descubrí en algunas oficinas destartaladas y un par de tabernas abarrotadas y llenas de humo, que estaba en el lugar equivocado para buscar ese tipo de establecimientos. Aquel era el mercado de pescado. Tuve la ocasión de confirmarlo al resbalar en las tripas descompuestas de alguna captura, que alguien había dejado pudriéndose en un charco azotado por el viento, y estuve a punto de caer a las aguas agitadas y ondulantes del muelle. No es que hubiese acabado más empapado a consecuencia de un accidente así, pero yo, a diferencia de la doctora, no sé nadar. Finalmente, me vi forzado –por un elevado muro de piedra que se iniciaba sobre un muelle azotado por los vientos y se perdía en la distancia– a regresar a la zona de los arrabales miserables.

Los niños habían llegado antes que yo. Volví a entrar en el maldito edificio, ignoré la mirada aterradora que me lanzaba la fétida bruja de la puerta, arrastré mis pobres huesos escaleras arriba entre los olores y las cacofonías siguiendo un rastro de pisadas oscuras hasta el último piso, donde el hielo ya había sido entregado, y la niña, envuelta en él, seguía cubierta por la capa de la doctora y volvía a estar rodeada por sus hermanos y amigos.

El hielo llegó demasiado tarde. Y nosotros también, un día o dos. La doctora lo intentó durante toda la noche, empleando todos los medios que conocía, pero la niña

se le escurrió entre los dedos, presa de una fiebre ardiente que el hielo fue incapaz de aliviar, hasta que en algún momento, cuando la tormenta empezaba a amainar, en la medianoche de Xamis, mientras Seigen seguía tratando de perforar los deshilachados y oscuros jirones de las nubes y el viento se llevaba lejos y deprisa las voces de los cantores, la muchacha murió.

4

El guardaespaldas

—Dejadme que lo registre, general.

–No podemos registrarlo, DeWar, es un embajador.

–ZeSpiole tiene razón, DeWar. No podemos tratarlo como si fuera un campesino pedigüeño.

–Claro que no, DeWar –dijo BiLeth, consejero del Protector en materia de Asuntos Exteriores. Era un hombre alto, delgado y autoritario, con una cabellera larga y rala y un temperamento propenso a fuertes arrebatos. Trató por todos los medios imaginables de mirar a DeWar, que era más alto que él, desde arriba–. ¿Por qué clase de rufianes queréis que nos tomen?

–Desde luego, el embajador viene con la acostumbrada parafernalia diplomática –dijo UrLeyn, mientras recorría la terraza de un lado a otro.

–De una de las Compañías del Mar –protestó DeWar–. No es precisamente una delegación imperial de antaño. Llevan todos la ropa, las joyas y las insignias propias del oficio, pero ¿concuerdan?

–¿Que si concuerdan? –preguntó UrLeyn, desconcertado.

–Creo –dijo ZeSpiole– que el jefe de vuestros guardaespaldas quiere decir que su atuendo es robado.

–¡Ja! –dijo BiLeth con una violenta sacudida de la cabeza.

–Sí, y además no hace mucho –dijo DeWar.

–Aunque fuera así –dijo UrLeyn–. Es más, precisamente por ello.

–¿Señor?

–¿Precisamente por ello?

BiLeth pareció confundido un momento y luego asintió con gesto sabio.

El general UrLeyn se detuvo bruscamente sobre las baldosas blancas y negras de

la terraza. DeWar pareció detenerse al mismo tiempo, y ZeSpiole y BiLeth un segundo después. Todos los que los seguían por la terraza, entre los aposentos privados y las cámaras de la corte –generales, escribas y burócratas, la panoplia habitual– tropezaron unos con otros con un apagado tintineo de armaduras, espadas y tablillas de escritura al parar tras ellos.

–Las Compañías del Mar pueden ser aún más importantes ahora que el viejo Imperio está hecho trizas, amigos míos –dijo el general UrLeyn al tiempo que se volvía bajo el sol para dirigirse a la figura calva de BiLeth, a la más alta y morena de su guardaespaldas y al menudo y viejo caballero, embutido en el uniforme de la guardia de palacio. ZeSpiole, un hombre flaco y encorvado, con unos ojos rodeados de profundas arrugas, había sido el antecesor de DeWar al frente de los guardaespaldas. Ahora, en lugar de tener encomendada la protección inmediata de la persona de UrLeyn, era comandante de la guardia, por lo que la seguridad del palacio entero era responsabilidad suya–. Los conocimientos de las Compañías del Mar –prosiguió UrLeyn–, sus habilidades, sus cañones... son mucho más importantes ahora. El colapso del Imperio ha engendrado un exceso de aspirantes a emperador...

–¡Al menos tres, hermano! –exclamó RuLeuin.

–Precisamente –dijo UrLeyn con una sonrisa–. Tres emperadores, un montón de reyes felices, al menos más felices de lo que eran bajo el antiguo Imperio, y varios personajes más que se han atribuido el título de rey y que jamás se habrían atrevido a hacerlo en el antiguo régimen.

–¡Por no mencionar a uno para el que el título de rey sería un insulto y, de hecho, un descenso de categoría, señor! –dijo YetAmidous, quien acababa de aparecer detrás del general.

UrLeyn dio unas palmaditas en la espalda al otro hombre, algo más alto que él.

–Como ves, DeWar, hasta mi buen amigo el general YetAmidous me cuenta a mí entre aquellos que se han beneficiado de la desaparición del antiguo régimen y me recuerda que no fue ni mi astucia, ni mi prudencia, ni mi ejemplar genio militar lo que me llevó a la exaltada posición que ocupo en este momento –dijo UrLeyn con un guiño.

–¡General! –dijo YetAmidous al tiempo que su rostro ancho, de ceño poblado y aire audaz, adoptaba una expresión dolorida–. ¡Nunca pretendí sugerir tal cosa!

El gran edil UrLeyn se echó a reír y volvió a posar una mano sobre el hombro de su amigo.

–Lo sé, Yet, no te preocupes. Pero, ¿entiendes la cuestión, DeWar? –dijo mientras se volvía de nuevo hacia él, alzando la voz lo bastante para dejar claro que se dirigía a todos los presentes y no solo al jefe de sus guardaespaldas–. Hemos podido –les dijo UrLeyn– adquirir un mayor control sobre nuestros propios asuntos porque no tenemos la amenaza de la interferencia imperial sobre nuestras cabezas. Las grandes

fortalezas están desiertas, los reclutas han regresado a sus casas o han formado bandas de salteadores que no representan un peligro real, las flotas se han ido a pique en batallas navales o se han podrido, abandonadas. Algunas de las naves tenían capitanes que lograron mantener el control mediante el respeto, y no el miedo, y muchas de ellas forman parte ahora de las Compañías del Mar. Las más antiguas han creado una nueva potencia, ahora que los barcos del Imperio ya no las hostigan. Y con ese poder, tienen una nueva responsabilidad, una nueva posición en este mundo. Se han convertido en protectores en lugar de secuestradores y en guardias en lugar de piratas.

UrLeyn pasó la mirada por todos los miembros del grupo que, allí de pie, en la terraza de baldosas blancas y negras, parpadeaban bajo la ardiente mirada de Xamis y Seigen.

BiLeth asintió con un aire de sabiduría aún más marcado.

–Así es, señor. A menudo he...

–El Imperio era el padre –continuó UrLeyn–, y los reinos, así como, en menor medida, las Compañías del Mar, eran los hijos. Se nos dejaba jugar unos con otros la mayor parte del tiempo, hasta que hacíamos demasiado ruido o rompíamos algo, y entonces los adultos venían y nos castigaban. Ahora nuestros padres están muertos y sus degenerados parientes se disputan la herencia, pero ya es demasiado tarde y los niños son jóvenes, han dejado la guardería y se han hecho cargo de la casa. De hecho, caballeros, hemos dejado la cabaña del árbol para ocupar la finca entera y ahora no debemos tratar con excesiva falta de respeto a aquellos que jugaban con sus barquitos en el estanque. –Sonrió–. Lo menos que podemos hacer es tratar a sus embajadores como querríamos que fueran tratados los nuestros. –Dio a BiLeth una fuerte palmada en el hombro, que lo hizo tambalearse–. ¿No crees?

–Absolutamente, señor –dijo el aludido con una mirada desdeñosa dirigida a DeWar.

–Ahí lo tienes –dijo UrLeyn. Se volvió sobre sus talones–. Vamos. –Se alejó.

DeWar seguía a su lado, como un pedazo de negrura en movimiento sobre las baldosas. ZeSpiole tuvo que apretar el paso para alcanzarlos. BiLeth alargó sus zancadas.

–Posponed el encuentro, mi señor –dijo DeWar–. Que se celebre en circunstancias menos formales. Invitad al embajador a reunirse con vos... en los baños, por ejemplo, y luego...

–En los baños, DeWar –se mofó el general.

–¡Es ridículo! –dijo BiLeth.

ZeSpiole se limitó a soltar una risilla parecida a un graznido.

–He visto a ese embajador, señor –dijo DeWar al general mientras las puertas se abrían para ellos y entraban en el frescor del gran salón, donde los esperaba medio

centenar de cortesanos, burócratas y militares, dispersos sobre su sencillo suelo de piedra–. No me inspira confianza, señor –dijo en voz baja al tiempo que lanzaba una mirada rápida en derredor–. De hecho, lo que me inspira es sospecha. Sobre todo porque ha solicitado una audiencia privada.

Se detuvieron junto a las puertas. El general señaló ron la cabeza una pequeña alcoba excavada en la pared, que tenía el espacio justo para que se sentaran ellos dos.

–Disculpadnos, BiLeth, comandante ZeSpiole. –Este último pareció incomodado por la orden, pero asintió. BiLeth se echó ligeramente hacia atrás, como si aquello fuera un auténtico ultraje, pero a continuación hizo una profunda reverencia. UrLeyn y DeWar tomaron asiento en la alcoba. El general levantó una mano para impedir que la gente que se les acercaba se aproximara demasiado. ZeSpiole abrió los brazos para mantener a todo el mundo a raya.

–¿Qué es lo que te resulta tan sospechoso, DeWar? –preguntó el general en voz baja.

–No se parece a ningún embajador que yo haya visto. No tiene aspecto de diplomático.

UrLeyn se rió entre dientes.

–¿Qué pasa, viste con botas y sombrero de pirata? ¿Tiene mejillones en los talones y mierda de gaviota en el sombrero? En serio, DeWar...

–Me refiero a su rostro, su expresión, sus ojos, su manera de comportarse en general... He visto centenares de embajadores, señor, y son tan diferentes como cabría esperar y más aún. Los hay zalameros, francos, fanfarrones, resignados, modestos, nerviosos, adustos... De todo tipo. Pero todos ellos parecen serios, señor, todos parecen compartir un interés común por su oficio y su función. Este... –DeWar sacudió la cabeza.

UrLeyn le puso una mano en el hombro.

–Este te da mala espina, ¿verdad?

–Confieso que no puedo decir otra cosa, señor.

UrLeyn se echó a reír.

–Como ya he dicho, DeWar, vivimos en un tiempo en el que los valores y los papeles de la gente están cambiando. Tú no esperas que me comporte como otros gobernantes anteriores, ¿verdad?

–No señor, en efecto.

–Pues del mismo modo no podemos esperar que todos los funcionarios de todas las nuevas potencias se correspondan a las expectativas creadas en tiempos del antiguo Imperio.

–Eso lo comprendo, señor. Espero estar teniéndolo en cuenta. Solo estoy hablando de un presentimiento. Pero es, si se me permite expresarlo así, un presentimiento profesional. Y es, al menos en parte, a causa de cosas como esta por lo

que estoy a vuestro servicio. –DeWar escudriñó la expresión de su señor para ver si estaba convencido, si había conseguido transmitirle parte de la aprensión que sentía. Pero los ojos del Protector seguían titilando, más divertidos que preocupados–. Señor –dijo echándose hacia delante–, el otro día, alguien cuya opinión sé que valoráis, me dijo que no puedo ser otra cosa que un guardaespaldas, que todo lo que hago cuando estoy despierto, incluso cuando se supone que estoy relajado, está consagrado a la tarea de protegeros de la mejor manera posible. –Aspiró profundamente–. Lo que quiero decir es que si yo solo vivo para protegeros de todo peligro y no pienso en otra cosa, aun cuando podría hacerlo, tanto más debo prestar atención a mis presentimientos cuando estoy en el desempeño activo de mis funciones, como ahora.

UrLeyn lo observó un momento.

–Me pides que confíe en tu desconfianza –dijo en voz baja.

–El Protector lo ha expresado mejor de lo que yo habría podido hacerlo.

UrLeyn sonrió.

–¿Y por qué iba a quererme muerto cualquiera de las Compañías del Mar?

DeWar bajó aún más la voz.

–Porque estáis pensando en construir una armada, señor.

–¿Ah, sí? –preguntó UrLeyn con aparente sorpresa.

–¿No es así, señor?

–¿Qué te hace pensar eso?

–Que habéis regalado al pueblo algunos de los Bosques Reales para luego, recientemente, introducir la condición de que algunos de los árboles más viejos fueran talados.

–Son peligrosos.

–Están sanos, señor, y tienen la edad y la forma idónea para fabricar navíos. Luego está el Refugio del Marinero en Tyrsk, la escuela naval que está proyectándose y...

–Es suficiente. ¿Tan indiscreto he sido? Y, ¿tan numerosos y perspicaces son los espías de las Compañías del Mar?

–Y también habéis mantenido conversaciones con Haspidus y Xinkspar encaminadas, imagino, a sumar las riquezas de una y los conocimientos de la otra al proyecto de construcción de dicha armada.

Ahora UrLeyn puso cara de preocupación.

–¿Lo sabías? Tienes un oído muy agudo, DeWar.

–No he escuchado nada que no se deba a mi proximidad a vos, señor. Pero los que también han llegado hasta mí, sin yo buscarlos, son los rumores. El pueblo no es estúpido y los funcionarios tienen sus especialidades, señor, sus áreas de conocimiento. Cuando un antiguo almirante es convocado, cabe asumir que no es para discutir cómo criar mejores bestias de carga para cruzar las llanuras Jadeantes.

–Mmmm –dijo UrLeyn, con la mirada puesta en la gente que los rodeaba, pero sin verla. Asintió–. Puedes bajar las persianas del burdel, pero la gente sabe igual lo que estás haciendo.

–Exactamente, señor.

UrLeyn se dio una palmada en la rodilla y se dispuso a levantarse. DeWar se le adelantó.

–Muy bien, DeWar, para contentarte, la reunión se celebrará en la cámara pintada. Y será aún más privada de lo que nos han pedido, solo él y yo. Tú estarás escuchando. ¿Contento?

–Señor.

El capitán de flota Oestrile, embajador de la Compañía de Mar del Refugio de Kep, vestido con una versión elegante de un uniforme náutico, con botas de filibustero color azul, pantalones de piel de lucio gris y una guerrera de cuello alto de color aguamarina con hilo de oro –ycoronado todo ello por un tricornio engalanado con plumas de ave del paraíso–, entró lentamente en la cámara pintada del palacio de Vorifyr.

El embajador recorrió con andares cautelosos la estrecha alfombra de hilo de oro que desembocaba en un pequeño escabel situado a un par de pasos del único mueble que, aparte de este, descansaba sobre el lustroso suelo de madera de la estancia, a saber, una pequeña plataforma con una simple silla encima, en la que estaba sentado el Primer Protector, Primer General y Gran Edil del Protectorado de Tassasen, general UrLeyn.

El diplomático se quitó el sombrero y ejecutó una pequeña reverencia ante el Protector, quien le indicó el escabel. El embajador contempló el bajo banquillo durante dos décimas de segundos y entonces se desabrochó un par de botones de la parte baja de la guerrera y, tras dejar su extravagante sombrero a un lado, tomó asiento cuidadosamente. No llevaba armas a la vista, ni siquiera una espada ceremonial, aunque alrededor de su cuello había una cinta que sujetaba un sólido cilindro de piel brillante, con una tapa abotonada en un extremo, acabada en una filigrana de oro con grabados. El embajador recorrió con la mirada las paredes de la cámara.

Estaban decoradas con una serie de paneles pintados que representaban las diferentes regiones del antiguo reino de Tassasen: un bosque rebosante de caza, un castillo siniestro y enorme, una bulliciosa plaza, un harén, una llanura aluvial recubierta por un rompecabezas de predios, y otras cosas por el estilo. Si los temas eran relativamente vulgares, la calidad de las pinturas lo era del todo. La gente que había oído hablar de la cámara pintada –que solo se abría en raras ocasiones y se usaba con menos frecuencia aún– y esperaba algo especial, resultaba invariablemente

decepcionada. Las pinturas eran, según la opinión de casi todos, bastante feas y poco interesantes.

–Embajador Oestrile –dijo el Protector. Vestía como en él era costumbre, con la chaqueta larga y los pantalones que había puesto de moda. El antiguo collar real de Tassasen, ya sin su corona, era su única concesión a la formalidad.

–Sire –dijo el aludido.

UrLeyn creyó ver en el comportamiento del embajador algo de lo que DeWar había mencionado. Había una especie de brillo vacío en la mirada del joven. Una expresión que incluía unos ojos tan abiertos y una sonrisa tan amplia en un rostro tan joven y resplandecientemente suave no hubiera debido ser tan inquietante como acababa resultando. Era de constitución media y su cabello era negro y moreno, aunque lo llevaba teñido con polvos rojos, según una moda que UrLeyn no conocía. Llevaba un bigote demasiado fino para alguien tan joven. Joven. Puede que eso fuera parte de la explicación, pensó UrLeyn. Los embajadores solían ser más viejos y obesos. Bueno, no tenía mucho sentido que se dedicase a dar discursos sobre cambiar los tiempos y los papeles y luego se dejase sorprender.

–¿Qué tal el viaje? –le preguntó–. Confío en que nada emocionante.

–¿Nada emocionante? –dijo el joven, aparentemente confuso–. ¿Y eso?

–Quiero decir tranquilo –dijo el Protector–. ¿Habéis tenido un viaje tranquilo?

El joven pareció aliviado por un momento.

–Ah –dijo asintiendo con una gran sonrisa–. Sí. Tranquilo. Nuestro viaje fue tranquilo. Muy tranquilo. –Volvió a sonreír.

UrLeyn empezó a preguntarse si el joven estaría bien de la cabeza. Puede que lo hubieran nombrado embajador porque era el hijo favorito de algún viejo chocho, que no se daba cuenta de que su hijo no estaba en sus cabales. Además, tampoco hablaba el imperial demasiado bien, pero UrLeyn estaba acostumbrado a escuchar extraños acentos en boca de los ciudadanos de las potencias náuticas.

–Bueno, embajador –dijo abriendo las manos a ambos lados–. Habéis solicitado una audiencia.

Los ojos del joven se abrieron aún más.

–Sí. Una audiencia. –Lentamente, se quitó la cinta del cuello y miró el cilindro de piel brillante que tenía en el regazo–. Antes que nada, señor –dijo–, tengo un regalo para vos. Del capitán de flota Vritten. –Levantó una mirada expectante hacia UrLeyn.

–Confieso que no he oído hablar del capitán de flota Vritten, pero continuad.

El joven se aclaró la garganta. Se limpió el sudor de la frente. *Puede,* pensó UrLeyn, *que tenga fiebre. Hace un poco de calor aquí, pero no tanto como para hacer sudar a un hombre de esa manera. Las Compañías del Mar pasan gran parte del año en los trópicos, así que es imposible que no esté acostumbrado al calor, con brisas marinas o sin ellas.*

El capitán abrió los botones que el cilindro tenía en un extremo y sacó un segundo cilindro, envuelto también en una piel cubierta con inscripciones de oro, aunque en este caso con los extremos hechos de algo que parecía oro, o bronce, y uno de ellos acabado en una serie de anillos metálicos.

–Lo que tengo aquí, señor –dijo el embajador con la mirada clavada en el cilindro, que ahora sujetaba con ambas manos–: es una máquina de visión. Un optiscopio, o telescopio, como también se conoce a estos artefactos.

–Sí –dijo UrLeyn–. He oído hablar de esas cosas. Naharajast, el último matemático imperial, aseguraba haber utilizado uno dirigido al cielo para realizar sus predicciones sobre las rocas de fuego que aparecieron el año de la caída del Emperador. El año pasado, un inventor, o alguien que aseguraba serlo, vino a palacio y nos mostró uno. Yo mismo eché un vistazo con él. Me pareció interesante. La vista estaba un poco empañada, pero no se puede negar que resultaba algo nuevo.

El joven embajador no pareció oírlo.

–El telescopio es un aparato fascinante... sumamente fascinante, señor, y este es uno de los mejores ejemplos. –Empezó a extender el aparato hasta que, con varios chasquidos, multiplicó por tres su longitud inicial, hecho lo cual se lo llevó a un ojo y miró a UrLeyn, y luego a los paneles pintados de la estancia. UrLeyn tuvo la impresión de que estaba escuchando un discurso memorizado–. Mmmm –dijo el joven embajador con un asentimiento de la cabeza–. Extraordinario. ¿No queréis probarlo, señor? –Se puso en pie y le ofreció el aparato al Protector, quien, con un gesto, le indicó que se acercara. Con el estuche cilíndrico del instrumento en la otra mano, el capitán se adelantó y ofreció el extremo del catalejo en el que estaba el visor a UrLeyn, quien se inclinó hacia delante en su asiento y lo cogió. El embajador soltó el extremo grueso del aparato. Este empezó a caer al suelo.

–Cuánto pesa, ¿no? –dijo UrLeyn mientras extendía rápidamente la otra mano para salvar el artefacto. Casi tuvo que levantarse de un salto para mantener el equilibrio y cayó sobre una rodilla, inclinado sobre el joven capitán, que retrocedió un paso.

De improviso, en las manos del embajador Oestrile apareció un largo y fino puñal, que se levantó y empezó a descender. UrLeyn lo vio al mismo tiempo que su rodilla tocaba la plataforma y finalmente lograba coger el catalejo. Con las manos ocupadas, aún desequilibrado y arrodillado debajo del otro hombre, el rey supo al instante que no había nada que pudiera hacer para parar el golpe.

El proyectil de la ballesta alcanzó al embajador Oestrile en la cabeza un instante después de rebotar en el cuello alto de su guerrera. La punta se alojó en el cráneo, por encima justo de la oreja izquierda, aunque la mayor parte del astil quedó fuera. Si cualquiera de los dos hombres hubiera tenido el tiempo y el deseo de mirar, habría visto que acababa de aparecer un pequeño agujero en el cuadro de la bulliciosa plaza

de la ciudad. Oestrile, con el puñal aún en la mano, retrocedió tambaleándose y trastabillando sobre el suelo de madera pulida. UrLeyn se dejó caer sobre la silla y agarró con las dos manos el extremo estrecho del catalejo. Lo balanceó hacia atrás con la intención de utilizarlo como garrote.

El embajador profirió un atronador rugido de dolor y rabia, se llevó una mano al virote de la ballesta, lo agarró sacudiendo la cabeza y entonces, de repente, volvió a abalanzarse sobre UrLeyn con el puñal en alto.

Con un crujido resonante, DeWar atravesó el fino panel de yeso que representaba la plaza de la ciudad. Una bocanada de polvo rodó sobre el brillante suelo y los fragmentos de yeso volaron en todas direcciones, mientras el guardaespaldas, con la espada preparada, lanzaba una estocada contra el abdomen del embajador. La hoja se partió. La inercia de DeWar lo proyectó de costado contra Oestrile. Sin dejar de gritar y sin soltar la daga, este cayó al suelo con un ruido sordo. DeWar arrojó la espada rota al suelo, rodó hacia un lado y desenvainó su propio puñal.

UrLeyn había soltado el pesado telescopio y se había levantado. Sacó un pequeño cuchillo de la chaqueta y buscó refugio detrás de la alta silla. Oestrile, con el virote aún alojado en el cráneo, se puso en pie. Sus botas trataron de encontrar asidero en el resbaladizo suelo de madera mientras avanzaba hacia el Protector. DeWar, que iba descalzo, lo alcanzó antes de que hubiera dado medio paso, se colocó detrás de él, le tapó la cara con una mano y, con un dedo metido en su nariz y otro en un ojo, tiró de su cabeza hacia atrás. El embajador Oestrile lanzó un grito al sentir que la daga de DeWar le rebanaba la desprotegida garganta. El chorreo y el burbujeo de la sangre ahogaron su aullido.

El embajador cayó de rodillas, soltó finalmente la daga y, sangrando por el cuello, se desplomó de costado sobre el brillante suelo.

–¿Señor? –preguntó DeWar, sin aliento y con la mirada aún prendida del cuerpo que se retorcía en el suelo. Desde el otro lado de las puertas de la sala llegaban los ecos de un auténtico escándalo. Empezaron a sonar unos golpes sordos.

–¡Señor! ¡Protector! ¡General! –exclamaba una docena de voces.

–¡Estoy bien! ¡Dejad de aporrear la condenada puerta! –gritó UrLeyn. La conmoción se acalló un poco. El general dirigió la mirada hacia el lugar donde había estado el fresco de la abarrotada plaza del mercado. En la pequeña alcoba que había aparecido tras ella había un recio soporte de madera que sujetaba una ballesta. UrLeyn miró a DeWar y envainó la daga en el bolsillo de la chaqueta–. Estoy bien, gracias a ti, DeWar. ¿Y tú?

–También estoy ileso, señor. Siento haber tenido que matarlo. –Bajó la mirada hacia el cuerpo, que emitió un último y burbujeante siseo y entonces pareció hundirse un poco sobre sí mismo. El charco de sangre del suelo era hondo y oscuro y aún seguía expandiéndose lentamente. DeWar se arrodilló y, con la daga apoyada en lo

que quedaba del cuello del hombre, le buscó el pulso.

–No importa –dijo el Protector–. Qué resistencia la suya, ¿no? –Lanzó una risilla casi femenina.

–Creo que parte de su fuerza y su valentía se debían a una poción o a alguna droga, señor.

–Mmm –dijo UrLeyn antes de lanzar una mirada a la puerta–. ¡Cerrad el pico! –gritó–. ¡Estoy perfectamente, pero este pedazo de mierda ha tratado de asesinarme! ¿Y la guardia de palacio?

–¡Sí, señor! ¡Cinco presentes! –gritó una voz amortiguada.

–Id a buscar al comandante ZeSpiole. Decidle que busque al resto de la legación y la arreste. Alejad a todo el mundo de las puertas y luego entrad. No se permitirá entrar aquí a nadie que no pertenezca a la guardia hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

–¡Señor! –La conmoción se intensificó un momento y luego volvió a remitir, hasta que la sala de las pinturas quedó casi en silencio.

DeWar le había desabrochado la guerrera al asesino.

–Una cota de malla –dijo mientras pasaba un dedo por el forro de la prenda. Le dio unos golpecitos en el cuello–. Y metal. –Agarró el astil del virote, tiró de él, se puso en pie, apoyó un pie descalzo en la cabeza del embajador Oestrile y finalmente logró sacar el proyectil con un delicado crujido–. No me extraña que lo desviara.

UrLeyn se acercó al borde de la plataforma.

–¿De dónde ha salido el puñal? No lo he visto.

DeWar caminó hasta la alta silla dejando pisadas sangrientas. Levantó primero el catalejo y luego el cilindro de piel en el que había venido. Examinó el estuche.

–Hay una especie de resorte en el fondo. –Inspeccionó el telescopio–. El lado ancho no tiene cristal. La daga debía de estar alojada en el artefacto cuando estaba guardado en el estuche.

–¿Señor? –dijo una voz desde la puerta.

–¿Qué pasa? –gritó UrLeyn.

–Sargento de la guardia HieLiris y otros tres soldados, señor.

–Entrad –les ordenó UrLeyn. Los guardias obedecieron y miraron cautelosamente a su alrededor. Todos parecieron sorprendidos al ver el agujero en el lugar donde había estado el fresco de la ciudad–. No habéis visto eso –les dijo el Protector. Todos asintieron. DeWar estaba limpiando la daga en un trozo de tela. UrLeyn avanzó un paso y propinó un puntapié en el hombro al cuerpo, que dio media vuelta y quedó de espaldas.

–Llevaos esto –ordenó a los guardias. Dos de ellos envainaron la espada y agarraron el cuerpo por ambos lados.

–Mejor cogedlo uno de cada pierna –les dijo DeWar–. Esa guerrera pesa lo suyo.

–Encárgate de que se limpie todo, DeWar –le dijo UrLeyn.

–Debería estar a vuestro lado, señor. Si ha sido una intentona en serio, podría haber dos asesinos, por si nos relajábamos al pensar que el primer ataque había fracasado.

UrLeyn se irguió y aspiró hondo.

–No te preocupes por mí. Me voy a la cama –dijo.

DeWar frunció el ceño.

–¿Seguro que estáis bien, señor?

–Oh, estoy perfectamente, DeWar –dijo el Protector mientras se alejaba siguiendo el reguero de sangre que estaban dejando los guardias al arrastrar el cuerpo hacia las puertas–. Me voy a la cama, pero en compañía de alguien que tenga un cuerpo muy joven, mullido y firme. –Lanzó una sonrisa a DeWar desde las puertas–. La proximidad de la muerte tiene ese efecto sobre mí. –Se echó a reír al mirar el reguero de sangre que terminaba en el charco junto a la plataforma–. Tendría que haber sido enterrador.

5

La doctora

Amo, habíamos llegado ya a esa época del año en la que la corte entera sucumbe al más excitado y febril de los estados al prepararse para la Gran Rondalla y el traslado al palacio de verano. La doctora estaba tan atareada con los preparativos como todos los demás, aunque, claro está, puede que en su caso cupiera esperar una excitación añadida, habida cuenta de que se trataba de su primera Gran Rondalla. Yo hice todo lo que pude por ayudarla, aunque una ligera fiebre que me tuvo en cama durante varios días inhibió parcialmente mis esfuerzos.

Confieso que oculté los síntomas de mi enfermedad durante tantos días como me fue posible, primero porque no quería que la doctora me creyera débil y segundo porque los ayudantes de otros médicos me habían dicho que, por muy amables y complacientes que fueran sus señores con sus pacientes de pago, cuando eran sus propios asistentes los que enfermaban se comportaban, desde el primero hasta el último, de manera notoriamente brusca y desagradable.

Sin embargo, la doctora Vosill se mostró conmigo como la más condescendiente y comprensiva de las personas, y me cuidó casi como si fuera una madre (cosa que no creo que tenga edad para ser).

No recordaría nada más de mi breve enfermedad, y hasta puede que la hubiera omitido por completo de mi relato –salvo para explicar a mi amo por qué se había producido un vacío en mis informes– de no ser por el siguiente hecho, que, según creo, podría servir para proyectar un poco de luz sobre el misterioso pasado de la doctora antes de llegar a la ciudad hace dos años.

Me encontraba, debo confesar, en un estado muy extraño en el momento álgido de mi enfermedad, sin apetito, sudando copiosamente y sumido en una especie de estado de semiinconsciencia. Cada vez que cerraba los ojos estaba seguro de que veía

formas extrañas y fastidiosas que me atormentaban con sus dementes e incomprensibles mutaciones y cabriolas.

Mi mayor temor, como podéis imaginar, era decir algo que revelara a la doctora el hecho de que se me había encomendado su vigilancia. Como es natural, dado que es una persona bondadosa y digna de toda confianza, al menos a juzgar por todo lo que he visto y relatado hasta el momento (y por tanto una persona devotamente leal a nuestro buen rey), puede que esta revelación no provocara nada malo, pero sea como sea, seguiré fielmente los deseos de mi amo y mantendré mi misión en secreto.

Tened la segundad, amo, de que ninguna palabra o pista sobre mi misión salió de mis labios y de que la doctora continúa sumida en la ignorancia por lo que a estos asuntos se refiere. Sin embargo, aunque esta, la más preciosa de las confidencias, se mantuvo a buen recaudo en mi interior, otras de las inhibiciones que habitualmente me constriñen se esfumaron como consecuencia de la fiebre y un día me encontré en la cama de mi celda, mientras la doctora, que acababa de volver de tratar al rey (esta vez tenía una contractura en el cuello, creo), me lavaba el sudor de la parte superior del cuerpo.

–Sois muy buena conmigo, doctora. Eso debería hacerlo una enfermera.

–Y una enfermera lo hará si el rey vuelve a llamarme a su lado.

–¡Nuestro querido rey! ¡Cuánto lo amo! –grité (cosa que era cierta, aunque también resultaba un poco embarazosa, así expresada).

–Como todos nosotros, Oelph –dijo la doctora mientras estrujaba un trapo húmedo sobre mi pecho y, con lo que se me antojó una mirada meditabunda, me lavaba la piel. Estaba acurrucada junto a mi cama, que es muy baja por culpa de las limitaciones de espacio de mi celda.

La miré a la cara, que en aquel momento parecía triste, o al menos eso me pareció a mí.

–No temáis, doctora. ¡Lo cuidáis muy bien! Él se preocupa porque su padre, que era el más fuerte de los hombres, murió joven, pero vos lo mantendréis sano y salvo, ¿verdad?

–¿Qué? Sí, sí, claro.

–¡Oh! No estaréis preocupada por mí, ¿verdad? –Y confieso que mi corazón dio un pequeño vuelco en el interior de mi febril y fatigado pecho, porque, ¿qué hombre joven no se emocionaría ante la idea de que una mujer buena y hermosa, y más aún una que estuviera ocupándose tan íntimamente de sus necesidades corporales como ella lo estaba haciendo en aquel momento, se preocupara por él?– No os preocupéis –dije levantando una mano–. No voy a morir. –Ella puso cara de incertidumbre, así que añadí–: ¿O sí?

–No, Oelph –respondió con una sonrisa bondadosa–. No, no te vas a morir. Eres joven y fuerte y yo te cuidaré. Dentro de otro medio día, empezarás a recuperarte. –

Bajó la mirada hacia la mano que yo había extendido hacia ella, que se encontraba, me di cuenta entonces, sobre su rodilla.

–Ah, esa vieja daga vuestra –dije. No tenía tanta fiebre como para no sentirme avergonzado. Di unos golpecitos en el pomo del viejo cuchillo, que asomaba de la bota de la doctora, muy cerca de donde yo había apoyado la mano–. Siempre me ha... eh... fascinado. ¿Qué clase de cuchillo es? ¿Alguna vez lo habéis usado? Me atrevería a decir que no es una herramienta quirúrgica. Parece poco afilada. ¿Es un arma ceremonial? ¿Qué...?

La doctora sonrió y me puso una mano sobre los labios para que guardara silencio. Bajó el brazo, sacó la daga de su vaina y me la ofreció.

–Toma –dijo. El arma, con su hoja desafilada, quedó apoyada sobre la palma de mi mano–. Te diría que tuvieras cuidado –dijo sin dejar de sonreír–, pero la verdad es que no tiene mucho sentido.

–Ni filo –dije yo mientras deslizaba un pulgar sudoroso por este.

La señora se rió a carcajadas.

–Vaya, Oelph, un chiste –dijo mientras me daba unas suaves palmaditas en el hombro–. Y encima en mi propia lengua. Estás mejorando mucho. –Se le iluminaron los ojos.

De improviso, me invadió la vergüenza.

–Os habéis ocupado tanto de mí, señora... –No sabía muy bien qué decir, así que me dediqué a estudiar la daga. Era un arma antigua y pesada, de mano y media de longitud, y hecha de un acero viejo recubierto de pequeños agujeros de óxido. La hoja estaba ligeramente doblada y la punta se había abollado y desafilado con el paso del tiempo. Tenía algunas muescas en el filo, que realmente era tan romo que habría que aplicar mucha fuerza para cortar con el cualquier cosa más dura que una medusa. La empuñadura de cuerno también estaba picada, más aún que la hoja. Alrededor del pomo y formando tres líneas que discurrían a lo largo de la empuñadura hasta la guarda, había unas piedras semipreciosas, ninguna de ellas mayor que un grano de trigo, junto a muchos agujeros que, según apuntaba todo, probablemente contuvieran gemas similares en el pasado. La parte superior del pomo estaba formada por una piedra traslúcida, grande y oscura que la vista podía atravesar cuando se colocaba bajo la luz. Alrededor de la base del pomo había algo que al principio tomé por una fina y sinuosa talla, pero que en realidad era una hilera de agujerillos que habían perdido todas las pequeñas y pálidas piedras que antaño alojaran, salvo una.

Pasé un dedo por esta hilera.

–Deberías mandarla a reparar, señora –le dije–. El armero de palacio se prestaría gustoso, estoy seguro, porque las piedras no parecen caras y el trabajo no es de primera calidad. Dejad que la lleve a la armería cuando me haya recuperado. Conozco al ayudante del armero segundo. No será problema. Quisiera hacer algo por

vos.

–No es necesario –dijo la doctora–. Me gusta tal como está. Tiene un valor sentimental para mí. La llevo como recuerdo.

–¿De quién, señora? –¡La fiebre! ¡En condiciones normales nunca habría sido tan osado!

–De un viejo amigo –dijo ella sin dudar. Terminó de limpiarme el pecho y luego dejó los trapos a un lado y se sentó en el suelo.

–¿De Drezen?

–De Drezen. –Asintió–. Me la dio el día que partí.

–¿Era nueva entonces?

Sacudió la cabeza.

–Ya era vieja. –La fina luz de la puesta de Seigen entraba por las grietas de la ventana y se proyectaba rojiza sobre su cabello, recogido y envuelto en una redecilla–. Un recuerdo de familia.

–Pues no debe de ser un recuerdo muy agradable si dejaron que acabara en este estado, señora. Parece que tiene más agujeros que piedras.

Ella sonrió.

–Las piedras que faltan se usaron por buenas causas. Algunas de ellas compraron protección en lugares remotos, donde una persona que viaja sola se ve más como presa que como invitada, mientras que otras sirvieron para pagar los pasajes que me trajeron hasta aquí.

–No parecen muy valiosas.

–Se valoran más en otras tierras, supongo. Pero el cuchillo, o lo que llevaba, me mantuvo a salvo y me empujó a seguir mi camino. Nunca tuve que usarlo... Bueno, he tenido que empuñarlo y agitarlo un poco en alguna ocasión, pero nunca he tenido que usarlo para hacerle daño a alguien. Y, tal como dices, es una suerte, porque es, con mucha diferencia, el cuchillo peor afilado que he visto desde que llegué aquí.

–En efecto, señora. No sirve de nada tener la daga más roma de todo el palacio. Todas las demás están muy afiladas.

Me miró (y solo puedo decir que era una mirada casi afilada, de tan penetrante como resultaba). Recuperó delicadamente la daga y pasó el pulgar por uno de los filos.

–Puede que te deje que la lleves a la armería, aunque solo sea para que la afilen.

–También podrían sacarle punta, señora. Las dagas son para apuñalar.

–En efecto. –Volvió a guardarla en la vaina.

–¡Oh, señora! –chillé, de repente embargado por el temor–. ¡Lo siento!

–¿Por qué, Oelph? –dijo ella, con su precioso rostro lleno de preocupación y pegado de repente al mío.

–Por... por hablaros así. Por haceros preguntas personales. Solo soy vuestro

criado, vuestro aprendiz. Esto no es apropiado.

–Oh, Oelph –dijo ella en voz baja con una sonrisa. Sentí su fresco aliento sobre la mejilla–. Podemos olvidarnos de eso, al menos en privado, ¿no te parece?

–¿Vos creéis, señora? –(Y confieso que mi corazón, enfebrecido como estaba, dio un vuelco al oír sus palabras, pues esperaba en su locura lo que yo sabía que no podía esperar).

–Eso creo, Oelph –dijo ella. Me cogió la mano y la estrechó suavemente–. Puedes preguntarme lo que quieras. Siempre puedo no responder y no soy de las que se ofenden con facilidad. Me gustaría que fuéramos amigos, no solo doctora y aprendiz. –Ladeó la cabeza, con una expresión entre intrigada y divertida en el rostro–. ¿Te parece bien?

–¡Oh, sí, señora!

–Bien. Vamos a... –Entonces volvió a ladear la cabeza, como si estuviera escuchando algo–. Llaman a la puerta –dijo mientras se levantaba–. Discúlpame.

Regresó al cabo de un rato con el maletín.

–El rey –dijo. Su expresión, me pareció a mí, era mitad de pesar y mitad de alegría–. Parece ser que le duelen los dedos de los pies. –Sonrió–. ¿Estarás bien sin mí, Oelph?

–Sí, señora.

–Volveré en cuanto pueda. Entonces veremos si puedes comer algo.

Habían pasado cinco días, creo, cuando la doctora fue convocada por Tunch, el tratante de esclavos. Su casa era una imponente mansión del barrio mercantil, edificada sobre el gran canal. La puerta principal, alta y orgullosa, se alzaba imponente sobre la doble escalinata que comunicaba con la calle, pero no pudimos entrar por allí. El coche de alquiler que había ido a buscarnos se dirigió a un pequeño embarcadero situado algunas calles más allá, donde nos transfirieron a una pequeña batea cerrada que nos llevó por un canal secundario, con las ventanas cerradas a cal y canto, hasta un pequeño muelle privado situado en la parte trasera de un edificio.

–¿Qué ocurre aquí? –me preguntó la doctora cuando el barquero abrió las ventanas de la batea y la embarcación golpeó los maderos oscuros de un atracadero. Estábamos en pleno verano, pero en aquel lugar hacía mucho frío y olía a humedad y a podredumbre.

–¿Señora? –dije mientras me anudaba un pañuelo perfumado alrededor de la boca y la nariz.

–Todo este secreto.

–No...

–¿Y por qué haces eso? –preguntó, claramente molesta, mientras un criado ayudaba al barquero a amarrar la batea.

–¿Qué? ¿Esto, señora? –pregunté señalando el pañuelo.

–Sí –respondió ella mientras, al ponerse en pie, hacía que la embarcación se tambalease.

–Para combatir los malos humores, señora.

–Oelph, ya te he dicho que los agentes infecciosos se transmiten por el aliento o los fluidos corporales, aunque sean los de los insectos –dijo ella–. Un mal olor, por sí solo, no puede hacerte enfermar. Gracias. –El criado recogió su maletín y lo dejó cuidadosamente sobre el pequeño embarcadero. Yo no respondí. Ningún médico lo sabe todo y más vale prevenir que curar–. Aparte –continuó–, sigo sin saber a qué viene tanto secreto.

–Creo que el tratante de esclavos no quiere que su médico se entere de vuestra visita –le dije mientras bajaba al muelle–. Son hermanos.

–Si el tratante está muriéndose, ¿por qué no está su médico con él? –dijo la doctora–. Y, ya puestos, ¿por qué no está al menos como hermano? –El criado le tendió una mano para ayudarla a desembarcar–. Gracias –volvió a decir ella. (Siempre está dando las gracias a los criados. Los lacayos en Drezen deben de ser gente irritable, creo yo. O muy mal acostumbrada).

–No lo sé, señora –confesé.

–El hermano del señor se encuentra en Trosila, señora –dijo el criado (lo que viene a demostrar lo que suele ocurrir cuando uno empieza a hablar con los criados).

–¿Ah, sí? –dijo la doctora.

El criado abrió una puertecilla que conducía a la parte trasera de la casa.

–Sí, señora –respondió él con una mirada nerviosa al barquero–. Ha ido a buscar en persona una tierra rara que, según dicen, se utiliza para tratar la enfermedad que padece el señor.

–Ya veo –dijo la doctora. Entramos en la casa. Una criada salió a recibirnos. Llevaba un austero traje negro y tenía un rostro que daba miedo. De hecho, su expresión era tan adusta que lo primero que pensé fue que el tratante había muerto. Sin embargo, la criada saludó a la doctora con una inclinación de cabeza casi imperceptible y con una voz precisa y seca dijo:

–¿La señora Vosill?

–Soy yo.

Me señaló con la cabeza.

–¿Y este?

–Mi aprendiz, Oelph.

–Muy bien. Seguidme.

Mi señora miró a su alrededor mientras subíamos por unas escaleras de madera, con sendas expresiones de sospecha en el rostro. Me sorprendió en el acto de dirigir una de lo más severa a la negra espalda de la mujer que nos conducía, pero se limitó a

sonreír y a guiñarme un ojo.

El criado con el que había hablado la doctora cerró la puerta del embarcadero y desapareció por otra que, supongo, conducía a los aposentos de la servidumbre.

La escalera era angosta y empinada y no tenía otro medio de iluminación que un ventanuco a cada piso, donde los escalones de madera daban la vuelta. Había también una puerta estrecha en cada uno de los tramos. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que aquellos aposentos confinados fueran para niños, pues era bien sabido que el tratante Tuncha estaba especializado en esclavos infantiles.

Llegamos a un segundo descansillo.

–¿Cuánto hace que el tratante Tunch...? –empezó a decir la doctora.

–No habléis en estas escaleras, por favor –dijo la mujer de aspecto estricto–. Podrían oíros.

Entramos en el resto de la casa al llegar al tercer piso. El pasillo en el que nos encontramos era amplio y tenía el suelo cubierto de moqueta. Las paredes estaban adornadas con cuadros y frente a nosotros había unos grandes ventanales por los que se veían los pisos superiores de las grandes casas del otro lado del canal y, tras ellos, el cielo y las nubes. Una serie de grandes puertas daba al pasillo. La mujer nos llevó hasta la más alta y recia de todas.

Puso la mano en el picaporte.

–El criado –dijo–. En el muelle.

–¿Sí? –preguntó la doctora.

–¿Os ha hablado?

La doctora la miró a los ojos un momento.

–Le hice una pregunta –respondió (y es una de las pocas ocasiones en que la he visto mentir abiertamente).

–Eso pensaba –dijo la mujer mientras nos abría la puerta. Entramos en una habitación grande y oscura, iluminada solo con velas y candiles. Bajo nuestros pies, el suelo parecía cálido y mullido. Mi primera impresión fue que había pisado a un perro. Un perfume dulzón flotaba en la habitación y me pareció detectar el olor de varias hierbas con propiedades curativas o tónicas. Traté de localizar el olor de la enfermedad o la descomposición, pero no pude. Una enorme cama con dosel ocupaba el centro de la sala. La ocupaba un hombre de gran tamaño, atendido por tres personas: dos criados y una dama elegantemente vestida. Todos ellos se volvieron hacia nosotros cuando entramos y la luz inundó el cuarto. La misma luz que pareció desvanecerse tras de nosotros cuando la mujer de aspecto severo empezó a cerrar la puerta por fuera.

La doctora se volvió y, mientras la puerta se cerraba, dijo:

–El criado...

–Será castigado –dijo la mujer con una sonrisa gélida.

La puerta se cerró. La doctora aspiró hondo y, acto seguido, se volvió hacia la escena iluminada por las velas que ocupaba el centro de la sala.

–¿Sois vos la doctora? –preguntó la señora mientras se aproximaba a nosotros.

–Me llamo Vosill –dijo la doctora–. ¿*Lady* Tunch?

La mujer asintió.

–¿Podéis ayudar a mi marido?

–No lo sé, señora. –La doctora recorrió con la mirada los espacios de la habitación que cubrían las sombras, como si estuviera tratando de calcular sus dimensiones–. Me sería de gran ayuda poder verlo. ¿Hay alguna razón para que las cortinas estén echadas?

–Oh. Me dijeron que la oscuridad reduciría las hinchazones.

–Vamos a echar un vistazo, ¿os parece? –dijo la doctora. Nos acercamos a la cama. Caminar sobre aquel suelo mullido era una experiencia extraña y desconcertante, algo así como andar por la cubierta de un barco zarandeado por el oleaje.

El tratante de esclavos Tunch, según se decía, siempre había sido un hombre enorme. Ahora era aún más grande. Yacía sobre la cama, con la respiración entrecortada y acelerada, y la piel teñida de gris e hinchada. Tenía los ojos cerrados.

–Pasa dormido casi todo el tiempo –nos dijo la señora. Era una criatura delgada y menuda, poco más grande que una niña, con un rostro fino y pálido y unas manos que parecían estar siempre frotándose. Uno de los dos criados estaba limpiándole la frente a su marido. El otro se encontraba al pie de la cama, cambiando las sábanas.

–Acababa de manchar la cama –nos explicó la señora.

–¿Habéis guardado los excrementos? –preguntó la doctora.

–¡No! –respondió la señora, escandalizada–. ¿Para qué? La casa tiene baño propio.

La doctora ocupó el lugar del criado que estaba secándole la frente al enfermo. Examinó los ojos y el interior de la boca, y luego apartó las sábanas de la inmensa mole del cuerpo antes de levantarle la camisa. Creo que las únicas personas más obesas que he visto en toda mi vida eran eunucos. El tratante Tunch no es que estuviese gordo (¡y Dios sabe que no hay nada malo en estar gordo!), es que estaba hinchado. De una manera muy extraña. Me di cuenta de ello antes de que la doctora lo mencionara.

Se volvió hacia la señora.

–Necesito más luz –le dijo–. ¿Podéis abrir las ventanas?

La señora titubeó un momento y luego hizo una seña con la cabeza a los criados.

La luz inundó la gran sala. Era aún más espléndida de lo que yo había imaginado. Todo el mobiliario estaba cubierto de pan de oro. Unas telas doradas colgaban de la gran estructura de la cama, recogidas en forma de esfínter en el centro del techo, y lo

mismo podía decirse de las cortinas. Todas las paredes estaban cubiertas de pinturas y espejos y había esculturas –con forma de ninfas en su mayor parte, entre algunas representaciones de la antigua diosa de la lascivia– en el suelo o sobre las mesas, escritorios o aparadores, que contenían además una auténtica profusión de lo que parecían cráneos humanos cubiertos de pan de oro. Las alfombras eran de un color suave y lustroso, entre negro y azul, y estaban hechas, creo, de piel de zuleones del lejano sur. Eran tan gruesas que no me extraña que caminar sobre ellas resultara extraño.

El tratante de esclavos Tunch no tenía mejor aspecto a la luz del día del que había tenido bajo las velas. Su carne estaba hinchada y descolorida por todas partes y su cuerpo había adoptado una forma que resultaba extraña incluso en alguien tan enorme. Emitió un gemido y una de sus rollizas manos se levantó revoloteando como un ave perezosa. Su esposa la cogió y se la llevó a la mejilla con un gemido. Había una torpeza en su manera de usar las dos manos que en aquel momento me desconcertó.

La doctora presionó y palpó el gigantesco cuerpo por varios sitios. El hombre gimió y se quejó, pero no articuló palabra inteligible alguna.

–¿Cuándo empezó a ponerse así? –preguntó ella.

–Hace cosa de un año, creo –dijo la señora. La doctora la miró con sorpresa. La otra puso cara de azoramiento–. Solo llevamos casados medio año –continuó. La doctora estaba observándola de manera extraña, pero entonces sonrió.

–¿Sufrió muchos dolores al principio?

–El ama de llaves me ha dicho que, según su última esposa, los dolores empezaron alrededor de la temporada de la cosecha, y luego su... –Se dio unas palmaditas en la cintura–. Su vientre empezó a hincharse.

La doctora siguió palpando el gran cuerpo.

–¿Se le agrió el humor?

La señora esbozó una pequeña y titubeante sonrisa.

–Oh, yo diría que siempre... No soportaba las tonterías. –Hizo ademán de rodearse con los brazos, pero entonces, antes de que pudiera cruzar los brazos, se encogió de dolor y empezó a frotarse el antebrazo izquierdo con la mano derecha.

–¿Os duele el brazo? –preguntó la doctora.

La señora retrocedió, con los ojos abiertos de par en par.

–¡No! –exclamó sin soltarse el brazo–. No. No le pasa nada. Está perfectamente.

La doctora volvió a bajarle el pijama al enfermo y lo tapó con las sábanas.

–Bueno, no puedo hacer nada por él. Lo mejor es dejarlo dormir.

–¿Dormir? –gimió la señora–. ¿Todo el día, como un animal?

–Lo siento –dijo la doctora–. Tendría que haber dicho que lo mejor es dejarlo inconsciente.

–¿No podéis hacer nada por él?

–La verdad es que no –respondió la doctora–. La enfermedad está tan avanzada que ya casi ni siente dolor. Es poco probable que recobre la consciencia. Puedo prescribiros algo para darle en caso de que lo haga, pero me imagino que su hermano ya se habrá encargado de eso.

La señora asintió. Estaba mirando fijamente la enorme figura de su marido, con los nudillos en la boca.

–¡Va a morir!

–Casi con toda probabilidad, sí. Lo siento.

La señora sacudió la cabeza. Al cabo de unos instantes, logró arrancar la mirada de la cama.

–¿Debería haberos llamado antes? ¿De haberlo hecho, podría...?

–No habría supuesto diferencia –le dijo la doctora–. Ningún médico podría haber hecho nada por él. Hay enfermedades que no son tratables. –Bajó la mirada, con expresión fría, me pareció a mí, hacia el cuerpo del paciente que respiraba entrecortadamente en la enorme cama–. Por fortuna, algunas de ellas no son contagiosas. –Levantó la mirada hacia la señora–. No debéis temer por eso. –Y mientras lo decía, pasó la mirada por los dos criados.

–¿Cuánto os debo? –preguntó la esposa.

–Lo que os parezca apropiado –dijo la doctora–. No he podido hacer nada. Puede que creáis que no me debéis nada.

–No. Nada de eso. Por favor. –Se acercó a un aparador que había cerca de la cama y sacó una bolsa pequeña, de aspecto sencillo. Se la entregó a la doctora.

–Deberíais hacer que os miraran ese brazo –dijo la doctora en voz baja mientras estudiaba el rostro y la boca de la mujer con más detenimiento–. Podría significar...

–No –se apresuró a responder la señora. Se apartó y caminó hasta la más próxima de las grandes ventanas–. Estoy perfectamente, doctora. Perfectamente. Gracias porvenir. Buenos días.

Volvimos a palacio en una silla de alquiler, que sorteó el gentío de la calle Tierra dando tumbos. Yo estaba guardando el pañuelo perfumado. La doctora tenía una sonrisa triste. Había tenido ese aire meditabundo, melancólico incluso, durante todo el camino. (Habíamos salido siguiendo el mismo itinerario por el que llegáramos, a través del muelle privado).

–¿Sigues preocupado por los malos humores, Oelph?

–A mí me educaron así, señora, y me parece una precaución sensata.

Exhaló un fuerte suspiro y miró a la gente.

–Malos humores –dijo, y me dio la impresión de que estas palabras estaban más destinadas a ella misma que a mí.

–Esos malos humores de los que hablasteis, los que transmiten los insectos, señora... –empecé a decir al recordar algo que mi amo había mencionado–. ¿Podrían extraerse de los insectos para utilizarse? O sea, ¿podría un asesino, por ejemplo, preparar un destilado de esos insectos y administrar una poción a su víctima? –Traté de poner cara de inocencia.

En su rostro apareció una expresión que me pareció reconocer. Normalmente significaba que estaba a punto de embarcarse en una disertación extremadamente detallada sobre el funcionamiento de alguno de los aspectos de la medicina y que terminaría demostrando que todas las cosas que yo creía saber sobre el particular estaban completamente equivocadas. Sin embargo, en esta ocasión fue como si se apartara del borde de un acantilado, pues desvió la mirada y se limitó a decir:

–No.

No dijimos nada durante un rato. Yo pasé el tiempo escuchando los chirridos y crujidos de las correas enhebradas de la silla.

–¿Qué le pasaba a *lady* Tunch en el brazo, señora? –pregunté al fin.

Ella suspiró.

–Se le había roto, creo, y luego se lo habían colocado de mala manera –dijo.

–¡Pero si hasta un aprendiz de carpintero sabe colocar un hueso, señora!

–Probablemente fuera una fractura radial. Siempre son las más complicadas. –Dirigió la mirada hacia la gente que caminaba, regateaba, discutía y gritaba en las calles–. Pero, sí, la esposa de un hombre rico... especialmente con un médico en la familia... –Volvió lentamente la mirada hacia mí–. Cualquiera pensaría que una persona así recibiría las mejores atenciones, ¿verdad? En lugar de no recibir ninguna.

–Pero... –dije, y entonces empecé a entender–. Ah.

–Ah, sí –repuso ella.

Pasamos un rato observando a la gente entre la que el cuarteto de porteadores llevaba la silla en dirección a palacio. Al cabo de unos momentos, la doctora suspiró y dijo:

–También sufrió una fractura de mandíbula hace no mucho. Tampoco recibió tratamiento. –Entonces sacó la bolsa que la señora Tunch le había dado y dijo algo que no era nada propio de ella–. Mira, ahí hay una taberna. Vamos a tomar un trago. –Me miró detenidamente–. ¿Tú bebes, Oelph?

–No... O sea, la verdad es que no... Vaya, lo he hecho alguna vez, pero no...

Sacó una mano por un lado de la silla. Uno de los porteadores de atrás gritó a los de delante y los cuatro se detuvieron al unísono justo delante de la puerta de la posada.

–Vamos –dijo mientras me daba una palmada en la rodilla–. Yo te enseño.

6

El guardaespaldas

La concubina Perrund, atendida a una discreta distancia por un eunuco de la guardia del harén, daba su paseo reconstituyente diario, como de costumbre un poco después del desayuno. Aquel día su ruta la había llevado hasta una de las torres más elevadas del ala este, desde donde sabía que podría acceder al tejado. Hacía un día precioso y despejado, y la vista del recinto del palacio, las torres y cúpulas de la ciudad de Crough, las llanuras que se extendían más allá y las colinas que se alzaban en la distancia prometía ser especialmente soberbia.

–¡Vaya, DeWar!

El jefe de guardaespaldas DeWar estaba sentado en una gran silla cubierta por una sábana, uno de los aproximadamente veinte muebles que se guardaban en la torre. Tenía los ojos cerrados y la barbilla apoyada sobre el pecho. Levantó la cabeza bruscamente, miró a su alrededor y parpadeó. La concubina Perrund había tomado asiento a su lado y su vestido rojo resaltaba contra el azul oscuro de la sábana. El guardia eunuco, vestido de blanco, montaba guardia en la puerta.

DeWar se aclaró la garganta.

–Ah, Perrund –dijo. Enderezó la espalda y se alisó la camisa negra–. ¿Cómo estáis?

–Contenta de verte, DeWar, aunque también sorprendida –le dijo sonriendo–. Parecías dormido. Yo habría pensado que, de todo el mundo, precisamente el jefe de guardaespaldas del Protector sería el que menos necesitase echar una cabezada durante el día.

DeWar miró directamente al guardia eunuco.

–El Protector me ha dado la mañana de Xamis libre –dijo–. Hay un desayuno formal para la delegación de Xinkspar. Habrá guardias por todas partes. Piensa que

estoy de más.

–Y tú piensas que no.

–Está rodeado de hombres armados. El hecho de que sean nuestros guardias no quiere decir que no representen una amenaza. Naturalmente que pienso que debería estar allí, pero no me escucha. –Se frotó los ojos.

–¿Así que caes inconsciente por despecho?

–¿Parezco dormido? –preguntó DeWar con inocencia–. Solo estaba pensando.

–Esa impresión daba, sí. ¿Y a qué conclusión has llegado?

–A que no debo responder tantas preguntas.

–Una sabia decisión. La gente siempre está fisgoneando y maquinando.

–¿Y vos?

–Oh, yo no suelo pensar mucho. Hay mucha gente que piensa, o cree que lo hace, más que yo. Sería una presunción por mi parte.

–Quiero decir que qué hacéis aquí. ¿Vuestro paseo matutino?

–Sí, me gusta tomar el aire desde el tejado.

–Me acordaré de elegir otro lugar la próxima vez que quiera pensar.

–Siempre varío mi ruta, DeWar. No hay escapatoria en ninguna zona del palacio. El único lugar seguro podría ser tu propio cuarto.

–Intentaré no olvidarlo.

–Bien. Supongo que ahora estarás más contento.

–¿Contento? ¿Y eso por qué?

–Han intentado asesinar al Protector. Tengo entendido que estabas allí.

–Ah, eso.

–Sí, eso.

–Sí, estaba allí.

–Bueno, ¿y estás contento? La última vez que hablamos te preocupaba mucho que se hubiesen producido tan pocos intentos de asesinato recientemente, lo que para ti era prueba irrefutable de que había asesinos por todas partes.

DeWar esbozó una sonrisa pesarosa.

–Ah, sí. Pero no, no estoy contento, mi señora.

–Ya me lo imaginaba. –*Lady* Perrund se levantó para marcharse. DeWar la imitó–. Tengo entendido que el Protector nos visitará más tarde en el harén –dijo–. ¿Te veremos allí entonces?

–Imagino que sí.

–Bien. Te dejo con tus pensamientos. –*Lady* Perrund sonrió y luego, seguida por el guardia eunuco, se dirigió a la puerta que conducía al tejado.

DeWar los siguió con la mirada hasta que se fueron y luego se estiró y bostezó.

La concubina Yalde, una de las favoritas del general YetAmidous, era llamada a

menudo a la residencia que este tenía en el recinto del palacio. La chica no podía hablar, aunque parecía tener lengua y todo lo necesario para hacerlo, y entendía bastante bien el imperial, y un poco de la lengua de Tassasen. Antes había sido esclava. Puede que algún suceso acaecido en aquella época atrofiara la parte de su cerebro que normalmente le habría concedido la facultad del habla. No obstante, podía lloriquear, gemir y gritar cuando sentía placer, como el general no se cansaba de contarle a sus amigos.

Yalde estaba sentada en un gran sofá, el mismo que ocupaba el general, en la sala de recepción principal de la casa, y estaba dándole con sus propias manos las frutas de un cuenco de cristal, mientras él jugueteaba con su larga cabellera negra, enredándola y desenredándola con una de sus grandes manos. Era de noche, una campanada más o menos después de terminar el pequeño banquete que YetAmidous había celebrado. Los hombres aún llevaban la ropa de la cena. En compañía de YetAmidous se encontraban RuLeuin, hermano de UrLeyn, BreDelle, médico del Protector, el comandante de la guardia ZeSpiole, los generales duque Simalg y duque Ralboute, y unos cuantos ayudantes de campo y miembros de menor importancia de la corte.

–No, son paredes de papel o algo así –dijo RuLeuin–. Las atravesó para entrar.

–Hazme caso, estaba en el techo. Sería el mejor lugar. Al menor indicio de peligro: ¡Puf! Se deja caer. O podría dejar caer una bala de cañón sobre el responsable, sin más. Sería facilísimo. Hasta un idiota podría hacerlo.

–Tonterías. Estaba detrás de las paredes.

–ZeSpiole tendría que saberlo –interrumpió YetAmidous la discusión de RuLeuin y Simalg–. ¿ZeSpiole? ¿Qué tienes que decir?

–Yo no estaba allí –dijo ZeSpiole moviendo la copa a su alrededor–. Y la cámara pintada no se usó nunca cuando yo era jefe de guardaespaldas.

–Pero, a pesar de ello, seguro que sabías que existía –dijo YetAmidous.

–Pos supuesto que sabía que existía –dijo ZeSpiole. Dejó de agitar la copa a su alrededor el tiempo justo para que un criado se la rellenara de vino–. Mucha gente sabe de su existencia, pero nadie entra allí nunca.

–¿Y cómo consiguió DeWar sorprender al asesino de la Compañía de Mar? –preguntó Simalg. Era un duque con vastas posesiones en el este, pero había sido uno de los primeros miembros de las grandes familias nobiliarias en declararse partidario de UrLeyn durante la guerra de sucesión. Era un hombre flaco y de aspecto permanentemente apático, con una larga cabellera castaña–. Estaba en el techo, ¿verdad, ZeSpiole? Decidme que tengo razón.

–Detrás de las paredes –dijo RuLeuin–. Atravesó un retrato, ¡un retrato al que se le habían agujereado los ojos!

–No puedo decirlo.

–¡Pero debéis hacerlo! –protestó Simalg.

–Es un secreto.

–¿De veras?

–De veras.

–Ahí lo tenéis –dijo YetAmidous a los demás–. Es un secreto.

–¿Eso lo dice el Protector o su atildado salvador? –preguntó Ralboute. Hombre menudo pero musculoso, el duque Ralboute había sido otro de los primeros conversos a la causa de UrLeyn.

–¿Os referís a DeWar? –preguntó ZeSpiole.

–¿No os parece un presuntuoso? –preguntó Ralboute antes de dar un trago a su copa.

–Sí, un presuntuoso –dijo el doctor BreDelle–. Y demasiado inteligente. Demasiado.

–Y escurridizo –añadió Ralboute mientras se alisaba la túnica sobre el enorme corpachón y se limpiaba algunas migas.

–Probad a sentaros sobre él –sugirió Simalg.

–Puede que lo haga sobre vos –repuso Ralboute al otro noble.

–No lo creo.

–¿Creéis que DeWar se acostaría con el Protector si pudiera? –preguntó YetAmidous–. ¿Pensáis que le gustan los hombres? ¿O son solo rumores?

–Nunca se la ve en el harén –dijo RuLeuin.

–¿Y lo dejarían entrar? –preguntó BreDelle. Al médico de la corte solo se le permitía entrar en el harén por razones profesionales, y eso únicamente cuando su enfermera no podía encargarse del asunto.

–¿Al jefe de los guardaespaldas? –dijo ZeSpiole–. Sí. Podría escoger entre las concubinas de la casa. Las que visten de azul.

–Ah –dijo YetAmidous y acarició la barbilla de la chica de pelo azabache que lo acompañaba–. Las chicas de la casa. Un nivel por debajo de mi pequeña Yalde.

–Creo que DeWar no hace uso de ese privilegio.

–Dicen que frecuenta la compañía de la concubina Perrund –dijo RuLeuin.

–La del brazo inútil –asintió YetAmidous.

–Yo también he oído eso –asintió BreDelle.

–¿Una de las de UrLeyn? –Simalg puso cara de espanto–. No querréis decir que yace con ella. ¡Providencia! El Protector debería asegurarse de que puede quedarse en el harén tanto tiempo como se le antoje... como eunuco.

–Me cuesta creer que DeWar sea tan tonto o tan inmoderado –dijo BreDelle–. Será amor cortés, nada más.

–Yo he oído que visita una casa de la ciudad, aunque no muy a menudo –dijo RuLeuin.

–¿Una casa de chicas? –preguntó YetAmidous–. ¿O de chicos?

–Chicas –confirmó el primero.

–Si yo fuera una de las chicas y tuviera que recibir a ese tipo, creo que pediría el doble –dijo Simalg–. Despide un olor extraño. ¿No os habéis fijado?

–Puede que tengáis un olfato especial para esas cosas –dijo el doctor BreDelle.

–Tal vez DeWar tenga una dispensa especial del Protector –sugirió Ralboute–. Un permiso secreto para acostarse con Perrund.

–¡Pero si está lisiada! –dijo YetAmidous.

–Ya, pero, a pesar de ello, yo la encuentro preciosa –dijo Simalg.

–Y hay que decir que existe gente que encuentra atractiva la imperfección –añadió el doctor BreDelle.

–Acostarse con la regia *Lady* Perrund. ¿Has disfrutado de ese privilegio, ZeSpiole? –preguntó Ralboute al otro hombre.

–Por desgracia, no –dijo ZeSpiole–. Y tampoco creo que lo haya hecho DeWar. Sospecho que el suyo es un encuentro de las mentes, no de los cuerpos.

–Sigo pensando que es demasiado inteligente –musitó Simalg, mientras pedía más vino.

–¿Qué privilegios echas de menos de la posición que ocupa ahora DeWar? –preguntó Ralboute mientras bajaba la mirada hacia la fruta que estaba pelando. Despidió a una criada que se ofreció a hacerlo por él.

–Echo de menos estar cerca del Protector todos los días, pero poco más. Es un trabajo enervante. Un trabajo para un hombre joven. Mi puesto actual ya es bastante emocionante sin tener que tratar con embajadores asesinos.

–Oh, venga, ZeSpiole –dijo Ralboute mientras sorbía la fruta, escupía un montón de semillas sobre un cuenco y volvía a succionar y tragar. Se limpió los labios–. Seguro que estáis resentido con DeWar, ¿no? Os ha usurpado el puesto.

ZeSpiole guardó silencio un momento.

–A veces, duque, la usurpación puede ser el camino correcto, ¿no os parece? –Recorrió la concurrencia con la mirada–. Todos nosotros usurpamos al viejo rey. Era algo que había que hacer.

–Sin duda –dijo YetAmidous.

–Desde luego –asintió RuLeuin.

–¡Mmmmm! –asintió BreDelle con la boca llena de pulpa de fruta.

Ralboute asintió. Simalg exhaló un pequeño suspiro.

–Fue nuestro Protector el que lo hizo –dijo–. El resto nos limitamos a ayudarlo.

–Y a mucha honra –dijo YetAmidous mientras daba una palmada a su asiento.

–Entonces, ¿no sentís el menor resentimiento hacia él? –preguntó Ralboute a ZeSpiole–. Sois un hijo de la Providencia, sin duda. –Sacudió la cabeza y usó los dedos para abrir otra fruta.

–No estoy más resentido con él que cualquiera de vosotros con el Protector –dijo ZeSpiole.

Ralboute dejó de comer.

–¿Por qué debería estar resentido con UrLeyn? –preguntó–. Lo admiro, y admiro lo que ha hecho.

–Como por ejemplo, traernos aquí, al palacio –dijo Simalg–. Podríamos seguir siendo simples oficiales sin privilegios. Le debemos al Gran Edil tanto como el mercader que cuelga su documento de voto... ¿cómo lo llamáis? Su carta de emancipación. Como cualquier mercader que cuelga su carta de emancipación de la pared.

–Es cierto –dijo ZeSpiole–. Y, sin embargo, si algo le ocurriera al Protector...

–¡La Providencia no lo quiera! –dijo YetAmidous.

–... ¿no podría un duque como vos, una persona de elevada cuna del antiguo régimen, que al mismo tiempo ha sido un fiel general bajo el nuevo orden del Protector, ser la persona hacia la que se volviera el pueblo en busca de un sucesor?

–Oh, vaya, ya estamos –dijo Simalg con un bostezo.

–Esta charla me incomoda –dijo RuLeuin.

–No –repuso ZeSpiole mirándolo–. Estas cosas hay que hablarlas. Quienes le desean mal a UrLeyn y a Tassasen no van a dejar de hacerlo. Tenéis que pensar en ello, RuLeuin. Sois el hermano del Protector. El pueblo podría recurrir a vos si nos fuera arrebatado.

RuLeuin sacudió la cabeza.

–No –dijo–. Yo ya he ascendido demasiado a su sombra. La gente piensa que he llegado más lejos de lo que me corresponde. –Lanzó una mirada de soslayo a Ralboute, quien se la devolvió con ojos muy abiertos y carentes de toda expresión.

–Oh, sí –dijo Simalg agitando una mano–. Los duques le tenemos un miedo atroz a esos accidentes de nacimiento.

–¿Dónde está el mayordomo? –dijo YetAmidous–. Yalde, sé buena chica y ve a buscar a los músicos, ¿quieres? Tanta charla me está dando dolor de cabeza. ¡Necesitamos música y canciones!

–¡Aquí!

–¡Ahí, ahí está!

–¡Rápido! ¡Cogedlo! ¡Cogedlo! ¡Rápido!

–¡Aah!

–¡Demasiado tarde!

–¡He ganado! ¡He ganado! ¡He ganado!

–¡Has ganado otra vez! ¡Qué astucia para alguien tan joven! –Perrund cogió al niño con el brazo sano y lo subió al asiento que había junto al suyo. Lattens, hijo de

UrLeyn, chilló al sentir que empezaba a hacerle cosquillas, y luego soltó un grito y trató de ocultarse bajo un pliegue del traje de la concubina cuando DeWar, que había recorrido a la carrera la mayor parte de la cámara de acceso al harén exterior en un vano intento por llegar antes que el muchacho, entró jadeando y refunfuñando.

–¿Dónde está ese niño? –exigió con voz agria.

–¿Niño? Vaya, ¿de qué niño hablas? –preguntó Perrund con una mano en la garganta y los ojos azules muy abiertos.

–Ah, no importa. Me sentaré aquí para recobrar el aliento. He tenido que correr mucho detrás de ese cachorro. –Sonó una risilla al sentarse DeWar junto al niño, cuyo jubón y cuyos zapatos aparecieron debajo de la túnica de la concubina–. ¿Qué es esto? ¡Aquí están los zapatos de ese truhán! ¡Y mira! –DeWar lo cogió por los tobillos. Hubo un grito amortiguado–. ¡Su pierna! ¡Apuesto a que el resto está a continuación! ¡Sí! ¡Aquí está! –Perrund apartó el vestido para dejar que DeWar le hiciera cosquillas al niño y luego trajo un cojín de otra parte del sofá y lo colocó bajo las posaderas del muchacho. DeWar lo depositó ruidosamente sobre él–. ¿Sabes lo que les pasa a los niños que ganan al escondite? –preguntó DeWar. Lattens, con los ojos abiertos de par en par, sacudió la cabeza e hizo ademán de chuparse el dedo. Perrund se lo impidió con delicadeza–. Que les dan... –gruñó DeWar mientras acercaba su cara a la del niño– ¡golosinas!

Perrund le dio la caja de las frutas glaseadas. Lattens chilló de alegría y se frotó las manos mientras clavaba la mirada en la caja y trataba de decidir cuál coger primero. Finalmente, cogió un puñado.

Huesse, otra de las concubinas de traje rojo, se sentó pesadamente en el sofá que había frente al de Perrund y DeWar. Había estado jugando con ellos al escondite. Era la tía de Lattens. Su hermana había muerto al parir al niño, al poco del estallido de la guerra de sucesión. Huesse era una mujer curvilínea y esbelta, con una rebelde melena rubia rizada.

–¿Has recibido ya tus lecciones de hoy, Lattens? –preguntó Perrund.

–Sí –dijo el niño. Era de pequeña estatura, como su padre, aunque tenía el cabello dorado y con reflejos rojizos de su madre y su tía.

–¿Y qué has aprendido hoy?

–Cosas nuevas sobre los triángulos equiláteros y un poco de historia, de cosas que pasaron.

–Ya veo –dijo Perrund al tiempo que le arreglaba el cuello al niño y volvía a alisarle el pelo.

–Había un hombre llamado Narajist... –dijo el niño mientras se chupaba el azúcar glaseado de los dedos.

–Naharajast –dijo DeWar. Perrund le indicó que guardara silencio con un gesto.

–Se puso a mirar los cielos con un tubo y le dijo al Emperador –Lattens entornó

los ojos y miró las tres brillantes cúpulas de yeso que iluminaban la estancia–: «Poeslied...».

–Puiside –murmuró DeWar. Perrund frunció severamente el ceño y chistó.

–«... hay unas grandes rocas llameantes ahí arriba y ¡cuidado!». –El muchacho se levantó para gritar la última palabra y luego volvió a sentarse y se inclinó sobre la caja de las golosinas con un dedo en los labios–. Pero el emperador no lo tuvo y las rocas lo mataron.

–Bueno, un poco simplificado –empezó a decir DeWar.

–¡Qué historia tan triste! –dijo Perrund mientras le desordenaba el pelo al niño–. ¡Pobre Emperador!

–Sí. –El muchacho se encogió de hombros–. Pero luego vino *papi* y arregló las cosas.

Los tres adultos se miraron y se echaron a reír.

–Así es –dijo Perrund mientras le arrebataba la caja de las golosinas y la escondía detrás de su cuerpo–. Y ahora Tassasen vuelve a ser poderosa, ¿no?

–Mmmmmm –dijo Lattens al tiempo que trataba de meterse detrás de Perrund para alcanzar la cajita.

–Creo que es buen momento para oír una historia –dijo Perrund y obligó al niño a sentarse bien–. ¿DeWar?

DeWar se sentó y reflexionó un momento.

–Bueno –dijo–. No es tanto una historia como una especie de historia.

–Pues cuéntanosla.

–¿Es apropiada para el niño? –preguntó Huesse.

–Yo la haré apropiada. –DeWar se inclinó hacia delante y se ajustó la espada y la daga al cinto–. Érase una vez un reino mágico en el que todos los hombres eran reyes, todas las mujeres reinas, todos los niños príncipes y todas las niñas princesas. En este reino la gente no pasaba hambre y no había lisiados.

–¿Y había pobres? –preguntó Lattens.

–Eso depende de lo que entiendas por pobre. En cierto sentido no, porque todos ellos podían tener todas las riquezas que quisieran y en cierto modo sí, porque había gente que prefería no tener nada. El deseo de sus corazones era no poseer nada y normalmente elegían los desiertos, las montañas o los bosques para vivir, y se instalaban en cuevas o árboles, o simplemente vagabundeaban de acá para allá. Algunos de ellos vivían en las grandes ciudades, donde deambulaban por las calles. Pero fuera lo que fuese lo que decidieran al final, la decisión era siempre suya.

–¿Eran hombres santos? –preguntó Lattens.

–Bueno, en cierto modo sí.

–¿Y también eran todos guapos? –preguntó Huese.

–Eso también depende de lo que quieras decir con guapo –dijo DeWar con tono

de disculpa–. Hay quien encuentra una especie de belleza en la fealdad –prosiguió–. Y cuando todo el mundo es hermoso, hay algo singular en ser feo, o al menos vulgar. Pero en general, sí, todo el mundo era tan guapo como quería.

–Cuántos «síes» y «peros» –dijo Perrund–. A mí parece un país muy equívoco.

–En cierto modo. –DeWar sonrió. Perrund le dio con un cojín–. A veces –continuó DeWar–, conforme la gente iba cultivando nuevas tierras...

–¿Cómo se llamaba ese país? –lo interrumpió Lattens.

–Oh... Prodigia, claro. Pues como digo, a veces los ciudadanos de Prodigia descubrían grupos de gente que vivía como los vagabundos, o sea, como los pobres o los santos de su país, solo que sin haberlo decidido. Esta gente vivía así porque no les quedaba más remedio. No tenían las ventajas a las que estaba acostumbrada la gente de Prodigia. De hecho, al cabo de poco tiempo, estas gentes se convirtieron en el mayor problema que tenía el pueblo de Prodigia.

–¿Cómo? ¿Acaso no había guerras, hambrunas, pestes, impuestos...? –preguntó Perrund.

–No. Y las tres últimas eran prácticamente imposibles.

–Me parece que mi credulidad está poniéndose a prueba –musitó la concubina.

–Entonces, ¿en Prodigia todo el mundo era feliz? –preguntó Huesse.

–Tan feliz como se puede ser –dijo DeWar–. Aunque, a pesar de todo, la gente conseguía sentirse infeliz, como siempre.

Perrund asintió.

–Ahora empieza a sonar plausible.

–En este país vivían dos amigos, un chico y una chica, que eran primos y se habían criado juntos. Ellos creían que eran adultos, pero en realidad seguían siendo unos niños. Eran los mejores amigos del mundo, solo que estaban en desacuerdo en muchas cosas. Una de ellas era lo que debía hacer Prodigia cuando se encontraba con una de esas tribus de gente pobre. ¿Era preferibles dejarlos solos o tratar de ayudarlos para que mejorasen sus vidas? Y aunque decidieras que lo justo era tratar de ayudarlos, ¿cómo lo hacías? ¿Les decías «Venid, uníos a nosotros y sed como nosotros»? ¿Les decías «Abandonad vuestras costumbres, los dioses a los que adoráis, vuestras más sagradas creencias y las tradiciones que os convierten en lo que sois»? ¿O «Hemos decidido que os quedéis más o menos como estáis. Os trataremos como si fuerais niños y os daremos juguetes que os ayudarán a llevar una vida mejor»? Porque, ¿quién decidía lo que era mejor?

Lattens estaba removiéndose en el asiento, mientras Perrund trataba de conseguir que se estuviera quieto.

–¿De verdad no había guerras? –preguntó el muchacho.

–Sí –dijo Perrund con una mirada preocupada a DeWar–. Puede que sea un cuento un poco abstracto para un niño de la edad de Lattens.

DeWar esbozó una sonrisa triste.

–Bueno, había algunas guerras muy poco importantes en sitios lejanos, pero, para resumir, los dos amigos decidieron que pondrían a prueba sus argumentos. Tenían otra amiga, una señora que... los quería mucho a los dos y era muy lista y muy guapa y que tenía un regalo preparado para a uno de ellos. –DeWar miró a Perrund y a Huesse.

–¿A uno de los dos? –preguntó Perrund con una sonrisilla. Huesse miró al suelo.

–Era una dama de mente abierta –dijo DeWar antes de aclararse la garganta–. Así pues, los dos amigos decidieron que presentarían sus argumentos ante ella y el que perdiera tendría marcharse y dejar que el favor fuera para el otro.

–¿Y la tercera amiga sabía el acuerdo al que habían llegado ellos dos? –inquirió Perrund.

–¡Nombres! ¿Cuáles eran sus nombres? –exigió Lattens.

–Sí, ¿cómo se llamaban? –preguntó Huesse.

–La niña, Sechroom y el niño, Hiliti. Su preciosa amiga se llamaba Leleeril. –DeWar miró a Perrund–. Y no, no sabía nada sobre su acuerdo.

–Puf –dijo Perrund lentamente.

–Así que los tres se reunieron en un pabellón de caza, en lo alto de unas montañas muy altas...

–¿Tan altas como las llanuras Jadeantes? –preguntó Lattens.

–No tanto, pero sí más empinadas, con las cimas puntiagudas. Entonces...

–¿Y qué creía cada uno de ellos? –preguntó Perrund.

–¿Mmmm? Oh, Sechroom creía que siempre había que interferir, o tratar de ayudar a la gente, mientras que Hiliti pensaba que era mejor dejar a la gente como estaba –dijo DeWar–. En cualquier caso, comieron y bebieron muy bien, se rieron, se contaron historias y chistes y los dos amigos, Sechroom y Hiliti, le explicaron sus ideas a Leleeril y le pidieron que decidiera cuál de ellos tenía razón. Ella trató de explicarles que los dos la tenían, cada uno a su manera, y que a veces uno tenía razón y el otro estaba equivocado, mientras que otras veces era al contrario..., pero al final le dijeron que tenía que elegir a uno de los dos, y ella escogió a Hiliti, y la pobre Sechroom tuvo que marcharse del pabellón de caza.

–¿Cuál era el regalo de Leeril para Hiliti? –preguntó Lattens.

–Algo maravilloso –dijo DeWar y, como si fuera un mago, se sacó una fruta glaseada del bolsillo. Se la ofreció al maravillado muchacho, que la mordió con deleite.

–¿Y qué pasó? –preguntó Huesse.

–Leleeril descubrió que sus favores habían sido objeto de una apuesta y se sintió dolida. Se marchó por un tiempo...

–¿Tuvo que hacerlo? –preguntó Perrund–. Ya sabes que a veces, en las sociedades

civilizadas, las chicas tienen que ausentarse mientras la naturaleza sigue su curso...

–No, solo quería estar en otro sitio, lejos de toda la gente a la que conocía...

–¿Cómo, sin sus parientes? –preguntó Huesse con escepticismo.

–Sin nadie. Entonces, Sechroom y Hiliti se dieron cuenta de que tal vez Leleeril hubiera sentido por uno de ellos más de lo que habían imaginado y que lo que habían hecho fuese algo malo.

–Ahora hay tres emperadores –dijo Lattens de repente mientras se comía la fruta azucarada–. Me sé sus nombres. –Perrund lo hizo callar.

–Leleeril regresó más adelante –siguió contando DeWar–, pero mientras estuvo fuera hizo nuevos amigos, y cambió, así que volvió a marcharse, esta vez para siempre. Por lo que sabemos, vivió feliz para siempre. Sechroom se convirtió en soldado misionera del ejército de Prodigia y participó en algunas de aquellas guerras lejanas y poco importantes.

–¿Una mujer soldado? –preguntó Huesse.

–Algo así –dijo DeWar–. Aunque puede que tuviera más de misionera, o incluso de espía, que de soldado.

Perrund se encogió de hombros.

–Según se dice, todas las balnimes de Quarreck son mujeres guerreras.

DeWar se recostó en su asiento, sonriente.

–Oh –dijo Huesse con cara de decepción–. ¿Y ya está? –preguntó.

–Por ahora sí. –DeWar se encogió de hombros.

–¿Quieres decir que hay más? –dijo Perrund–. Será mejor que nos lo cuentes. El suspense podría matarnos.

–Puede que os cuente más en otra ocasión.

–¿Y qué pasó con Hiliti? –preguntó Huesse–. ¿Qué fue de él después de que se marchara su prima?

DeWar se limitó a sonreír.

–Muy bien –dijo Perrund con tono malicioso–. Tú hazte el misterioso.

–¿Dónde está Prodigia? –preguntó Lattens–. Yo sé geografía.

–Muy lejos –le dijo DeWar.

–¿Al otro lado del mar?

–Al otro lado del mar.

–¿Más lejos que Tyrsk?

–Mucho más.

–¿Más que las islas Arrojadas?

–Oh, mucho más lejos que eso.

–¿Más que... Drizen?

–Aún más lejos que Drezen. En el país de la fantasía.

–¿Y las montañas están hechas de azúcar? –preguntó el niño.

–Todas ellas. Y los lagos son de zumo. Y la caza crece en los árboles, ya cocinada. Y hay otros árboles que dan casitas ya construidas. Y catapultas y arcos y flechas, en lugar de frutos.

–Y supongo que los ríos son de vino en lugar de agua –dijo Huesse.

–Sí, y las casas y los edificios y los puentes están hechos de oro y diamantes y cosas preciosas.

–Tengo un cachorro de eltar –le dijo Lattens–. Se llama Wintle. ¿Quieres verlo?

–Desde luego.

–Está en el jardín, en una jaula. Voy a buscarlo. Vamos, ven –le dijo a Huesse y tiró de ella para que obligarla a ponerse de pie.

–De todos modos, ya le tocaba salir al jardín –dijo Huesse–. Volveré pronto, con ese bicho de Wintle.

DeWar y Perrund siguieron con la mirada a la mujer y al niño mientras abandonaban la estancia bajo la atenta vigilancia del eunuco vestido de blanco que observaba desde lo alto del púlpito.

–Bueno, bueno, señor DeWar –dijo Perrund–. Ya lo has demorado bastante. Tienes que contarme lo del asesinato que has impedido.

DeWar le contó todo lo que podía del suceso. Omitió los detalles que explicaban cómo había podido responder tan velozmente al ataque del asesino y Perrund tuvo la delicadeza de no insistir demasiado sobre ello.

–¿Y qué hay de la delegación que vino con el embajador de la Compañía del Mar?

DeWar puso cara de preocupación.

–Creo que no sabían nada de lo que pretendía. O puede que uno de ellos sí. Llevaba consigo el mismo narcótico que había tomado el asesino, pero los demás no estaban al corriente. Eran unos ingenuos que pensaban que estaban viviendo una gran aventura.

–¿Los han interrogado a fondo? –preguntó Perrund en voz baja.

DeWar asintió. Bajó la mirada hacia el suelo.

–Solo sus cabezas volverán. Según me han dicho, al final fue un alivio para ellos perderlas.

Perrund le puso un instante la mano en el brazo y luego, con la mirada fija en el eunuco del pulpito, la retiró enseguida.

–La culpa es de su señor, que los envió a la muerte, no tuya. No habrían sufrido menos de haberse salido con la suya.

–Ya lo sé –dijo DeWar con la mejor sonrisa que pudo esbozar–. Quizá podría llamársele falta de empatía profesional. Estoy entrenado para matar o incapacitar lo más rápidamente posible, no para hacerlo de forma lenta.

–¿Entonces no estás contento, de verdad? –preguntó Perrund–. Ya se ha

producido un intento, y un intento serio. ¿No tienes la sensación de que esto refuta tu teoría de que el protector tiene un enemigo en la corte?

–Puede –dijo DeWar sin demasiada certeza.

Perrund sonrió.

–Lo cierto es que lo sucedido no te ha tranquilizado en absoluto, ¿verdad?

–No –admitió DeWar. Apartó la mirada–. Bueno, sí, un poco, pero sobre todo porque he decidido que tienes razón. Me preocuparé pase lo que pase y siempre lo veré de la peor manera posible. Soy incapaz de no hacerlo. La preocupación es mi estado natural.

–Vamos, que no deberías preocuparte tanto por tu preocupación –aventuró Perrund con una sonrisilla en los labios.

–Más o menos. De lo contrario, la cosa no tendría fin.

–Qué pragmático. –Perrund se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en el puño–. ¿Qué sentido tenía la historia de Sechroom, Hiliti y Leleeril?

DeWar pareció incomodarse un poco.

–La verdad es que no lo sé –confesó–. Me la contaron en otro idioma. No ha superado la traducción demasiado bien y... No solo la lengua requería traducción. También he tenido que alterar algunas de las ideas y... de las formas de actuar y de comportarse de la gente para que tuviera sentido.

–Bueno, pues yo diría que ha sido un éxito. ¿Es una historia real?

–Sí. Todo ocurrió de verdad –dijo DeWar antes de reclinarse y echarse a reír sacudiendo la cabeza–. No, estoy burlándome de ti. ¿Cómo iba a ocurrir? Estudia los últimos globos, lee los últimos mapas, navega hasta el fin del mundo. No encontrarás Prodigia por ninguna parte, te lo seguro.

–Oh –dijo Perrund, decepcionada–. ¿Así que no eres de Prodigia?

–¿Cómo se puede ser de un lugar que no existe?

–Pero eres de... Mottelocci, ¿no?

–De Mottelocci, en efecto. –DeWar frunció el ceño–. No recordaba habértelo contado.

–Es un país montañoso, ¿no? Uno de los... ¿Cómo los llaman ahora? Los Medio Ocultos. Los reinos Medio Ocultos. Imposibles de alcanzar la mayor parte del año. Pero paradisíacos, según dicen.

–A medias. En primavera, verano y otoño es precioso. Pero en invierno es terrible.

–Tres estaciones de cuatro le parecerían suficientes a la mayoría de la gente.

–No cuando la cuarta dura más que las otras tres juntas.

–¿Ocurrió allí algo parecido a tu historia?

–Puede

–¿Y eras tú uno de los protagonistas?

–Tal vez.

–A veces –dijo Perrund mientras se reclinaba con una expresión de exasperación en el rostro– comprendo por qué los gobernantes usan torturadores.

–Oh, yo lo comprendo siempre –dijo DeWar–. Solo que no... –Entonces pareció recobrar la compostura, se irguió y se alisó la camisa. Levantó la mirada hacia las vagas sombras proyectadas sobre el reluciente cuenco invertido de la evanescente cúpula que tenían encima–. Igual tenemos tiempo para echar una partidita. ¿Qué me dices?

Perrund permaneció un momento mirándolo y entonces suspiró y se irguió también.

–Podemos jugar a *La disputa del monarca*. Es el que más te va. Aunque también están –dijo con un gesto dirigido a un criado situado en una puerta lejana– *Los dados del embaucador* y *El castillo secreto.*

DeWar se reclinó en su asiento y observó a Perrund mientras esta seguía con la mirada al criado que se aproximaba.

–Y *Subterfugio* –añadió ella–, y *La jactancia del facineroso* y *El soplo de la verdad* y *Travestismo* y *El caballero embustero* y...

7

La doctora

–Mi amo tiene un plan para tu señora. Una pequeña sorpresa.

–¡No me digas!

–Más bien una gran sorpresa, ¿eh?

–Lo mismo que el mío.

Hubo diversos comentarios y cuchicheos como estos alrededor de la mesa, aunque ninguno que, visto en retrospectiva, tuviera la menor gracia.

–¿Qué quieres decir?

Feulecharo, aprendiz del duque Walen, se limitó a guiñarme un ojo. Era un tipo corpulento con una rebelde cabellera castaña que resistía todo intento de controlarla que no implicara el uso de las tijeras. Estaba lustrando un par de botas mientras los demás tomábamos nuestro almuerzo en una tienda, en la llanura de la Perspectiva, el primer día de la 455ª Gran Rondalla. Era tradición que, en la primera parada, los pajes y aprendices compartieran la comida. El amo de Feulecharo le había concedido permiso para unirse a nosotros, a pesar de que lo había castigado con taras adicionales por su mal comportamiento, lo que explicaba la presencia de las botas y de una vieja armadura ceremonial oxidada que se suponía debía pulir antes del día siguiente.

–¿Qué clase de plan? –insistí–. ¿Qué quiere el duque de la doctora?

–Digamos solo que alberga sospechas –dijo Feulecharo mientras se daba unos golpecitos en la nariz con el cepillo.

–¿Sobre qué?

–Mi amo también sospecha –dijo Unoure mientras cortaba por la mitad un trozo de pan y lo untaba con la grasa del plato.

–Qué raro –comentó Epline, paje del comandante de la guardia, Adlain.

–Bueno, es un hecho –insistió Unoure con tono avinagrado.

–Sigue probando sus nuevas ideas contigo, ¿eh, Unoure? –dijo uno de los otros pajes. Se volvió hacia los demás–. Una vez vimos a Unoure en los baños...

–¡Ah, sí, me acuerdo de aquello!

–¿Qué año sería?

–Lo vimos, sí –continuó el paje–. Y qué cicatrices. Oíd bien lo que os digo: Nolieti se porta con él como una auténtica bestia.

–¡Me enseña todo lo que sabe! –dijo Unoure mientras se levantaba con lágrimas en los ojos.

–Cierra el pico, Unoure –dijo Jollisce–. No muerdas el anzuelo que te arroja esta chusma. –Dotado de una rubicundez leve pero elegante, Jollisce era el paje del duque Ormin, que había sido el patrono de la doctora después de la familia Mifeli y antes de que el rey solicitara sus servicios. Unoure, mascullando, volvió a sentarse–. ¿Qué planes, Feulecharo? –preguntó Jollisce.

–Da igual –dijo el aludido. Empezó a silbar y a prestar una atención nada propia de él a las botas que estaba lustrando, y al cabo de un rato se puso a hablarles, como si estuviera tratando de persuadirlas para que se limpiaran solas.

–Ese muchacho es insoportable –dijo Jollisce, y cogió una jarra del vino aguado que era la bebida más fuerte que se nos permitía tomar.

Poco después de la comida, Jollisce y yo salimos a pasear por el borde del campamento. A ambos lados y por delante de nosotros se alzaban las colinas. A nuestra espalda, sobre el borde de la llanura de la Perspectiva, Xamis estaba poniéndose lentamente en un furibundo despliegue de colores, poco más allá del lago Cráter, sobre la orilla sinuosa del mar.

Las nubes, atrapadas entre la luz agonizante de Xamis y los primeros rayos de Seigen, estaban teñidas de oro en un lado, y de rojo, ocre, bermellón, naranja y escarlata en el otro: una amplia jungla de colores. Paseábamos entre los animales mientras sus cuidadores los preparaban para el descanso. Algunos –las bestias de tiro, principalmente– llevaban una bolsa sobre la cabeza. Las mejores monturas tenían elegantes ojeras o contaban con sus propios establos de viaje, mientras que a las bestias de menor calidad les tocaba solo una venda hecha del primer jirón de tela que su dueño hubiese encontrado por ahí. Una por una, fueron tendiéndose en el suelo y preparándose para dormir. Jollisce y yo caminábamos entre ellas. Él estaba fumando una larga pipa. Era mi mejor y más antiguo amigo, al que había conocido durante la época en la que había estado, por breve tiempo, al servicio del duque, antes de que me enviaran a Haspide.

–Probablemente no sea nada –dijo–. A Feulecharo le gusta el sonido de su propia voz y siempre está fingiendo saber cosas que los demás ignoran. Yo no me

preocuparía por ello, pero si crees que debes decírselo a tu señora, por supuesto hazlo sin dudarlo.

–Mmmm –dije. Recuerdo (ahora que el paso del tiempo me ofrece una perspectiva más clara de lo ocurrido) que no sabía muy bien qué hacer. El duque Walen era un hombre poderoso y un intrigante. La doctora no podía permitirse el lujo de tener a alguien así como enemigo, pero yo tenía que pensar en mi propio amo, el auténtico, además de en la señora. ¿No debía decírselo a ninguno de los dos? ¿O a uno solo...? Y, en tal caso, ¿a cuál? ¿O a ambos?

–Escucha –dijo Jollisce mientras se detenía y se volvía hacia mí (y me pareció que esperaba hasta que no quedó nadie más a nuestro alrededor antes de revelarme este último detalle)–. Por si te sirve de algo, he oído que es posible que Walen haya enviado a alguien al Cuskery ecuatorial.

–¿Cuskery?

–Sí, ¿lo conoces?

–Me suena. Es un puerto, ¿no?

–Un puerto, una ciudad-estado, el santuario de una Compañía del Mar o una madriguera de monstruos marinos si uno da crédito a ciertas habladurías... Pero la cuestión es que es el punto más septentrional al que llega gente de las tierras del sur en gran número y, supuestamente, hay varias embajadas y consulados allí.

–¿Sí?

–Y, según parece, uno de los hombres del duque Walen ha sido enviado a Cuskery a buscar a alguien de Drezen.

–¡De Drezen! –exclamé, pero entonces, al ver que Jollisce fruncía el ceño y miraba a nuestro alrededor entre los dormidos animales, bajé la voz–. Pero... ¿por qué?

–No se me ocurre ninguna razón –me dijo él.

–¿Cuánto se tarda en llegar a Cuskery?

–Casi un año. El viaje de vuelta es algo más rápido, según dicen. –Se encogió de hombros–. Los vientos.

–Un largo camino para enviar a alguien –dije, perplejo.

–Lo sé –repuso él. Dio una calada a su pipa–. Mi informador está seguro de que era una misión comercial. Ya sabes, la gente siempre está tratando de hacer fortuna con la venta de especias, pociones, frutas exóticas o lo que sea, si logran esquivar a las Compañías del Mar y sortear las tormentas, pero, en fin, el caso es que a mi amo le llegaron unas informaciones que indicaban que el hombre de Walen estaba buscando a una persona en concreto.

–Ah.

–Mmmm. –Jollisce permaneció de pie contemplando la puesta de Xamis, con el rostro teñido de rojo por la luz que se reflejaba en las nubes de color fuego del oeste.

–Bonita puesta –dijo dando una fuerte calada a la pipa.

–Muy bonita –asentí yo a pesar de que no estaba mirando.

–Las mejores fueron las que hubo más o menos cuando cayó el Imperio, ¿no te parece?

–¿Mmm? Oh, sí, naturalmente.

–Compensación de la Providencia por lanzar el cielo sobre nuestras cabezas –reflexionó en voz alta, con la mirada clavada en la cazoleta de la pipa y el ceño fruncido.

–Mmmm. ¿Sí? –*Quién sabe*, pensé yo. *Quién sabe*...

Amo, la doctora atendió al rey en su tienda cada día de la Gran Rondalla de Haspide a Yvenir, porque nuestro monarca estaba aquejado de dolores de espalda.

Uno de estos días, estaba sentada en el borde de la cama en la que descansaba el rey Quience.

–Si tanto os duele, señor, deberíais darle descanso –dijo.

–¿Descanso? –repuso el rey mientras se volvía hacia ella–. ¿Cómo quieres que descanse? Esto es la Gran Rondalla, boba. Si yo descanso, descansa todo el mundo, y así, para cuando lleguemos al palacio de verano, ya será hora de volver.

–Bueno –dijo la doctora mientras le sacaba la camisa de debajo de los pantalones de montar y examinaba la ancha y musculosa espalda–. También podríais ir tendido en un carruaje, señor.

–Así me dolería lo mismo –repuso él con la cara en la almohada.

–Puede que os doliera un poco, señor, pero mejoraríais rápidamente. Si vais sentado en una silla, no haréis más que empeorar.

–Esos carros se menean mucho y las ruedas se meten en todos los socavones y zanjas. Los caminos están mucho peor que el año pasado, estoy seguro. ¿Wiester?

–¿Señor? –dijo el rollizo chambelán mientras, saliendo de las sombras, acudía presuroso al lado del rey.

–Que alguien averigüe quién es responsable de este trecho del camino. ¿Se están recaudando los impuestos? Y si es así, ¿están gastándose correctamente? Y si no, ¿adonde están yendo?

–Ahora mismo, señor. –Wiester salió apresuradamente de la tienda.

–No se puede confiar en los duques para la recaudación de los impuestos, Vosill –suspiró el rey–. O, como mínimo, no se puede confiar en sus recaudadores de impuestos. Tienen demasiada autoridad, joder. Hay demasiados recaudadores que están adquiriendo baronías para mi gusto.

–En efecto, señor –dijo la doctora.

–Sí. He estado pensando que podría establecer en las ciudades o los pueblos una especie de...

–¿Autoridad, señor?

–Sí. Sí, autoridad. Un consejo de ciudadanos responsables. Quizá solo para supervisar los caminos, las murallas de la ciudad y esas cosas, al principio. Cosas en las que tuvieran más interés que los duques, que solo piensan en sus mansiones y en cuánta caza hay en sus fincas.

–Estoy segura de que es una idea excelente, señor.

–Sí, yo también. –El rey se volvió y la miró–. Vosotros tenéis, ¿verdad?

–¿Consejos, señor?

–Sí. Estoy seguro de que los has mencionado alguna vez. Probablemente para hacer alguna comparación favorable a vuestro atrasado sistema de gobierno, estoy seguro.

–¿Me creéis capaz de tal cosa, señor?

–Oh, claro que sí, Vosill.

–Nuestros atrasado sistema de gobierno produce caminos en buen estado, eso puedo asegurároslo.

–Pero, claro –dijo el rey con tono abatido–, si les quito poder a los barones, se enfadarán.

–Bueno, pues nombradles a todos archiduques o concededles otros títulos.

El rey lo pensó.

–¿Qué otros títulos?

–No lo sé, señor. Podríais inventarlos.

–Sí, podría –dijo el rey–. Pero es que si empiezo a dar poder a los campesinos o los burgueses o a quien sea, no tardarán en pedirme más.

La doctora continuó masajeando la espalda del rey.

–Nosotros solemos decir que más vale prevenir que curar, señor –le dijo–. Hay que ocuparse del cuerpo antes de que le pase algo malo. Hay que descansar antes de sentirse demasiado cansado para hacer nada y hay que comer antes de que el hambre nos consuma.

El rey frunció el ceño mientras las manos de la doctora seguían moviéndose por su cuerpo.

–Ojalá todo fuera tan fácil –dijo con un suspiro–. Creo que el cuerpo es una cosa muy sencilla cuando se la compara con el Estado, si se puede mantener siguiendo esos principios básicos.

Este comentario, creo, dolió un poco a mi señora.

–Entonces es una suerte que mi responsabilidad sea el bienestar de vuestro cuerpo, señor, y no el de vuestro reino.

–El reino soy yo –dijo el rey con tono severo, pero con una expresión que lo contradecía.

–Entonces, señor, alegraos de que vuestro reino esté en mejor estado que su rey,

que no está dispuesto a viajar tumbado en un carruaje, como haría cualquier monarca sensato.

–¡No me trates como si fuera un niño, Vosill! –exclamó su majestad mientras se volvía hacia ella–. ¡Au! –dijo con una mueca, y volvió a su posición anterior–. Lo que tú no entiendes, Vosill –continuó, apretando los dientes–, debido, supongo, a tu condición de mujer, es que en un carruaje se tiene menos espacio para maniobrar. Un carruaje ocupa la vía entera, ¿no te das cuenta? Un hombre a caballo, en fin, puede sortear todas las irregularidades de la superficie del camino.

–Ya veo, señor. No obstante, es un hecho que pasáis el día entero en la silla, dando saltos y comprimiendo los pequeños cojinetes que separan vuestras vértebras, y los nervios con ellos. Por eso os duele la columna. Ir tumbado en un carruaje, por mucho que se menee y salte, será mucho mejor para vos.

–Mira, Vosill –dijo el rey con tono exasperado mientras se incorporaba apoyándose en el codo y volvía la mirada hacia la doctora–. ¿Qué impresión crees que daría que el rey tomara un coche de placer y viajara tendido entre los almohadones perfumados de un aposento de mujer, como una concubina de porcelana? ¿Qué clase de monarca haría eso? ¿Eh? No seas ridicula. –Con mucho cuidado, volvió a tenderse sobre la espalda.

–Deduzco que vuestro padre nunca hizo una cosa parecida, señor.

–No, él... –empezó a decir el rey, pero entonces lanzó una mirada suspicaz a la doctora, antes de continuar–. No, nunca. Pues claro que no. Él iba a caballo. Y yo voy a ir a caballo y me destrozaré la espalda porque eso es lo que se espera de mí. Y tú me cuidarás la espalda porque es lo que se espera de ti. Y ahora, doctora, haz tu trabajo y pon fin a este maldito parloteo. ¡Que la Providencia me salve de los consejos délas mujeres! ¡Aau! ¿Quieres tener cuidado?

–Tengo que encontrar dónde os duele, señor.

–¡Bueno, pues lo has encontrado! ¡Y ahora haz lo que se supone que debes hacer, que es conseguir que deje de dolerme! ¿Wiester? ¡Wiester!

Entró otro criado.

–Acaba de salir, señor.

–Música –dijo el rey–. Quiero música. Trae a los músicos.

–Señor. –El criado se volvió para marcharse.

El rey volvió a llamarlo chasqueando los dedos.

–¿Señor?

–Y vino.

–Señor.

–Qué puesta de sol más hermosa, ¿no te parece, Oelph?

–Sí, señora. La compensación de la Providencia por arrojarnos el cielo sobre las

cabezas –dije recordando la frase de Jollisce. (Estaba convencido de que él la había oído en otra parte, de todos modos).

–Supongo que es algo así –asintió la doctora.

Estábamos sentados en el primer banco del carromato cubierto que se había convertido en nuestro hogar. Yo había llevado la cuenta. Había dormido en aquel carruaje once de los últimos dieciséis días (las otras cinco noches las había pasado en compañía de los demás pajes y aprendices en un edificio de alguno de los pueblos en los que habíamos parado) y probablemente volviera a hacerlo en siete de los diez próximos, hasta que llegáramos a la ciudad de Lep-Skatcheis, donde nos detendríamos durante media luna. Después, el carruaje sería mi hogar durante dieciocho de los veintiún días que tardaríamos en llegar a Yvenage. O puede que diecinueve de veintidós, si tropezábamos con dificultades en los caminos de las colinas y sufríamos algún retraso.

La doctora apartó la mirada de la puesta de sol y la dirigió al camino, jalonado a ambos lados de árboles altos plantados en un suelo arenoso. Una neblina entre anaranjada y marrón flotaba en el aire sobre las cimbreantes lonas de los carromatos más grandes que nos precedían.

–¿Estamos ya cerca?

–Muy cerca, señora. Esta es la etapa más larga de todo el viaje. Los exploradores deben de tener ya el campamento a la vista y la vanguardia habrá preparado ya las cocinas de campaña. Es una jornada muy larga, pero dicen que hay que pensar que en realidad estamos ahorrándonos un día de viaje.

En el camino, por delante de nosotros, se encontraban los grandes carruajes y los carromatos cubiertos de la casa real. Inmediatamente después, había dos bestias de carga, cuyos anchos hombros y posaderas se meneaban de un lado a otro. La doctora no había querido un cochero. Quería llevar ella misma el látigo (aunque lo usaba bien poco). Eso significaba que todas las mañanas teníamos que alimentar y cuidar a las bestias. A mí esto no me gustaba demasiado, aunque desde luego a los demás pajes y aprendices sí. Hasta el momento, la doctora se había hecho cargo de una porción de las tareas mayor de la esperada, pero a pesar de ello yo no tenía ninguna gana de hacer trabajos como aquellos y me costaba creer que no se diera cuenta de que estaba exponiéndonos a ambos a un enorme ridículo realizando tareas tan degradantes.

Estaba contemplando de nuevo la puesta de sol. La luz, prendida de su mejilla, la perfilaba en un color entre dorado y rojizo. El cabello, que le caía suelto sobre los hombros, poseía un lustre radiante cubierto de destellos, como un manto hilvanado de rubíes.

–¿Estabais aún en Drezen cuando cayeron las rocas del cielo, señora?

–¿Mmmm? Oh, sí. No me marché hasta unos dos años después. –Pareció perderse en sus pensamientos, con una súbita expresión de melancolía.

–¿No vendrías por casualidad por Cuskery, señora?

–Pues sí, Oelph, vine por allí –dijo ella, y la expresión se le iluminó al volverse hacia mí–. ¿Has oído hablar de aquello?

–Algo –dije yo. Se me había secado la boca al pensar si debía decir algo sobre lo que me habían dicho Jollisce y el paje de Walen–. Mmmm, ¿está muy lejos de aquí?

–Medio año largo de viaje –dijo la doctora con un asentimiento de cabeza. Sonrió y miró al cielo–. Un lugar muy caluroso, exuberante, húmedo y lleno de templos en ruinas y extraños animales que son los amos del lugar porque alguna secta los considera sagrados. El aire está saturado de olor a especias y cuando estaba allí hubo una noche entera, en la que tanto Xamis como Seigen se habían puesto hacía rato, casi a la vez, y Gidulph, Jairy y Foy estaban en el cielo matutino e Iparine estaba eclipsada por el propio mundo, y durante una campanada más o menos, solo la luz de las estrellas brilló sobre el mar y la ciudad, y todos los animales se pusieron a aullar en la oscuridad, y el oleaje que se oía desde mi habitación sonaba con mucha fuerza, aunque en realidad no es que estuviera oscuro, sino que había una luz como plateada. La gente salió a las calles y se quedó allí muy quieta, contemplando las estrellas, como si estuvieran aliviados al comprobar que su existencia no era un mito. Yo no me encontraba en las calles en aquel momento, estaba... Aquel día había conocido a un capitán de una Compañía del Mar, muy agradable. Y muy guapo –dijo con un suspiro.

En aquel instante parecía una jovencita (y yo un muchacho celoso).

–¿Vuestro barco vino directamente desde allí?

–Oh, no, hubo cuatro viajes más después de Cuskery; a Alyle, en el bergantín *Rostro de Jairly*, de la Compañía del Mar –dijo ella, y esbozó una gran sonrisa con la mirada dirigida hacia delante–. Luego, desde allí, a Fuollah, en una trirreme, nada menos..., un barco de Farossi, de la antigua marina imperial; y luego por tierra hasta Osk, desde donde fui a Illerne en una argosia de Xinkspar; y finalmente a Haspide en una galera del clan de los Mifeli.

–Suena muy romántico, señora.

Me ofreció lo que se me antojó una sonrisa triste.

–No careció de privaciones e indignidades en diversas ocasiones –dijo mientras se daba unos golpecitos en la caña de la bota– y una o dos veces tuve que sacar esta vieja daga, pero sí, según recuerdo lo fue. Muy romántico. –Aspiró profundamente y soltó el aire, antes de girar sobre sus talones y levantar la mirada hacia el cielo protegiéndose los ojos de Seigen.

–Jairly no ha salido aún, señora –dije en voz baja, sorprendido por la frialdad que sentía. Ella me lanzó una mirada rara.

Volví un poco en mis cabales. Al margen de lo que me hubiese dicho cuando estuve enfermo en el palacio, ella seguía siendo mi señora y yo seguía siendo su

criado, además de su aprendiz. Y, además de una señora, tenía un amo. Lo más probable es que nada de lo que pudiera sacarle a la doctora fuera nuevo para él, puesto que tenía muchas otras fuentes, pero no podía estar seguro de ello, así que supongo que tenía la obligación de averiguar todo lo que pudiera, por si algún pequeño detalle podía resultar útil.

–¿Fue así, al tomar el barco del clan Mifeli en Illerne para venir a Haspide, digo, como acabasteis al servicio de los Mifeli?

–No, eso fue pura coincidencia. Poco después de desembarcar, estuve trabajando en el hospicio de los marineros durante algún tiempo, antes de que uno de los Mifeli más jóvenes, que volvía a su casa en un barco, tuviera necesidad de mis servicios. Se dirigía a las islas del Centinela, pero su doctor había sufrido un terrible mareo y no había podido subir a bordo del galeón. El cirujano jefe de la enfermería me recomendó a Prelis Mifeli, así que este me eligió para reemplazarlo. El muchacho sobrevivió, el barco partió y a mí me nombraron médico de la familia Mifeli allí mismo, en el muelle. El viejo Mifeli no pierde el tiempo cuando se trata de tomar decisiones.

–¿Y su viejo doctor?

–Se jubiló, con una pensión. –Se encogió de hombros.

Pasé algún rato observando los cuartos traseros de las dos bestias de carga. Una de ellos defecó copiosamente. Los humeantes excrementos desaparecieron debajo de nuestro carromato, pero no antes de bañarnos en sus vapores.

–Madre mía, qué olor más espantoso –dijo la doctora. Yo me mordí la lengua. Aquella era una de las razones por las que la gente que se lo podía permitir solía mantenerse lo más lejos posible de las bestias de carga.

–Señora, ¿puedo haceros una pregunta?

Ella vaciló un momento.

–Ya me has hecho varias preguntas, Oelph –dijo, y me regaló una mirada entre divertida y maliciosa–. Supongo que lo que quieres decir es si puedes hacerme una pregunta que podría resultar impertinente.

–Ummm...

–Pregunta, joven Oelph. Siempre puedo fingir que no te he oído.

–Solo me preguntaba, señora –dije. De repente me sentía embargado de vergüenza y calidez al mismo tiempo–, por qué abandonasteis Drezen.

–Ah –dijo ella, antes de tomar el látigo y hacerlo restallar sobre el yugo de las dos bestias, sin apenas rozarles la piel. Me miró por un instante–. En parte por ganas de vivir una aventura, Oelph. Por el deseo de ir a alguna parte donde nadie que yo conociera hubiese estado antes. Y en parte... en parte para alejarme, para olvidar a alguien. –Me lanzó una sonrisa deslumbrante, luminosa, un momento antes de volver a mirar el camino–. Viví una historia de amor que no tuvo un final feliz, Oelph. Y soy

muy tozuda. Y orgullosa. Una vez que tomé la decisión de marcharme y anuncié que viajaría al otro lado del mundo, no podía, ni quería, echarme atrás. Así que me hice daño dos veces, una por enamorarme de la persona equivocada y otra por ser demasiado obstinada como para, incluso después de que se me pasara el enfado, retractarme de un comentario realizado por despecho.

–¿Fue esa la persona que os regaló la daga, señora? –pregunté. Ya odiaba y envidiaba al hombre en cuestión.

–No –dijo ella con una especie de carcajada desdeñosa que no me pareció nada femenina–. Me había hecho demasiado daño como para cargar encima con un recuerdo suyo. –Bajó la mirada hacia la daga, que sobresalía como siempre de su bota derecha–. La daga fue un regalo del... Estado. Parte de su decoración me la regaló otro amigo. Uno con el que solía tener terribles discusiones. Un regalo de doble filo.

–¿Y sobre qué discutíais, señora?

–Sobre montones de cosas, o sobre montones de aspectos de la misma cosa. Si un poder más allá de lo conocido implica el derecho a imponer un sistema de valores a los demás. –Vio mi expresión de desconcierto y se echó a reír–. Discutimos sobre este lugar, por ejemplo.

–¿Sobre este lugar, señora? –preguntó mirando a mi alrededor.

–Sobre... –pareció vacilar un momento y entonces dijo–: Sobre Haspide, sobre el Imperio. Sobre este hemisferio entero. –Se encogió de hombros–. No te aburriré con los detalles. El caso es que al final me marché y él se quedó, aunque más adelante me enteré de que también él había partido, algún tiempo después que yo.

–¿Y ahora lamentáis haber venido, señora?

–No –dijo ella con una sonrisa–. Lo hice durante la mayor parte del viaje a Cuskery... Pero el ecuador representó un cambio, tal como suele pasar, según dicen, y desde entonces no he vuelto a hacerlo. Sigo echando de menos a mi familia y mis amigos, pero ya no lamento haber tomado la decisión.

–¿Pensáis volver alguna vez, señora?

–No tengo ni idea, Oelph. –Su expresión era atribulada y esperanzada a un tiempo. Entonces esbozó otra sonrisa para mí–. A fin de cuentas, soy la doctora del rey. Si él me dejara marchar, consideraría que no había hecho bien mi trabajo. Puede que me vea obligada a cuidarlo hasta que sea un hombre de avanzada edad, o hasta que se harte de mí porque me salga bigote y se me caiga el pelo y empiece a olerme el aliento, y me haga decapitar por interrumpirlo demasiado a menudo. Entonces, puede que tengas que convertirte tú en el doctor.

–Oh, señora –fue lo único que pude decir.

–No sé, Oelph –me confió–. No se me da muy bien hacer planes. Esperaré y veré lo que el destino me depara. Si la Providencia, o como queramos llamarla, desea que me quede, me quedaré. Si algo me llama de regreso a Drezen, me iré. –Inclinó la

cabeza hacia mí y, con lo que probablemente pensara que era una mirada conspirativa, me dijo–: Quién sabe, puede que mi destino me lleve de nuevo al Cuskery ecuatorial. Puede que vuelva a ver a mi guapo capitán de la Compañía del Mar. –Me guiñó un ojo.

–¿Sufrió mucho el país de Drezen por las rocas que cayeron del cielo? –pregunté.

No pareció reparar en mi tono de voz que, me temo, había sido excesivamente frío.

–Más que Haspide –dijo–. Pero mucho menos que las tierras interiores del Imperio. Una ciudad de una lejana isla del norte fue borrada del mapa por una ola gigante que mató a diez mil personas o más, se perdieron algunos barcos y por supuesto las cosechas de un par de estaciones, así que los granjeros se quejaron mucho, pero eso es lo que siempre hacen. No, escapamos relativamente ilesos.

–¿Creéis que fue obra de los dioses, señora? Algunos dicen que la Providencia estaba castigándonos por algo, o puede que al Imperio. Otros sostienen que fue obra de los dioses antiguos, que van a regresar. ¿Qué pensáis vos?

–Pienso que podría ser cualquiera de esas cosas, Oelph –dijo la doctora con tono meditabundo–. Aunque hay algunas personas en Drezen, filósofos, que tienen una explicación mucho más prosaica.

–¿Y cuál es, señora?

–Que tales cosas ocurren sin razón.

–¿Sin razón?

–Sin más razón que la pura casualidad.

Lo pensé un momento.

–¿No creéis en la existencia del bien y del mal? ¿Y que uno de ellos debe ser imitado y el otro, en cambio, castigado?

–Algunas personas, muy pocas, te responderían que esas entidades no existen. La mayoría coincide en que sí, pero solo en nuestras mentes. El mundo por sí solo, sin nosotros, no reconoce su existencia, puesto que no son cosas, solo ideas, y el mundo no contenía ideas antes de que apareciera la gente.

–¿Así que creen que el hombre no fue creado junto con el mundo?

–Eso es. O al menos, el hombre dotado de inteligencia.

–¿Entonces son seigenistas? ¿Creen que fue el sol menor quien nos creó?

–Algunos dirían que sí. Para ellos, hubo un tiempo en que el hombre no era más que un animal, que se iba a dormir cuando Xamis se ponía y despertaba cuando salía, como los demás animales. Otros creen que no somos otra cosa que luz, que es la luz de Xamis lo que mantiene el mundo unido, como una idea, como un sueño inmensamente complicado, y que la luz de Seigen es la viva expresión de las criaturas pensantes.

Traté de asimilar los diferentes conceptos, y estaba empezando a decidir que no se

diferenciaban mucho de las creencias de la gente normal cuando la doctora me preguntó de repente:

–¿Y tú en qué crees, Oelph?

Su rostro, vuelto hacia mí, era del color del suave y dorado atardecer. La luz de Seigen iluminaba los mechones sueltos de su pelo rojo y rizado.

–¿Qué? Vaya, ¿qué creen todas las personas de orden, señora? –dije, antes de percatarme de que ella, que procedía de Drezen, donde la gente profesaba algunas ideas bastante raras, podía albergar creencias muy diferencias–. O sea, la gente de aquí, de Haspidus quiero decir...

–Sí, ¿pero es lo que crees tú personalmente?

La miré con el ceño fruncido, una expresión que un rostro tan elegante y delicado no se merecía. ¿Realmente creía que la gente iba por ahí con creencias diferentes? Uno creía lo que le decían que creyera, lo que tenía sentido creer. Salvo que fuera extranjero, claro está, o filósofo.

–Creo en la Providencia, señora.

–Pero, cuando dices la Providencia, ¿te refieres a Dios?

–No, señora. No creo en ninguno de los antiguos dioses. Ya nadie lo hace. Al menos nadie que tenga una pizca de sentido común. La Providencia es el gobierno de las leyes, señora.

Estaba tratando de no ofenderla hablándole como si fuera una niña. Había experimentado antes ciertos aspectos de la ingenuidad de la doctora y la atribuía a la ignorancia sobre la forma en que se organizaban las cosas en una tierra extranjera, pero después de casi un año, parecía que seguía habiendo temas que los dos creíamos ver bajo una misma luz y una perspectiva similar y que, sin embargo, abordábamos de manera bastante diferente.

–Las leyes de la naturaleza determinan el orden del mundo físico y las leyes del hombre determinan el orden de la sociedad, señora.

–Mmmm –dijo ella con una expresión que lo mismo podía ser meramente reflexiva que estar teñida de escepticismo.

–Un tipo de leyes se origina a partir del otro, como las plantas de la tierra –añadí al recordar algo que me habían enseñado en filosofía natural. (Mis decididos y agotadores esfuerzos por no absorber absolutamente nada de lo que se me había antojado la parte más irrelevante de mi educación no se habían saldado con un éxito total).

–Lo que no difiere demasiado de la idea de que la luz de Xamis ordena la mayor parte del mundo y la de Seigen ilumina al hombre –musitó ella mientras dirigía de nuevo la mirada hacia la puesta de sol.

–Supongo que no, señora –asentí tratando de averiguar adonde quería llegar.

–Ja –dijo–. Qué interesante.

–Sí, señora –dije educadamente.

Adlain: Duque Walen. Un placer, como siempre. Bienvenido a mi humilde tienda. Pasad.

Walen: Adlain.

A: ¿Un poco de vino? ¿Algo de comer? ¿Habéis comido ya?

W: Un vaso. Gracias.

A: Vino. Yo también tomaré un poco. Gracias, Epline. Bueno, ¿os encontráis bien?

W: Bastante. ¿Y vos?

A: Muy bien.

W: ¿No os importaría...?

A: ¿Qué, Epline? No, claro. Epline, si no te importa... Ya te llamaré. ¿Y ahora, Walen? Ya estamos solos.

W: Mmmm. Muy bien. La doctora. Vosill.

A: Seguís pensando en ella, ¿eh, querido duque? Empieza a convertirse en una obsesión. ¿Realmente la encontráis tan interesante? Quizá deberíais decírselo. Puede que le gusten los hombres mayores.

W: Burlarse de la sabiduría que proporciona la edad es el pasatiempo de aquellos que cuentan con no alcanzarla nunca, Adlain. Ya sabéis a qué me refiero.

A: Me temo que no, duque.

W: Pero si vos mismo me habéis confiado vuestras dudas. ¿Acaso no ordenasteis que se investigaran las cosas que escribe por si contenían algún tipo de código o algo por el estilo?

A: Lo pensé. Pero no llegue a hacerlo, al menos directamente.

W: Bueno, pues quizá deberíais, directamente. Es una bruja. O una espía. Una de dos.

A: Ya veo. ¿Ya qué extraños dioses o demonios creéis que sirve? ¿O a qué amo?

W: No lo sé. Nunca lo sabremos hasta que la mujer sea sometida a un interrogatorio.

A: Aja. ¿Os gustaría que pasara eso?

W: Sé que es muy improbable mientras conserve el favor del rey, aunque puede que esto no dure siempre. De cualquier modo, existen otras maneras. Podría desaparecer y ser interrogada... informalmente, por decirlo así.

A: ¿Nolieti?

W: No he... discutido el tema con él, pero sé de buena tinta que se prestaría con sumo gusto a hacerlo. Alberga la decidida sospecha de que esa mujer dio muerte a un reo al que estaba sometiendo a un interrogatorio.

A: Sí, también me lo mencionó a mí.

W: ¿Y no pensáis hacer nada al respecto?

A: Le dije que debería tener más cuidado.

W: Mmmm. En cualquier caso, de este modo podríamos desenmascararla, aunque sería un poco arriesgado y después habría que matarla. Tratar de arrebatarle el favor del rey podría llevarnos más tiempo y en caso de que hubiera que acelerar las cosas, cosa que entra dentro de lo posible, podría acarrear riesgos no mucho menores que los del primer plan.

A: Salta a la vista que habéis dedicado bastante tiempo a reflexionar sobre el asunto.

W: Naturalmente. Pero para secuestrarla sin que se enterara el rey, la ayuda del comandante de la Guardia sería crucial.

A: Sí, ¿verdad?

W: ¿Y bien? ¿Estaríais dispuesto a ayudar?

A: ¿Cómo?

W: Proporcionando los hombres, por ejemplo.

A: Creo que no. Podría producirse una batalla campal entre guardias del palacio, cosa que sería intolerable.

W: Bueno, ¿y de alguna otra forma?

A: ¿Otra forma?

W: ¡Maldita sea, hombre! ¡Ya sabéis a qué me refiero!

A: ¿Soldados que miren en otra dirección en el momento adecuado? ¿Huecos en las guardias? ¿Cosas así?

W: Sí, justo.

A: Pecados de omisión y no de comisión.

W: Expresadlo como os plazca. Son los actos, o la ausencia de ellos, lo que a mí me interesa.

A: En ese caso, puede.

W: ¿Nada más? ¿Un simple «puede»?

A: ¿Acaso estáis pensando en actuar en un futuro próximo, duque?

W: Puede.

A: Ja. Veréis, a menos que me...

W: No hablo de hoy ni de mañana. Estoy tratando de determinar si, en caso de que fuera necesario, un plan así podría llevarse a la práctica con una mínima demora.

A: En ese caso, si yo estuviera convencido de la urgencia del asunto, podría ser.

W: Bien. Eso está mejor. Al fin. Por la Providencia, sois de lo más...

A: Pero tendría que estar convencido de que la seguridad del monarca estaba amenazada. La doctora Vosill ha sido nombrada personalmente por el rey. Actuar contra ella podría interpretarse como un acto contra nuestro amado Quience. Su salud está en manos de esa mujer, puede que tanto como en las mías. Yo hago lo que

modestamente está en mi mano para mantener a raya a los asesinos y a todos aquellos que pudieran quererle mal a nuestro rey, mientras ella combate los males que vienen de su interior.

W: Sí, sí, lo sé. Está muy próxima a él. Depende de ella. Ya es demasiado tarde para impedir que su influencia alcance su cénit. Solo podemos actuar para acelerar su descenso. Pero para entonces podría ser demasiado tarde.

A: ¿Creéis que tiene la intención de asesinar al rey? ¿O de influenciarlo? ¿O solo se limita a espiar para alguna potencia extranjera?

W: Todo podría ser, en función de las circunstancias.

A: También podría ser que no hubiese nada.

W: Parecéis menos preocupado de lo que yo habría esperado, Adlain. Esa mujer ha llegado desde el otro lado del mundo, entró en la ciudad hace apenas dos años, trabajó para un mercader y para un noble –durante corto tiempo, en ambos casos– y entonces, de repente, ¡se encuentra más cerca que nadie de nuestro rey! ¡Por la Providencia, una esposa pasaría menos tiempo con él!

A: Sí, cualquiera se sentiría tentado de preguntarse si además cumple con alguno de los deberes íntimos de una esposa.

W: Mmmm. No lo creo. Acostarse con el propio médico es algo raro, aunque reconozco que eso se debe a que una mujer médico es algo antinatural. Pero no, no he visto nada que induzca a pensar tal cosa. ¿Por qué? ¿Acaso sabéis algo?

A: Meramente me preguntaba si vos tendríais alguna información.

W: Mmmm.

A: Como es lógico, parece una doctora bastante competente. Como mínimo, no le ha hecho al rey ningún daño evidente, y en mi dilatada experiencia, eso es más de lo que cabría esperar de un médico de la corte. Quizá deberíamos dejarla tranquila por ahora, mientras no tengamos nada más fiable que nuestras sospechas, por muy acertadas que se hayan mostrado en el pasado.

W: Quizá. ¿La pondréis bajo vigilancia?

A: Bueno, no incrementaré la vigilancia actual.

W: Mmmm. Además, estoy explorando otras vías de investigación que podrían poner a prueba la veracidad de su historia.

A: ¿De veras? ¿Y cómo es eso?

W: No os aburriré con los detalles, pero abrigo dudas sobre algunas de sus afirmaciones y espero poder presentar pruebas ante el rey que la desacreditarán y demostrarán que es una impostora. Se trata de una inversión a largo plazo, aunque puede que dé sus frutos durante la estancia en el palacio de verano o, en caso de que no sea así, poco después.

A: Ya veo. Bueno, en tal caso habrá que esperar que no perdáis el capital invertido. ¿Podéis contarme qué forma adopta?

W: Oh, la moneda del hombre. Y de la tierra, y de la lengua. Pero, basta. No diré nada más.

A: Creo que voy a tomar un poco más de vino. ¿Me acompañáis?

W: No, gracias. Tengo otros asuntos que atender...

A: Permitidme...

W: Gracias. Ah. Mis viejos huesos... Al menos todavía puedo cabalgar, aunque puede que el año que viene vaya en carruaje. Gracias a la Providencia que el viaje de vuelta es más sencillo. Y que ya no estamos muy lejos de Lep.

A: Estoy seguro de que aún podéis superar en las cacerías a hombres a los que dobláis la edad, duque.

W: Y yo estoy seguro de que no, pero vuestros halagos resultan gratificantes a pesar de ello. Buenos días.

A: Buenos días, duque... ¡Epline!

Todo esto lo copié –con algunas sustracciones para que la narración resultara menos tediosa– de la parte del diario de la doctora escrita en imperial. Nunca se lo enseñé a mi amo.

¿Podía haberlo escuchado? Parece poco probable. El comandante Adlain tenía su propio médico y estoy seguro de que nunca recurrió a los servicios de la doctora. ¿Qué podía estar ella haciendo cerca de su tienda?

¿Es posible que fueran amantes y que ella hubiese estado escondida bajo la cama durante toda la conversación? No parece más plausible. Estuve con ella casi todo el tiempo, todos los días. Además, ella confiaba sinceramente en mí, estoy convencido. Y Adlain no le gustaba, es tan simple como eso. De hecho, se sentía amenazada por él. ¿Cómo podía haberse metido repentinamente en la cama del hombre al que temía, sin haber dado antes el menor indicio de que lo deseaba, ni haberlo dado después de haberse acostado con él? Sé que los amantes ilícitos pueden ser ingeniosos hasta el extremo y encontrar de pronto en su interior reservas de astucia y capacidad de acción que hasta entonces nunca hubiesen creído poseer, pero imaginar a la doctora y al comandante de la guardia involucrados en una conspiración sexual de esta naturaleza es llevar las cosas demasiado lejos.

¿Sería Epline la fuente? ¿Tenía ella alguna influencia sobre él? La verdad es que parecía que no se conocían, pero ¿quién podía saberlo? Puede que fueran amantes, pero las mismas reservas que se aplicaban al caso de Adlain podían utilizarse en este caso.

No se me ocurre de qué otro modo podía haberse enterado. Pensé que podía ser todo ello una invención, algo que hubiera elaborado a partir de sus peores temores con respecto a lo que la corte podía tenerle preparado, pero por alguna razón tampoco me parecía una explicación verosímil. Mi conclusión final fue que reflejaba una

conversación real, pero no se me ocurría cómo podía haber llegado hasta sus oídos.

Así son las cosas. A veces, no todo tiene sentido. Debe de existir alguna explicación, y puede que se parezca un poco a la de la media naranja. Tendríamos que estar contentos sabiendo que existe, en algún lugar del mundo, y tratar de no pensar demasiado en que lo más probable es que nunca la encontremos.

Llegamos sin más incidentes a la ciudad de Lep-Skatcheis.

La mañana después de llegar, la doctora y yo acudimos a los aposentos del rey antes de la hora prescrita para el inicio de los asuntos del día. Como solía ocurrir en tales ocasiones, los asuntos del rey –y de gran parte de la corte– consistían en escuchar ciertas disputas legales que se consideraban demasiado complicadas o demasiado importantes para que las autoridades o el alguacil de la ciudad las resolvieran. En mi experiencia, obtenida a lo largo de los tres años que había participado en aquel viaje, la presidencia de estas audiencias no era una de las partes de sus responsabilidades que más complacían a nuestro rey.

Los aposentos de nuestro monarca se encontraban en una esquina del palacio del alguacil de la ciudad, sobre unas terrazas cubiertas de luminosos estanques que descendían hacia el río. Los vencejos y los pinzones jugaban en el aire cálido del exterior, dando vueltas y haciendo cabriolas más allá de la piedra fresca de las balaustradas del balcón. El chambelán Wiester nos llevó hasta allí con los aspavientos de costumbre.

–Oh. ¿Llegáis a tiempo? ¿Ha sonado la campana? ¿O el cañón? No he oído la campana. ¿Y vos?

–Hace un momento –le dijo la doctora mientras lo seguía por la sala de recepción hasta el vestidor del rey.

–¡Providencia! –dijo él, y entonces abrió las puertas.

–¡Ah, nuestra querida doctora Vosill! –exclamó el rey. Se encontraba sobre un pequeño escabel, en el centro del gran vestidor, donde cuatro criados se afanaban en ponerle la gran túnica ceremonial. Una pared con ventanas de yeso, orientada al sur, bañaba la habitación con una luz suave y untuosa. El duque Ormin, alto, ligeramente encorvado y ataviado con la túnica judicial, se encontraba también allí–. ¿Cómo te encuentras hoy? –preguntó el rey.

–Estoy bien, majestad.

–Buenos días, doctora Vosill –dijo Ormin, muy sonriente. El duque Ormin era más o menos diez años mayor que el rey. Era un individuo dotado de unas piernas largas, una cabeza grande y un torso sorprendentemente grande, que siempre parecía, o al menos me lo parecía a mí, hinchado, como si le hubiesen metido a la fuerza un par de almohadas debajo de la camisa. Tenía un aspecto un poco raro, sí, pero era un hombre muy educado y amable, cosa que yo sabía muy bien porque había estado

algún tiempo a su servicio, aunque en una posición muy humilde. La doctora también había trabajado para él, más recientemente, como su médico personal antes de convertirse en la del rey.

–Duque Ormin –dijo la doctora con una reverencia.

–¡Vaya! –dijo el rey–. ¡Y un «majestad» para mí, nada menos! Normalmente me puedo dar por afortunado si escapo con un simple «señor».

–Os ruego mil perdones, mi rey –dijo la doctora con una nueva reverencia, esta vez dedicada a él.

–Concedidos –dijo Quience mientras echaba la cabeza hacia atrás y dejaba que un par de criados le recogieran los rubios rizos y le colocaran un capacete sobre la cabeza–. Es obvio que esta mañana estoy de un humor sumamente magnánimo. ¿Wiester?

–¿Señor?

–Informad a nuestros queridos jueces de que me reuniré con ellos de tan buen humor que tendrán que asegurarse de que se presentan los más desgraciados en la audiencia como contrapeso a mi irresistible optimismo. Adelante, Ormin.

El duque Ormin esbozó una sonrisa llena de arrugas, entre las que estuvieron a punto de desaparecer sus ojos.

Wiester vaciló un momento y entonces se dispuso a dirigirse hacia la puerta.

–Al instante, señor.

–Wiester.

–¿Señor?

–Era una broma.

–Ja, ja, ja –se rió el chambelán.

La doctora dejó el maletín en un asiento, cerca de la puerta.

–¿Sí, doctora? –preguntó el rey.

Mi señora parpadeó.

–Me ordenasteis que viniera esta mañana, señor.

–¿De veras? –El rey parecía perplejo.

–Sí, anoche. –Era cierto.

–Oh, vaya. –El rey puso cara de sorpresa, al tiempo que los criados le levantaban los brazos y le ponían y abrochaban una túnica negra sin mangas, con un forro de una piel tan blanca que resultaba deslumbrante. Flexionó el cuerpo, cambió el peso de un pie cubierto por una media a otro, apretó los puños, ejecutó un movimiento giratorio con los hombros y la cabeza y finalmente declaró–: ¿Lo ves, Ormin? Estoy empezando a olvidarme de mi avanzada edad.

–Pero, señor, si apenas sois un jovencito –le dijo el duque–. Si vos empezáis a llamaros viejo como por decreto real, ¿qué debemos pensar los que somos mucho más viejos que vos y al mismo tiempo atesoramos la creencia de que no hemos

llegado a la senectud? Tened misericordia, os lo ruego.

–Muy bien –asintió el rey con un ademán–. Me declaro joven de nuevo. Y sano –añadió con una mirada de sorpresa dirigida a la doctora y a mí–. En fin, parece que esta mañana no tengo ningún dolor ni achaque para ti, Vosill.

–Oh. –La doctora se encogió de hombros–. Vaya, esas son buenas noticias –dijo mientras recogía el maletín y se volvía hacia la puerta–. En tal caso os deseo buenos días, señor.

–¡Ah! –dijo el rey de repente. Nos volvimos de nuevo.

–¿Señor?

El rey pareció sumido por un momento en profundas reflexiones y entonces sacudió la cabeza.

–No, doctora, no se me ocurre nada para reteneros. Podéis iros. Os llamaré cuando vuelva a necesitaros.

–Por supuesto, señor.

Wiester nos abrió la puerta.

–¿Doctora? –dijo el rey cuando estábamos en el umbral–. El duque Ormin y yo saldremos de caza esta tarde. Normalmente me caigo del caballo o me meto en algún matorral de espinos, así que es muy posible que luego sí tenga algo que necesite de vuestros cuidados.

El duque Ormin se rió educadamente y sacudió la cabeza.

–Empezaré a preparar los ungüentos necesarios ahora mismo –dijo la doctora–. Majestad.

–Por la Providencia, dos veces en un día.

8

El guardaespaldas

–¿Tanto confían en mí?

–Y en mí. Probablemente porque se me considera indigna del interés de cualquier hombre que no esté desesperado. O porque el general no pretende volver a visitarme nunca, así que...

–¡Cuidado!

DeWar cogió a Perrund por el brazo cuando se disponía a salir a la calle en la trayectoria de diez bestias de carga que tiraban de un carruaje de guerra. La atrajo hacia sí mientras, primero el sudoroso y jadeante tiro, y luego la grande y bamboleante mole del cañón pasaban apresuradamente haciendo temblar los adoquines. Una peste a sudor y aceite los envolvió. DeWar sintió que ella retrocedía y pegaba la espalda a su pecho. Tras él, el mostrador de piedra de la tienda de un carnicero se le clavó en la espalda. El estrépito de las ruedas del carromato, cada una de ellas tan alta como un hombre, resonó entre las agrietadas e irregulares paredes de los edificios de dos y tres plantas que se cernían sobre la callejuela.

Montado sobre el enorme cañón negro, un artillero uniformado con los colores del duque Ralboute azuzaba furiosamente con su látigo a las bestias. Seguían al carromato otros dos carruajes repletos de hombres y cajas de madera. A su vez, a estos los seguía una andrajosa multitud de excitados niños. El carromato salió con estruendo por las puertas de las murallas interiores y se perdió de vista. La gente de las calles, que había buscado refugio al paso de los apresurados vehículos, volvió a salir, murmurando y sacudiendo la cabeza.

DeWar soltó a Perrund, y ella se volvió hacia él. Embargado por el azoramiento, descubrió de repente que la había cogido por el brazo marchito. El recuerdo de su contacto, a través de la manga del vestido, el cabestrillo y los pliegues de la capa,

parecía grabado en los huesos de su mano como algo fino, frágil e infantil.

–Lo siento –balbuceó.

Ella seguía muy pegada a su cuerpo. Se apartó un paso, con una sonrisa insegura. La capucha de su capa, al caer, había dejado al descubierto su rostro, velado por los encajes, y su cabello dorado, recogido en una redecilla negra. Volvió a subirse la capucha.

–Oh, DeWar –se burló–. Le salvas la vida a alguien y luego te disculpas. La verdad es que eres tan... Oh, no sé –dijo mientras se reajustaba la capucha. DeWar tuvo tiempo de sorprenderse. Era la primera vez que veía a *lady* Perrund sin palabras. La capucha con la que estaba peleándose volvió a caer, atrapada por un soplo de viento–. Condenada cosa –dijo mientras la cogía con la mano sana y volvía a ponérsela. DeWar había levantado el brazo para ayudarla, pero al ver que ya no era necesario tuvo que dejarlo caer–. Ahí –dijo ella–. Así está mejor. Ven. Te cogeré del brazo. Vamos a pasear.

DeWar echó un vistazo a la calle y luego la cruzaron juntos, con cuidado de no pisar las pequeñas pilas de excrementos de animal. Un viento cálido soplaba entre los edificios y levantaba remolinos de paja sobre los adoquines. Perrund había cogido el brazo de DeWar con su mano sana y su antebrazo reposaba ligeramente sobre él. El guardaespaldas transportaba en la otra mano una canasta de mimbre que ella le había pedido que llevara al salir de palacio.

–Es evidente que no puedo salir sola –le dijo–. He pasado demasiado tiempo en estancias y patios, en terrazas y jardines. En cualquier lugar, de hecho, donde el tráfico más peligroso es el de un eunuco con una bandeja de aguas perfumadas que alguien espera con urgencia.

–No os he hecho daño, ¿verdad? –le preguntó DeWar con una mirada de soslayo.

–No, pero aunque me lo hubieras hecho, lo habría preferido a ser aplastada por las ruedas de hierro de una máquina de asedio lanzada a toda velocidad. ¿Adónde creen que van con tanta prisa?

–Bueno, a esa velocidad no llegará muy lejos. Las monturas parecían agotadas ya y eso que aún no habían dejado la ciudad. Supongo que se trata de una exhibición para impresionar a la población. Pero es de suponer que acaben en Ladenscion.

–¿Así que la guerra ya ha empezado?

–¿Qué guerra, mi señora?

–La guerra contra los barones rebeldes de Ladenscion, DeWar. No soy idiota.

DeWar suspiró y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba prestándoles demasiada atención.

–Oficialmente, no ha estallado aún –dijo acercando los labios al borde de la capucha de Perrund. Ella se volvió hacia él y en ese momento pudo captar su fragancia, dulce y almizclada–, pero creo que puede decirse, sin temor a errar, que es

inevitable.

–¿A qué distancia está Ladenscion? –preguntó ella. Se agacharon para pasar por debajo de las frutas colgadas en el exterior de una verdulería.

–Hay unos veinte días a caballo hasta las colinas.

–¿Tendrá que ir el Protector en persona?

–La verdad es que no podría decirlo.

–DeWar –dijo ella en voz baja con algo que sonó como a decepción.

DeWar suspiró y volvió a mirar a su alrededor.

–No lo creo –dijo–. Tiene muchas cosas que hacer aquí y hay generales más que de sobra para encargarse de ello. No... No debería prolongarse mucho en el tiempo.

–No pareces muy convencido.

–¿De veras? –Se detuvieron en una calle lateral para dejar pasar un pequeño rebaño de bestias de tiro que se dirigía al mercado de ganado–. Parece ser que soy el único que piensa que esta guerra es... sospechosa.

–¿Sospechosa? –Perrund lo dijo con tono divertido.

–Tanto las quejas de los barones como la tozudez de su actitud y su negativa a negociar me parecen desproporcionadas.

–¿Piensas que están tratando de provocar una guerra para sacar partido?

–Sí. Pero, no para ellos. Eso sería una locura. Por alguna razón que no es un deseo de independizarse de Tassasen.

–¿Y qué otra motivación podría haber?

–No es su motivación lo que me preocupa.

–¿Y entonces qué?

–La de quienes están detrás de ellos.

–¿Crees que alguien los está azuzando para ir a la guerra?

–Eso me parece a mí, pero soy solo un guardaespaldas. El Protector está reunido con sus generales y piensa que no necesita ni mi presencia ni mis opiniones.

–Y yo agradezco tu compañía. Pero me había formado la impresión de que el Protector valoraba tu consejo.

–Lo valora más cuanto más se ajusta a su propia visión de las cosas.

–DeWar, estás celoso, ¿no? –Se detuvo y lo miró. Él estudió su cara, envuelta en sombras y medio oculta tras la capucha y el fino velo. Su piel parecía resplandecer en la oscuridad, como un montón de oro en el fondo de una cueva.

–Puede que sí –admitió con una sonrisa avergonzada–. O puede que, una vez más, esté tratando de cumplir con mis obligaciones en áreas que no me corresponden.

–Como en nuestra partida.

–Como en nuestra partida.

Se volvieron a la vez y continuaron caminando. Perrund se agarró de nuevo a su brazo.

–Bueno, ¿y quién crees que puede estar detrás de esos fastidiosos barones?

–Kizitz, Bresitler, Velfasse. Cualquier combinación de nuestros tres aspirantes a emperador. Kizitz participaría por gusto en cualquier intriga. Breistler reclama parte de Ladenscion y podría ofrecer sus fuerzas como compromiso, para separar nuestros ejércitos de los de los barones. Valfasse le ha echado un ojo a nuestras provincias del este, así que atraer nuestras fuerzas al oeste podría ser una finta. A Faross le gustaría recuperar las islas Arrojadas y podría utilizar una estrategia similar. Y luego está Haspidus.

–¿Haspidus? –dijo ella–. Pensaba que el rey Quience apoyaba a UrLeyn.

–Puede convenirle que lo parezca por ahora. Pero Haspidus se encuentra detrás, o más allá, de Ladenscion. Le resultaría más fácil que a nadie surtir de material a los barones.

–¿Y crees que Quience se opone al Protector por el principio regio? ¿Porque UrLeyn tuvo la osadía de matar a un rey?

–Quience conocía al viejo rey. Beddun y él eran tan amigos como pueden llegar a serlo dos monarcas, así que podría haber algo personal en su animosidad. Pero aunque no fuera así, Quience no es ningún tonto y no tiene problemas acuciantes en este momento. Puede permitirse el lujo de pensar y sabe que si quiere transmitirle la corona a sus herederos, el ejemplo de UrLeyn debe recibir una respuesta más tarde o más temprano.

–Pero Quience aún no tiene hijos, ¿verdad?

–Ninguno reconocido, y todavía no se ha decidido a tomar esposa, pero aunque solo estuviera preocupado por su propio reino, podría seguir queriendo que cayera el Protectorado.

–Ay. No sabía que estuviéramos tan rodeados de enemigos.

–Me temo que así es, señora.

–Ah. Aquí estamos.

El viejo edificio de piedra que había al otro lado de la abarrotada calle era el hospital de los pobres. Era allí donde Perrund quería llevar la cesta de comida y medicinas.

–Mi antigua casa –dijo contemplándolo por encima de las cabezas de la gente. Un pequeño grupo de soldados ataviados con coloridos uniformes dobló una esquina y se aproximó por la calle, precedido por un joven tamborilero, flanqueado por mujeres llorosas a ambos lados y seguido por unos cuantos niños. Todo el mundo se volvió hacia allí salvo Perrund. Su mirada permaneció clavada en las desgastadas y mugrientas piedras del hospital del otro lado de la calle.

DeWar miró a un lado y a otro.

–¿Habéis vuelto desde entonces? –preguntó.

–No. Pero me he mantenido en contacto con ellos. En el pasado les he mandado

cosas. Pensé que sería divertido traerlas en persona esta vez. Oh. ¿Quiénes son esos? –Los soldados estaban pasando por delante. Llevaban unos uniformes brillantes, amarillos y rojos, con cascos de metal bruñido. Cada uno de ellos tenía un largo tubo de metal con una montura de madera colgado del hombro y saludaba con el brazo por encima del reluciente yelmo.

–Mosqueteros, señora –dijo DeWar–. Y la bandera que siguen es la del duque Simalg.

–Ah. Así que esos son mosquetes. Había oído hablar de ellos.

DeWar observó el paso de la tropa con una mirada preocupada y distraída.

–UrLeyn no quiere ni verlos en palacio –dijo al cabo de un rato–. Pero son muy útiles en el campo de batalla.

El sonido de los tambores se apagó. Las calles volvieron a llenarse con su tránsito ordinario. Entonces se abrió un hueco en el tráfico de carros y carruajes que los separaba del hospital y DeWar creyó que podrían utilizarlo para cruzar, pero Perrund vaciló, con la mano en su antebrazo y la mirada clavada en los sillares avejentados del antiguo edificio. El guardaespaldas se aclaró la garganta.

–¿Quedará alguien de cuando estabais allí?

–La matrona actual era niñera cuando yo vivía allí. Es con ella con la que me he estado escribiendo. –Pero siguió sin moverse.

–¿Estuvisteis mucho tiempo?

–Solo unos diez días, más o menos. Fue hace cinco años, tan solo, pero parece mucho más. –Siguió mirando fijamente el edificio.

DeWar no sabía muy bien qué decir.

–Debió de ser una época difícil.

Con lo poco que había conseguido arrancarle a lo largo de los últimos años, DeWar había averiguado que la habían llevado allí aquejada de unas fiebres terribles. Ella y ocho de sus hermanos, hermanas y primos, habían sido refugiados de la guerra de sucesión en la que UrLeyn se había hecho con el control de Tassasen, tras la caída del Imperio. Habían llegado desde el sur, donde la lucha era más encarnizada, y se habían encaminado a Crough, junto con gran parte de la población de aquellas regiones. Su familia practicaba el comercio en una pequeña ciudad mercantil, pero la mayor parte de ella había sido asesinada por las fuerzas del rey tras arrebatarles la ciudad a las tropas de UrLeyn. Los hombres del general, con él mismo a la cabeza, la habían reconquistado, pero para entonces Perrund y los pocos parientes vivos que le quedaban se encontraban de camino a la capital.

Todos ellos habían contraído la enfermedad durante el viaje y solo un generoso soborno logró franquearles las puertas de la ciudad. Los menos graves habían conducido sus carromatos a los antiguos parques reales, donde se permitía acampar a los refugiados, y el poco dinero que les quedaba lo habían invertido en contratar un

médico y una enfermera. La mayoría había muerto. Perrund había encontrado sitio en el hospital de los pobres. Había estado a punto de morir, pero luego se había recuperado. Cuando fue en busca del resto de su familia, el camino la llevó hasta los pozos de brea que había extramuros, donde la gente había sido enterrada a centenares.

Había pensado en suicidarse, pero el miedo le había impedido hacerlo, además del convencimiento de que, ya que la Providencia había decidido que se recuperara de la enfermedad, era posible que no estuviera destinada a morir aún. Por otro lado, por entonces había empezado a cundir la sensación generalizada de que lo peor ya había pasado. La guerra había terminado, la plaga casi había desaparecido y el orden había retornado a Crough y estaba haciéndolo al resto de Tassasen.

Perrund trabajaba en el hospital y dormía en el suelo de uno de las grandes salas generales, donde la gente lloraba, gritaba y gemía durante todo el día y toda la noche. Mendigaba comida en las calles y rechazaba muchas ofertas que le habrían permitido comprar alimentos y otras comodidades a cambio de sexo, pero entonces un eunuco del harén de palacio –que era de UrLeyn, ahora que el viejo rey estaba muerto– había visitado el hospital. El doctor que le había buscado a Perrund un lugar en el hospital le había dicho a un amigo de la corte que era una gran belleza y –una vez que la persuadieron para lavarse la cara y ponerse un vestido– el eunuco se mostró de acuerdo con su afirmación.

Así que la reclutaron para la lánguida opulencia del harén y se convirtió en una de las favoritas del Protector. Lo que le habría parecido una especie de lujo restrictivo, e incluso una prisión de barrotes dorados, a la joven que había sido un año antes, cuando su familia y ella vivían juntos y en paz en una próspera y pequeña ciudad, se le antojaba ahora, tras la guerra y todo cuanto la había acompañado, un santuario bendito.

Entonces llegó el día en el que UrLeyn y varios de sus favoritos de la corte, incluidas algunas de sus concubinas, iban a ser retratados por un artista famoso. El artista trajo consigo a un nuevo ayudante que resultó tener una misión mucho más importante que plasmar en el lienzo al general y sus partidarios, y solo la intervención de Perrund al interponerse entre UrLeyn y su cuchillo impidió que el Protector pasara a mejor vida.

–¿Vamos? –preguntó DeWar al ver que seguía sin moverse.

Ella lo miró un momento como si hubiera olvidado que se encontraba allí y entonces sonrió desde el fondo de su capucha.

–Sí –dijo–. Sí, vamos.

Le agarró el brazo con fuerza al cruzar la calle.

–Cuéntame más cosas de Prodigia.

–¿Qué? Oh, Prodigia. Deja que piense... Pues, por ejemplo, en Prodigia todo el

mundo puede volar.

–¿Como los pájaros? –preguntó Lattens.

–Igual que los pájaros –confirmó DeWar–. Saltan desde los acantilados o desde lo alto de los edificios, que son muy numerosos en Prodigia, o van corriendo por las calles y de pronto dan un brinco y remontan el vuelo hacia los cielos.

–¿Y tienen alas?

–Sí, pero son alas invisibles.

–¿Y pueden volar hasta los soles?

–Por sí solos no. Para llegar hasta allí tienen que usar naves. Naves de velas invisibles.

–¿Y el calor de los soles no las quema?

–No, porque las velas son invisibles y el calor las atraviesa. Pero, por supuesto, si se acercan demasiado, los cascos de madera se carbonizan, se ponen negros y se queman.

–¿Están muy lejos los soles?

–No lo sé, pero la gente dice que cada uno está a una distancia diferente y hay personas muy inteligentes que dicen que los dos están muy, muy lejos.

–Deben de ser esos hombres que se hacen llamar matemáticos y que aseguran que el mundo es redondo en lugar de plano.

–Así es –confirmó DeWar.

Una compañía itinerante de teatro de sombras había llegado a la corte. Se habían instalado en el edificio del palacio dedicado a las representaciones, cuyas ventanas de yeso tenían batientes que podían cerrarse para impedir que pasara la luz. Habían tendido una sábana blanca, muy tensa, sobre un marco de madera cuyo borde inferior se encontraba un poco por encima de sus cabezas. Debajo de este marco colgaba un lienzo negro. La pantalla blanca se iluminaba desde atrás mediante una potente lámpara situada a cierta distancia. Los dos hombres y las dos mujeres manejaban los títeres bidimensionales y el atrezo de sombras que los acompañaban. Usaban unos finos palitos para hacer que se movieran los miembros y los cuerpos de los personajes. Los efectos, como las cascadas y las llamas, se conseguían utilizando finas tiras de papel negro y un atizador que las hacía ondear. Usando varias voces diferentes, los intérpretes hilvanaban antiguos relatos de reyes y reinas, héroes y villanos, fidelidades y traiciones, amores y odios.

Ahora estaban en el intermedio. DeWar había estado detrás del escenario para asegurarse de que los dos centinelas que había apostado allí seguían despiertos, como así era. Al principio, los artistas habían puesto algunas objeciones, pero él había insistido en que los guardias permanecieran allí. UrLeyn estaba sentado en el centro del pequeño auditorio, y ofrecía un blanco perfecto y estacionario para un asesino situado tras la pantalla y armado con una ballesta. El Protector, Perrund y todos los

que estaban al corriente de la presencia de los dos centinelas pensaban que, una vez más, DeWar estaba tomándose demasiado en serio sus deberes, pero él no podía estar allí sentado, asistiendo tranquilamente al espectáculo, sin que nadie vigilara la parte trasera del escenario. También había apostado guardias junto a las ventanas, con la orden de abrir los postigos al instante si la lámpara que había detrás de la pantalla se apagaba.

Una vez tomadas todas estas precauciones, se había sentado para presenciar el espectáculo –desde el asiento contiguo al de UrLeyn– con cierto grado de ecuanimidad, y cuando Lattens apareció trepando sobre el asiento de al lado, se sentó en su regazo y exigió que le contara más cosas sobre Prodigia, decidió que se sentía lo bastante relajado como para obedecer de buen grado. Perrund, que se encontraba un asiento más allá, se había vuelto para formular su pregunta sobre los matemáticos y observaba a DeWar y a Lattens con una expresión divertida e indulgente.

–¿Y también vuelan por debajo del agua? –preguntó Lattens. Se bajó del regazo de DeWar y se plantó delante de él, con una mirada de profunda concentración. Vestía como un soldadito, con una espada de madera al cinto y una vaina ornamental.

–Desde luego que sí. Se les da tan bien aguantar la respiración que pueden hacerlo durante varios días seguidos.

–¿Y pueden volar sobre las montañas?

–Solo a través de túneles, pero hay montones de ellos. Por supuesto, algunas de las montañas son huecas. Y otras están llenas de tesoros.

–¿Y hay magos y espadas mágicas?

–Sí, espadas mágicas a centenares, y magos a montones. Aunque suelen ser un poco arrogantes.

–¿Y gigantes y monstruos?

–En cantidad, aunque son unos gigantes muy amables y unos monstruos muy serviciales.

–Qué aburrido –murmuró Perrund mientras estiraba el brazo sano y alisaba algunos de los rizos más rebeldes de Lattens.

UrLeyn se volvió en el asiento, con un brillo en los ojos. Bebió un trago de vino y dijo:

–¿Qué es esto, DeWar? ¿Ya estás llenando la cabeza del muchacho de tonterías?

–No estaría nada mal –dijo BiLeth desde un par de asientos de distancia. El espigado ministro de Asuntos Exteriores parecía aburrido con la representación.

–Me temo que sí, señor –admitió DeWar al Protector, ignorando a BiLeth–. Estoy hablándole de gigantes amables y monstruos simpáticos, cuando todo el mundo sabe que los gigantes son crueles y los monstruos, aterradores.

–Qué ridiculez –dijo BiLeth.

–¿Qué pasa? –preguntó RuLeuin mientras se volvía hacia ellos. El hermano de

UrLeyn estaba sentado junto a él, al otro lado de Perrund. Era uno de los pocos generales que no había sido enviado a Ladenscion–. ¿Monstruos? Hemos visto algunos monstruos en la pantalla, ¿no, Lattens?

–¿Tú qué prefieres, Lattens? –preguntó UrLeyn a su hijo–. ¿Gigantes y monstruos buenos o malos?

–¡Malos! –gritó Lattens. Sacó la espada de la vaina–. ¡Para poder cortarles la cabeza!

–¡Ese es mi chico! –dijo su padre.

–¡En efecto! ¡En efecto! –convino BiLeth.

UrLeyn le tendió la copa de vino a RuLeuin y luego levantó al niño en brazos, lo depositó delante de sí y se enfrentó a él en un duelo imaginario con la daga envainada. En el rostro de Lattens apareció una mirada de gran concentración mientras intercambiaba estocadas, paradas, fintas y esquivas con su padre. La espada de madera chasqueaba y castañeteaba al golpear la daga envainada.

–¡Bien! –decía su padre–. ¡Muy bien!

DeWar vio que el comandante ZeSpiole se levantaba de su asiento y, caminando de lado, se dirigía hacia el pasillo. Se disculpó, se levantó también y se reunió con él en el excusado que había detrás del teatro, de cuyas instalaciones estaban también haciendo uso uno de los intérpretes y un par de guardias.

–¿Recibisteis el informe, comandante? –preguntó DeWar.

ZeSpiole levantó la mirada, sorprendido.

–¿Informe, DeWar?

–Sobre la visita que la señora Perrund y yo hicimos al viejo hospital.

–¿Y por qué razón iba a recibir un informe sobre eso, DeWar?

–Pues tal vez porque uno de vuestros hombres nos estuvo siguiendo desde palacio.

–¿De veras? ¿Quién era?

–No sé cómo se llama. Pero lo reconocí. ¿Queréis que lo aborde la próxima vez que lo vea? Si no actuaba siguiendo órdenes vuestras, quizá deberíais preguntarle qué lo ha llevado a seguir a dos personas en una visita inocente y oficialmente sancionada a la ciudad.

ZeSpiole vaciló un instante y luego dijo:

–No será necesario, gracias. Estoy seguro de que ese informe, en caso de haberse realizado, solo diría que la concubina y vos realizasteis una visita perfectamente inocente a dicha institución, de la que regresasteis sin incidentes.

–Yo también estoy seguro.

DeWar regresó a su asiento. Los actores anunciaron que la segunda parte del espectáculo estaba a punto de empezar. Hubo que calmar a Lattens antes de que pudieran proceder. Una vez iniciado el segundo acto, el muchacho se sentó un rato entre su padre y Perrund, pero esta le acarició la cabeza, empezó a hacer ruidos tranquilizadores y antes de que hubiera pasado mucho tiempo, las historias del teatro de sombras habían captado el interés del niño.

El ataque le sobrevino hacia la segunda mitad. De repente se puso rígido y empezó a temblar. DeWar fue el primero en darse cuenta. Se inclinó hacia delante y se disponía a decir algo cuando Perrund se volvió, con el rostro iluminado por la luz de la pantalla y recorrido también por sus sombras, y una expresión ceñuda.

–¿Lattens...? –dijo.

El niño emitió un extraño ruido estrangulado y sufrió una convulsión que lo arrojó a los pies de su padre, quien, sobresaltado, dijo:

–¿Qué...?

Perrund abandonó el asiento y cayó de rodillas junto al niño.

DeWar se levantó y se volvió hacia la parte trasera del teatro.

–¡Guardias! ¡Los postigos! ¡Ya!

Los postigos crujieron y la luz inundó las filas de asientos. La repentina iluminación reveló rostros sorprendidos que miraban en todas direcciones. La gente empezó a volverse hacia las ventanas, murmurando. La pantalla se había vuelto blanca y las sombras habían desaparecido. La voz del hombre que relataba la historia se detuvo, confundida.

–¡Lattens! –dijo UrLeyn mientras Perrund incorporaba al muchacho. Lattens tenía los ojos cerrados y el rostro teñido de gris y cubierto de sudor–. ¡Lattens! –El Protector levantó al niño en brazos.

DeWar permaneció donde estaba, recorriendo el teatro con la mirada. Algunos espectadores estaban levantándose. Frente a él había una fila de rostros preocupados orientados hacia el Protector.

–¡Doctor! –dijo DeWar al ver a BreDelle. El corpulento doctor parpadeaba bajo la luz.

9

La doctora

Amo, he pensado que sería conveniente hacer mención en mi informe a los sucesos que tuvieron lugar en los Jardines Ocultos el día que el duque Kettil presentó el último mapamundi del geógrafo Kuin a su majestad.

Habíamos llegado en la fecha prevista al palacio de verano de Yvenir, en las colinas de Yvenage, y nos habíamos instalado en los aposentos del doctor, situados en una torre redonda de la casa menor. Desde nuestras habitaciones se veían las casitas y pabellones esparcidos sobre las boscosas laderas inferiores de la colina del palacio. El número de los edificios iba creciendo gradualmente al tiempo que menguaban las distancias entre ellos, hasta que acababan por fundirse con las antiguas murallas de la ciudad de Mizui, que llenaban el fondo del valle, justo debajo del palacio. En el valle, a ambos lados de la ciudad, se veía gran cantidad de granjas, campos y arroyos, y más allá se alzaban unas colinas poco empinadas y boscosas, rodeadas a su vez por las formas redondeadas y cubiertas de nieve de las lejanas montañas.

El rey, en efecto, se había caído del caballo en el transcurso de una cacería celebrada cerca de Lep-Skatacheis (aunque lo había hecho el último día de nuestra estancia allí, no el primero) y desde entonces había tenido que sufrir una torcedura de tobillo que lo había obligado a cojear. La doctora se lo había vendado y había hecho cuanto había podido por curarlo, pero las obligaciones del rey le habían impedido descansar tanto como a ella le hubiese gustado, de modo que la recuperación estaba siendo lenta.

–Tú. Sí, más vino. No, de ese no. Del otro. Ah. Adlain. Ven y siéntate a mi lado.

–Majestad.

–Vino para el comandante de la Guardia. Vamos. Tienes que darte más prisa. Los buenos criados actúan cuando los deseos de su señor están todavía en proceso de

formación. ¿No es así, Adlain?

–Estaba a punto de decirlo, señor.

–Estoy seguro de ello. ¿Qué noticias hay?

–Oh, rumores del ancho mundo, principalmente. Inadecuados para un lugar tan magnífico como este. Podrían arruinar las vistas.

Estábamos en los Jardines Ocultos, detrás del gran palacio, casi en la cima de la colina. Los muros del jardín, rojos y cubiertos de plantas trepadoras, ocultaban la totalidad del palacio, salvo sus torres más altas. El pequeño valle colgado que contenía los jardines ofrecía una magnífica vista de las lejanas llanuras, que, teñidas de azul por la lejanía, se fundían con la luz del cielo en el horizonte.

–¿Alguna noticia de Quettil? –preguntó el rey–. Se supone que tenía que traerme algo. Pero claro, tratándose de Quettil, todo tiene que estar preparado previamente. No puede ocurrir sin más. Preveo una ceremonia con toda la pompa.

–El duque Quettil no es de los que murmuran cuando podría atraer más atención con un grito –convino Adlain mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba sobre la alargada mesa–. Pero tengo entendido que el mapa que tiene la intención de presentaros es magnífico y su elaboración ha sido muy trabajosa. Creo que quedaremos impresionados.

El duque Quettil ocupaba el palacio ducal, situado en la misma colina que el gran palacio. La provincia y ducado de Quettil, de la que la ciudad de Mizui y las colinas Yvenage no eran más que una modesta parte, estaba enteramente bajo su autoridad, una autoridad que, según se decía, no ejercía con timidez. Se esperaba que su séquito y él llegaran a los Jardines Ocultos poco después de la campanada de mediodía para presentar al rey el nuevo mapa.

–Adlain –dijo el rey–. ¿Conoces al nuevo duque Ulresile?

–Duque Ulresile –dijo Adlain al flaco y enjuto joven que el rey tenía al lado–. Lamenté mucho lo de vuestro padre.

–Gracias –dijo el muchacho. Era poco mayor que yo y bastante menos sustancial, casi etéreo. La espléndida ropa que llevaba parecía demasiado grande para él, que aparentaba encontrarse incómodo en su interior. Pensé que aún tenía que acostumbrarse a la posición de un hombre de poder.

–Duque Walen –dijo Adlain con una reverencia dirigida al hombre que se sentaba a la derecha del rey.

–Adlain –dijo Walen–. Parece que el aire de la montaña os sienta bien.

–Aún tengo que encontrar un aire que no lo haga, duque.

El rey Quience estaba sentado a una mesa alargada, bajo una pérgola grande, acompañado por los duques Walen y Ulresile y una multitud de nobles menores y diferentes criados, incluidas un par de chicas del servicio, hermanas gemelas, de las que el rey parecía haberse encaprichado. Las dos tenían ojos de un color entre verde y

dorado y una melena rubia, y parecían controlar casi del todo –pero no del todo– unos cuerpos altos y sinuosos que en ciertas partes parecían desafiar la ley de la gravedad. Las dos vestían un mismo traje de color crema con ribetes rojos y encajes, que, si no era exactamente lo que llevarían unas pastorcillas rústicas, sí que se asemejaba a lo que cualquier actriz famosa, bella y bien proporcionada hubiese llevado de haber tenido que participar en costosa producción de estilo romántico con pastorcillas entre los personajes. Una sola criatura como aquellas le habría derretido el corazón a un hombre corriente. Que hubiese dos bellezas de tal calibre en el mismo lugar y al mismo tiempo parecía el colmo de la injusticia. En especial si tenemos en cuenta que las dos parecían tan encaprichadas del rey como él de ellas.

Confieso que había sido incapaz de apartar la mirada de los dos globos entre dorados y morenos que sobresalían como sendas lunas del horizonte de encaje de color crema del corpiño de cada una de las chicas. La luz del sol que bañaba estos orbes perfectos resaltaba la fina y casi invisible ropa interior que los cubría. Sus voces eran como el tintineo de un par de fuentes, su fragante perfume llenaba el aire, y el tono y las palabras del rey provocaban y sugerían toda clase de implicaciones románticas.

–Sí, esas pequeñas, las de rojo. Esas mismas. Mmmm. Deliciosas. Cómo me gustan las pequeñas de rojo, ¿verdad?

Las dos muchachas se rieron al unísono.

–¿Qué aspecto tiene, Vosill? –dijo el rey sin dejar de sonreír–. ¿Cuándo podré empezar a perseguir a estas chicas? –Hizo ademán de abalanzarse sobre las pastorcillas para tratar de atraparlas, pero ellas, con un chillido, se apartaron de él con elegancia de bailarinas–. No se dejan coger, maldita sea. ¿Cuándo podré empezar a perseguirlas como está mandado?

–¿Como está mandado, señor? ¿Y eso cómo es? –preguntó la doctora.

La doctora y yo estábamos ocupándonos del pie del rey. Ella le cambiaba la venda todos los días. En ocasiones, dos veces al día, si el rey había ido a montar a caballo o a cazar. Además de la hinchazón provocada por la torcedura, el tobillo tenía un pequeño corte que no terminaba de curarse y la doctora se empeñaba en limpiarlo y tratarlo en persona, por mucho que yo creyera que cualquier enfermera, o incluso criada, hubiese podido hacerse cargo. A su vez, el rey parecía querer que la doctora lo hiciera todos los días y ella se mostraba encantada de obedecer. Ningún otro médico que yo conozca hubiese buscado una excusa para no tratar a su majestad, pero si alguien hubiese sido capaz de hacerlo, era ella.

–Pues de una manera que me permita tener una probabilidad decente de cogerlas, Vosill –dijo el rey inclinándose hacia ella, con eso que, según creo, se llama un susurro de apuntador. Las dos pastorcillas se rieron con sus argentinas voces.

–¿Decente, señor? ¿Y eso? –preguntó la doctora, y parpadeó, me pareció a mí,

más de lo que requería el sol que se filtraba entre las hojas y las flores.

–Vosill, deja de hacer preguntas infantiles y dime de una vez cuándo podré volver a correr.

–Oh, podéis correr ya mismo, señor. Pero sería muy doloroso y lo más probable es que vuestro tobillo cediera al cabo de unas cuantas zancadas. Pero podéis correr, sin la menor duda.

–Ya, pero yo digo sin caerme –repuso el rey mientras se reclinaba en su asiento y alargaba el brazo hacia la copa de vino.

La doctora miró a las dos pastorcillas.

–Bueno –dijo–, es posible que algo blando aligerara vuestra caída.

Se sentó en cuclillas a los pies del rey, de espaldas al duque Walen. Adoptaba con frecuencia esta postura extraña e impropia de una dama, aparentemente sin pensar, que convertía su adopción del vestuario masculino, o al menos de parte de él, en casi una necesidad. Por una vez se había quitado sus botas altas. Llevaba unas calzas oscuras y unos zapatos puntiagudos de suave terciopelo. Los pies del rey descansaban sobre un escabel de plata maciza y unos mullidos cojines de vivos colores y motivos. Como siempre, la doctora lavó los pies reales, los inspeccionó y, en esta ocasión, les recortó cuidadosamente las uñas. Yo permanecí mientras tanto sentado en un pequeño banquito, a su lado, con su maletín abierto mientras ella se concentraba en su labor.

–¿Os gustaría interrumpir mi caída, preciosas mías? –preguntó el rey mientras se recostaba en su asiento.

Las dos muchachas volvieron a disolverse en carcajadas. (La doctora, creo, murmuró algo así como que sería más seguro aterrizar sobre sus cabezas).

–Podrían romperos el corazón, señor –observó un sonriente Adlain.

–En efecto –dijo Walen–. Con una para tirar de él en cada dirección, un hombre podría sufrir terriblemente.

Las dos criadas volvieron a reírse mientras traían más fruta al rey, quien trató de hacerles cosquillas con una larga pluma de tsigibern de cola de abanico. Los músicos tocaban en una terraza situada más abajo, el agua de las fuentes salpicaba melodiosamente, los insectos revoloteaban sin molestar con su zumbido, el aire era fresco y olía a flores y a tierra recién arada y regada, y las dos criadas se inclinaban de vez en cuando para introducir alguna fruta en la boca del rey y luego, con un chillido, daban un saltito y se apartaban riéndose mientras él trataba de alcanzarlas con su pluma. Confieso que me alegraba no tener que prestar demasiada atención a lo que estaba haciendo la doctora.

–Tratad de estaros quieto, señor –murmuró ella mientras el rey lanzaba una nueva estocada con su pluma de tsigibern.

El chambelán Wiester llegó jadeando bajo las flores y enredaderas del camino. Sus espléndidos zapatos de hebilla resplandecían a la luz del sol y hacían crujir las

piedras semipreciosas del camino.

–El duque Quettil, majestad –anunció. Una fanfarria de trompetas y címbalos sonó en las puertas del jardín, seguida por el rugido de lo que parecía un animal feroz y furioso–. Y su séquito –añadió Wiester.

El duque Quettil llegó precedido por una vanguardia de doncellas que esparcían pétalos fragantes en su camino, una *troupe* de malabaristas que arrojaban sus relucientes malabares de un lado a otro del camino, una banda de trompetistas y cimbalistas, una jauría de furibundos gáleos con bozal, acompañado cada uno de ellos por un cuidador sombrío, engrasado y musculoso que tenía que hacer auténticos esfuerzos para controlar a la bestia encomendada a su cuidado, un colegio entero de burócratas y criados vestidos de manera idéntica, un puñado de hombres fornidos y cubiertos solo por un taparrabos que transportaban lo que parecía un alto y estrecho guardarropa sobre un féretro y un par de ecuatoriales espigados y de piel negra como el carbón, que sostenían una sombrilla ribeteada de borlas sobre el duque en persona, quien venía transportado en una litera incrustada de metales preciosos y gemas por un octeto de enormes y esculturales balnimes, afeitados y totalmente desnudos con la única excepción de un taparrabos minúsculo, y armados con un arco de grandes dimensiones colgado de su hombro.

La vestimenta del duque habría podido, como suele decirse, avergonzar a un emperador. Los colores predominantes de su túnica eran el rojo y el dorado, que su generosa figura exhibió con generosidad mientras los balmines depositaban la litera en el suelo, un criado colocaba un pequeño escabel ante las babuchas que calzaban sus pies y el noble descendía sobre una alfombra de hilo de oro. Sobre su cabeza redonda, ancha y desprovista de cejas, el tocado enjoyado resplandeció a la luz del sol y sus dedos, repletos de anillos y piedras preciosas, se movieron al inclinarse ante el rey en una ostentosa, aunque un poco torpe, reverencia.

Las trompetas y los címbalos guardaron silencio. Los músicos de la terraza habían decidido no competir con ellos en cuanto aparecieron, así que nos quedamos solos con los sonidos del jardín y los gruñidos de los gáleos.

–Duque Quettil –dijo el rey–. ¿Una visita improvisada?

Quettil esbozó una gran sonrisa.

El rey se echó a reír.

–Me alegro de veros, duque. Creo que ya conocéis a todo el mundo.

Quettil saludó con un gesto de la cabeza a Walen y a Ulresile, y luego hizo lo propio con Adlain y algunos más. No podía ver a la doctora porque esta se encontraba al otro lado de la mesa, atareada aún con los pies del rey.

–Majestad –dijo Quettil–. Como una muestra más del honor que nos hacéis al permitirnos ser vuestro anfitrión y el de vuestra corte este verano, quisiera haceros una presentación. –Los musculosos que transportaban el féretro lo dejaron delante del

rey. Abrieron las suntuosas puertas talladas del estrecho contenedor, cubiertas de incrustaciones, y al otro lado apareció un mapa cuadrado tan alto como un hombre o más. En el interior del cuadrado había un círculo con las formas de continentes, islas y mares, y decorado con monstruos, ciudades y pequeñas figuras de hombres y mujeres con gran variedad de atuendos–. Un mapa del mundo, señor –dijo Quettil–. Elaborado para vos por el maestro geógrafo Huin a partir de los últimos datos adquiridos por vuestro humilde servidor a través de los más valientes y fiables capitanes de los siete mares.

–Gracias, duque. –El rey se inclinó hacia delante y estudió el mapa con detenimiento–. ¿Muestra el emplazamiento de la antigua Anlios?

Quettil se volvió hacia uno de los criados de librea, quien se adelantó apresuradamente y dijo:

–Sí, majestad. Aquí. –Señaló.

–¿Y la madriguera del monstruo Gruissens?

–Se cree que se encuentra aquí, majestad, en la región de las islas Desaparecidas.

–¿Y Sompolia?

–Ah, el hogar de Mimarstis el Poderoso –dijo Quettil.

–Según dicen –repuso el rey.

–Aquí, majestad.

–¿Y Haspide sigue en el centro del mundo? –preguntó el rey.

–Ah... –dijo el criado.

–En todos los sentidos, salvo el estrictamente físico, señor –dijo Quettil, un poco consternado–. Le pedí al maestro geógrafo Kuin que elaborara un mapa lo más preciso posible con la información más reciente y fiable de que dispusiera y él decidió, casi podría decirse que decretó, que a efectos de precisión y fidelidad, el Ecuador debía ser algo así como la cintura del mundo. Y como Haspide se encuentra a bastante distancia del Ecuador, no podíamos asumir que...

–Quettil, no importa –dijo despreocupadamente el rey con un ademán–. Prefiero la fidelidad a la adulación. Es un mapa espléndido y os ofrezco mi más sincero agradecimiento. Lo colocaremos en la sala del trono para que todos puedan admirarlo y encargaremos copias más modestas y prácticas para nuestros capitanes. Creo que nunca he visto un objeto que combinara en tal medida la belleza y la utilidad. Venid y sentaos a mi lado. Duque Walen, ¿tenéis la bondad de hacer sitio a nuestro visitante?

Walen murmuró que con mucho gusto y unos criados apartaron su silla de la del rey para dejar sitio a la litera de Quettil, que los balnimes depositaron allí tras dar un rodeo a la mesa. El duque volvió a sentarse. Los balnimes despedían un fuerte olor animal que provocó que la cabeza empezara a darme vueltas. Se retiraron a la parte trasera de la terraza y allí se sentaron en cuclillas con los arcos largos a la espalda.

–¿Y esto qué es? –preguntó Quettil mirándonos a la doctora y a mí desde su

fabuloso asiento.

–Mi doctora –respondió el rey con una gran sonrisa dirigida a la señora.

–¿Cómo, una doctora para los pies? –inquirió Quettil–. ¿Es una nueva moda de Haspide de la que no me he enterado?

–No, una doctora para el cuerpo entero, como todo buen médico real. Como Tranius lo fue con mi padre. Y conmigo.

–Sí –dijo el duque Quettil mirando en derredor–. Tranius. ¿Qué es de él?

–Sufría de temblores de manos y vista cansada –le explicó el rey–. Se ha retirado a su granja de Junde.

–Parece ser que la vida rural le sienta muy bien –añadió Adlain–. Según nos cuentan, se ha recuperado por completo.

–Ormin me recomendó a la doctora Vosill sin reservas –dijo Quience al duque–, aunque eso significó que su familia y él perdieron sus servicios.

–Pero... ¿Una mujer? –dijo Quettil mientras uno de sus criados le ofrecía una copa de cristal cuyo vino había probado previamente–. ¿Confiáis más de un órgano a los cuidados de una mujer? Sois un hombre muy valiente, señor.

La doctora se había recostado y se había girado ligeramente, de modo que ahora estaba de espaldas a la mesa. Desde esta posición podía ver tanto al rey como a Quettil. No dijo nada, aunque en su rostro apareció una sonrisa pequeña y tensa. Yo empecé a sentirme alarmado.

–La doctora Vosill nos ha sido de incalculable valor a lo largo del último año.

–¿Queréis decir sin valor? –dijo Quettil con una sonrisa agria y, alargando un pie, dio un leve empujoncito a la doctora en el codo. Esta se balanceó ligeramente hacia atrás y miró el lugar en el que la había tocado la babucha. Sentí que se me secaba la boca.

–En efecto, carece de valor, puesto que está más allá del valor –dijo Quience con voz calmada–. Valoro mi vida por encima de todo y la buena doctora, aquí presente, me ayuda a preservarla. Es casi como si fuera una parte de mí.

–¿Parte de vos? –resopló Quettil–. Es demasiado honor para una simple mujer, señor. Como de costumbre, os excedéis en vuestra generosidad, mi rey.

–He oído a más gente –comentó el comandante Adlain– hacer comentarios de ese tenor. Sobre que el único defecto del rey es su exceso de indulgencia. De hecho, su indulgencia es la justa para poder desenmascarar a aquellos que quieren aprovecharse de su sentido de la equidad y su deseo de mostrarse tolerante. Pero una vez descubiertos...

–Sí, sí, Adlain –dijo el duque Quettil con un ademán dirigido al comandante de la Guardia, quien bajó la mirada hacia la mesa–. Estoy seguro de ello. Pero aun así, dejar que una mujer os cuide... Majestad, solo me motiva la preocupación por el bien del reino que heredasteis del hombre al que tuve el privilegio de llamar mi mejor

amigo, vuestro padre. ¿Qué habría dicho él?

La expresión de Quience se ensombreció un momento. Entonces se iluminó y dijo:

–Tal vez hubiese dejado que la dama hablase por sí misma. –Entrelazó las manos y bajó la mirada hacia la doctora–. ¿Doctora Vosill?

–¿Señor?

–El duque Quettil me ha hecho un regalo. Un mapa del mundo. ¿Querríais admirarlo? Tal vez podáis compartir vuestras impresiones con nosotros, ya que habéis viajado más que el resto de los aquí presentes.

La doctora, que seguía sentada en cuclillas, se levantó con suavidad y se volvió para examinar el gran mapa expuesto al otro lado de la mesa. Lo estudió durante un momento y luego revirtió sus movimientos anteriores, se volvió, se sentó en el suelo y recogió las pequeñas tijeras. Antes de aplicarlas a las uñas de los pies del rey, miró al duque y dijo:

–La representación es inexacta, señor.

El duque Quettil miró a la doctora y soltó una pequeña y aguda carcajada. Se volvió hacia el rey y trató de controlar una sonrisa desdeñosa.

–¿Eso pensáis, señora? –dijo con tono gélido.

–Es un hecho, señor –dijo la doctora mientras, entretenida con el dedo pulgar del pie derecho de su majestad, fruncía profundamente el ceño–. Oelph, el escalpelo pequeño... Oelph. –Di un respingo, busqué en su maletín y le tendí el minúsculo instrumento con mano temblorosa.

–¿Y qué sabéis vos de tales cuestiones, si se me permite la pregunta, señora? –preguntó el duque Quettil con una nueva mirada de soslayo dirigida al rey.

–Puede que la señora sea una maestra geógrafa –dijo Adlain.

–O puede que necesite una lección de modales –sugirió el duque Walen.

–He dado la vuelta al mundo, duque Quettil –dijo la doctora como si estuviera dirigiéndose al dedo del pie del rey–, y conozco la realidad de lo que se muestra, con un exceso de imaginación, en vuestro mapa.

–Doctora Vosill –dijo el rey, no sin amabilidad–. Quizá sería más apropiado que os levantarais y mirarais al duque Quettil cuando os dirijáis a él.

–¿Vos creéis, señor?

El rey retiró su pie de la mano de la doctora mientras se inclinaba hacia delante y decía simplemente:

–Sí, señora, eso creo.

La doctora le lanzó una mirada que me hizo gimotear, aunque creo que logré convertir el sonido en un carraspeo. Sin embargo, ella se detuvo, me devolvió el escalpelo y volvió a levantarse con la misma suavidad de antes. Hizo una reverencia ante el rey y el duque.

–Con vuestro permiso, señores –dijo antes de recoger la pluma de tsigibern, que su majestad había dejado sobre la mesa. Se agachó, pasó por debajo de la alargada mesa y apareció al otro lado. Señaló la parte inferior del gran mapa con la pluma.

–Aquí no hay ningún continente, solo hielo. Aquí y aquí hay sendos archipiélagos. Las islas del norte de Drezen, sencillamente, no son como se representan aquí. Son más numerosas, en general más pequeñas, menos regulares y llegan más al norte. Aquí, el cabo de Quarreck está demasiado al este, veinte velas más o menos. Cuskery... –Ladeó la cabeza y meditó un momento–. Está representado con bastante precisión. Fuol no está aquí, sino aquí, y el continente de Morifeth entero está... desplazado hacia el oeste. Illerne está al norte de Chroe, no al revés. Algunos de estos lugares los he visitado en persona. Sé de buena tinta que hay un gran mar interior... aquí. En cuanto a los monstruos y demás tonterías...

–Gracias, doctora –dijo el rey juntando las manos–. Vuestros viajes han sido muy entretenidos, estoy convencido de ello. Y seguro que el duque Quettil ha encontrado enriquecedoras las enmiendas a su espléndida obra. –Se volvió hacia un cariacontecido Quettil–. Debéis perdonar a nuestra buena doctora, mi querido duque. Es de Drezen, los cerebros de cuyos habitantes parecen sufrir daños como consecuencia de estar cabeza abajo todo el tiempo. Obviamente, allí las cosas son diferentes y las mujeres creen que es apropiado decirles a sus amos y señores cómo son las cosas.

Quettil esbozó una sonrisa forzada.

–En efecto, señor. Entiendo. No obstante, ha sido una exhibición de lo más entretenida. Vuestro padre y yo siempre estuvimos de acuerdo en que era tanto impropio como innecesario permitir que una mujer subiera a un escenario cuando hay tantos *castrati* disponibles, pero sin embargo veo que la naturaleza imaginativa y fantasiosa de las mujeres puede resultar muy útil para elaborar entremeses humorísticos como el que acabamos de presenciar. Es evidente que resulta una frivolidad y una licencia muy refrescante. Siempre que uno no se la tome demasiado en serio, claro está.

Yo estaba observando detenidamente y con gran temor a la doctora mientras el duque pronunciaba estas palabras. Su expresión, para gran alivio mío, permaneció tranquila y relajada.

–¿Pensáis –preguntó el duque al rey– que puede tener opiniones tan pintorescas con respecto a la posición de los órganos del cuerpo como las que acabamos de oír sobre la geografía del globo?

–Eso debemos preguntárselo a ella –dijo el rey–. ¿Estáis en desacuerdo con nuestros mejores médicos y cirujanos, del mismo modo que, tal como acabáis de demostrar, lo estáis con nuestros más famosos navegadores y cartógrafos?

–No sobre la posición de los órganos, señor.

–Pero de vuestro tono –dijo Adlain– se deduce que sí que estáis en desacuerdo sobre algo. ¿Qué es?

–La función –dijo la doctora–. Pero, más que nada, eso tiene que ver con la fontanería, así que supongo que no es del máximo interés.

–Dime, mujer –dijo el duque Walen–. ¿Tuviste que huir de ese país, Drezen, para escapar de la justicia?

La doctora le dirigió una mirada fría.

–No, señor.

–Qué raro. Yo pensaba que tal vez hubieses puesto a prueba la paciencia y tolerancia de tus señores y hubieras tenido que huir para escapar a tu castigo.

–Era libre de quedarme y libre de marcharme, señor –dijo la doctora con tono medido–. Elegí marcharme para recorrer mundo y ver cómo eran las cosas en otros lugares.

–Y mostrar tu desacuerdo con ellas, según parece –dijo el duque Quettil–. Me sorprende que no hayas regresado al lugar del que viniste.

–He encontrado el favor de un rey bueno y justo, señor –dijo la doctora mientras volvía a dejar la pluma donde la había encontrado, juntaba las manos en la espalda y se erguía–. Será un privilegio servirlo al máximo de mi capacidad mientras él lo considere apropiado. Considero que eso vale todas las penurias de mi viaje y todo cuanto de desagradable he experimentado desde que abandoné mi hogar.

–La verdad es que la doctora es demasiado valiosa como para dejarla marchar –aseguró el rey al duque Quettil–. Prácticamente es nuestra prisionera, aunque no dejamos que ella lo sepa, porque de lo contrario, como mínimo, se cogería la más terrible de las rabietas, ¿verdad, doctora?

La doctora bajó la cabeza con una expresión que hubiera podido definirse como recatada.

–Su majestad podría exiliarme al fin del mundo. Seguiría siendo prisionera de su opinión sobre mí.

–¡Por la Providencia, si casi parece educada! –rugió Quettil de repente con un manotazo sobre la mesa.

–Y hasta puede resultar atractiva, con la ropa apropiada y el cabello bien arreglado –dijo el rey mientras recogía la pluma de tsigibern y la agitaba delante de su cara–. Celebraremos uno o dos bailes mientras estemos aquí, me atrevo a decir. La doctora se pondrá su ropa más femenina y nos asombrará a todos con su elegancia y gracia. ¿Verdad, Vosill?

–Si eso complace a su majestad –dijo ella, aunque yo me fijé en que tenía los labios apretados.

–Algo que todos esperaremos con impaciencia –dijo el duque Ulresile, pero al instante se puso colorado y tuvo que disimularlo pelando una fruta.

Los demás hombres lo miraron un instante y luego sonrieron e intercambiaron miradas de complicidad. La doctora observó al joven que acababa de hablar. Me pareció ver que sus ojos se cruzaban un instante.

–En efecto –dijo el rey–. Wiester.

–¿Majestad?

–Música, vamos.

–Como deseéis, señor. –Se volvió hacia los músicos de la terraza inferior. Quettil despidió a la mayor parte de su séquito. Ulresile se concentró en comer en cantidades que habrían bastado para alimentar a los dos gáleos que acababan de marcharse y la doctora volvió con los pies del rey, cuyas durezas empezó a frotar con aceites fragantes. El rey indicó a las dos pastorcillas que podían marcharse.

–Adlain iba a darnos algunas noticias, ¿no es así, Adlain?

–Quizá sea mejor esperar a que estemos dentro, señor.

El rey miró a su alrededor.

–No ve a nadie en quien no podamos confiar.

Quettil tenía la mirada clavada en la doctora, quien levantó la cabeza y dijo:

–¿Me marcho, señor?

–¿Has terminado?

–No, señor.

–Entonces quédate. La Providencia sabe que te he confiado mi vida muchas veces y dudo que Quettil y Walen crean que posees la memoria o la inteligencia necesarias para ser una buena espía, así que asumiendo que confiamos en el joven...

–Oelph, señor –le dijo la doctora. Me sonrió–. Es un aprendiz honrado y totalmente digno de confianza.

–... en el joven Oelph, aquí presente, creo que podemos hablar con un razonable grado de libertad. Mis duques y el comandante de mi Guardia pueden ahorrarse los comentarios malsonantes por respeto a vos, doctora, o pueden no hacerlo, como prefieran, pero sospecho que tampoco os ruborizaréis mucho al escucharlos. –Se volvió hacia el comandante de la Guardia.

–Muy bien, señor. Varios informes aseguran que algún miembro de la delegación de una Compañía del Mar trató de asesinar al regicida UrLeyn hace unos veinte días.

–¿Qué? –exclamó el rey.

–Deduzco por vuestras palabras que, tristemente, el intento no fructificó –dijo Walen.

Adlain asintió.

–El «Protector» escapó ileso.

–¿Qué Compañía del Mar? –preguntó el rey con la mirada entornada.

–Una que probablemente no exista –dijo Adlain–. Constituida específicamente con este fin por varias de las otras. Uno de los informes asegura que los miembros de

la delegación murieron torturados sin revelar otra cosa que su propia y triste ignorancia.

–La culpa es de todo lo que está diciéndose sobre la formación de una armada –dijo Walen mirando a Quience–. Es una estupidez, señor.

–Puede –convino el rey–. Una estupidez a la que, de momento, debemos aparentar que prestamos nuestros apoyo. –Miró a Adlain–. Envía mensajeros a todos los puertos. Quiero que informes a todas las Compañías con las que estemos en buenos términos que cualquier nuevo intento por acabar con la vida de UrLeyn se encontrará con nuestra más profunda y práctica animosidad.

–¡Pero, señor...! –protestó DeWar.

–UrLeyn sigue contando con nuestro apoyo –dijo el rey con una sonrisa–. No podemos permitir que parezca que nos oponemos a él, por mucho que pudiera complacernos su desaparición. El mundo es ahora un lugar diferente y hay demasiada gente con la mirada fija en Tassasen, esperando a ver qué ocurre allí. Debemos pedir a la Providencia que el régimen del regicida caiga por sí solo, lo que convencerá a los demás de su ilegitimidad. Si intervenimos en su caída desde dentro, solo conseguiremos persuadir a los escépticos de que existía una amenaza real y, por consiguiente, desde su punto de vista, su existencia era conveniente.

–Pero, señor –dijo Walen inclinándose hacia delante junto a Quettil de tal modo que su vieja barbilla quedó casi en contacto con la superficie de la mesa–. La Providencia no se comporta siempre como cabría esperar. He tenido demasiadas ocasiones de verificar este hecho a lo largo de mi vida, señor. Hasta vuestro querido padre, un hombre sin igual en estos asuntos, era propenso a dejar que la Providencia realizara con dolorosa lentitud lo que un acto rápido, e incluso misericordioso, hubiese conseguido en la décima parte de tiempo. La Providencia no se mueve con toda la prontitud y diligencia que cabría esperar o desear, señor. A veces es necesario darle un empujoncito en la dirección correcta. –Lanzó una mirada desafiante a todos los demás–. Sí, y un buen empujoncito, por cierto.

–Yo creía que los hombres mayores solían recomendar paciencia –dijo Adlain.

–Solo cuando es necesaria –repuso Walen–. No como ahora.

–Empero –dijo el rey con perfecta ecuanimidad–, lo que haya de ocurrirle al general UrLeyn le ocurrirá de todos modos. Tengo un interés en este asunto que tal vez podríais llegar a sospechar, mi querido duque Walen, pero ni vos ni ningún otro de los que cuentan con mi favor podéis anticiparos a él. La paciencia puede ser un modo de dejar que las cosas maduren hasta el estado apropiado para la acción, no solo una forma de dejar pasar el tiempo.

Walen miró al rey durante un largo instante y entonces pareció aceptar lo que había dicho.

–Perdonad a un anciano, al que los fines últimos de la paciencia pueden encontrar

en la tumba, majestad.

–Esperemos que no sea así, pues no os deseo una muerte tan prematura, mi querido duque.

Walen pareció razonablemente satisfecho con estas últimas palabras. Quettil le dio unas palmaditas en la mano, que no parecieron gustarle tanto.

–En cualquier caso, el regicida tiene otras preocupaciones aparte de los asesinos –dijo el duque Quettil.

–Ah –respondió el rey mientras se reclinaba en su asiento con mirada de satisfacción–. Nuestro problema oriental.

–Digamos más bien que el problema occidental de UrLeyn, señor. –Quettil sonrió–. Nos hemos enterado de que sigue enviando fuerzas hacia Ladenscion. Simalg y Ralboute, dos de sus mejores generales, se encuentran ya en la ciudad de Chaltoxern. Han dado a los barones un ultimátum: o abren los pasos de montaña y abren paso a las fuerzas del Protectorado antes de la luna nueva de Jairly, o sufrirán las consecuencias.

–Y tenemos razones para creer que la posición de los barones podría ser más sólida de lo que UrLeyn cree –dijo el rey con una sonrisa maliciosa.

–Más bien un montón de razones –dijo Quettil–. De hecho, más o menos... –empezó a decir, pero el rey levantó una mano, hizo un gesto que era una combinación de palmadita y ademán, y entornó los ojos. Quettil nos miró y asintió lenta y discretamente.

–El duque Ormin, señor –dijo el chambelán Wiester. La figura encorvada del duque Ormin se acercaba caminando trabajosamente por la vereda. Se detuvo junto al contenedor del mapa, sonrió e hizo una reverencia.

–Señor. Ah, duque Quettil.

–¡Ormin! –dijo el rey. (Quettil se limitó a saludar con el más superficial de los gestos de cabeza)–. Me alegro de veros. ¿Cómo está vuestra esposa?

–Mucho mejor, señor. Una fiebre sin importancia, nada más.

–¿Seguro que no queréis que Vosill, aquí presente, le eche un vistazo?

–Totalmente, señor –dijo Ormin mientras se ponía de puntillas para mirar por encima de la mesa–. Ah, doctora Vosill.

–Señor –lo saludó la doctora con una leve reverencia.

–Venid y sentaos con nosotros –dijo el rey. Miró a su alrededor–. Duque Walen, ¿os importaría...? No, no. –El rostro del duque Walen había adoptado la expresión de un hombre al que acaban de decirle que se le ha metido un insecto venenoso en la bota–. Vos ya os habéis movido antes, ¿verdad...? Adlain, ¿te importa hacerle sitio al duque?

–Con sumo placer, señor.

–Ah, qué mapa más soberbio –dijo el duque Ormin mientras tomaba asiento.

–¿Verdad? –dijo el rey.

–¿Señor? ¿Majestad? –intervino con voz aguda el joven situado a la derecha de Walen.

–Duque Ulresile –dijo el rey.

–¿Podría ir yo a Ladenscion? –preguntó el joven noble. Por fin parecía animado, e incluso emocionado. Al expresar la satisfacción que le inspiraba la idea de ver a la doctora vestida para el baile solo había conseguido parecer más inmaduro. Ahora parecía entusiasmado y su expresión era de puro apasionamiento–. Con algunos camaradas. Contamos con todos los medios necesarios y una importante cantidad de hombres. Nos colocaríamos bajo el mando del barón en el que más confiéis y lucharíamos de buen grado por...

–Mi buen Ulresile –dijo el rey–. Vuestro entusiasmo resulta digno de todo elogio, pero por mucho que agradezca semejante expresión de ambición, su puesta en práctica solo os granjearía mi furia y mi desprecio.

–¿Cómo es eso, señor? –preguntó el joven duque con un pestañeo furioso y el rostro teñido de rubor.

–Os sentáis a mi mesa, duque Ulresile, y todo el mundo sabe que sois depositario de mi favor y que aceptáis mi consejo y el de Quettil, aquí presente. Así que debéis luchar con las fuerzas de aquel a quien me he comprometido a apoyar y a quien, repito una vez más, debe parecer que apoyo, al menos de momento.

–Pero...

–En cualquier caso, Ulresile, debéis saber –dijo el duque Quettil mirando a Quience por el rabillo del ojo– que el rey prefiere confiar las fuerzas importantes a los generales de su ejército antes que a los nobles.

El rey obsequió a Quettil con una sonrisa controlada.

–La costumbre de mi querido padre fue encomendar la dirección de los conflictos importantes a hombres instruidos desde la infancia en el arte de la guerra y en nada más. Mis nobles gobiernan sus tierras y sus placeres. Reúnen harenes, amplían sus palacios, encargan grandes obras de arte, gestionan los impuestos de los que todos nos beneficiamos y supervisan la mejora de la tierra y la prosperidad de las ciudades. En este mundo nuevo que nos rodea, esto parece más que suficiente, y hasta me atrevería a decir que demasiado, para que un hombre tenga que preocuparse encima de las exigencias de la guerra.

El duque Ormin soltó una risilla.

–El rey Drasine solía decir –dijo– que la guerra no es una ciencia ni un arte. Es un oficio, con elementos tanto científicos como artísticos, pero un oficio igualmente, que debe dejarse en manos de quienes lo han aprendido.

–¡Pero, señor...! –protestó el duque Ulresile.

El rey levantó una mano.

–No me cabe la menor duda de que vuestros amigos y vos podrías librar un gran número de batallas sin la ayuda de nadie y seguro que seríais dignos rivales para cualquiera de mis generales profesionales, pero una victoria en el oeste podría costaros la campaña e incluso poner en peligro el reino. La guerra está en buenas manos, Ulresile. –El rey sonrió al joven duque, aunque este no pudo verlo porque estaba, con los labios muy apretados, mirando fijamente la mesa–. Sin embargo –continuó el rey con un tono de tolerante optimismo que hizo que Ulresile levantara la vista un instante–, por lo que más queráis, mantened ese fuego encendido y la espada afilada. Vuestro día llegará a su debido tiempo.

–Señor –dijo Ulresile mientras volvía a mirar la mesa.

–Y ahora... –empezó a decir el rey, pero se detuvo al reparar en una especie de escándalo que tenía lugar en las puertas de palacio.

–Majestad... –dijo Wiester mientras dirigía una mirada preocupada en la misma dirección y se ponía de puntillas para ver mejor.

–Wiester, ¿qué ves? –preguntó el rey.

–Un criado, señor. Se acerca apresuradamente. De hecho, está corriendo.

En este punto, tanto la doctora como yo volvimos la mirada desde debajo de la mesa. Y, en efecto, había un joven colorado, ataviado con el uniforme de los guardias de palacio, que se acercaba a la carrera por la vereda.

–Pensaba que estaba prohibido correr para no lanzar piedras sobre los macizos de flores –dijo el rey mientras se protegía los ojos de la luz del atardecer.

–Y así es, señor –dijo Wiester antes de asumir su expresión de censura más severa y salir al encuentro del soldado, quien se detuvo ante él y se inclinó con las manos apoyadas en las rodillas y sin resuello.

–¡Señor!

–¿Qué pasa, muchacho? –exclamó Wiester.

–¡Señor, ha habido un asesinato, señor!

–¿Un asesinato? –dijo Wiester. Dio un paso atrás y pareció encogerse sobre sí mismo. El comandante Adlain se puso en pie al instante.

–¿Qué es esto? –preguntó Quettil.

–¿Qué ha dicho? –dijo Walen.

–¿Dónde? –inquirió Adlain al joven.

–Señor, en la sala de interrogatorios de maese Nolieti, señor.

El duque Walen soltó una pequeña y aguda carcajada.

–Vaya, ¿y qué tiene eso de raro?

–¿Quién es el muerto, muchacho? –preguntó Adlain mientras se acercaba al joven.

–Señor, maese Nolieti, señor.

10

El guardaespaldas

–Érase una vez un país llamado Prodigia, donde vivían dos primos llamados Sechroom y Hiliti.

–Creo que esa historia ya la has contado, DeWar –dijo Lattens con voz débil y ronca.

–Lo sé, pero no entera. Las vidas de algunas personas contienen más de una historia. Esta es diferente.

–Ah.

–¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes con fuerzas para oír una de mis historias? Creo que no son muy buenas.

DeWar ahuecó los cojines del niño y lo ayudó a incorporarse para beber un poco de agua. Lo habían instalado en una pequeña pero lujosa habitación de la zona privada, cerca del harén, para que las concubinas Perrund y Huesse pudieran ir a verlo, pero también de los aposentos de su padre y los del doctor BreDelle, quien había diagnosticado que lo ocurrido se debía a la propensión del niño al agotamiento nervioso y a la presión de la sangre en su cerebro, y le prescribió dos sangrados diarios. El ataque que había sufrido el primer día no se había repetido, pero estaba recuperando las fuerzas con mucha lentitud.

DeWar iba a verlo cuando podía, lo que normalmente quería decir cuando su padre estaba de visita en el harén, como ahora.

–Bueno, si quieres...

–Sí. Por favor, cuéntame la historia.

–Muy bien. Un día, los dos amigos estaban jugando a un juego...

–¿Qué juego?

–Uno muy complicado. Por suerte, los detalles sobre cómo se juega no nos

interesan. Lo que importa es que estaban jugando y no se ponían de acuerdo sobre las reglas, porque estas no siempre eran iguales.

–Qué raro.

–Sí, pero así era ese juego. Así que estaban discutiendo. Resumiendo las cosas, lo que Sechroom decía era que, en la vida, uno siempre debe hacer lo que le parece correcto en cada momento, mientras que Hiliti defendía que a veces hay que hacer cosas que pueden parecer malas para que haya un final feliz. ¿Lo entiendes?

–No estoy seguro.

–Mmmm. Vamos a ver... Ya sé. Ese cachorro de eltar que tienes. ¿Cómo se llama?

–¿Cuál, Wintle?

–Sí, Wintle. ¿Recuerdas cuando lo metiste en el palacio y se hizo pis en un rincón?

–Sí –dijo Lattens.

–¿Y recuerdas que tuviste que cogerlo y frotarle el morro contra el pis para que no volviera a hacerlo?

–Sí.

–Bueno, seguro que al pobre Wintle no le gustó demasiado, ¿verdad?

–No.

–¿Te imaginas que alguien te lo hubiese hecho a ti cuando eras pequeño si te hubieras hecho pis en un rincón?

–¡Buagh!

–Pero es lo que había que hacer, porque así, al final, Wintle dejará de hacerlo cuando lo metas en el palacio y de ese modo podrá estar aquí y jugar con todos nosotros en lugar de tener que pasarse todo el día en la jaula del jardín.

–¿Sí?

–Y a eso se refiere la gente cuando dice que quien bien te quiere te hará llorar. ¿Habías oído la frase antes?

–Sí. Mi maestro la dice a menudo.

–Sí. Creo que es una frase que los adultos usamos muchos con los niños. Pero Sechroom y Hiliti no estaban de acuerdo sobre eso. Sechroom decía que alguien que te quiere no te hace llorar. Pensaba que tenía que haber otra forma de enseñar a la gente, y que si uno es bueno su deber es tratar de encontrarla para luego utilizarla con los demás. Hiliti decía que eso era una tontería, y que la historia demuestra que a veces hay que hacer cosas difíciles por un bien mayor, estés tratando de enseñar a un cachorrillo de eltar o a un pueblo entero.

–¿Un pueblo entero?

–Ya sabes, como un imperio o un país. Como Tassasen. Todo el mundo.

–Ah.

–Así que, un día después de jugar a aquel juego, Hiliti decidió que le daría una

lección a Sechroom. Sechroom y él habían pasado toda su infancia haciéndose jugarretas y gastándose bromas, así que estaban acostumbrados a esperar ese tipo de comportamiento del otro. Aquel día, poco tiempo después de haber discutido por el juego, Hiliti y Sechroom, junto con otras dos amigas, fueron a uno de sus lugares favoritos, un...

–¿Eso fue antes o después de la otra historia, cuando la señora Leeril le dio los dulces a Hiliti?

–Antes. Los cuatro amigos llegaron a un lugar de las colinas donde había un claro y una cascada y montones de árboles frutales y rocas por todas partes...

–¿Y había carbón de azúcar?

–A montones. De muchos sabores diferentes, aunque Sechroom, Hiliti y sus amigos habían traído su propia comida. Así que almorzaron y se bañaron en el estanque que había al pie de la cascada y jugaron al escondite y a más cosas, y entonces Hiliti dijo que tenía un juego especial para Sechroom. Le pidió a sus otras dos amigas que permanecieran donde estaban, junto a la orilla del estanque, mientras Sechroom y él trepaban por las rocas hasta la parte alta de la cascada, donde se detuvieron junto al lugar donde caían las aguas.

»Sechroom no lo sabía, pero Hiliti había estado allí el día antes y había ocultado una plancha de madera a un lado de la cascada.

»Hiliti sacó la plancha de los arbustos y le dijo a Sechroom que tenía que colocarse encima de uno de sus extremos, con el otro suspendido sobre la cascada. Entonces él caminaría hasta el otro lado de la plancha, pero, y al oír esto Sechroom empezó a tener un poco de miedo, primero se pondría una venda en los ojos, para que no pudiera ver lo que estaba haciendo. Sechroom tendría que guiarlo, y el objetivo del juego era ver hasta dónde lo dejaría llegar. ¿Cuánto confiaban el uno en el otro? Esa era la cuestión.

»Entonces, si Hiliti no se caía de la plancha de madera y se estrellaba contra las rocas que había debajo, o si tenía suerte y no se golpeaba con ninguna roca sino que caía en las aguas, sería el turno de Sechroom, que tendría que hacer lo mismo que él, mientras Hiliti se colocaba en el otro extremo de la plancha y le decía si debía seguir o detenerse. Sechroom no estaba muy segura, pero al final accedió porque no quería que su amigo pensara que no confiaba en él. Así que Hiliti se puso la venda, le dijo a Sechroom que colocara la plancha sobre la cascada y entonces empezó a caminar arrastrando los pies hacia el otro extremo, con los brazos extendidos y las manos abiertas, así.

–¿Y se cayó?

–No, no se cayó. Al llegar al otro extremo de la plancha, cuando Hiliti ya podía sentir el borde, Sechroom le dijo que se detuviera. Hiliti se quitó la venda y se quedó allí, con los brazos abiertos, y saludó a las dos chicas que observaban desde abajo.

Estaban muy contentas y le devolvieron el saludo. Entonces se volvió cuidadosamente y regresó al borde del acantilado. Ahora le tocaba a Sechroom.

»Sechroom se puso la venta y oyó que Hiliti ajustaba la plancha sobre el acantilado. Luego se subió y empezó a avanzar muy lenta y cuidadosamente, con los brazos extendidos a los lados, como su amigo había hecho antes.

–Así.

–Eso es. Bueno, pues el caso es que la plancha subía y bajaba y Sechroom estaba muy asustada. Se había levantado una brisa, que soplaba sobre ella y la asustaba aún más, pero a pesar de todo siguió caminando hasta el extremo de la plancha, que para entonces empezaba a parecerle muy, muy lejana.

»Al llegar justo al borde, Hiliti le dijo que se detuviera, cosa que ella hizo. Entonces, lentamente, se llevó las manos a la nuca y desató la venda.

–Así.

–Eso es. Y saludó a sus amigas, que seguían sentadas en la hierba.

–Así.

–Eso es. Y después, justo cuando se daba la vuelta para regresar por donde había venido, Hiliti saltó de la plancha y la dejó caer.

–¡No!

–¡Sí! Sin embargo, la plancha no cayó porque Hiliti había atado una cuerda a su extremo, pero Sechroom, con un grito, se precipitó al estanque que había sobre la cascada, golpeó las aguas con un tremendo estrépito y desapareció. Las dos amigas corrieron y se metieron en el estanque para buscarla, mientras Hiliti, con toda tranquilidad, desataba la plancha y se arrodillaba junto al borde de la cascada para esperar a que Sechroom saliera a la superficie.

»Pero Sechroom no salió. Las otras dos amigas la buscaron por la superficie, y luego se sumergieron hasta el fondo del estanque y se metieron entre las rocas que había a los lados, pero nada, no pudieron encontrar ni rastro de ella. En lo alto del acantilado, Hiliti estaba horrorizado por lo que había hecho. Solo había querido enseñarle una lección a su amiga, mostrarle que no podía confiar en nadie. Pensaba que, aunque pudiese ser cruel, al final sería bueno para ella, porque las ideas de Sechroom podían costarle la vida un día si no aprendía a ser más desconfiada, pero ahora parecía que eran sus ideas, las suyas propias, las que le habían costado la vida a su prima y amiga, porque para entonces ya había pasado mucho tiempo y era imposible que Sechroom hubiera podido sobrevivir sumergida.

–¿Y no se tiró él también al agua?

–¡Sí! Saltó desde lo alto de la cascada y chocó con tanta fuerza contra la superficie que perdió el conocimiento, pero sus otras dos amigas lo rescataron y lo llevaron a la hierba de la orilla. Estaban tratando de despertarlo a bofetones y de sacarle el agua de los pulmones cuando Sechroom salió del agua, con la cabeza y el

cuello ensangrentados, y aturdida por el estado en el que se encontraba su amigo.

–¡Estaba viva!

–Se había golpeado la cabeza contra una roca sumergida al caer y había estado a punto de ahogarse, pero había salido a la superficie detrás de la cascada y la corriente la había arrastrado hasta unas rocas, donde había quedado atrapada. Allí, mientras se recuperaba, había comprendido lo que Hiliti pretendía. Estaba furiosa con él y también con sus otras dos amigas, pues creía, equivocadamente, que también estaban involucradas en el engaño, así que no había dicho nada al ver que la buscaban cerca de allí y se había sumergido para que no pudieran encontrarla. Solo al ver que Hiliti se había hecho daño decidió salir del estanque.

–¿Y perdonó a Hiliti?

–Casi del todo, aunque nunca volvieron a ser tan buenos amigos.

–¿Pero estaban los dos bien?

–Hiliti volvió rápidamente en sí y se alegró muchísimo al ver a su amiga. La cabeza de Sechroom no estaba tan mal como parecía, aunque todavía hoy tiene una curiosa cicatriz triangular en el sitio de la cabeza donde se había dado el golpe, sobre la oreja izquierda. Por suerte, el pelo se la tapa.

–Hiliti era malo.

–Hiliti estaba tratando de demostrar una cosa. La gente suele portarse mal en esos casos. Como es lógico, luego dijo que lo había demostrado. Dijo que le había enseñado a Sechroom exactamente la lección que pretendía enseñarle y que lo había hecho tan bien que ella había empezado a aplicar los resultados de la lección casi inmediatamente, pues, ¿qué otra cosa estaba haciendo al ocultarse allí, entre las rocas, sino tratar de darle una lección a su vez?

–Aja.

–Aja, en efecto.

–Entonces, ¿Hiliti tenía razón?

–Sechroom nunca lo habría reconocido. Sostenía que se había hecho daño en la cabeza y estaba confusa, lo que demostraba precisamente su argumento, es decir, que solo la gente que está confusa o mal de la cabeza trata de ayudar a los demás usando la crueldad.

–Mmmm. –Lattens bostezó–. Esta historia me ha gustado más que la anterior, aunque también era más difícil.

–Lo mejor es que ahora descanses. Tienes que recuperarte, ¿sabes?

–Como Sechroom y Hiliti.

–Eso es. Ellos también se recuperaron. –DeWar arropó al muchacho mientras se le cerraban los ojos. El niño alargó la mano y buscó algo a tientas. Su mano se cerró sobre un retazo de tela amarilla y desgastada, que aferró con todas las fuerzas de sus pequeños dedos y se llevó a la mejilla, mientras, con pequeños movimientos, su

cabeza se hundía un poco más en la almohada.

DeWar se levantó, se encaminó a la puerta y saludó con la cabeza a la niñera, que cosía sentada junto a la ventana.

El general se encontró con su guardaespaldas en la sala de visitas del harén exterior.

–Ah, DeWar –dijo mientras se alejaba a paso vivo de la puerta con la guerrera colgada del hombro–. ¿Has visto a Lattens?

–Sí, señor –dijo DeWar al tiempo que se situaba a su lado. Dos de los guardias de palacio, que habían reforzado la vigilancia de la entrada del harén, los siguieron a pocos pasos de distancia. La escolta adicional era la respuesta de DeWar al incremento de sus temores tras el ataque del embajador de la Compañía del Mar y el estallido de la guerra en Ladenscion, que se había producido unos días antes.

–Estaba dormido cuando fui yo –dijo UrLeyn–. Luego volveré a verlo. ¿Qué tal se encontraba?

–Sigue recuperándose. Creo que el doctor se excede con las sangrías.

–Vamos, DeWar, cada uno a lo suyo. BreDelle sabe lo que hace. Estoy seguro de que no te gustaría que tratara de enseñarte los aspectos más refinados del arte de la esgrima.

–En efecto no, señor, pero aun así... –DeWar titubeó un momento–. Hay algo que me gustaría hacer, señor.

–¿Sí? ¿De qué se trata?

–Querría poner un catador para que pruebe la comida y la bebida de Lattens. Solo para asegurarme de que no lo están envenenando.

UrLeyn se detuvo y miró a su guardaespaldas.

–¿Cómo?

–Es una mera precaución, señor. Estoy seguro de que se trata de una... dolencia normal, totalmente trivial. Pero es por precaución. Con vuestro permiso.

UrLeyn se encogió de hombros.

–Muy bien, si lo crees necesario. Me atrevo a decir que a los catadores no pondrán objeciones a otro incremento de su dieta. –Volvió a ponerse en camino a grandes zancadas.

Salieron del harén y bajaron de dos en dos los escalones que comunicaban con el resto del palacio, hasta que, a mitad de camino, UrLeyn se detuvo y continuó bajándolos de uno en uno. Se llevó una mano a la parte baja de la espalda.

–De vez en cuando mi cuerpo decide recordarme lo avanzado de mi edad –dijo. Sonrió y dio a DeWar unas palmaditas en el codo–. Creo que te he dejado sin oponente, DeWar.

–¿Sin oponente, señor?

–Sin compañera de juegos. –Le guiñó un ojo–. Perrund.

–Ah.

–En serio, DeWar, las jóvenes están muy bien, pero te das cuenta de que siguen siendo niñas cuando estás con una mujer de verdad. –Volvió a llevarse una mano a la espalda–. Por la Providencia. Esa mujer es la horma de mi zapato, en serio. –Se echó a reír y estiró los brazos–. Si alguna vez llego a expirar en el harén, DeWar, Perrund será la culpable, aunque no haya culpa alguna en ello.

–Sí, señor.

Estaban aproximándose a la Cámara Real, donde UrLeyn había decidido mantener el consejo diario sobre la guerra. Un murmullo de varias conversaciones llegaba desde el otro lado de las dobles puertas, fuertemente custodiadas. UrLeyn se volvió hacia su guardaespaldas.

–Muy bien, DeWar. Estaré aquí durante las dos próximas campanadas.

DeWar miró las puertas con expresión dolorida, como un niño mendigo contemplaría el escaparate de una tienda de golosinas.

–Sigo pensando que debería acompañaros durante los consejos, señor.

–Vamos, DeWar –dijo UrLeyn cogiéndolo del codo–. Estaré a salvo con mis soldados y ya has doblado la guardia de las puertas.

–Señor, todos los líderes que han sido asesinados alguna vez creían estar a salvo hasta un instante antes de morir.

–DeWar –dijo UrLeyn con amabilidad–. Podría confiarles la vida a todos esos hombres. Los conozco a casi todos prácticamente desde el principio de ella. Y, desde luego, desde antes de conocerte a tí. Puedo confiar en ellos.

–Pero, señor...

–E incomodas a algunos de ellos, DeWar –dijo UrLeyn con un atisbo de impaciencia–. Creen que un guardaespaldas no debería opinar con tanta frecuencia como tú. Además, tu mera presencia inquieta a algunos de ellos. Piensan que hay una sombra más en la sala.

–Me vestiré de colores, me pondré el uniforme de un bufón...

–Nada de eso –dijo UrLeyn, y le puso una mano en el hombro–. Te ordeno que te entretengas como mejor te parezca durante las dos próximas campanadas y luego regreses aquí y reasumas tus funciones una vez que mis generales me hayan informado de cuántos pueblos hemos tomado desde ayer. –Le dio unas palmadas en el hombro–. Y ahora vete. Si no estoy aquí a tu regreso, habré vuelto al harén para un segundo asalto con tu oponente. –Sonrió y le apretó el brazo al otro–. ¡Tanto hablar de guerras y batallas victoriosas me llena el miembro con la sangre de un muchacho!

Dejó a DeWar donde estaba, mirando las baldosas del suelo del pasillo mientras las puertas se abrían y se cerraban sobre las voces de varios hombres. Los dos guardias que los acompañaban se unieron a sus camaradas a ambos lados de la puerta.

Las mandíbulas de DeWar se movieron como si estuviera masticando algo y tras un momento se volvió y se alejó a paso vivo.

El yesero casi había terminado la reparación de la pared de la Sala Pintada. La última capa estaba secándose y el menestral estaba de rodillas sobre una sábana manchada de blanco, revisando las herramientas y los cubos, y tratando de recordar el orden correcto en el que debía guardarlos. Normalmente el que se encargaba de esta tarea era su aprendiz, pero en este caso tenía que hacerlo él todo porque se trataba de un trabajo secreto.

La puerta de la estancia se abrió y entró la figura embutida en negro de DeWar, el guardaespaldas del Protector. El yesero sintió un escalofrío al ver la expresión del espigado soldado. Por la Providencia, no irían a matarlo ahora que había terminado el trabajo, ¿verdad? Se había dado cuenta de que era un secreto –lo que había detrás de la pared de yeso era una alcoba secreta desde la que se podía espiar lo que ocurría en el interior de la sala, eso era evidente–, pero, ¿podía ser tan secreto como para matarlo para que no se lo revelara a nadie? No era el primer trabajo que hacía en el palacio. Era un hombre honrado y siempre mantenía la boca cerrada. Ellos lo sabían. Lo conocían. Su hermano era guardia del palacio. Era de confianza. No hablaría con nadie de ello. Podía jurarlo sobre la vida de sus hijos. No podían matarlo. ¿Verdad?

Se encogió al aproximarse DeWar. La espada del guardaespaldas se mecía de un lado a otro en su negra vaina, mientras el largo puñal que colgaba de su otra cadera saltaba en su propia y oscura funda. El yesero lo miró a la cara y no vio más que una expresión vacía y helada que resultaba aún más aterradora que una mirada de furia implacable o la sonrisa embustera de un asesino. Trató de decir algo, pero fue incapaz. Sintió que empezaban a soltársele las tripas.

DeWar apenas pareció reparar en su presencia. Bajó la mirada hacia él, luego la dirigió a la nueva pared de yeso que estaba secándose entre los demás paneles pintados, como un rostro muerto y sin sangre entre caras vivientes, y a continuación siguió caminando hasta la pequeña plataforma. El yesero, con la boca seca y aún de rodillas, se volvió para ver lo que hacía. El guardaespaldas agarró uno de los brazos del pequeño trono y luego continuó hasta un pequeño panel situado en la pared del lado opuesto de la sala, que mostraba un harén repleto de imágenes estilizadas de mujeres lánguidas y de curvas generosas, vestidas con trajes sugerentes, que jugaban a juegos diversos y bebían de copas diminutas.

La negra figura permaneció allí un momento. Cuando rompió el silencio, el yesero dio un respingo.

–¿Está terminado el panel? –preguntó. Su voz sonó poderosa y resonante en la sala vacía.

El yesero tragó saliva y carraspeó varias veces antes de poder decir, con voz

cascada:

–S-s-sí, sí, señor. Preparada para el p-pintor, mañana mismo.

Sin apartar la mirada del harén, con una voz desprovista de toda entonación, el guardaespaldas dijo:

–Bien. –Entonces, sin previo aviso y sin echar el brazo hacia atrás, de un solo movimiento sorprendentemente inesperado, hundió el puño derecho en el panel que tenía delante.

Al otro lado de la sala, el yesero chilló.

DeWar permaneció allí un momento más, con la mitad del brazo clavada en la pintura del harén. Varios fragmentos de yeso pintado cayeron al suelo al sacar lentamente el brazo.

El yesero empezó a temblar. Quería levantarse y echar a correr, pero se sentía pegado al suelo. Quería levantar los brazos para defenderse, pero era como si los tuviera atados al cuerpo.

DeWar permaneció allí, mirándose el antebrazo derecho mientras se limpiaba lentamente el blanco polvo de yeso del negro tejido. Entonces giró sobre sus talones y caminó rápidamente hasta la puerta, donde se detuvo y volvió un rostro que parecía haber adoptado una expresión de inconsolable tormento. Observó el panel que acababa de perforar.

–Puede que tengáis que reparar otro panel. Debía de estar roto de antes, ¿no os parece?

El yesero asintió vigorosamente.

–Sí. Sí, oh sí, por supuesto, señor. Oh, sí, sin la menor duda. Ya me había dado cuenta de ello, señor. Me encargaré inmediatamente, señor.

El guardaespaldas lo miró un momento.

–Bien. Avisad a los guardias cuando queráis salir.

Entonces se marchó y las puertas se cerraron con llave tras él.

11

La doctora

El comandante de la Guardia del palacio de Yvenir se cubría la nariz con un pañuelo perfumado. Frente a él había una losa de piedra cubierta de grilletes de hierro, argollas del mismo material y correas de cuero. Ninguna de ellas era necesaria para mantener inmovilizado al ocupante actual de la losa, puesto que sobre ella, tendido, se encontraba el cadáver flácido del torturador jefe del rey, Nolieti, totalmente desnudo a excepción de la tela que le cubría los genitales. Junto al comandante Polchiek se encontraba Ralinge, torturador jefe del duque Quettil y un joven escriba de rostro ceniciento enviado por el comandante Adlain, quien se había puesto a la cabeza del grupo que marcharía en persecución del aprendiz Unoure. Estos tres personajes se encontraban al lado opuesto de la losa que ocupábamos la doctora Vosill, su ayudante (esto es, yo mismo) y el doctor Skelim, médico personal del duque Quettil.

La cámara de tortura que había bajo el palacio de Yvenir era relativamente pequeña y tenía un techo no muy alto. Olía a gran variedad de cosas desagradables, el propio Nolieti incluido. No es que el cuerpo hubiese empezado a descomponerse –la muerte se había producido apenas dos horas antes–, sino que la suciedad y la mugre que se veían en la, por lo demás, pálida piel, evidenciaban que no había sido el más higiénico de los hombres. El comandante de la Guardia, Polchiek, vio que una mosca salía de debajo de la tela que cubría la entrepierna del cadáver y empezaba a ascender por la flácida curva del estómago.

–Mirad –dijo el doctor Skelim señalando la minúscula forma negra que se movía sobre la piel gris y moteada del muerto–. Alguien abandona el barco que se hunde.

–En busca de calor –dijo la doctora Vosill mientras estiraba velozmente el brazo hacia el insecto. Este desapareció un segundo antes de que la mano lo alcanzara.

Polchiek se sonrió y a mí también me sorprendió la ingenuidad de la doctora. ¿Cómo era ese proverbio que decía que solo hay una forma de capturar una mosca? Pero entonces los dedos de la doctora se cerraron como dos pinzas en el aire, inspeccionó lo que había entre ellos, los apretó y se limpió los restos en la cadera. Levanto la mirada hacia Polchiek, cuyo rostro exhibía una expresión de sorpresa–. Podría haber saltado sobre cualquiera de nosotros.

El pozo de iluminación que había sobre la losa había sido abierto en la que parecía –a juzgar por la cantidad de polvo y detritos que habían llovido sobre el desgraciado escriba al que la doctora había enviado a encargarse de ello– la primera vez en mucho tiempo. En el suelo, unos candelabros de varios brazos añadían su propia luz a la espantosa escena.

–¿Podemos proceder? –preguntó el comandante de la Guardia de Yvenir en voz tonante. Polchiek era un hombre grande y de elevada estatura, con una gran cicatriz que discurría de su cabellera cana a su barbilla. Un año antes, una caída durante una cacería le había dejado como regalo una rodilla que no podía doblar. Esta era la razón de que Adlain, y no él, hubiera tomado el mando de la persecución–. Nunca me ha gustado asistir a ningún espectáculo aquí abajo.

–Me imagino que a los protagonistas de los eventos tampoco –observó la doctora Vosill.

–Pero ellos no tenían derecho a quejarse –dijo el doctor Skelim manoseando nerviosamente la gorguera mientras su mirada recorría las redondeadas paredes y el techo–. Es un lugar estrecho y opresivo, ¿verdad? –Miró de soslayo al comandante de la Guardia.

Polchiek asintió.

–Nolieti solía quejarse de que apenas había sitio para utilizar un látigo –dijo. El pálido escriba empezó a tomar notas en una pequeña pizarra. La fina punta de la tiza chirriaba agudamente sobre la piedra.

Skelim resopló.

–Bueno, ya no volverá a tener que preocuparse por eso. ¿Se sabe algo sobre Unoure, comandante?

–Sabemos por dónde se marchó –dijo Polchiek–. La partida de búsqueda lo traerá antes de que anochezca.

–¿Creéis que de una pieza? –preguntó la doctora Vosill.

–Adlain está acostumbrado a cazar en estos bosques y mis sabuesos están bien entrenados. Puede que se lleve un mordisco o dos, pero estará vivo cuando se lo entreguen a maese Ralinge –dijo mirando por el rabillo del ojo al hombrecillo bajo y grueso como un barrilete que observaba con una especie de voraz fascinación la herida que había casi había logrado separar la cabeza de Nolieti de sus hombros. Al oír su nombre, el aludido volvió lentamente la vista hacia Polchiek y, con una sonrisa,

exhibió una dentadura completa que se jactaba de haber arrancado a sus víctimas para reemplazar sus propias y enfermas piezas. Polchiek emitió un grave gruñido de desaprobación.

–Sí. Bueno, la suerte de Unoure es lo que me preocupa, caballeros –dijo la doctora Vosill.

–¿De veras, señora? –dijo Polchiek sin quitarse el pañuelo de la boca y la nariz–. ¿Y qué es lo que os preocupa? –Se volvió hacia Ralinge–. Creo que su destino está ahora en manos de quienes estamos a este lado de la mesa, doctora. ¿O es que el joven está en una condición médica que podría arrebatarnos la ocasión de interrogarlo sobre lo ocurrido?

–Es muy poco probable que Unoure sea el asesino –dijo la doctora.

El doctor Skelim soltó un bufido despectivo. Polchiek levantó la mirada hacia el techo, que no se encontraba muy lejos. Ralinge siguió sin apartar los ojos de la herida.

–¿De veras, doctora? –dijo el comandante con todo de hastío–. ¿Y qué os lleva a esa curiosa conclusión?

–El hombre está muerto –dijo Skelim, furioso, agitando una de sus pequeñas manos en dirección al cadáver–. Asesinado en su propia cámara. Han visto a su ayudante huir al bosque mientras el cuerpo estaba todavía sangrando. Su amo lo azotaba y le hacía cosas aún peores. Todo el mundo lo sabe. Solo una mujer no repararía en lo evidente.

–Bueno, dejemos que la buena doctora diga lo que tenga que decir –repuso Polchiek–. Yo, al menos, estoy fascinado.

–Doctora, ya –murmuró Skelim mientras apartaba la mirada.

Mi señora ignoró a su colega y se inclinó sobre los desgarrados rebordes de la piel de lo que había sido el cuello de Nolieti. A mi pesar, tragué saliva.

–La herida fue causada por un instrumento serrado, probablemente un cuchillo de grandes dimensiones.

–Asombroso –dijo Skelim sardónicamente.

–Se asestó un solo golpe, de izquierda a derecha –dijo la doctora mientras apartaba los rebordes de piel que había junto a la oreja izquierda del cadáver. Debo confesar que, a estas alturas, su ayudante estaba empezando a sentirse un poco mareado, aunque, al igual que el torturador Ralinge, era incapaz de apartar la mirada de la herida–. Cortó todas las venas principales, la laringe...

–¿La qué? –preguntó Skelim.

–La laringe –dijo la doctora pacientemente mientras señalaba el segado tubo del interior del cuello de Nolieti–. La parte superior de la tráquea.

–Aquí lo llamamos la parte superior de la tráquea –le dijo el doctor Skelim con una sonrisa desagradable–. No necesitamos palabras extranjeras. Solo los pedantes

las utilizan para tratar de impresionar a la gente con su espuria sabiduría.

–Pero si miramos más a fondo... –dijo la doctora al tiempo que echaba hacia atrás la cabeza y levantaba parcialmente los hombros del cadáver de la superficie de la losa–. Oelph, ¿quieres poner ese trozo de madera debajo de los hombros, aquí?

Recogí del suelo un pedazo de madera con forma de bloque de verdugo en miniatura y lo coloqué bajo los hombros del cadáver. Estaba empezando a sentirme mareado.

–Sujétalo del pelo, ¿quieres, Oelph? –dijo la doctora mientras apartaba un poco más la cabeza. Se produjo un glutinoso sonido de succión al abrirse la herida. Agarré la cabeza de Nolieti por sus escasos cabellos castaños y, apartando la mirada, tiré de ella.

–Si miramos más a fondo –repitió la doctora con toda tranquilidad mientras se inclinaba sobre la maraña de tejidos y tubos multicolores que habían formado la garganta del torturador jefe– podremos ver que el arma asesina mordió tan profundamente que se hundió en la parte superior de la columna vertebral de la víctima, aquí, en la tercera cervical.

El doctor Skelim volvió a resoplar, pero por el rabillo del ojo vi que se inclinaba sobre la herida abierta. Al otro lado de la mesa oímos el ruido de unas arcadas, y el escriba del comandante Adlain se retorció y metió la cabeza en un desagüe mientras la tablilla caía al suelo y rebotaba con estrépito sobre las piedras. Yo mismo sentí que la bilis me subía a la garganta y tragué saliva para contenerla.

–Aquí. ¿Veis? Alojada en el cartílago de las cuerdas vocales. Una astilla de la vértebra, depositada allí al salir el arma.

–Muy interesante, estoy seguro –dijo Polchiek–. ¿Adónde queréis ir a parar?

–La dirección del corte indica que el asesino era diestro. En todo caso, es casi seguro que usó la mano derecha. La profundidad y el ángulo de penetración apuntan a una persona de gran potencia y refuerzan la idea de que usó su mano favorita, porque la gente no suele ejercer tanta fuerza y precisión con la otra. Además, el ángulo de la herida, la inclinación hacia arriba con respecto a la garganta de la víctima, implica que el asesino le sacaba aproximadamente una cabeza a esta.

–¡Oh, Providencia! –dijo el doctor Skelim en voz alta–. ¿Por qué no le sacamos las entrañas y las leemos como los sacerdotes de la antigüedad para encontrar el nombre del asesino? Os garantizo que dirán «Unoure», o como quiera que se llame ese desgraciado.

La doctora Vosill se volvió hacia él.

–¿Es que no lo veis? Unoure es más bajo que Nolieti, y además es zurdo. No creo que posea una fuerza extraordinaria. Puede que un poco más que un hombre corriente, pero no parece demasiado fornido.

–Puede que estuviera furioso –sugirió Polchiek–. La gente puede hacer

demostraciones de fuerza inhumana en circunstancias especiales. Y, según he oído, en lugares como este se producen con cierta frecuencia.

–Y puede que Nolieti estuviera arrodillado en ese momento –señaló el doctor Skelim.

–O que Unoure estuviera subido a un escabel –dijo Ralinge con una voz sorprendentemente suave y sibilante. Sonrió.

La doctora dirigió la vista hacia una pared cercana.

–Nolieti estaba sobre ese banco cuando fue atacado por detrás. La sangre arterial roció el techo y la sangre venosa cayó directamente sobre el banco. No estaba de rodillas.

El escriba terminó de vomitar, recogió la tablilla que se le había caído y volvió a ocupar su lugar, junto a la mesa, con una mirada de disculpas a Polchiek, que lo ignoró.

–¿Señora? –me aventuré a decir.

–¿Sí, Oelph?

–¿Puedo soltarle ya el pelo?

–Sí, claro, Oelph. Te ruego que me perdones.

–¿Qué importa cómo cometió Unoure el acto? –dijo el doctor Skelim–. Debía de estar aquí cuando ocurrió y después escapó. Es evidente que fue él. –Miró con repugnancia a la doctora Vosill.

–Las puertas de la cámara no estaban cerradas ni custodiadas –señaló ella–. Puede que su maestro hubiera enviado a Unoure a algún recado y que al volver se lo encontrara muerto. En cuanto a...

El doctor Skelim sacudió la cabeza y la detuvo alzando una mano.

–Esas fantasías femeninas y vuestra insana fascinación por la mutilación pueden representar una enfermedad mental, señora mía, pero tienen bien poco que ver con el asunto que nos ocupa en este momento, que no es otro que atrapar a ese canalla y sacarle la verdad.

–El doctor tiene razón –dijo Polchiek a mi señora–. Es evidente que sabéis desenvolveros con los cadáveres, señora, pero os ruego que aceptéis que yo no soy menos diestro en mi oficio. En mi experiencia, la fuga es invariablemente un indicio de culpabilidad.

–Puede que Unoure estuviera asustado y nada más –repuso la doctora–. No parecía un hombre muy inteligente. Puede que le entrara el pánico y no se diera cuenta de que escapar era lo más sospechoso que podía hacer.

–Bueno, pronto lo capturaremos –dijo Polchiek con un tono que indicaba que la discusión quedaba zanjada–. Y Ralinge descubrirá la verdad.

Cuando la doctora respondió, lo hizo con un tono venenoso que me da la impresión de que nos sorprendió a todos.

–No me cabe duda –dijo.

Ralinge la miró con una gran sonrisa. El rostro marcado de Polchiek adoptó una expresión sombría.

–Sí, así es –le dijo. Hizo un ademán hacia el cadáver, que seguía entre nosotros–. Ha sido de lo más instructivo, estoy seguro, pero la próxima vez que queráis impresionar a alguno de vuestros superiores con vuestro macabro conocimiento de la anatomía humana, sugiero que no incluyáis entre vuestra audiencia a aquellos de nosotros que tenemos mejores cosas que hacer y, en cualquier caso, a mí. Buenos días.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Respondió al saludo de uno de los centinelas, se agachó para no golpearse con el dintel del arco y salió. El escriba que había vomitado levantó una titubeante mirada de sus incompletas notas, con una expresión que indicaba que no sabía qué hacer a continuación.

–Estoy de acuerdo –dijo el doctor Skelim con tono de alivio mientras levantaba su diminuta cara hacia la de la doctora–. Puede que hayáis hechizado a nuestro buen rey, señora, pero a mí no me engañáis. Si tenéis algún aprecio a vuestro propio bienestar, os sugiero que pidáis permiso para marcharos lo antes posible y regreséis al decadente país del que venís. Buenos días.

El pálido escriba volvió a titubear al observar el rostro impasible con el que la doctora observaba cómo se marchaba Skelim de la cámara, apresuradamente y con la cabeza bien alta. Entonces, tras decirle algo a Ralinge, que seguía sonriendo, cerró la tablilla con un golpe y fue tras el pequeño doctor.

–No les gustáis –le dijo a la doctora el torturador jefe del duque Quettil. Su sonrisa se ensanchó aún más–. Pero a mí sí.

Mi señora lo miró desde el otro lado de la losa durante unos segundos y entonces levantó las manos y dijo:

–Oelph. Una toalla húmeda, por favor.

Fui corriendo a buscar una jarra de agua de un banco, saqué una toalla del maletín de la doctora, la empapé y a continuación contemplé cómo se lavaba ella las manos sin apartar la mirada del hombrecillo rollizo que había al otro lado de la losa. Le pasé una toalla seca. Se secó las manos.

Ralinge seguía sonriendo.

–Puede que penséis que detestáis lo que soy, señora doctora –dijo en voz baja. Su espantosa dentadura distorsionaba sus palabras–. Pero sé cómo proporcionar placer, además de dolor.

La doctora me devolvió la toalla y dijo:

–Vámonos, Oelph. –Saludó a Ralinge con un asentimiento de cabeza y nos encaminamos a la puerta.

–Y el dolor también puede ser placentero –dijo Ralinge a nuestra espalda. Sentí

que se me ponía la carne de gallina y me volvían las ganas de vomitar. La doctora no reaccionó.

–Es solo un resfriado, señor.

–Ja. Solo un resfriado. Sé de gente que ha muerto de un resfriado.

–Sí, señor, pero no será vuestro caso. ¿Cómo está hoy vuestro tobillo? Vamos a echarle un vistazo, si os parece.

–Creo que está mejorando. ¿Vas a cambiar el vendaje?

–Por supuesto. Oelph, ¿te importa...?

Saqué la venda y algunos instrumentos del maletín de la doctora y los deposité sobre la enorme cama del rey. Estábamos en los aposentos privados de su majestad, el día después del asesinato de Nolieti.

Las habitaciones del rey en Yvenir se encuentran en una espléndida zona abovedada, situada en el ala trasera del palacio, por encima de lo que es el techo de la parte principal del gran edificio. La cúpula, cubierta de pan de oro, está un poco apartada de las terrazas del tejado y separada de ellas por un elegante jardincillo. Como el nivel del tejado se encuentra justo encima de los árboles más altos de la cresta de las colinas que hay a este lado del valle, la vista desde las ventanas orientadas al norte, por las que entra la luz en los aposentos más espaciosos y bien ventilados, no contiene otra cosa que el cielo sobre la geométrica perfección de los jardines y la balaustrada de marfil blanco que marca sus límites. Esto otorga al apartamento la atmósfera extraña y encantada de algo ajeno al mundo real. Me atrevo a decir que el aire de la montaña contribuye a crear este efecto de pureza aislada, pero hay algo muy especial en la ausencia del mundano desorden de un paisaje creado por los hombres, algo que proporciona al lugar su singularidad.

–¿Estaré lo bastante recuperado para el baile de la próxima luna menor? –preguntó el rey a la doctora mientras observaba cómo preparaba el nuevo vendaje para su tobillo. A decir verdad, el viejo estaba inmaculado, puesto que el rey se había metido en cama aquejado de un pequeño dolor de garganta y unos ataques de tos poco después de que se nos comunicara la noticia de la muerte de Nolieti en el Jardín Oculto, el día anterior.

–Imagino que podréis acudir, señor –dijo la doctora–. Pero tratad de no estornudar encima de todo el mundo.

–Soy el rey, Vosill –le dijo su majestad mientras se sonaba en un pañuelo limpio–. Estornudaré sobre quien me plazca.

–Entonces contagiaréis vuestro humor a los demás, quienes lo incubarán mientras vos os recuperáis y es posible que más adelante estornuden inadvertidamente en vuestra presencia y vuelvan a infectaros, con lo que volveréis a incubar el mal mientras ellos se recuperan y así sucesivamente.

–No me des lecciones, doctora. No estoy de humor para ello. –El rey miró la desmoronada montaña de almohadones en los que se apoyaba, abrió la boca para llamar a un criado, pero entonces se puso a estornudar y sus rubios mechones bailaron mientras su cabeza se meneaba adelante y atrás. La doctora se levantó de su silla y, mientras él seguía estornudando, lo enderezó un poco y colocó en su sitio los almohadones. El rey la miró, sorprendido.

–Eres más fuerte de lo que pareces, ¿sabes, doctora?

–Sí, señor –dijo ella con una sonrisa modesta mientras reanudaba su labor con el vendaje–. Y también más débil de lo que debiera. –Vestía igual que el día anterior. Su larga cabellera roja estaba preparada con más cuidado de lo normal, cepillada y trenzada, y le llegaba casi hasta la fina cintura. Se volvió hacia mí y me di cuenta de que la estaba mirando fijamente. Bajé la vista hacia el suelo.

Bajo las mantas de la gran cama asomaba un trozo de tela de color crema que me resultaba curiosamente familiar. Estuve preguntándome de qué me sonaba durante unos segundos hasta que, con una punzada de envidia por las prerrogativas que asistían a los reyes, comprendí que formaba parte del atuendo de una de las pastorcillas. Volví a esconderlo bajo las mantas con el pie.

El rey se recostó sobre los almohadones.

–¿Qué noticias hay de ese muchacho que escapó? El que asesinó a mi torturador jefe.

–Lo han cogido esta mañana –dijo la doctora mientras desataba el vendaje viejo–. Sin embargo, no creo que sea el asesino.

–¿De veras? –preguntó el rey.

Personalmente, amo, no creo que su tono de voz indujese a pensar que le importaba lo que la doctora pensara sobre el particular, pero ella se lo tomó como un permiso para explicar, con cierta abundancia de detalles –sobre todo si tenemos en cuenta que su interlocutor era un hombre que, por muy importante que fuera, tenía un resfriado y acababa de tomar un frugal desayuno–, por qué estaba convencida de que Unoure no había asesinado a Nolieti. Tango que decir que entre los demás aprendices, pajes y ayudantes, reunidos en la cocina la pasada noche, la opinión generalizada era que el único aspecto extraño del crimen era la razón de que Unoure hubiese tardado tanto en cometerlo.

–Bueno –dijo el rey–. Me atrevo a augurar que el hombre de Quettil le sacará la verdad.

–¿La verdad, señor? ¿O lo que se requiere para satisfacer los prejuicios de quienes ya están seguros de conocerla?

–¿Qué? –dijo el rey mientras se frotaba la enrojecida nariz.

–Esa costumbre bárbara de la tortura, señor. No obtiene otra verdad que la que quienes dan las órdenes al interrogador quieren escuchar, porque las torturas

empleadas son tan terribles que los reos confesarían cualquier cosa, o, para ser más precisos, todo aquello que creen que sus torturadores esperan oír, con la esperanza de que cesen sus tormentos.

El rey la miró con una expresión de confusión e incredulidad.

–Los hombres son bestias, Vosill. Bestias mentirosas. A veces, el único modo de obtener la verdad es arrancársela. –Estornudó con fuerza–. Mi padre me lo enseñó.

La doctora lo miró durante un prolongado momento, antes de empezar a deshacer el vendaje viejo.

–Sí. Bueno, estoy segura de que no podía estar equivocado –dijo. Mientras sujetaba el pie del rey con una mano, deshizo el vendaje con la otra. Empezó a sorber por la nariz.

El rey, que también estaba haciéndolo, la miró.

–¿Doctora Vosill? –preguntó al fin, una vez que su tobillo quedó libre del vendaje y la doctora me lo entregó para que lo guardara.

–¿Señor? –preguntó ella mientras se limpiaba los ojos en la manga y apartaba la mirada de Quience.

–Señora, ¿os he ofendido?

–No –dijo rápidamente–. No, señor. –Hizo ademán de iniciar la colocación de nuevo vendaje, pero entonces lo dejó a un lado y su boca emitió un chasquido de exasperación. Inspeccionó la pequeña herida en proceso de curación que el rey tenía en el tobillo y me ordenó que fuera a buscar agua y jabón, que yo ya había traído y tenía preparados junto a la cama. Pareció molestarse un poco al verlo, pero rápidamente se puso a limpiar la herida, lavó y secó el pie del rey y empezó a ponerle el nuevo vendaje.

El rey parecía un poco incómodo mientras se producía todo este proceso. Cuando finalmente la doctora hubo terminado, la miró y dijo:

–¿Esperáis ese baile con impaciencia, doctora?

Ella esbozó una pequeña sonrisa al oír esto.

–Por supuesto, majestad.

Guardamos nuestras cosas. Cuando nos disponíamos a marcharnos, el rey alargó el brazo y tomó la mano de la doctora. Había una luz de preocupación e inseguridad en sus ojos que no creo haber visto antes. Dijo:

–Las mujeres soportan el dolor mejor que los hombres, según dicen, doctora. –Sus ojos parecieron escudriñar los de ella–. Aunque nosotros somos los que nos quejamos cuando se nos pregunta.

La doctora miró su propia mano, asida aún por la del rey.

–Las mujeres soportamos mejor el dolor porque tenemos que dar a luz, señor –dijo en voz baja–. Por lo general, este dolor se considera inevitable, pero quienes tienen mi misma vocación tratan de aliviarlo en la medida de lo posible. –Levantó la

cabeza y lo miró a los ojos–. Y solo nos convertimos en bestias, o en algo peor que las bestias, cuando torturamos a otros.

Le soltó la mano cuidadosamente, recogió su maletín y, con una pequeña reverencia de despedida, se volvió y se encaminó a las puertas. Yo vacilé un segundo, convencido de que el rey iba a llamarla, pero no lo hizo. Permaneció allí, sentado en su vasta cama, con aire dolido y sin dejar de sorber por la nariz. Me incliné ante él y fui tras la doctora.

Unoure nunca fue interrogado. Pocas horas después de que lo capturaran y lo trajeran a palacio, mientras la doctora y yo estábamos atendiendo al rey y Ralinge preparaba la cámara para su inquisición, un guardia se asomó a la celda en la que el joven estaba preso. De algún modo, Unoure había logrado cortarse el cuello con un pequeño cuchillo. Estaba encadenado de pies y manos, y lo habían desnudado de cintura para arriba antes de meterlo en la celda. El cuchillo estaba encajado por el pomo en una grieta de la pared de piedra, más o menos a la altura de su cintura. Unoure había tensado las cadenas al máximo, se había arrodillado delante de él y se había rebanado el cuello con la hoja, para luego dejarse caer y desangrarse hasta la muerte.

Entiendo que los dos comandantes estuvieran furiosos. Los guardias a los que se había encomendado su custodia tuvieron suerte de que no los sometieran a ellos al interrogatorio. Finalmente se decidió que Unoure debía de haber dejado el cuchillo allí antes de atacar a Nolieti, para el caso de que lo capturaran y lo trajeran de nuevo al palacio.

Es posible que la posición que ocupábamos la doctora y yo significase que sabíamos poco y nuestra opinión valía aún menos, pero ninguno de nosotros había tenido nunca la ocasión de percibir en Unoure la inteligencia, la capacidad de precisión y la astucia necesarias para que esta explicación resultara siquiera remotamente convincente.

Quettil: Mi buen duque, cuánto me alegro de veros. ¿No os parece espléndida la vista?

Walen: Mmmm. ¿Os encontráis bien, Quettil?

Q: Perfectamente. ¿Y vos?

W: Regular.

Q: Pensé que podíais querer sentaros. ¿Veis? He hecho que prepararan unas sillas.

W: Gracias, no. Vamos a dar un paseo por allí...

Q: Oh. Bien. Muy bien... Bueno, aquí estamos. Disfrutando de una vista extraordinaria. Sin embargo, no creo que me hayáis citado aquí para admirar mis

propias tierras.

W: Mmmm.

Q: Permitidme hacer una conjetura. Albergáis sospechas sobre... ¿Cómo se llamaba? ¿Nolieti? Sobre la muerte de Nolieti. O más bien sobre su muerte y la de su aprendiz.

W: No. Creo que ese asunto está cerrado. La muerte de un par de torturadores no tiene la menor importancia para mí. El suyo es un oficio que, aunque necesario, me resulta despreciable.

Q: ¿Despreciable? Oh, no. Nada de eso. Yo más bien lo considero una forma de arte, según la más elevada concepción del término. El mío, Ralinge, es un auténtico maestro. Si me he guardado de cantar sus alabanzas ante Quience es solo por temor a que me lo quite, cosa que resultaría muy enojosa. Me vería privado de algo muy importante para mí.

W: Mis preocupaciones tienen que ver con alguien que practica el oficio de aliviar el dolor, no el de causarlo.

Q: ¿De veras? Ah, ¿os referís a esa mujer que se hace llamar doctora? Sí, ¿qué ve el rey en ella? ¿Por qué no la mete en su cama y acaba con esto de una vez?

W: Puede que ya lo haya hecho, aunque lo más probable es que no. Ella lo mira de un modo que me induce a pensar que no le importaría..., pero la verdad es que me da igual. La cuestión es que su majestad parece convencido de su excelencia como doctora.

Q: ¿Y...? ¿Es que preferiríais ver a otro en su lugar?

W: Sí. A cualquiera. Y además creo que es una espía. O una bruja. O ambas cosas.

Q: Ya veo. ¿Se lo habéis dicho al rey?

W: Pues claro que no.

Q: Aja. La opinión de mi médico coincide en gran medida con la vuestra, si eso os sirve de algún consuelo. Cosa que no os recomiendo, puesto que es un necio pomposo que sabe tanto de curar enfermedades como el resto de esos carniceros sanguinarios.

W: Sí, en efecto. Sin embargo, estoy convencido de que vuestro médico es un doctor tan capacitado como el que más, así que me alegra que comparta mi opinión sobre esa mujer, Vosill. Puede resultar útil llegado el caso de convencer al rey sobre su incompetencia. Puedo deciros que el comandante Adlain comparte mis aprensiones, así como mi convencimiento de que aún no es posible actuar contra ella. Por eso quería hablar con vos. ¿Puedo confiar en vuestra discreción? Se trata de algo que habría que hacer a espaldas del rey, aunque con el fin de protegerlo.

Q: Mmmm. Sí, claro, mi buen duque. Adelante. Nada saldrá de estas cuatro paredes. Bueno, balaustradas...

W: ¿Tengo vuestra palabra?

Q: Por supuesto, por supuesto.

W: Adlain y yo habíamos acordado que, en caso necesario, la mujer podía ser interrogada... sin que el rey se enterara de ello.

Q: Ah, ya veo.

W: El plan debía de llevarse a cabo en el viaje de Haspide aquí. Pero ahora que estamos aquí, Nolieti ha muerto. Quisiera preguntaros si estaríais dispuesto a participar en un plan similar. Si vuestro torturador, Ralinge, es tan eficiente como decís, no tendrá la menor dificultad en extraerle la verdad a esa mujer.

Q: Desde luego, hasta la fecha, ninguna mujer que yo recuerde ha podido resistirse a él a ese respecto.

W: Bien. En tal caso, ¿podrías encargaros de que parte de la guardia la aprehendiera, o a menos permitiera que otros lo hicieran sin interferencias?

Q: ... Ya veo. ¿Y por qué razón iba yo a hacer tal cosa?

W: ¿Razón? ¡Vaya, pues por la seguridad del rey, señor!

Q: Que es, por descontado, mi principal preocupación, al igual que, evidente e indudablemente, la vuestra, mi querido duque. Sin embargo, sin mediar alguna acción acusadora por parte de la mujer, podría parecer que estabais actuando movido únicamente por la aversión que le profesáis, por merecida que esta sea.

W: Mis filias y fobias se basan única y exclusivamente en los intereses de la casa real y me gustaría pensar que mis servicios a lo largo de los últimos años, o más bien décadas, así lo demuestran. A vos esa mujer os trae sin cuidado. ¿Estáis diciendo que tenéis alguna objeción?

Q: Tenéis que entender mi punto de vista, querido Walen. Mientras estéis todos aquí, la responsabilidad por vuestro bienestar recae sobre mis hombros. En esta ocasión, solo unos días después de la llegada de la corte a Yvenir, uno de sus miembros ha sido asesinado, y el culpable ha escapado del interrogatorio y el castigo que en puridad debería haberle correspondido. Esto me causa un enorme desagrado, señor, y solo el hecho de que el asunto haya terminado casi antes de empezar, y de que parece ser cosa de la corte, impide que me sienta aún más ultrajado. A pesar de ello, creo que Polchiek no comprende lo cerca que ha estado de recibir unos cuantos latigazos. Y querría añadir que el comandante de la Guardia sospecha que hay algo extraño en el asunto, que la muerte del aprendiz podría haber sido orquestada por alguien que se beneficiaría de su silencio. Pero, en todo caso, si tras un asesinato y un suicidio como los que hemos sufrido, llegara a desaparecer una favorita del rey, no me quedaría más remedio que castigar a Polchiek con la máxima severidad. Mi honor no quedaría satisfecho con menos y es muy posible que se viera menoscabado a pesar de ello. Necesitaría las pruebas más irrefutables de que la mujer es un peligro para el rey antes de apoyar una acción semejante.

W: Mmmm. Supongo que la única prueba que aceptaríais sería el cadáver del rey, y que con eso estaríais satisfecho.

Q: Duque Walen, espero que vuestra inteligencia os permita encontrar el modo de desenmascarar a esa mujer antes de que tal cosa llegue a ocurrir.

W: Y yo. De hecho, tengo un proyecto en marcha con ese fin.

Q: ¿Lo veis? ¿Y de qué se trata?

W: De algo que dará fruto muy pronto.

Q: ¿No vais a contármelo?

W: Es una desgracia que no podamos complacernos mutuamente, Quettil.

Q: Sí, ¿verdad?

W: No tengo nada más que decir, creo.

Q: Muy bien. Eh, duque...

W: ¿Señor?

Q: Supongo que puedo contar con que la mujer no desaparezca misteriosamente mientras la corte siga en Yvenir, ¿verdad? Si tal cosa ocurriera, tendría que sopesar con mucho cuidado que revelar a su majestad de cuanto acabáis de revelarme a mí.

W: Me habéis dado vuestra palabra...

Q: Bueno, sí, mi querido Walen. Pero estoy seguro de que coincidiréis conmigo es que mi lealtad principal es para con el rey, no para con vos. Si llegara a la conclusión de que el rey está siendo engañado sin una buena razón, mi deber sería informarle de ello.

W: Siento haberos molestado, señor. Parece que los dos hemos perdido el tiempo esta mañana.

Q: Buenos días, Walen.

Esto también lo encontré más tarde, no en el diario de la doctora sino en otros documentos (que he editado ligeramente para presentar una narración más continua). El elemento común en ambos pasajes es la presencia de Walen, pero la verdad es que –sobre todo teniendo en cuenta lo que ocurrió después– no sé qué pensar al respecto, simplemente. Yo me limito a registrar. No juzgo. Ni siquiera me atrevo a ofrecer especulaciones.

12

El guardaespaldas

El parque real de las colinas de Croughen llevaba varios siglos siendo un coto de caza de la casa real de Tassasen. UrLeyn le había entregado grandes porciones a diversos nobles que habían apoyado su causa durante la guerra de sucesión, pero se había reservado el derecho de utilizar los bosques para ir de caza con su corte.

Las cuatro monturas y sus jinetes rodearon los matorrales en los que creían que su presa se había ocultado.

RuLeuin sacó la espada, se inclinó sobre la silla y pinchó la masa de maleza.

–¿Seguro que se he metido aquí, hermano?

–Casi seguro –dijo UrLeyn mientras pegaba la cara al cuello de su cabalgadura y la dirigía hacia una abertura en los arbustos. Se inclinó un poco más, soltó las riendas con una mano y escudriñó la maleza. DeWar, que cabalgaba al otro lado, alargó la mano y sujetó las riendas de su montura. RuLeuin, más allá de los arbustos, pegó también el cuerpo al cuello de su montura.

–¿Cómo está el niño hoy, UrLeyn? –preguntó YetAmidous con voz tonante. Tenía el rostro colorado y empapado de sudor.

–Oh, se encuentra bien –dijo UrLeyn al tiempo que volvía a incorporarse sobre la silla–. Mejor a cada día que pasa. Pero sigue sin recuperarse del todo. –Miró a su alrededor y luego dirigió la vista hacia la ladera, cubierta de árboles–. Necesitamos batidores...

–Que se encargue el hombre de negro –dijo YetAmidous refiriéndose a DeWar–. Desmonta y bate para nosotros, ¿quieres, DeWar?

DeWar esbozó una pequeña sonrisa.

–Yo solo persigo presas humanas, general YetAmidous.

–Presas humanas, ¿eh? –dijo YetAmidous con una sonora carcajada–. Qué

tiempos, ¿verdad? –Dio una palmada en la silla. La sonrisilla de DeWar se prolongó unos segundos más.

En los últimos años del antiguo reino, cuando la crueldad y el descuido del rey Beddun habían alcanzado su cénit, los prisioneros –o cualquier furtivo lo bastante desgraciado como para ser capturado en los bosques ejerciendo su oficio– habían sido la presa de la mayor parte de las cacerías. Esta bárbara tradición se había desterrado, pero tenía su correlato en el presente, pensaba DeWar, en la forma de la antigua ballesta de caza del rey Beddun, que UrLeyn llevaba colgada de la espalda.

UrLeyn, DeWar, YetAmidous y RuLeuin se habían separado del grupo principal de la cacería, al que se oía al otro lado de la colina.

–Sopla el cuerno, ¿quieres, Yet? –dijo UrLeyn–. Vamos a llamar a los demás.

–Como queráis. –YetAmidous se llevó el cuerno a los labios y dejó escapar una nota de gran potencia. Casi coincidió, advirtió DeWar, con el sonido de otros cuernos que llegaban desde el otro lado de la colina, así que lo más probable es que los demás no lo oyeran. Decidió no decir nada. Sin embargo, YetAmidous escupió un poco de saliva de la boquilla y puso cara de estar muy satisfecho consigo mismo.

–¿Ralboute se unirá a nosotros, Protector? –preguntó–. Pensaba que iba a hacerlo.

–Ha llegado un mensaje esta mañana –dijo UrLeyn mirando los matorrales desde la silla. Se protegió los ojos de un rayo de sol que le cayó en aquel momento sobre el rostro–. Lo han detenido en... –Miró a DeWar.

–Creo que en la ciudad de Vynde, señor.

–Vynde. La ciudad de Vynde está resistiendo más de lo esperado.

RuLeuin se irguió también en la silla y dirigió la mirada al mismo sitio que su hermano.

–Se rumorea que hemos perdido un par de morteros de asedio.

–De momento no es más que un rumor –dijo UrLeyn–. Simalg se ha adelantado en exceso, como siempre, y no ha podido apoyar a Ralboute. Las comunicaciones son erráticas. Con Simalg nunca se puede estar seguro. Puede que se haya dejado la artillería atrás, o la haya emplazado mal. No asumamos lo peor.

–Sin embargo, llegan noticias de todas clases, Protector –dijo YetAmidous antes de quitarle el tapón a una bota de vino y echar un trago–. Quizá deberíamos ir a Ladenscion en persona para enderezar las cosas. –Arrugó las cejas–. La verdad, Protector, es que echo de menos la guerra. Y, al menos, puedo garantizaros que yo no perdería vuestras máquinas de asedio.

–Sí –dijo RuLeuin–. Tendrías que tomar el mando en persona, hermano.

–Ya he pensado en ello –dijo UrLeyn. Desenvainó la espada y lanzó algunos tajos a los arbustos–. He tratado de conseguir que se me vea más como estadista que como líder militar y además, no creo que la rebelión de Ladenscion requiera de todas nuestras fuerzas, pero podría cambiar de idea si la situación lo requiere. Esperaré al

regreso de Ralboute, o al menos a que llegue un mensaje suyo. Yet, vuelve a soplar el cuerno, ¿quieres? Creo que no lo han oído la primera vez. –UrLeyn envainó la espada y se quitó el capacete verde que llevaba en la cabeza. Se limpió la frente.

–¡Ja! –dijo YetAmidous. Levantó el cuerno de caza, exhaló una inmensa bocanada de aire que hinchó su formidable corpachón sobre la silla de montar y convirtió su expresión en una mueca ceñuda, y entonces se llevó el instrumento a los labios y sopló con tanta fuerza que su rostro se tiñó de escarlata por el esfuerzo.

La nota fue ensordecedora. Casi inmediatamente, hubo un fuerte ruido al otro lado de los matorrales, el que estaba más próximo a la ladera. DeWar era el que se encontraba más cerca de allí. Vislumbró una forma grande, corpulenta y de un color entre gris y marrón que salía a velocidad de vértigo hacia otro conglomerado de vegetación.

–¡Ja! –bramó YetAmidous–. ¡He asustado a ese cabrón!

–¡DeWar! –gritó UrLeyn–. ¿La has visto?

–Por allí, señor.

–¡Tú! ¡Yet! ¡Por aquí! –UrLeyn obligó a su montura a dar media vuelta y salió disparado en aquella dirección.

DeWar prefería cabalgar junto a UrLeyn siempre que podía, pero en la densa vegetación de aquellos bosques, muchas veces era imposible, y se veía obligado a seguir a la montura del Protector por el sotobosque, sortear troncos caídos o pasar por debajo de ramas bajas, agacharse, inclinarse e incluso, en ocasiones, colgarse de la silla para no verse desmontado.

UrLeyn marchaba al galope por una ladera poco pronunciada, cruzada por una vereda casi invisible entre los matorrales. DeWar iba detrás, tratando de no perder de vista la saltarina mancha verde que era la capa de su señor.

La cuesta estaba tapizada de vegetación y atravesada por troncos de árboles que habían empezado a caer pero habían sido detenidos por sus hermanos más saludables. Una confusa mezcolanza de ramas verdes, enmarañadas y cubiertas de vegetación, dificultaba el avance. El suelo era traicionero para las monturas. La profunda capa de hojas descompuestas, ramitas, frutos y pieles de semillas podía ocultar un sinfín de agujeros, madrigueras, rocas y troncos en descomposición, cualquiera de los cuales podía partirle una pata a una montura o hacerla tropezar y arrojar a su jinete al suelo.

UrLeyn cabalgaba demasiado rápido. DeWar nunca temía tanto por su vida o la de su señor como cuando trataba de seguirle el paso en alguna loca persecución durante una de estas cacerías. Como siempre, procuró seguir el camino de ramas rotas y vegetación pisoteada que dejaba UrLeyn. Tras él se oían las monturas de YetAmidous y RuLeuin, empeñadas también en la persecución.

El animal al que perseguían era un orte, un poderoso y fornido carroñero tres veces más pequeño que una de sus cabalgaduras. La gente solía considerarlos

beligerantes y estúpidos, pero DeWar creía que era una reputación inmerecida. Los ortes huían hasta que estaban acorralados y solo entonces presentaban batalla usando sus pequeños y afilados cuernos y sus colmillos, aún más afilados. Además, siempre trataban de evitar las áreas más despejadas, donde galopar era más fácil y el terreno estaba relativamente despejado de arbustos y otras obstrucciones, y buscaban lugares como aquel, donde la acumulación de árboles vivos y muertos y toda la vegetación que los acompañaba dificultaba tanto la observación como la persecución.

La vereda descendía por la ladera, cada vez más empinada, en dirección a un arroyo. UrLeyn, con un grito de entusiasmo, se perdió de vista por delante. DeWar maldijo y espoleó a su cabalgadura. La bestia sacudió la cabeza, resopló y se negó a acelerar. DeWar trató de apartar la mirada del camino. Era mejor dejárselo al animal. A él le convenía más estar atento alas ramas que había a la altura de su cabeza y que amenazaban con desmontarlo o sacarle un ojo. El ruido de los demás cazadores llegaba desde lejos: hombres que gritaban, cuernos que soplaban, sabuesos que ladraban y presas que aullaban. A juzgar por el ruido, debían de haber acorralado a una manada grande. La solitaria bestia a la que UrLeyn estaba persiguiendo había conseguido escapar sin que la persiguiera ningún sabueso. Era un animal muy grande, y tratar de cazarlo sin la ayuda de los perros era una demostración de valentía o de temeridad. DeWar soltó un instante las riendas con una mano y se secó la frente con la manga. El día era muy caluroso y bajo el ramaje el aire era denso y sofocante. El sudor que resbalaba por su cara se le metía en los ojos y le dejaba un sabor salado en la boca.

Tras él, sonó la brusca detonación de un arma de fuego. Un orte abatido, seguramente. O un mosquetero que acababa de perder la mitad de la cara. Las armas de fuego lo bastante pequeñas como para ser transportadas por un solo hombre o a lomos de una montura eran poco fiables, imprecisas y a menudo más peligrosas para el portador que para el objetivo. Los caballeros no las usaban y las ballestas eran superiores en muchos aspectos. Sin embargo, los herreros y armeros se esforzaban constantemente en producir mosquetes de mejor calidad a cada estación que pasaba y durante la guerra de sucesión, UrLeyn los había empleado con gran eficacia contra la caballería enemiga. DeWar esperaba con temor el día en que las armas de fuego resultaran lo bastante fiables –y, lo que era más importante, lo bastante precisas– como para convertirse en la peor pesadilla de un guardaespaldas, pero de momento, aquel día parecía encontrarse bastante lejos.

A la izquierda sonó un grito, en dirección al pequeño valle del arroyo. Podía haber sido un grito de hombre o de orte. DeWar sintió un escalofrío a pesar del calor.

Había perdido de vista a UrLeyn. Más adelante, a la izquierda, las ramas y las hojas se agitaban. Con una sensación de frío en las tripas, DeWar se preguntó si el grito que acababa de oír lo habría lanzado el Protector. Tragó saliva, volvió a secarse

el sudor de la frente y trató de espantarse la nube de insectos furiosos que revoloteaban alrededor de su cabeza. Una rama le dejó un arañazo en la mejilla derecha. ¿Y si UrLeyn se había caído de la montura? Puede que la bestia lo hubiera destripado, o le hubiese destrozado la garganta. El año pasado, en aquel mismo lugar, un joven noble se había caído de su cabalgadura y se había ensartado en un viejo tocón de bordes puntiagudos. Sus gritos habían sido como el aullido que acababa de oír, ¿no?

Trató de espolear a su montura. Una rama se le enredó en la ballesta que llevaba al hombro y estuvo a punto de derribarlo de la silla. DeWar tiró de las riendas y la bestia pifió al sentir que el bocado de metal se le clavaba en la boca. Se revolvió en la silla y trató de arrancar la rama, sin conseguirlo. Ladera arriba, RuLeuin y YetAmidous estaban acercándose. Soltó una imprecación, sacó la daga y la emprendió a puñaladas con la rama. Se separó del árbol y permaneció enredada con la ballesta, pero al menos lo dejó ir. DeWar picó espuelas y reemprendió el descenso cuesta abajo.

De repente, los arbustos desaparecieron y se encontró en un empinado terraplén que desembocaba en un claro junto al que discurría el arroyo. La montura de UrLeyn, sin su jinete, se encontraba junto a un árbol, jadeante. DeWar miró en todas direcciones en busca del Protector, hasta que lo encontró a cierta distancia, cerca de un desprendimiento de rocas del que brotaba el arroyo, con la ballesta al hombro y la mirada clavada en un gran orte, que chillaba y trataba de salir del claro saltando sobre las rocas cubiertas de resbaladizo moho que le bloqueaban el paso.

El orte alcanzó de un salto la mitad del obstáculo formado por las rocas y entonces, cuando parecía a punto de encontrar un asidero y completar su huida, perdió pie, lanzó un gruñido y cayó, rebotó sobre una de las rocas de abajo y aterrizó pesadamente sobre el lomo a un lado del arroyo. Volvió a ponerse de pie y se sacudió. UrLeyn avanzó un par de pasos hacia él, con la ballesta preparada. DeWar descolgó la suya del hombro mientras desmontaba. Quería gritarle a UrLeyn que se apartara del animal y se lo dejara a él, pero tenía miedo de distraerlo ahora que tenía al orte tan cerca. La bestia apartó su atención de las rocas. Gruñó a UrLeyn, que se encontraba a unos cinco o seis pasos de distancia. Ahora, su única vía de escape era el hombre.

Vamos, pensó DeWar. *Dispara. Ataca. Ahora. Vamos.* Se encontraba a su vez a unos diez pasos de UrLeyn. Se desplazó un poco hacia la derecha, paralelamente al pie del terraplén, para tener una visión mejor de UrLeyn y el orte. Trató de preparar el arma sin mirar, porque le daba pánico apartar los ojos del Protector y de la bestia a la que había acorralado. Había algo enredado en el mecanismo. Podía sentirlo. La rama de antes. Su mano se cerró sobre unas hojas y unas ramitas y trató de arrancarlas. No lo consiguió.

Con un gruñido, el orte empezó a apartarse de UrLeyn, que estaba aproximándose lentamente. La grupa del animal tropezó con una de las rocas cubiertas de moho por las que había tratado de escalar. Volvió la cabeza hacia allí una fracción de centímetro. Sus cuernos, ligeramente curvados, eran un poco más grandes que una mano humana, pero cada uno de ellos terminaba en una punta afilada capaz de destripar a una cabalgadura. UrLeyn solo llevaba un fino justillo de cuero y unos pantalones. Aquella mañana, DeWar le había sugerido que se pusiera algo más grueso o una cota de malla por encima, pero el Protector se había negado en redondo. El día ya iba a ser suficientemente caluroso sin eso.

El orte bajó los cuartos traseros. Con una claridad que resultaba casi antinatural, DeWar pudo ver cómo se tensaban y se abultaban los músculos del animal. Tiró del follaje enredado en su arma y trató de arrancarlo. La daga. Tal vez tuviera que olvidarse de la ballesta y tratar de lanzar la daga. No estaba muy bien equilibrada pero era su única alternativa. La rama empezó a salir de la ballesta.

–¿Hermano? –dijo una voz estruendosa sobre él. DeWar se volvió y vio allí a RuLeuin, con los cascos delanteros de su montura a poca distancia del borde del terraplén. El hermano de UrLeyn, con el rostro bañado en un solitario rayo de sol, se protegía los ojos con una mano y recorría el claro con los ojos. Entonces su mirada se posó sobre UrLeyn.

–Oh –murmuró.

DeWar volvió rápidamente la mirada. El orte no se había movido. Seguía gruñendo ligeramente y continuaba tenso. Su boca goteaba saliva por una de las comisuras. DeWar oyó que su montura emitía un pequeño gemido.

UrLeyn hizo un levísimo movimiento, hubo un chasquido casi inaudible y entonces el Protector pareció quedarse petrificado.

–Mierda –dijo en voz baja.

Las ballestas podían matar desde cien pasos de distancia. Sus proyectiles podían atravesar una coraza de metal a corto alcance. En el calor de una cacería, no solía haber tiempo de parar, tensar y cargar el arma. Los hombres montaban con la ballesta ya preparada para disparar y había muchos que la llevaban incluso cargada. Más de un cazador había salido herido en el pie, o en sitios peores, por una ballesta colgada de una silla de montar, y las que se llevaban a la espalda podían ser más peligrosas aún si se enganchaban en un matorral o en una rama. Así que las ballestas de caza llevaban un seguro. Había que acordarse de quitarlo para poder disparar. En la excitación de la cacería, no era raro que los cazadores se olvidaran de hacerlo. Y la ballesta de UrLeyn, que había pertenecido al rey Beddun, era un arma antigua. El seguro se había añadido después, no formaba parte del diseño original, y estaba mal posicionado, cerca de la parte trasera del arma, donde no era fácil de alcanzar. UrLeyn tendría que mover una mano para quitarlo. El rey al que había ejecutado

podía haberse cobrado venganza desde la tumba.

DeWar contuvo el aliento. La rama que se había enganchado en su propia arma cayó al suelo. Sin apartar los ojos del orte, vio que UrLeyn movía lentamente una mano hacia el seguro. El arma, sostenida solo por una mano, empezó a temblar. El orte intensificó sus gruñidos y se desplazó unos pasos en dirección al arroyo, con lo que el campo de tiro de DeWar se redujo considerablemente. Ahora, una parte de su cabeza estaba tapada por el cuerpo de UrLeyn. Sobre él se oía la respiración de la montura de UrLeyn. DeWar buscó a tientas el seguro del arma mientras se la llevaba al hombro y daba un nuevo paso hacia la derecha para volver a abrir el ángulo.

–¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¿Dónde...? –dijo otra voz desde arriba, acompañada por el crujido de la vegetación y el ruido de unos cascos. YetAmidous.

UrLeyn abrió suavemente el seguro de la ballesta y empezó a mover la mano de nuevo hacia el gatillo. El orte cargó.

La ballesta del Protector empezó a descender como si estuviera montada sobre unas bisagras, mientras este trataba de seguir la carrera del animal. Al mismo tiempo, dio un salto hacia la derecha, con lo que se interpuso en el campo de visión de DeWar. El guardaespaldas soltó el gatillo justo a tiempo. Un instante antes, el proyectil habría alcanzado al Protector. De repente, a UrLeyn se le cayó de la cabeza el capacete, que se alejó rebotando en dirección al arroyo. DeWar lo vio sin pararse a pensar qué podía haberlo causado. Echó a correr hacia UrLeyn, inclinado hacia delante, un paso tras otro, con la ballesta delante del vientre y apuntada hacia un lado. UrLeyn estaba trastabillando y el pie en el que había apoyado su peso estaba empezando a ceder debajo de él.

Dos pasos, tres. Algo pasó zumbando junto a la cabeza de DeWar y dejó una bocanada de aire que le acarició la mejilla. Un instante después hubo un chapoteo en el arroyo y algo chocó contra la superficie del agua.

Cuatro pasos. Aún en proceso de aceleración, cada zancada casi un salto. La ballesta del Protector emitió una combinación de crujido y chasquido. El arma retrocedió en sus manos. El proyectil apareció clavado en el anca izquierda del orte, lo que hizo que el animal chillara, diera un salo y sacudiera las caderas, pero cuando volvió a tocar el suelo, a dos pasos de un UrLeyn que aún estaba cayendo, agachó la cabeza y cargó en línea recta hacia él.

Cinco, seis pasos. UrLeyn cayó al suelo. El morro del orte golpeó su cadera izquierda. La bestia retrocedió y volvió a atacar, esta vez con la cabeza más gacha y los cuernos dirigidos hacia el vientre del hombre, que empezó a levantar una mano para tratar de protegerse.

Siete. DeWar giró la ballesta mientras corría, sin levantarla. Dio medio paso a un lado para afianzarse lo mejor posible y entonces apretó el gatillo.

El proyectil alcanzó al orte justo encima del ojo izquierdo. El animal se

estremeció y se detuvo en el sitio. El empenachado virote sobresalía de su cráneo como un tercer cuerno. DeWar, a tres o cuatro pasos de distancia, arrojó la ballesta a un lado mientras su mano izquierda volaba hacia su cadera derecha y se apoyaba en la empuñadura del largo cuchillo. UrLeyn, dando patadas, giró la parte inferior del cuerpo para apartarla del orte, que, con la mirada clavada en el suelo a menos de un paso de él, resoplaba y sacudía la cabeza mientras sus patas delanteras se doblaban.

DeWar desenvainó el cuchillo y saltó por encima de su señor al tiempo que este se apartaba del orte rodando sobre el suelo. El animal resopló, jadeó, sacudió la cabeza y levantó la mirada con lo que DeWar hubiera descrito como una expresión de sorpresa al sentir que le clavaba la daga en el cuello, cerca de la oreja izquierda y, de un movimiento rápido, le rebanaba la garganta. Con un sonido silbante, se desplomó con la cabeza pegada al pecho, mientras la sangre caía al suelo y formaba un charco a su alrededor. DeWar mantuvo el puñal apuntado hacia él, de rodillas, mientras su otra mano tanteaba el suelo en busca de UrLeyn.

–¿Estáis bien, señor? –preguntó sin volverse. El orte se estremeció, hizo un intento de levantarse, y entonces, con las patas temblando, rodó de costado. Su cuello seguía sangrando copiosamente. Un instante después dejó de temblar, la sangre empezó a fluir de manera continua y, lentamente, sus patas se plegaron debajo del cuerpo y expiró.

UrLeyn se puso de rodillas con la ayuda de DeWar. Apoyó una mano en los hombros de su guardaespaldas. El Protector estaba temblando.

–Estoy... escarmentado, creo que sería la palabra más apropiada, DeWar. Gracias. Providencia. Qué bestia tan grande, ¿eh?

–Bastante, señor –dijo DeWar al tiempo que decidía que el cuerpo inmóvil del animal ya no representaba una amenaza y podía arriesgarse a echar una mirada hacia atrás, donde RuLeuin y YetAmidous estaban tratando de bajar por la parte menos empinada del terraplén. Sus monturas se encontraban todavía arriba, desde donde observaban a UrLeyn y a su propia cabalgadura. Los dos hombres se acercaron corriendo. YetAmidous aún llevaba en la mano la ballesta descargada. DeWar volvió a mirar al orte y entonces se incorporó, envainó el largo cuchillo y ayudó a UrLeyn a ponerse en pie. El brazo del Protector seguía temblando y no soltó a DeWar una vez incorporado.

–¡Oh, señor! –gimoteó YetAmidous con la ballesta pegada al pecho. Su rostro grande y redondo estaba pálido–. ¿Estáis ileso? Pensé... Por la Providencia, pensé que había...

RuLeuin llegó corriendo y estuvo a punto de tropezar con la ballesta de DeWar, que seguía en el suelo.

–¡Hermano! –Abrió los brazos y dio tal apretón a su hermano que le faltó poco para derribarlo. El Protector tuvo que soltar a DeWar.

Desde la ladera llegaban los sonidos cada vez más próximos del resto de los cazadores.

DeWar miró de soslayo al orte. Parecía totalmente muerto.

–¿Y quién disparó primero? –preguntó Perrund en voz baja y sin moverse. Su cabeza estaba ladeada e inclinada sobre el tablero de *El castillo secreto*, mientras estudiaba su siguiente movimiento. Se encontraban en la sala de visitas del harén, cerca de la novena campanada. Aquella tarde se había celebrado una fiesta de fin de cacería especialmente bulliciosa, aunque UrLeyn se había retirado temprano.

–YetAmidous –dijo DeWar sin levantar la voz a su vez–. Su disparo le arrancó el capacete al Protector. Lo encontraron río abajo. El proyectil estaba clavado en un tronco, junto al arroyo. Un dedo más abajo...

–Sí. Y el disparo de RuLeuin estuvo a punto de darte a ti.

–Y a UrLeyn, también, aunque en este caso pasó a una mano de distancia de su cintura, no a un dedo de su cabeza.

–¿Y es posible que ambos disparos buscaran al orte?

–Sí. Ninguno de los dos es buen tirador. Creo que si YetAmidous estaba apuntando a la cabeza de UrLeyn, la mayor parte de los miembros de la corte que se consideran autoridades en este tipo de asuntos coincidirían en que fue un disparo increíblemente preciso, dadas las circunstancias. Y YetAmidous parecía genuinamente consternado por lo ocurrido. Y RuLeuin es su hermano, por la Providencia. –Suspiró pesadamente antes de bostezar y frotarse los ojos–. Y YetAmidous, además de ser un mal tirador, no tiene madera de asesino.

–Hmmmm –dijo Perrund con un tono peculiar.

–¿Qué pasa? –Solo cuando dijo esto se dio cuenta DeWar de lo bien que había llegado a conocer a aquella mujer. Su forma de emitir aquel sonido le había resultado muy reveladora.

–Tengo una amiga que pasa mucho tiempo en compañía de YetAmidous –dijo Perrund en voz baja–. Dice que le encanta jugar a las cartas, jugar por dinero. Pero parece ser que le gusta aún más fingir que ignora las sutilezas del juego y es mal jugador. Simula que se olvida de las reglas, pregunta lo que tiene que hacer de vez en cuando, interroga a los demás jugadores sobre los términos que utilizan y ese tipo de cosas. A menudo, pierde deliberadamente apuestas de poca monta. Pero, en realidad, lo que está haciendo es esperar a que haya una apuesta lo bastante elevada, que casi invariablemente gana, para su propia y fingida sorpresa. Mi amiga lo ha visto varias veces. Sus compañeros de mesa lo conocen bien y se divierten con ello, aunque ya no se dejan engañar, pero muchos nobles jóvenes y presuntuosos que se creen en presencia de un necio que será presa fácil para sus artimañas han acabado marchándose de su casa sin una sola moneda en el bolsillo.

DeWar se dio cuenta de que estaba mordiéndose el labio con la mirada clavada en el tablero.

–Así que es un embaucador habilidoso, y no un bufón. Es preocupante. –Miró a Perrund, pero ella no levantó los ojos del tablero. Casi sin darse cuenta, se encontró inspeccionando la masa dorada de su cabello recogido, maravillado por su brillo y su perfección–. Tu amiga no tendrá más observaciones y opiniones interesantes sobre el caballero, ¿verdad?

Sin levantar la mirada, Perrund aspiró, profundamente. DeWar observó los hombros en el vestido rojo y recorrió con los ojos la curva de la tela sobre el busto.

–En una, o puede que dos ocasiones –dijo–, cuando estaba muy borracho, le ha parecido a mi amiga que revelaba... un cierto grado de celos y de desdén hacia el Protector. Y también parece ser que no te tiene mucha simpatía. –Levantó la mirada de repente.

DeWar sintió que se echaba ligeramente hacia atrás, como impulsado por la fuerza de aquellos ojos azules y dorados.

–Aunque esto no quiere decir que no sea un buen y leal amigo del Protector –dijo Perrund–. Si uno está decidido a pensar mal, solo le hará falta mirar con la suficiente atención para acabar desconfiando de todos. –Volvió a bajar la mirada.

–Cierto –dijo DeWar y sintió que se ruborizaba–. Sin embargo, es mejor estar al corriente de estas cosas que no estarlo.

Perrund movió una pieza y luego otra.

–Ya –dijo.

DeWar continuó analizando la partida.

13

La doctora

Amo, el baile de máscaras tuvo lugar seis días más tarde. El rey seguía aquejado de un ligero resfriado, pero la doctora le dio un preparado hecho de flores y plantas de las montañas que le mantuvo las «membranas» (creo que con esto se refería a su nariz) secas durante el baile. Le aconsejó que no probara el alcohol y que bebiera grandes cantidades de agua o, mejor aún, zumos de frutas. Sin embargo, creo que durante el baile, su majestad se dejó persuadir, por sí mismo principalmente, de que la definición de zumo de frutas incluía al vino, así que consumió gran cantidad de esta bebida durante el baile.

El gran salón de baile de Yvenage es un impresionante espacio circular, la mitad de cuyo perímetro está ocupada por ventanas que cubren la pared entera. En el año transcurrido desde la última vez que la corte visitó Yvenir, estas ventanas han sido remozadas en su parte inferior. Los grandes paneles de yeso verde pastel han sido reemplazados por una trama de soporte de madera que sujeta unos paneles de vidrio finos y trasparentes. Estos paneles son de una perfección casi cristalina y ofrecen una visión casi sin distorsiones del paisaje de las colinas boscosas y el valle, iluminado por la luz de las estrellas. El efecto resultaba extraordinario y creo, a juzgar por las expresiones de asombro que oí murmurar y la extravagancia de las estimaciones referentes al coste del proyecto que llegaron a mis oídos, que los invitados no habrían estado más impresionados de haber estado hechas las nuevas ventanas de diamante.

La orquesta se encontraba en un escenario bajo y circular situado en el centro de la sala, con los músicos orientados hacia el interior, donde se encontraba el director, que a su vez iba girando sucesivamente hacia cada sección. Los invitados bailaban alrededor de este eje como hojas atrapadas en una espiral de viento, en un caos aparente al que proporcionaba orden las intrincadas estructuras y patrones de los

bailes.

La doctora era una de las mujeres más impresionantes de la fiesta. En parte, esto se debía a su estatura. Había mujeres más altas, pero por alguna razón destacaba entre ellas. Poseía un porte que resultaba, en todos los sentidos, naturalmente elevado. Llevaba un vestido que, en comparación con la mayoría de los demás, parecía sencillo. Era de un verde lustroso y oscuro, en contraste con el amplio e intrincado peinado en forma de abanico con el que se había dado forma a su cabello rojo. Su vestido era estrecho hasta límites insospechados.

Amo, debo confesar que me sentía emocionado y honrado de encontrarme allí. Como la doctora no tenía otro acompañante, recayó sobre mis hombros el deber de escoltarla al baile, lo que me permitió acordarme con cierto placer de mis compañeros aprendices y ayudantes, la mayoría de los cuales se encontraba en el piso de abajo. Solo los pajes de mayor edad habían recibido permiso para acudir al baile y los pocos que no estaban allí en calidad de meros criados eran totalmente conscientes de su incapacidad de destacar en compañía de tantos jóvenes nobles. La doctora, en cambio, me trataba a mí como un igual, y no me hizo durante todo el baile una sola demanda propia de una señora a su criado.

La máscara que había elegido yo era muy sencilla, de papel pintado en color carne, con una mitad alegre, una gran sonrisa en los labios y un ceño elevado, y otra triste, con la boca fruncida hacia abajo y una lagrimita en el ojo. La de la doctora era una media máscara hecha de una fina y lustrosísima plata tratada con una especie de lacado. Fue, me parece, la mejor y más desconcertante máscara que vi en toda la velada, porque reflejaba la mirada del observador y ocultaba a su portador –si es que eso valía de algo en este caso, teniendo en cuenta la inconfundible figura de la doctora– mejor que la más astuta creación de plumas, filigrana de oro o gemas resplandecientes.

Bajo aquella máscara espejada, los labios de la doctora parecían carnosos y suaves. Se los había pintado con el ungüento rojizo que muchas de las damas de la corte emplean en estas ocasiones. Yo nunca la había visto maquillada así. ¡Qué húmeda y suculenta parecía aquella boca!

Nos sentamos en una gran mesa, situada en una de las antesalas del salón de baile, rodeados de elegantes señoras de la corte con sus escoltas, bajo la presidencia de inmensos cuadros de los nobles, sus animales y sus fincas. Por todas partes circulaban criados con bandejas de bebidas. No recuerdo haber estado en una fiesta tan bien surtida como esta, aunque tuve la impresión de que algunos de los criados parecían un poco rudos y manejaban las bandejas con cierta torpeza. La doctora prefería no permanecer en el gran salón entre baile y baile y, de hecho, parecía remisa a participar. Me dio la sensación de que solo se encontraba allí obedeciendo la voluntad del rey, y aunque puede que disfrutara de los bailes, tenía miedo de cometer algún

desliz con la etiqueta.

Yo, por mi parte, me sentía nervioso al tiempo que emocionado. Este tipo de bailes son grandes ocasiones, demostraciones de pompa y ceremonia que atraen a decenas de grandes familias de la región, duques y duquesas y gobernantes de principados aliados con sus correspondientes séquitos, y en general producen una concentración de gente de poder e importancia que rara vez se ve incluso en la capital. No es de extrañar que sea en ocasiones así cuando se forman las alianzas, los planes y las enemistades, tanto a escala política y nacional como a escala personal.

Era imposible no sentirse afectado por la urgencia y gravedad de la atmósfera y mis pobres emociones se vieron zarandeadas y agotadas incluso antes de que empezara el baile propiamente dicho.

Al menos se nos había asignado una posición en la periferia. Con tantos príncipes, duques, barones, embajadores y demás en demanda de su atención –a muchos de los cuales no volvería a ver en todo el año, una vez terminado este evento–, no era de esperar que el rey se preocupara de la doctora y de mí, a quienes tenía a su disposición todos los días del año.

Permanecí allí sentado, inmerso en el murmullo de las conversaciones y el sonido lejano de una melodía, y me pregunté qué planes y maquinaciones estarían hilvanándose, qué promesas y enemistades estarían haciéndose, qué deseos atizándose, qué esperanzas destruyéndose.

Un grupo de personas pasó a nuestro lado de camino al salón de baile. La figura menuda del hombre que lo encabezaba se volvió hacia nosotros. Llevaba una máscara antigua, hecha de plumas negras y azules.

–Ah, la señora doctora, salvo que esté terriblemente equivocado –dijo la voz cascada y ronca del duque Walen. Se detuvo. Su esposa, la segunda, mucho más joven que él, pequeña y voluptuosa, cubierta con una máscara de oro incrustada de gemas, venía colgada de su brazo. Diversos miembros de menor importancia y servidores de la familia Walen se posicionaron a nuestro alrededor formando un semicírculo. Me levanté, lo mismo que la doctora.

–Duque Walen, asumo –dijo ella con una reverencia cuidadosa–. ¿Cómo estáis?

–Muy bien. Os preguntaría qué tal os encontráis vos, pero asumo que los médicos cuidan de sí mismos mejor que nadie, así que preguntaré más bien cómo pensáis que se encuentra el rey. ¿Está bien? –Parecía trompicarse un poco con las palabras.

–El rey está bien, en general. Su tobillo sigue necesitando cuidados y aún sufre de un pequeño...

–Bien, bien. –Walen dirigió la mirada hacia las puertas del salón de baile–. ¿Qué os parece nuestro baile?

–Impresionante, señor.

–Contadme. ¿Celebráis bailes en ese lugar... Drezen, del que procedéis?

–Así es, señor.

–¿Y son tan elegantes como este? ¿O son aún mejores y más gloriosos, hasta el punto de ensombrecer nuestros tristes y patéticos intentos? ¿Nos supera Drezen en todos los campos, en la misma medida en que, según vos, lo hace en la medicina?

–Creo que los bailes que celebramos en Drezen son bastante menos espléndidos que este, señor.

–¿De veras? ¿Cómo es posible? Había llegado al convencimiento, tras oír vuestros numerosos comentarios y observaciones, de que vuestra patria estaba mucho más avanzada que la nuestra en todos los aspectos. ¡Habláis de ella en términos tan rutilantes, que a veces he pensado que estabais describiendo un país de las maravillas!

–Creo que el duque descubrirá que Drezen es tan real como Haspidus.

–¡Por mi fe! Estoy casi decepcionado. Bueno, allá vamos. –Se volvió para marcharse, pero entonces se detuvo de nuevo–. Os veremos en el baile luego, ¿verdad?

–Imagino que sí, señor.

–¿Y tendréis la amabilidad de interpretar para nosotros una danza de Drezen y enseñárnosla?

–¿Una danza, señor?

–Sí. No creo que los habitantes de Drezen compartan todos nuestros bailes y no tengan ninguno que no conozcamos. Eso sería poco menos que imposible, ¿no? –La pequeña y ligeramente encorvada figura del duque se volvió de un lado a otro en busca de apoyo.

–Oh, sí –dijo su esposa desde detrás de la mascara de oro y gemas–. Estoy segura de que en Drezen conocen las danzas más modernas e interesantes.

–Me temo que no soy ninguna profesora de baile –dijo la doctora–. Ahora lamento no haber acudido con mayor asiduidad a las clases de etiqueta. Por desgracia, pasé mi juventud en círculos académicos. Solo desde que tuve la suerte de llegar a Haspidus he empezado...

–¡Pero no! –exclamó el duque–. ¡Mi querida señora, no podéis estar diciendo que no hay ningún aspecto del comportamiento civilizado en el que no tengáis nada que enseñarnos! ¡Eso sería algo insólito! Oh, mi querida señora, ese es un duro golpe para mi fe. Os ruego que lo reconsideréis. ¡Rebuscad en vuestros académicos recuerdos! Al menos tratad de deleitarnos con un cotillón de médico, un ballet de cirujano, o, como mínimo, una lavandera de enfermera o una jiga de paciente.

La doctora permaneció impasible. Si estaba sudando por debajo de la máscara, como yo, no se le notaba. Con una voz neutra y tranquila, dijo:

–El duque me halaga en exceso con su estimación de la profundidad de mis conocimientos. Por supuesto, obedeceré sus instrucciones, pero...

–Estoy seguro de ello, seguro –dijo el duque–. Y, decidme, ¿de qué parte de Drezen procedéis?

La doctora enderezó ligeramente la espalda.

–De Pressel, en la isla de Napthilia, señor.

–Ah, sí, sí. Napthilia. Napthilia. En efecto. Debéis de echarla terriblemente de menos, supongo.

–Un poco, señor.

–Sin compatriotas con los que hablar en vuestra lengua nativa, sin estar al tanto de las últimas noticias, sin nadie con quien compartir recuerdos... Qué triste es ser un exiliado.

–Tiene sus compensaciones, señor.

–Sí. Bien. Muy bien. Pensad en esos bailes. Os veremos más tarde, tal vez dando brincos y cabriolas y haciendo piruetas, ¿eh?

–Tal vez –dijo la doctora. Yo, al menos, me alegré de no poder ver su rostro bajo la máscara. Claro que, como llevaba una media máscara, sus labios estaban a la vista. Empecé a preocuparme por lo mucho que podían transmitir un par de labios pintados de rojo.

–Excelente –dijo Walen–. Hasta entonces, señora. –Hizo un gesto de asentimiento.

La doctora se inclinó levemente. El duque Walen se volvió y se dirigió en compañía de su grupo hacia el salón de baile.

Nos sentamos. Me quité la máscara y me sequé el rostro.

–Creo que al duque no le ha sentado bien el vino, señora –dije.

La máscara espejada se volvió hacia mí. Mi propio semblante me devolvió la mirada, distorsionado y colorado. Los labios rojos esbozaron una pequeña sonrisa. Sus ojos permanecieron ocultos tras la máscara.

–Sí. ¿Crees que le molestará que no pueda ofrecerle una danza de Drezen? La verdad es que no recuerdo ninguna.

–Creo que el duque solo estaba tratando de molestaros, señora. El vino hablaba por él. Pretendía... Bueno, estoy seguro de que un caballero nunca trataría de humillaros, pero puede que estuviera divirtiéndose un poco a vuestra costa. Lo de menos era la excusa concreta. Probablemente olvide la mayor parte de lo ocurrido.

–Eso espero. ¿Tú crees que bailo mal, Oelph?

–¡Oh, no, señora! ¡Hasta el momento no os he visto dar un mal paso!

–Ese es mi único objetivo. ¿Quieres...?

Un joven con una máscara de piel y gemas, y ataviado con un uniforme de capitán de la Guardia Fronteriza, apareció a nuestro lado. Hizo una profunda reverencia.

–¿Maese Oelph? ¿Doctora Vosill? –preguntó.

Hubo una pausa. La doctora me miró.

–Sí –balbuceé.

–El rey me ordena que os invite a bailar con el grupo real en el próximo baile. Va a empezar enseguida.

–Oh, mierda –me oí decir.

–Será un placer aceptar la amable invitación del rey –dijo la doctora al tiempo que se levantaba delicadamente y hacía un gesto de asentimiento con la cabeza. Alargó un brazo hacia mí. Lo tomé.

–Por favor, seguidme.

Nos vimos sumados a una figura de dieciséis, junto con el rey Quience, una joven princesa, menuda y curvilínea, procedente de uno de los Reinos Secuestrados, en las montañas que hay más allá de Tassasen; un espigado príncipe y su hermana, princesa del Trosile exterior, el duque Quettil y su hermana, *lady* Ghehere; el duque y la duquesa de Keitz (tío y tía del comandante Adlain); su asombrosamente bien proporcionada hija y el prometido de esta, el príncipe Hilis de Faros; el propio comandante Adlain y *lady* Ulier y, por último, una joven que me fue presentada y a la que recordaba haber visto en la corte, pero cuyo nombre se me escapó entonces y se me escapa ahora, junto con su acompañante, el hermano de *lady* Ulier, el joven duque Ulresile, al que habíamos conocido a la mesa del rey, en los Jardines Ocultos.

Me fijé en que el joven duque se aseguraba de situarse en la mitad de la figura, donde tendría dos ocasiones de bailar con la doctora en lugar de una.

Se hicieron las presentaciones y el baile fue anunciado por un Wiester vestido de manera impresionante y con una máscara negra. Ocupamos nuestras posiciones en dos líneas, los hombres frente a las mujeres. El rey dio un último trago a su copa, la dejó en una de las bandejas, despidió con un gesto al criado que la llevaba y le hizo un gesto de asentimiento a Wiester, quien a su vez hizo una seña al director de la orquesta.

La música empezó a sonar. Mi corazón palpitaba como un caballo desbocado. Conocía razonablemente bien la figura que íbamos a interpretar, pero tenía miedo de cometer algún error. Y temía también por la doctora, puesto que no creo que hubiese participado hasta entonces en un baile tan complicado.

–¿Estáis disfrutando del baile, señora? –preguntó el duque Quettil mientras la doctora y él se aproximaban, se inclinaban, juntaban las manos, daban una vuelta y un paso hacia un lado. Yo estaba haciendo lo mismo con *lady* Ghehere, cuyo comportamiento y actitud evidenciaban que no tenía el menor interés en conversar con el ayudante de una mujer que se atribuía el honorable pero poco aristocrático título de doctora, lo que me permitía seguir el baile sin pisarla y al mismo tiempo atender a lo que ocurría entre mi señora y el duque.

–Mucho, duque Quettil.

–Me ha sorprendido que el rey insistiera en que os invitáramos a uniros a nosotros, pero esta noche está... está de un humor excelente. ¿No os parece?

–Parece estar divirtiéndose.

–¿No demasiado, en vuestra opinión?

–No me corresponde a mí juzgar al rey en ningún aspecto, salvo en el referente a su salud.

–Cierto. El privilegio de elegir la figura me ha correspondido a mí. ¿Es de vuestro agrado?

–Totalmente, duque.

–Puede que sea un poco compleja.

–Puede.

–Tantos movimientos antinaturales que recordar, tantas oportunidades de cometer un error...

–Mi querido duque –dijo la doctora con cierta preocupación–. Espero que eso no sea una advertencia sutilmente disfrazada.

En aquel momento yo estaba dando una vuelta alrededor de mi compañera de baile, con las manos a la espalda y la mirada dirigida hacia el duque Quettil. Me dio la impresión de que quedaba momentáneamente desconcertado, sin saber qué decir antes de que la doctora continuara:

–No estaréis preparándoos para pisarme un pie, ¿verdad?

El duque soltó una pequeña y aguda carcajada y, con esto, las demandas del baile nos llevaron tanto a ella como a mí mismo lejos del centro de la figura. Mientras un nuevo cuarteto lo ocupaba, nos vimos reunidos de nuevo, con las manos unidas o en las caderas, según el caso, marcando el paso primero con un pie y luego con el otro.

–¿Todo bien hasta el momento, Oelph? –dijo la doctora. Parecía un poco sin resuello, pero a pesar de todo me dio la impresión de que estaba divirtiéndose.

–Sí, hasta el momento sí, señora. El duque parecía...

–¿Estabais enseñándole nuevos pasos a Quettil, doctora? –preguntó Adlain desde el otro lado.

–Estoy segura de que no hay nada que yo pudiera enseñarle al duque, comandante.

–Y yo estoy igualmente seguro de que él piensa lo mismo, señora, mas me ha parecido que en esa última vuelta perdía el equilibrio un momento.

–Es una figura complicada, como él mismo ha señalado.

–Pero elegida por él.

–En efecto. ¿Y creéis que el duque Walen la baila también?

Adlain guardó silencio un momento.

–Creo que podría, o al menos creo que él cree que podría. –Vi que miraba de

soslayo a la doctora. Su media máscara le permitió esbozar una sonrisa–. Yo, sin embargo, necesito de toda mi concentración para no pisar a nadie, así que me resulta imposible vigilar los pasos de los demás. Si me perdonáis...

Otra vuelta.

–Doctora –dijo el joven duque Ulresile al encontrarse con ella en el centro. Su compañera, la joven señorita cuyo nombre había olvidado, no parecía más inclinada a hablarme que *lady* Ghehere.

–Duque –respondió la doctora.

–Estáis bellísima.

–Gracias.

–Esa máscara, ¿es de Brotechen?

–No, señor, es de plata.

–Ah. Sí. Pero ¿procede de Brotechen?

–No, es de Haspide. Se la encargué a un joyero.

–¡Ah! ¡El diseño es vuestro! ¡Fascinante!

–El pie, señor.

–¿Cómo? ¡Oh! ¡Oh, lo siento!

–¿Y vuestra máscara, duque?

–¿Qué? Oh, ah, es una reliquia familiar. ¿Os gusta? ¿Os agrada? Tiene una pareja, una máscara femenina. Sería un honor para mí que la aceptarais con mis mejores deseos.

–Imposible, señor. Estoy seguro de que vuestra familia no lo aprobaría. Pero muchas gracias, de todos modos.

–¡Pero no es nada! Es muy, es muy... Se considera, tengo que decirlo, elegante y grácil, la de mujer, me refiero, pero es mía por entero, y puedo regalarla a quien se me antoje. ¡Sería un honor!

La doctora hizo una pausa, como si estuviera considerando la oferta. Luego dijo:

–Y más aún el aceptarla, señor. Sin embargo, ya llevo la máscara que estáis viendo y habéis admirado y solo puedo llevar una a la vez.

–Pero...

Sin embargo, entonces llegó el momento de separarse y la doctora regresó a mi lado.

–¿Estás enterándote de todo, Oelph? –preguntó mientras recuperábamos el aliento y marcábamos el paso con los pies.

–¿Señora?

–Tus compañeras de baile parecen enmudecer en tu presencia, y sin embargo tienes el aspecto de alguien que está enfrascado en una conversación.

–¿De veras, señora? –pregunté, y sentí que me ponía colorado bajo la máscara.

–En efecto, Oelph.

–Os ruego mil perdones, señora.

–Oh, no pasa nada, Oelph. No me importa. Puedes seguir escuchando con mis bendiciones.

La música volvió a cambiar y esta vez las dos filas de bailarines tuvieron que formar un círculo y a continuación reconstituirse en orden alterno. En el círculo, la doctora me cogió la mano firme pero delicadamente. Su mano, que juraría que apretó la mía un instante antes de soltarla, estaba cálida y seca y tenía la piel muy suave.

Antes de que pasara mucho tiempo me vi bailando en medio del gran salón de baile del segundo palacio de nuestro reino –y, posiblemente, el primero en opulencia– con una risueña y alegre princesita de piel de porcelana de los Reinos Medio Ocultos de las altísimas y nevadas montañas que se alzan hacia los cielos más allá de la salvaje anarquía de Tassasen.

Su piel blanquecina estaba tatuada con sombra de ojos y temperas, y perforada con pendientes enjoyados en las fosas nasales y en la membrana que separa la nariz del labio superior. Era menuda pero curvilínea y llevaba una ornamentada y colorida versión del atuendo típico de su pueblo, compuesto por unas botas y una falda recta. Hablaba poco imperial y nada de haspidiano, y su conocimiento del baile era fragmentario. Pero a pesar de todo ello consiguió ser una compañera de baile encantadora y tengo que admitir que no me fijé mucho en lo que pasaba entre la doctora y el rey. Solo puedo decir que ella parecía muy alta, muy grácil y muy correcta, mientras que el rey estuvo animado y alegre como pocas veces, aunque sus movimientos exhibían una torpeza impropia en él. (La doctora le había puesto un vendaje especialmente tenso aquella tarde, sabiendo que se empeñaría en participar en el baile). Los dos estaban sonriendo bajo sus respectivas máscaras.

La música flotaba a nuestro alrededor, y por todas partes surgían y giraban personas importantes y máscaras y trajes espléndidos, mientras nosotros, resplandecientes en nuestras mejores galas, atraíamos la atención de todos. La doctora se movía y se balanceaba a mi lado y en ocasiones llegaba hasta mi nariz un atisbo de su perfume, que nunca había sido capaz de identificar y ni siquiera recuerdo haberle visto ponerse en ninguna ocasión. Era una fragancia asombrosa. Recordaba a hojas quemadas y a espuma de mar, a tierra recién removida y a flores primaverales. Pero también había en él algo tenebroso, intenso y sensual, algo dulce y penetrante al mismo tiempo, a la vez etéreo y corpóreo y completamente enigmático.

En años posteriores, mucho tiempo después de que la doctora nos hubiera dejado y hasta las más manifiestas de sus características empezaran a ser difíciles de recordar con perfecta claridad, me encontraría, en diversos momentos de intimidad, con un fugaz atisbo de aquella misma fragancia, aunque el encuentro sería siempre esquivo.

Confieso libremente que en tales ocasiones, el recuerdo de aquella noche lejana, el esplendoroso salón de baile, la espléndida profusión de bailarines y la arrebatadora

presencia de la doctora fueron como un peso de nostalgia y dolor unido a mi corazón por las cadenas de la memoria, corazón que sería estrujado, tensado y comprimido por ellas hasta que se me antojara inevitable que ardiera hasta consumirse.

Engullido por aquella estruendosa tormenta de los sentidos, acosado por los ojos, los oídos y la nariz, me encontré al tiempo aterrado y excitado, y experimenté esa extraña aleación de emociones, a medias placentera y a medias fatalista, que le lleva a uno a sentir que si muriera en ese preciso momento, de repente y sin dolor (o más bien dejase de ser en lugar de pasar por el proceso de la muerte), sería de algún modo una culminación bendita a su vida.

–El rey parece contento, señor –observé al encontrarme de nuevo a su lado.

–Sí, pero está empezando a cojear –repuso ella al tiempo que lanzaba una mirada ligeramente ceñuda en dirección al duque Quettil–. No ha sido una buena elección para un hombre cuyo tobillo no se ha recuperado del todo. –Miré al rey, pero por supuesto, en aquel momento no estaba bailando. Sin embargo, no pude por menos que reparar en que en lugar de seguir el ritmo con los pies, permanecía en el sitio, apoyado sobre la pierna sana, dando palmas con las manos.

–¿Qué tal tu princesa? –me preguntó con una sonrisa.

–Se llama Skoon, creo –dije con el ceño fruncido–. Aunque puede que ese sea el nombre de su país. O el de su padre. No estoy seguro.

–La presentaron como Princesa de Wadderan, según creo recordar –me dijo–. Dudo que se llame Skuin. Ese es el nombre del vestido que lleva, un *skuin-trel*. Supongo que lo señalaste al preguntarle cómo se llamaba. Sin embargo, teniendo en cuenta que es un miembro femenino de la familia real de Wadderan, lo más probable es que se llame Gul-algo.

–Oh. ¿Conocéis su pueblo? –Esto me confundió, puesto que los Reinos Medio Ocultos o Reinos Secuestrados se cuentan entre los lugares más inaccesibles y remotos del mundo conocido.

–He leído cosas sobre ellos –dijo la doctora cortésmente, antes de verse arrastrada al centro de la figura con el espigado príncipe trosiliano. Yo me vi emparejado con su hermana. Una mujer larguirucha, por lo general poco grácil y bastante feúcha que, sin embargo, bailaba bastante bien y parecía tan animada como el rey. Tuvo la delicadeza de entablar una conversación conmigo, aunque creo que estaba convencida de que yo era un aristócrata de cierto rango, ilusión que, tal vez, me demoré un poco en disipar.

–Vosill, estás preciosa –oí que le decía el rey a la doctora. Esta inclinó un poco la cabeza y respondió con un murmullo que no alcancé a entender. Experimenté un momento de celos que se convirtió en un miedo atroz al advertir que estos estaban dirigidos a ¡Providencia, nuestro amadísimo rey, nada más y nada menos!

La danza continuó. Nos encontramos con el duque y la duquesa de Keiyz y a continuación volvimos a formar el círculo –la mano de la doctora seguía tan firme,

cálida y seca como antes–, antes de volver a separarnos en los anteriores grupos de ocho. A estas alturas yo ya tenía dificultades para respirar y comprendía perfectamente que la gente de la edad de Walen declinara este tipo de bailes. Sobre todo cuando uno va enmascarado son largos, calurosos y agotadores.

El duque Quettil bailó con la doctora en un silencio gélido. El joven Ulresile se precipitó casi corriendo hacia nuestro grupo para reunirse con la doctora y continuar con su intento de imponerle alguna parte del patrimonio de su familia mientras ella declinaba cada sugerencia con tanta elegancia como torpeza exhibía él en cada intento.

Finalmente (y gracias a la Providencia, porque los zapatos nuevos me estaban matando y necesitaba algún tipo de alivio), nos vimos emparejados a un lado con *lady* Ulier y el comandante Adlain.

–Decidme, doctora –dijo este mientras bailaba con ella–. ¿Qué es un... *gahan*?

–No estoy muy segura. ¿Os referís a un *gaan?*

–Como es natural, lo pronunciáis mucho mejor que yo. Sí. Un *gaan*.

–Es el título de un funcionario de la administración civil de Drezen. En la terminología de Haspidus, o la imperial, correspondería a *grosso modo* con un alcalde o burgomaestre, aunque sin las atribuciones militares de este y con el deber de representar a Drezen como cónsul cuando estuviese fuera del país.

–Interesante.

–¿Por qué lo preguntáis, señor?

–Oh, recientemente he leído un informe de uno de nuestros embajadores... De Cuskery, creo, en el que mencionaba la palabra y decía que era una especie de título, pero sin incluir ninguna explicación. Tenía la intención de preguntárselo a alguien del cuerpo diplomático, pero lo olvidé. Al veros y pensar en Drezen, la idea ha vuelto a aparecer en mi cabeza.

–Ya veo –dijo la doctora. Continuaron hablando, pero en ese momento *lady* Ulier, hermana del duque Ulresile, se dirigió a mí.

–Mi hermano parece fascinado con vuestra doctora –dijo. *Lady* Ulier era unos pocos años mayor que su hermano o que yo mismo, y tenía el mismo aspecto cetrino y aquilino que él, aunque complementado con unos ojos brillantes y un pelo lustroso. Sin embargo, su voz era un poco estridente y molesta, aun cuando hablaba bajo.

–Sí –dije. No se me ocurrió nada mejor.

–Sí. Supongo que busca un médico para nuestra familia, que es una de las mejores del reino. Nuestra comadrona está haciéndose vieja. Tal vez la doctora pueda remplazarla cuando el rey se canse que ella, siempre que la encontremos digna del puesto y merecedora de nuestra confianza.

–Con el debido respeto, señora, creo que tal puesto no está a la altura de sus talentos.

La dama me miró desde lo alto de su gran nariz.

–¡Ah, ya veo! Bueno, pues yo no pienso así. Y os perjudicáis a vos mismo, señor mío, pues os habríais granjeado todos mis respetos con solo omitir comentarios contradictorios con mis palabras.

–Os ruego que me perdonéis, señora. Lo que ocurre es que no he podido soportar que una dama tan noble y excelente estuviera engañada con respecto a las habilidades de la doctora Vosill.

–Bien. ¿Y vos sois...?

–Oelph, señora mía. He tenido el honor de ser el ayudante de la doctora durante el tiempo que ha tratado a su majestad.

–¿Y vuestra familia?

–Ya no tengo, señora. Mis padres pertenecían a la herejía koética y perecieron cuando el régimen imperial del fallecido rey saqueó la ciudad de Dera. Yo era un bebé por aquel entonces. Un oficial se apiadó de mí cuando iban a arrojarme a una hoguera y me llevó consigo a Haspidus. Me crié entre los huérfanos de la oficialidad, como un leal y fiel servidor de la corona.

La dama me miró con cierto espanto. Con voz estrangulada, dijo:

–¿Y te atreves a enseñarme a mí el valor de los posibles servidores de mi familia? –Se echó a reír de tal manera que seguramente el chillido producido convenciera a quienes nos rodeaban de que acababa de darle un pisotón, y a partir de entonces mantuvo la nariz angulada como si estuviera tratando de mantener en equilibrio sobre ella una fruta de mármol por la punta.

La música había cesado. Todo el mundo se despidió con reverencias y el rey, que cojeaba un poco, se vio rodeado de duques y princesas aparentemente ansiosos por hablar con él. La pequeña princesa de Wadderan, cuyo nombre, había deducido yo, era Gul-Aplit, me saludó con un educado ademán al aparecer a su lado un vigilante de aspecto tremendo, que la escoltó lejos de allí.

–¿Estás bien, Oelph? –preguntó la doctora.

–Muy bien, señora –le dije–. Un poco acalorado.

–Vamos a buscar algo de beber y luego salgamos de aquí. ¿Qué me dices?

–Yo diría que es una gran idea, señora, o dos, en realidad.

Cogimos dos copas de algún tipo de bebida aromática que, según nos aseguraron los criados, era baja en alcohol y luego, al fin sin las máscaras –y tras una breve parada para obedecer la llamada de la naturaleza–, salimos al balcón que rodeaba la parte exterior del salón de baile, con las otras cien personas que habían decidido disfrutar del fragante aire de la noche.

Era una noche oscura y sería larga. Aquella tarde, Seigen se había reunido casi con Xamis en la puesta, así que durante una cuarta parte del día, o más, solo las lunas iluminarían el cielo. Aquella velada, nuestras lámparas eran Foy e Iparine, cuya

luminiscencia azulada y gris inundaba las baldosas del balcón y las terrazas llenas de jardines, fuentes y setos, junto a las lámparas de papel, los candiles de aceite y las antorchas aromáticas.

El duque y la duquesa Ormin, junto con su grupo, pasaron a nuestro lado en el balcón, precedidos por unos enanos que llevaban unos palos cortos en cuya punta había unas grandes esferas de cristal transparente que contenían lo que parecían millones de minúsculas motas brillantes. Al acercarse aquellas curiosas apariciones, vimos que los globos contenían cientos y cientos de polillas que revoloteaban de un lado a otro en su extraño confinamiento. No es que dieran mucha luz, pero causaban asombro y deleite en no poca medida. El duque intercambió un silencioso saludo con la doctora, aunque la duquesa no se dignó ni mirarnos.

–Me ha parecido oír que le contabas la historia de tu vida a la joven e importantísima *lady* Ulier, Oelph –comentó la doctora mientras caminábamos, y dio un trago a su copa.

–Mencioné algo sobre mi nacimiento, señora. Puede que haya sido un error. Eso no habrá mejorado la opinión que tiene de nosotros.

–A juzgar por su forma de tratarme y de mirarme, no creo que pueda pensar mucho peor de mí, pero si encuentra tu condición de huérfano reprensible por alguna razón, lo siento por ella.

–Bueno, también es que mis padres eran koéticos.

–En fin, hay que permitirles a los nobles sus prejuicios. Tus antepasados no solo eran republicanos, sino también tan religiosos que no les quedaba ni miedo ni respeto para las autoridades mundanas.

–El suyo era un credo tristemente equivocado, señora, y no me siento orgulloso de estar asociado a él, pero honro la memoria de mis padres, como debe hacer cualquier hijo.

La doctora me miró.

–¿No estás resentido por lo que les pasó?

–Hasta el punto de que condeno al Imperio por haber suprimido a un pueblo que profesaba el perdón en lugar del castigo. Por el hecho de que fui reconocido como inocente y rescatado, agradezco a la Providencia que me descubriera un oficial haspidiano que actuaba bajo las órdenes del padre de nuestro buen rey.

»Pero no llegué a conocer a mis padres, señora, ni conozco a nadie que los conociera, y su fe no significa nada para mí. Y el Imperio, cuya mera existencia podría haber alimentado mi afán de venganza, ya no existe, pues fue destruido por un fuego caído del cielo. Una fuerza incontestablemente poderosa derribada por otra aún más grande. –La miré entonces y supe, por la expresión de su cara, que estábamos hablando, y no solo comportándonos como iguales–. ¿Resentimiento, señora? ¿Qué sentido tiene eso?

Me tomó la mano un momento y volvió a apretármela como había hecho durante el baile y después de eso me cogió del brazo, una acción que había caído en desuso en nuestra educada sociedad, e incluso se consideraba vergonzosa y que ocasionó no pocas miradas. Para mi asombro, más que azorado me sentí honrado, pues era un gesto de proximidad y confort, y en ese momento me sentí como el hombre más importante del lugar, al margen de nacimientos, títulos, rangos o circunstancias.

–¡Ay! ¡Que me asesinan! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me matan!

La voz recorrió el balcón entero. Todo el mundo quedó petrificado un momento y entonces se volvió hacia una puerta alta que daba a una de las pequeñas salitas contiguas al salón principal, que acababa de abrirse para dejar salir lentamente a una figura medio vestida que se aferraba a las cortinas de color dorado pálido del interior, donde sonaban unas risillas infantiles.

El hombre, ataviado solo con una camisa blanca, rodó gradualmente sobre sí mismo hasta que su cara quedó orientada hacia las lunas. La blanquísima camisa parecía resplandecer a la luz de los satélites. En la parte alta de su pecho, junto a uno de los hombres, había una marca de un vivido rojo, como una flor recién recogida. El colapso del hombre sobre las piedras del balcón se realizó con una especie de gracia perezosa, hasta que un violento tirón y su propio peso arrancaron los soportes de las cortinas y estas cedieron de golpe.

Con eso, el cuerpo cayó rápidamente sobre el suelo y las cortinas cayeron lentamente sobre él y lo cubrieron como un chorro de sirope sobre un insecto. Su cuerpo rechoncho quedó tan del todo tapado que mientras los gritos de la habitación seguían sonando y todo el mundo permanecía en el sitio, mirando la escena, fue casi como si no hubiese cadáver.

La doctora fue la primera en moverse. Su copa cayó con estrépito sobre el balcón mientras ella echaba a correr hacia la puerta, que aún se balanceaba.

Pasaron un momento o dos antes de que pudiera romper el hechizo que había descendido sobre mí, pero finalmente pude seguirla –a través de una multitud de criados, la mayoría de los cuales, y para mi sorpresa, parecían de repente llevar espadas– hasta el lugar donde ella, arrodillada ya, estaba apartando la cortina en busca de la forma ensangrentada, convulsa y agonizante del duque Walen.

14

El guardaespaldas

–¡Soltad!

La pequeña catapulta se combó, el brazo –de hecho, no mucho más grande que un brazo de hombre estirado– saltó hacia delante y fue a detenerse con un ruido sordo contra el cojinete de cuero de la elevada cruceta del arma. La piedra salió despedida describió un arco por encima de la terraza inferior y empezó a descender hacia el jardín. El proyectil hizo blanco en una de las ciudades de DeWar, se incrustó en el suelo cuidadosamente barrido y levantó una nubecilla de polvo rojizo que flotó unos segundos en el aire antes de deslizarse poco a poco hacia un lado y posarse gradualmente en el suelo.

–¡Oh, qué mala suerte!

–¡Por poco!

–¡La próxima vez!

–Por muy poco, general Lattens –dijo DeWar. Había estado sentado en la balaustrada, con los brazos cruzados y una pierna colgando. Bajó de un salto de las baldosas blancas y negras de la balaustrada y se arrodilló junto a su propia catapulta en miniatura. Tiró rápida y fuertemente de la rueda redondeada que accionaba el chirriante brazo de madera hasta situarlo a unas tres cuartas partes del camino que lo separaba del miembro horizontal. El brazo se inclinó una fracción de centímetro con la tensión del cuero retorcido de su base, que trataba de devolverlo a su posición original.

Lattens, mientras tanto, se había sentado en la misma barandilla de piedra en la que DeWar había estado hasta entonces. Su niñera lo sujetó fuertemente por los faldones de la chaqueta para impedir que se cayera. Lattens se llevó el catalejo de juguete a los ojos para inspeccionar los daños ocasionados en el jardín.

–Un poco más a la izquierda la próxima vez, hijo mío –dijo UrLeyn a su pequeño. El Protector, su hermano RuLeuin, el doctor BreDelle, BiLeth, el comandante ZeSpiole y la concubina Perrund, atendidos por varios criados, estaban sentados bajo una marquesina, en una plataforma situada más o menos a la misma altura que la balaustrada, desde donde presenciaban la escena.

Lattens golpeó la balaustrada con el pie. Su niñera lo agarró con más fuerza.

Perrund, cubierta por un velo de gasa roja, se volvió hacia el Protector.

–Señor, estoy segura de que la niñera está sujetándolo con fuerza más que suficiente, pero es que me duelen los huesos solo de verlo ahí arriba. ¿Os importaría aplacar los estúpidos temores de una de vuestras damas de mayor edad solicitando una escalerilla? Le permitiría ver por encima de la barandilla sin tener que subirse a ella.

El ministro de Asuntos Exteriores, BiLeth, se inclinó hacia delante y emitió un *tsk*.

UrLeyn frunció los labios.

–Hmmm. Buena idea –dijo. Llamó a un criado.

La terraza entera que ocupaba el jardín, dos pisos más abajo, se había dividido en dos y se había utilizado para representar un paisaje en miniatura, con sus colinas, sus montañas y sus bosques, con una gran capital amurallada, una docena más o menos de ciudades menores, dos veces este número de pueblos, numerosos caminos y veredas y tres o cuatro ríos que desembocaban en un par de pequeños lagos, del tamaño aproximado de una bañera, y finalmente en una gran masa de agua que representaba un mar interior.

El mar tenía aproximadamente la forma de dos grandes círculos que se encontraban justo en el medio, donde un corto y estrecho canal los comunicaba. Varios de los pueblos y ciudades de cada uno de los territorios se encontraban en las orillas de los dos lagos más pequeños, y un número aún mayor en las costas del mar, aunque en cada uno de los casos, un territorio tenía más asentamientos en una región que en la otra. El de DeWar, en este caso, en la costa más próxima al balcón y a las dos catapultas.

DeWar puso el seguro al disparador de su catapulta y accionó cuidadosamente el cabestrante, antes de escoger una piedra del montón que separaba las dos miniaturas y, una vez bajado Lattens de la balaustrada, la cargó en la cazoleta que el brazo de la máquina tenía al final. Reposicionó la catapulta siguiendo las marcas de tiza que había sobre las baldosas negras, se puso en pie, con la mirada entornada, para estudiar el área que recibiría su ataque, se inclinó de nuevo para volver a ajustar la posición de la catapulta y entonces quitó la piedra de la cazoleta y volvió a accionar el cabestrante para reducir un poco la tensión antes de volver a poner el seguro.

–¡Oh, venga, DeWar! –dijo Lattens mientras saltaba arriba y abajo y agitaba el

catalejo. Estaba vestido de noble, y el criado que tensaba y colocaba su catapulta, de artillero ducal.

DeWar cerró un ojo y se volvió hacia el niño con una terrible mueca en el rostro.

–*Har* –dijo con una voz como la que un mal actor habría utilizado para interpretar a un auténtico campesino–. Le pido mil perdones al señorito, pero tenía *q'asegurarme* de que estaba haciendo bien las *ajustaciones*, ¡ya sabéis, señorito!

–Providencia, este sujeto es un necio –murmuró BiLeth. No obstante, UrLeyn se echó a reír y al ministro no le quedó más remedio que esbozar una sonrisa.

Lattens soltó un gorgorito de placer ante esta broma y estuvo a punto de meterse el catalejo en un ojo al llevarse las manos a la boca.

DeWar hizo algunos ajustes finales a la catapulta y entonces, con una última mirada para asegurarse de que el niño no se encontraba en medio, dijo:

–¡Disparad, muchachos! –y apretó el mecanismo de lanzamiento.

La roca voló con un silbido hacia el cielo azul. Lattens aulló de emoción y corrió hasta la balaustrada. La roca de DeWar cayó casi en el centro de uno de los pequeños lagos del territorio de Lattens. El niño chilló.

–¡Oh, no!

DeWar ya había acertado con uno de sus proyectiles en el otro lago del campo de Lattens, con el que había inundado todas las ciudades de sus orillas. Lattens había acertado también a uno de los lagos de su adversario, pero no al otro. La roca levantó un gran surtidor de agua. Las olas producidas por el impacto se propagaron rápidamente en dirección a la costa.

–¡Aargh! –gritó el niño. Las olas llegaron a tierra firme. Primero, el agua se retiró de las playas y puertos en miniatura, y luego se encabritó y cayó sobre los frágiles edificios de los asentamientos ribereños, que fueron arrastrados por su fuerza.

–Oh, qué mala suerte, joven señor, qué mala suerte –dijo el doctor BreDelle, antes de decirle a UrLeyn, en voz más baja–: Señor, creo que el niño está excitándose demasiado.

–¡Buen tiro, DeWar! –exclamó UrLeyn mientras aplaudía–. Oh, dejad que se excite un poco, doctor –respondió a BreDelle–. Ya ha pasado demasiado tiempo metido en la cama. Me alegro de volver a ver un poco de color en sus mejillas.

–Como vos digáis, señor, pero aún no está del todo recuperado.

–El caballero DeWar sería un excelente artillero –dijo el comandante ZeSpiole.

UrLeyn se echó a reír.

–Nos vendría muy bien en Ladenscion.

–Podríamos enviarlo allí –convino BiLeth.

–Las cosas están mejorando allí, ¿no, hermano? –dijo UrLeyn mientras dejaba que un criado le rellenara la copa. Miró de soslayo a BiLeth, quien adoptó una expresión grave.

UrLeyn resopló.

–Van mejor que cuando iban mal –asintió–. Pero no lo bastante bien. –Miró a su hermano y luego a su hijo, quien estaba supervisando ansiosamente la carga de su nueva catapulta–. El niño está mejorando. Si la cosa sigue así, puede que me decida a tomar el mando de la guerra.

–¡Por fin! –dijo RuLeuin–. Oh, estoy seguro de que eso sería lo mejor, hermano. Sigues siendo nuestro mejor general. La guerra de Ladenscion te necesita. Espero que me permitas acompañarte. ¿Podré? Tengo un estupendo regimiento de caballería. Tienes que venir a presenciar la instrucción algún día.

–Gracias, hermano –dijo UrLeyn mientras se pasaba una mano por la barba corta y gris–. Sin embargo, no estoy seguro. Preferiría que te quedaras aquí en Crough y fueras mi corregente, en pie de igualdad con YetAmidous y ZeSpiole. ¿Podrías hacerme ese favor?

–¡Oh, señor! –RuLeuin extendió una mano y tocó el brazo del Protector–. ¡Sería un gran honor!

–No, sería un honor más bien pequeño, hermano –le dijo UrLeyn con una sonrisa cansada–. ¿ZeSpiole? ¿Qué dices tú?

–He oído lo que habéis dicho, señor, pero apenas puedo creerlo. ¿Me concederíais tal honor?

–Sí. Si marcho a las fronteras. Aún no lo he decidido. BiLeth, espero que aconsejes al trío de regentes en materias diplomáticas tan bien como lo has hecho conmigo.

BiLeth, cuyo rostro había quedado como petrificado al escuchar lo que el Protector estaba proponiendo, relajó levemente las facciones.

–Cómo no, señor.

–¿Y el general YetAmidous está de acuerdo? –preguntó RuLeuin.

–Se quedará si se lo pido, aunque, al igual que tú, preferiría venir a Ladenscion. Ambos me seríais de gran ayuda en los dos sitios, pero hay que elegir.

–Señor, disculpad la interrupción –dijo *lady* Perrund–. La escalerilla.

Dos criados trajeron una escalerilla de madera de la biblioteca y la depositaron sobre las baldosas del balcón, cerca de la plataforma.

–¿Cómo? Ah, sí. ¡Lattens! –gritó a su hijo, que seguía concentrado tratando de decidir el grado de tensión de la catapulta y el tamaño de la roca–. Mira. ¡Un punto de observación mucho más adecuado! Colócalo donde te parezca.

Lattens puso cara de indecisión por un momento y entonces pareció ocurrírsele una idea.

–¡Aja! ¡Una máquina de asedio! –Agitó el catalejo en dirección a DeWar, quien miró con el ceño fruncido a la escalerilla mientras los dos criados la llevaban al borde de la terraza–. ¡Ahora ya eres mío, malvado barón! –exclamó. DeWar gruñó y

retrocedió de los escalones dando muestras de un cómico terror a medida que se aproximaban.

Lattens subió todos los escalones hasta el último, donde sus pies quedaron a la misma altura que la cabeza de la niñera, quien había permanecido en el balcón, pero lo había seguido con la mirada mientras subía, con expresión ansiosa. DeWar se aproximó también a los escalones, sin despegar una mirada ceñuda del muchacho.

–Muy bien, artillero –gritó Lattens–. ¡Dispara cuando estés preparado!

La roca salió despedida y por un momento pareció quedar suspendida sobre la ribera que contenía la mayor parte de las ciudades que le quedaban a DeWar.

–Oh, no –gritó Lattens.

Las reglas establecían que cada jugador solo podía arrojar una roca al mar interior. Por ello, tanto Lattens como DeWar habían reservado una piedra de grandes dimensiones para usarla con este propósito, con la esperanza de arrasar una buena parte de las ciudades enemigas de un solo golpe. La piedra que Lattens había empleado en esta ocasión era un proyectil de tamaño medio. Si caía en el mar, especialmente en una de las áreas menos profundas, cerca de la costa, no causaría grandes daños y al mismo tiempo impediría que el niño lanzara su roca grande y causara el máximo de destrucción.

La roca se estrelló contra una ciudad costera y levantó un gran chorro de agua en el puerto y una enorme nube de polvo, astillas y fragmentos de la delicada arcilla de los edificios sobre el mapa y sobre las aguas.

–¡Muy bien, muchacho! –dijo UrLeyn poniéndose de pie.

RuLeuin se levantó también.

–¡Buen tiro! –exclamó BreDelle. BiLeth aplaudió decorosamente.

ZeSpiole dio un puñetazo en el brazo de su asiento.

–¡Magnífico!

DeWar apretó los puños y dejó escapar un rugido de angustia.

–¡Hurra! –gritó Lattens agitando los brazos a su alrededor. Perdió el equilibrio y empezó a caer de la escalerilla. Perrund vio que DeWar se movía hacia él con la rapidez de un rayo y entonces, al ver que la niñera cogía al niño, se detenía. Lattens la miró con el ceño fruncido y luego se debatió en sus brazos hasta conseguir que lo dejara donde estaba antes.

–¡Ten cuidado, muchacho! –dijo UrLeyn riéndose.

–Lo siento, señor –dijo Perrund. Tenía la mano en la garganta, justo debajo del velo rojo, donde parecía haberse alojado su corazón–. Pensé que estaría más seguro...

–¡Oh, está perfectamente! –dijo UrLeyn con una especie de exasperación jovial–. No temas. –Se volvió–. ¡Magnífico tiro, muchacho! –gritó–. ¡Unos cuantos más como ese, si te parece bien, y luego la gran roca en el centro de su mar!

–¡Ladenscion está acabada! –gritó Lattens mientras amenazaba a DeWar con el

puño y se agarraba con la otra mano a la aguja puntiaguda de los escalones–. ¡La Providencia nos protege!

–Oh, ¿ahora es Ladenscion y no el Imperio? –rió UrLeyn.

–Hermano –dijo RuLeuin–. No sé qué sería mayor honor, si estar a tu lado o colaborar en la dirección de tu palacio. Ten por seguro que cumpliré con lo que me pidas al máximo de mi capacidad.

–Estoy convencido de ello –dijo UrLeyn.

–Digo lo mismo que vuestro hermano, señor –intervino el comandante ZeSpiole mientras se inclinaba hacia delante para llamar la atención del Protector.

–Bueno, puede que no lleguemos a eso –dijo UrLeyn–. Tal vez el próximo correo nos traiga la noticia de que los barones piden desesperadamente la paz. Pero os agradezco a ambos que hayáis aceptado mi propuesta.

–¡De buen grado, hermano!

–Humildemente, señor.

–Bien, entonces todo queda acordado.

El siguiente ataque de DeWar cayó entre unas simples granjas, a lo que él respondió haciendo aspavientos y profiriendo maldiciones. Lattens se rió y replicó con un disparo que destruyó un pueblo entero. El siguiente ataque de DeWar hundió un puente. Lattens contraatacó con un par de proyectiles desviados, pero luego acertó a una ciudad, mientras que los disparos de respuesta de DeWar no alcanzaban otra cosa que tierra.

Lattens decidió entonces usar la roca más grande y tratar de aniquilar casi todas las ciudades que le quedaban a DeWar de un solo tiro.

Con muchos chirridos y crujidos de las secciones de cuero del mecanismo –y algunos gemidos y sollozos de DeWar, que observaba las operaciones–, el brazo de la catapulta de DeWar se tensó al máximo y quedó preparado para descargar toda su potencia acumulada.

–¿Seguro que no es demasiado? –gritó UrLeyn–. ¡Vas a darle a tu propio mar!

–¡No, señor! ¡Voy a poner otras rocas además de la grande!

–Entonces muy bien –dijo el Protector a su hijo–. Pero cuidado no vayas a romper el arma.

–¡Padre! –gritó el niño–. ¿Puedo cargarla yo mismo? ¿Puedo, por favor?

El criado vestido de artillero se disponía a recoger la piedra más pesada del montón de munición de Lattens. La expresión cómica de DeWar se esfumó. Perrund aspiró hondo.

–Señor... –dijo, pero el doctor BreDelle la interrumpió:

–No puedo permitir que el niño levante una roca tan pesada, señor –dijo, inclinándose hacia el Protector–. Será una tensión excesiva para su organismo. La larga estancia en la cama lo ha debilitado.

UrLeyn miró a ZeSpiole.

–A mí me preocupa más que la catapulta se suelte mientras está cargándola, señor –dijo el comandante de la Guardia.

–Los generales no cargan sus propias armas, señor –le dijo UrLeyn al chico con severidad.

–Eso ya lo sé, padre, pero, ¿puedo, por favor? Esto no es una guerra de verdad, solo un simulacro.

–Bueno, ¿quieres que te eche una mano, entonces? –dijo UrLeyn.

–¡No! –gritó Lattens mientras daba un pisotón en el suelo y agitaba sus rizos rojizos–. No, gracias, señor.

UrLeyn se recostó en el asiento con un gesto de resignación y una sonrisilla en los labios.

–El muchacho sabe lo que quiere. Es hijo mío, sin duda. –Hizo un ademán dirigido a su hijo–. ¡Muy bien, general Lattens! ¡Cargad cuando os parezca y que la Providencia guíe los proyectiles!

Lattens escogió primero un par de rocas de menor tamaño y las cargó en la máquina de una en una, jadeando. Entonces se agachó, agarró firmemente la piedra grande y, con un gruñido, la levantó hasta su pecho. Se volvió y caminó con paso tambaleante hacia la catapulta.

DeWar se aproximó medio paso a la máquina. Lattens no pareció darse cuenta. Volvió a gruñir al levantar la roca hasta su cuello y acercarse un paso más al brazo de la catapulta.

DeWar, más que dar un nuevo paso, pareció flotar en dirección a la máquina hasta situarse a una distancia que casi le hubiese permitido alcanzar al niño, con la mirada clavada tanto en el mecanismo de disparo como en las piernas y los pies de Lattens, que estaban aproximándose a él.

El muchacho se ladeó al inclinarse sobre la cazoleta de la catapulta. Respiraba entrecortadamente y tenía la frente empapada de sudor.

–Despacio, chico –escuchó Perrund que susurraba el Protector. Sus manos aferraban los brazos de la silla y los nudillos estaban pálidos por la tensión acumulada.

DeWar se había acercado un poco más y ya tenía al muchacho al alcance de la mano.

Lattens gruñó y dejó caer la roca en la cazoleta. Con un crujido, la piedra rodó sobre las dos que ya había puesto antes. La catapulta entera pareció estremecerse y DeWar tensó el cuerpo, como si estuviera a punto de saltar sobre el niño y sacarlo de allí, pero entonces Lattens dio un paso atrás, se secó el sudor de la frente y se volvió para obsequiarle una sonrisa a su padre, quien asintió y se reclinó en su asiento con un suspiro de alivio. Miró a RuLeuin y a los demás.

–Ahí lo tenéis –dijo, y tragó saliva.

–Señor artillero –dijo Lattens con un elaborado ademán en dirección a la catapulta. El criado asintió y tomó posiciones junto a la máquina.

DeWar había regresado junto a la suya.

–¡Espera! –gritó Lattens y volvió a subirse a la escalerilla de la biblioteca. La niñera reasumió su posición debajo de él. El muchacho recogió la espada, la levantó y la bajó–. ¡Ya!

La catapulta emitió un terrible chasquido y las tres piedras, la grande y las dos pequeñas, salieron despedidas en direcciones claramente diferentes, mientras todo el mundo se inclinaba hacia delante para comprobar dónde caían.

La grande, en lugar de alcanzar su objetivo, aterrizó sobre los bajíos próximos a una de las ciudades costeras de DeWar, que quedó salpicada de barro, pero, por lo demás, sufrió pocos daños. Una de las pequeñas alcanzó unas granjas de DeWar y la otra demolió uno de los pueblos del propio Lattens.

–Oh.

–Oh, vaya.

–Mala suerte, joven señor.

–Una lástima.

Lattens no dijo nada.

Permaneció, con aire totalmente abatido, en lo alto de la escalerilla, con la pequeña espada de madera colgada nacidamente de la mano. Se volvió a mirar a su padre con ojos de tristeza y desaliento.

Su padre frunció el ceño y luego le guiñó un ojo. La expresión del muchacho no cambió. El silencio se apoderó de la plataforma.

DeWar saltó sobre la balaustrada y se agazapó allí, con los nudillos apoyados en el suelo.

–¡Ja! –dijo, antes de descender de un salto–. ¡Has fallado! –Ya había tensado su propia catapulta, cuyo brazo se encontraba a dos terceras partes del tope–. ¡La victoria es mía! ¡Jee-jee! –Cogió la mayor de las piedras de su propio montón, tensó un poco más su máquina y la cargó con la roca. Lanzó al niño una mirada feroz y maliciosa, que solo vaciló un instante al ver la expresión de la cara de este. Se frotó las manos y señaló al muchacho–. ¡Ahora veremos quién es el jefe, general de pacotilla!

Ajustó ligeramente la catapulta y accionó el mecanismo. La máquina de asedio se estremeció y la gran roca salió despedida hacia el cielo. DeWar volvió a saltar sobre la barandilla de roca.

La gigantesca roca fue una forma negra y veloz recortada contra el cielo y las nubes durante un prolongado momento y entonces empezó a descender como un meteorito y cayó al mar con un chapoteo titánico.

El agua se levantó por los aires en una enorme y explosiva torre de espuma blanca, antes de volver a caer y salir despedida en todas direcciones formando una gran ola circular.

–¿Qué? –chilló DeWar desde la balaustrada mientras se llevaba las manos a ambos lados de la cabeza y empezaba a tirarse del pelo–. ¡No! ¡No! ¡Noooooo!

–¡Ja, ja! –Lattens se quitó el gorro de general y lo arrojó al aire–. ¡Ja, ja, ja!

La roca había caído, no en la orilla del mar que se encontraba más cerca de las ciudades y pueblos del niño, sino en la que contenía casi todos los asentamientos intactos de DeWar. La gran ola se propagó desde el lugar en el que había impactado, a un par de zancadas largas de los estrechos que separaban ambas zonas. Una tras otra, anegó todas las ciudades que encontraron a su paso, una o dos de las de Lattens y muchas más de las de DeWar.

–¡Hurra! –exclamó RuLeuin levantando los brazos. Perrund dirigió una gran sonrisa a DeWar desde detrás del velo. UrLeyn asintió, sonrió y aplaudió. El niño hizo una gran reverencia y le sacó la lengua a DeWar, quien se había dejado caer de la barandilla de piedra y, acurrucado sobre los baldosines del suelo, golpeaba la superficie embaldosada con el puño.

–¡Ya basta! –gimió–. ¡Me rindo! ¡Es demasiado bueno para mí! ¡La Providencia está del lado del Protector y sus generales! ¡Soy un perro indigno por haberme atrevido a oponerme a ellos! ¡Apiadaos de mí y permitid que me rinda como el abyecto canalla que soy!

–¡He ganado! –dijo Lattens, y con una sonrisa a su niñera, giró sobre sus talones sobre la plataforma y se dejó caer en los brazos de la mujer. Esta gruñó al sentir el impacto, pero cogió al niño y lo sostuvo en los brazos.

–¡Aquí, muchacho! ¡Aquí! –Su padre se levantó y se aproximó a la parte delantera de la plataforma con los brazos abiertos–. ¡Traedme a ese valeroso guerrero!

La niñera depositó obedientemente a Lattens en los brazos de su padre mientras los demás se agolpaban a su alrededor y aplaudían, se reían y ofrecían sus congratulaciones con palmaditas en la espalda.

–¡Excelente campaña, jovencito!

–¡Totalmente espléndida!

–¡Lleváis la Providencia en el bolsillo!

–¡Bien hecho, bien hecho!

–... Y luego podríamos volver a jugar de noche, padre, cuando haya oscurecido, y hacer proyectiles de fuego, y encenderlos e incendiar las ciudades. ¿Podemos?

DeWar se incorporó y se limpió la ropa. Perrund lo miró desde el otro lado de la barandilla y el guardaespaldas sonrió y hasta se ruborizó un poco.

15

La doctora

–¿Y bien? –preguntó el rey.

La doctora se inclinó sobre la herida y la examinó. El cadáver del duque Walen yacía sobre una mesa alargada, en la salita apartada en la que lo habían asesinado. El pequeño banquete que había en la mesa cuando metieron el cuerpo en la sala había quedado en el suelo, a un lado. Habían cubierto el cadáver con el mantel, de modo que solo el pecho estaba a la vista. La doctora había certificado su muerte, pero no antes de hacer la cosa más insólita que jamás he visto.

Se había inclinado sobre el anciano mientras este yacía, sangrando y presa de las convulsiones, en la balconada, y le había dado algo parecido a un beso. Se arrodilló a su lado y exhaló su propio aliento en el interior de su cuerpo para obligar a su pecho a subir y bajar. Al mismo tiempo, trató de detener la hemorragia usando un trozo de tela arrancado a su propio vestido. Luego esta pasó a ser tarea mía, con un pañuelo limpio que había sacado, mientras ella se concentraba en soplar en el interior de la boca del duque Walen.

Al cabo de un rato, tras mucho tiempo sin percibir el pulso del hombre, sacudió la cabeza y se sentó, exhausta, en el suelo.

Alrededor de la escena se había formado un círculo de criados, todos armados con espadas o largos puñales. Cuando la doctora y yo levantamos la mirada, nos encontramos con el duque Quettil, los dos comandantes de la guardia, Adlain y Polchiek, y el rey, que nos miraban. Tras ellos, en una habitación a oscuras, una muchacha lloraba en voz queda.

–Metedlo dentro. Encended todas las velas –dijo el duque Quettil a los sirvientes armados. Miró al rey, quien asintió.

–¿Y bien, doctora? –volvió a decir su majestad.

–Una herida de puñal, creo –dijo la doctora–. Un arma muy fina y muy afilada. Con la hoja ladeada. Debe de haber perforado el corazón. Gran parte de la hemorragia ha sido interna, lo que explica por qué sigue sangrando. Pero, para asegurarme, tendré que abrir el cadáver.

–Creo que lo principal ya lo sabemos, que es que está muerto –dijo Adlain. Detrás de una fila de criados, junto a las ventanas, se oían los gritos de una mujer. Imagino que era la esposa del duque.

–¿Quién se encontraba en la estancia? –preguntó Quettil al comandante de la Guardia.

–Esos dos –dijo Polchiek señalando con la cabeza a un joven y una joven, ninguno de ellos mucho mayor que yo, bastante bien parecidos y con el atuendo desarreglado. Dos criados armados sujetaban por la espalda a cada uno de ellos. Solo entonces se me ocurrió que existía una explicación muy concreta para la numerosa presencia de criados en el baile y el hecho de que muchos de ellos parecieran más rudos de lo que cabía esperar de gente de su condición. En realidad eran guardias. Por eso habían sacado las armas a la menor sospecha.

La joven tenía la cara colorada e hinchada por el llanto, y una expresión de puro terror. Un chillido procedente del otro lado de las ventanas atrajo su atención y miró hacia allí. El rostro del joven que había a su lado estaba casi tan pálido como el del duque Walen.

–¿Y vosotros quiénes sois? –preguntó Adlain a la joven pareja.

–Uo-Uo-Uoljeval –dijo el joven tragando saliva–. Escudero al servicio del duque Walen, señor.

Adlain se volvió hacia la chica, que tenía la mirada perdida.

–¿Y vos, señorita?

La joven se echó a temblar, pero no miró a Adlain, sino a la doctora. No obstante, siguió sin decir nada.

Al cabo de unos segundos, el joven dijo:

–Droythir, señor. Se llama Droythir. De Mizui. Doncella de *lady* Gilseon. Mi prometida.

–Señor, ¿no podemos dejar pasar a la duquesa ya? –preguntó la doctora al rey. Este sacudió la cabeza y levantó una mano.

El comandante Adlain sacudió la cabeza para señalar a la muchacha con la barbilla e inquirió:

–¿Y qué estabais haciendo aquí, señorita?

La mujer lo miró como si estuviera hablándole en una lengua completamente desconocida. De hecho, se me pasó por la imaginación la idea de que fuera extranjera. Entonces, el joven empezó a sollozar y dijo:

–¡Fue deseo del duque, señores, por favor!

Entre lágrimas, miró una a una todas las caras que lo observaban.

–Señores, nos dijo que le gustaba mirar estas cosas y que nos recompensaría. No nos enteramos de nada, al menos hasta que le oímos gritar. Estaba ahí. Ahí detrás, observándonos desde detrás de ese biombo. Lo derribó cuando... cuando... –Volvió la mirada hacia el biombo que yacía sobre el suelo, cerca de una de las esquinas de la habitación, junto a la puerta, y empezó a respirar muy deprisa.

–Cálmate –le espetó Adlain. El joven cerró los ojos y su cuerpo quedó lacio en los brazos de los dos guardias. Estos se miraron y luego se volvieron hacia Adlain y Polchiek, quien también estaba, me pareció, notablemente pálido y ojeroso.

–Y había un pájaro negro –dijo de repente la joven con un tono extraño y vacío. Sus ojos miraban a la nada desde un semblante pálido y cubierto de brillante sudor.

–¿Cómo? –dijo Polchiek.

–Un pájaro negro –dijo ella con la mirada clavada en la doctora–. Estaba muy oscuro porque el caballero quería que solo hubiese una lámpara, pero yo lo vi. Un pájaro negro, o un murciélago.

La doctora puso cara de perplejidad.

–¿Un pájaro negro? –dijo con el ceño fruncido.

–Creo que ya habéis cumplido con vuestro cometido, señora –le dijo Quettil a la doctora–. Podéis marcharos.

–No –le dijo el rey–. Quedaos, doctora.

Quettil se quedó boquiabierto.

–¿Estabais haciendo lo que creo que estabais haciendo? –preguntó el rey a la joven. Miró a la doctora. En la sala de baile, la orquesta dejó de tocar.

La mujer volvió lentamente su vacío rostro hacia el monarca.

–Señor –dijo, y comprendí que no sabía con quién estaba hablando–. Sí, señor. En el sofá, allí. –Señaló un sofá situado en el centro de la habitación. Cerca de allí había un candelabro caído, con una vela consumida.

–Y el duque Walen os miraba desde detrás del biombo –dijo Adlain.

–Era lo que a él le gustaba. –La joven se volvió hacia el hombre que sollozaba, arrodillado a su lado–. No veíamos nada malo en ello.

–Pues parece que lo había, señora –dijo Quettil con un siseo en lugar de voz.

–Llevábamos haciéndolo algún tiempo, señores –dijo la joven con los ojos clavados en la doctora, sin pestañear–. Hubo un ruido. Pensé que era alguien que trataba de abrir las puertas, señor, pero entonces el viejo caballero gritó, el biombo cayó al suelo y vi al murciélago.

–¿Visteis al duque? –preguntó Polchiek.

La chica volvió la cabeza hacia él.

–Sí, señor.

–¿Y a alguien más?

–Solo al caballero, señor –dijo, y miró de nuevo a la doctora–. En su camisa... Tenía la mano aquí. –Encogió uno de sus hombros y bajó la mirada hacia la izquierda, hacia la parte superior de su pecho, cerca de la clavícula izquierda–. Estaba gritando que lo habían asesinado.

–La puerta que tenía detrás... –dijo Adlain–. Allí, detrás de donde estaba el biombo. ¿Estaba abierta?

–No, señor.

–¿Estáis segura?

–Sí, señor.

Quettil se inclinó hacia el rey.

–Ralinge se asegurará de que es la verdad –murmuró. La doctora lo oyó y lo fulminó con la mirada. El rey se limitó a fruncir el ceño.

–¿La puerta está cerrada? –preguntó Adlain a Polchiek.

Este frunció el ceño.

–Tendría que estarlo –dijo– y la llave tendría que estar en la cerradura. –Cruzó la habitación, descubrió que no había llave en la puerta, miró al suelo varios segundos y entonces probó el picaporte. Luego metió la mano en un bolsón que llevaba colgado del cinto, sacó una argolla llena de grandes llaves y al cabo de unos segundos escogió una de ellas, que probó en la cerradura. El cerrojo emitió un chasquido, la puerta se abrió hacia dentro y un par de guardias armados vestidos de criados asomaron con mirada de confusión desde el otro lado y se pusieron firmes al ver a su comandante, que intercambió con ellos unas breves palabras antes de volver a cerrarla y echar el cerrojo. Volvió con el grupo junto a la mesa–. Los guardias llevan ahí desde poco después de que se diera la alarma –le dijo a Adlain. Sus dedos, grandes y de apariencia torpe, trataron en vano de devolver la anilla de las llaves al interior del bolsón de su cinto.

–¿Cuántas copias de esa llave existen? –preguntó Adlain.

–Esta, la del senescal de palacio y la que tendría que estar en la puerta, a este lado –le dijo Polchiek.

–Droythir, ¿dónde estaba ese pájaro negro que habéis visto? –preguntó la doctora.

–En el mismo sitio que el caballero, señora. –De repente su rostro pareció hundirse y una mirada de incertidumbre y tristeza cruzó sus facciones–. Puede que solo fuera una sombra, señora. La lámpara, y el biombo al caer. –Bajó la mirada–. Una sombra –murmuró para sí.

–Que entre la duquesa –dijo el rey mientras uno de los guardias vestidos de criado se aproximaba a Quettil y le murmuraba algo al oído.

–La duquesa ha perdido el conocimiento y han tenido que llevarla a sus aposentos, señor –dijo Quettil al rey–. Sin embargo, me han comunicado que un joven paje tiene algo que decirnos.

–Bueno, pues hacedlo pasar –dijo el rey con tono de fastidio. Droythir y Uoljeval fueron arrastrados hasta el centro de la sala por los guardias que los tenían sujetos. El joven, que seguía sollozando en silencio, se puso en pie lentamente. La muchacha tenía la mirada perdida y no pronunciaba palabra.

Feulecharo apareció en la puerta. Parecía más pequeño que nunca, con los ojos casi traslúcidos y los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

–¿Feulecharo? –dijo Adlain. Miró a los demás–. Paje del fallecido duque –dijo a modo de explicación para quienes pudieran necesitarla.

El paje se aclaró la garganta. Miró nerviosamente a su alrededor y entonces vio a la doctora y me dirigió una pequeña sonrisa.

–Majestad –dijo inclinándose ante el rey–. Duque Quettil, señores, damas. Sé algo, muy poco, pero algo, sobre lo que ha ocurrido aquí.

–¿De veras? –preguntó Quettil entornando la mirada. El rey cambió el peso de pierna, pestañeó y luego asintió para agradecer a la doctora que le hubiese traído una silla para sentarse.

Feulecharo señaló con un gesto de la cabeza el rincón contrario de la habitación.

–Yo estaba en el pasillo, detrás de esa puerta, señores.

–¿Haciendo qué, me pregunto? –dijo Quettil.

Feulecharo tragó saliva. Miró de soslayo a Droythir y Uoljeval, a quienes habían traído de nuevo junto a la mesa, con los brazos a la espalda–. La duquesa me había pedido... –Se pasó la lengua por los labios– que siguiera al duque y averiguara lo que estaba haciendo.

–¿Y lo seguiste hasta aquí? –preguntó Adlain. Conocía un poco a Feulecharo y parecía severo, pero no hostil.

–Sí, señor. Y a los dos jóvenes. –Feulecharo lanzó una mirada a Droythir y Uoljeval, que no dijeron nada–. La duquesa sospechaba que la joven y el duque podían estar entendiéndose. Los vi entrar en esta habitación y me dirigí al pasillo. Pensé que tal vez oyera algo o pudiera mirar por el ojo de la cerradura, pero estaba bloqueado.

–¿Por una llave?

–Creo que no, señor. Más bien por el pequeño obturador del otro lado. No obstante –continuó Feulecharo–, llevaba encima un pequeño espejo de metal y pensé que podría ver algo por debajo de la puerta.

–¿Y fue así?

–Solo una luz, como una vela, duque Quettil. Oí que el hombre y la mujer hacían ruidos amorosos y me pareció percibir algo de movimiento, pero eso fue todo.

–¿Y cuando apuñalaron al duque? –preguntó Polchiek.

Feulecharo inhaló profundamente.

–Justo antes de eso, señor, según creo, me golpearon en la nuca y me dejaron

inconsciente. Supongo que durante algunos minutos. –Se volvió, se apartó el pelo de la zona indicada y todos pudimos ver una brillante costra de sangre medio coagulada y un chichón de buen tamaño.

El rey miró a la doctora, quien se acercó y examinó la herida.

–Oelph –dijo–. Un poco de agua, por favor. Y un pañuelo o algo parecido. ¿Eso que hay en el suelo es una botella de vino? Tráemela también.

Feulecharo se sentó en un asiento mientras su herida era limpiada e inspeccionada. Adlain la miró con detenimiento.

–Esto podría bastar para dejar inconsciente a un hombre durante un buen rato –dijo–. ¿No os parece, doctora?

–Sí –respondió esta.

–Y cuando despertaste, ¿qué viste? –preguntó Polchiek al paje.

–Señor, oí el escándalo que se había organizado en la habitación y los gritos de la gente. No había nadie más en el pasillo. Estaba muy mareado y fui a los baños para vomitar y fue entonces cuando me enteré de que habían asesinado al duque.

Adlain y Polchiek intercambiaron una mirada.

–¿No notaste que hubiera alguien a tu espalda antes de que te golpearan? –preguntó el primero.

–No, señor –dijo Feulecharo con una mueca de dolor en el rostro al derramar la doctora un poco de vino en su herida–. Estaba totalmente concentrado en el espejo.

–Ese espejo... –empezó a decir Polchiek.

–Está aquí, señor. Tuve la precaución de recogerlo antes de marcharme al baño. –Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un trozo de metal bruñido del tamaño de una moneda. Se lo entregó a Polchiek, quien a su vez lo pasó a los demás hombres.

–¿Dirías que la duquesa Walen es una mujer especialmente celosa, Feulecharo? –preguntó Adlain mientras giraba el espejo entre los dedos.

–No especialmente, señor –respondió el aludido. Lo dijo con voz levemente temblorosa, aunque puede que fuese porque la doctora estaba sujetándole la cabeza mientras terminaba de limpiarle la herida.

–Nos has contado toda la verdad, ¿no es así, Feulecharo? –preguntó el rey con tono grave.

Feulecharo volvió la mirada hacia él lo mejor que pudo, con la cabeza inclinada hacia delante por la doctora.

–Oh, sí, majestad.

–Cuando te golpearon, Feulecharo –dijo la doctora al tiempo que le soltaba la cabeza–, ¿te golpeaste con la puerta o con el suelo?

Quettil emitió un chasquido. Feulecharo lo pensó un momento.

–Al despertar tenía la cabeza apoyada en la puerta, señora –dijo, antes de mirar a Adlain y a los demás.

–De modo que si alguien hubiera abierto la puerta –dijo la doctora–, habrías caído dentro.

–Supongo que sí, señora. O tendría que haberme dejado en la misma posición después de volver a cerrarla.

–¿Nos lo estás contando todo, joven? –preguntó Quettil.

Feulecharo pareció disponerse a hablar, pero entonces titubeó. Yo lo creía más inteligente, pero puede que el golpe le hubiese afectado al cerebro.

–¿De qué se trata? –preguntó el rey con voz severa.

–Majestad, señores –dijo Feulecharo con voz estrangulada y seca–. La duquesa temía que el duque estuviera viéndose con la joven, aquí presente. Eso era lo que había provocado sus celos. No le habría importado tanto, hasta puede que no le hubiese importado en absoluto, de haber sabido que lo único que quería era... mirar. –Miró a todos los hombres de la habitación, pero esquivó mis ojos y los de la doctora–. En fin, se habría reído de haber sabido lo que estaba pasando aquí, señores. Nada más. Y yo soy la persona en quien más confía. La conozco bien, señores. Ella nunca haría algo como esto. –Se pasó la lengua por los labios, tragó saliva de nuevo y al fin dirigió una mirada de abatimiento al mantel abultado que cubría el cadáver del duque.

Quettil abrió la boca para decir algo, pero el rey, con la mirada clavada en Adlain y Polchiek, dijo:

–Gracias, Feulecharo.

–Creo que Feulecharo debería quedarse aquí, señor –le dijo Adlain–. El comandante Polchiek puede mandar unos hombres a su cuarto para buscar un arma, o la llave de la puerta que falta. –El rey asintió y Polchiek se dirigió a algunos de los falsos criados–. Y tal vez –añadió Adlain– el comandante pueda volver a abrir la puerta para ver si el joven Feulecharo dejó alguna mancha de sangre en ella.

Los guardias fueron a registrar el cuarto de Feulecharo. Polchiek y Adlain inspeccionaron de nuevo la puerta.

El rey miró a la doctora y sonrió.

–Gracias por tu ayuda, Vosill –dijo con un gesto de cabeza–. Eso es todo.

–Señor –dijo la doctora.

Luego me enteré de que registraron a conciencia los aposentos de la duquesa y el cuarto de Feulecharo. No encontraron nada. En la superficie exterior de la puerta y en el suelo del pasillo había unas manchas de sangre. Buena parte del palacio se registró en busca del arma homicida, pero nunca se encontró nada. La llave que faltaba apareció en el cajón de las llaves del senescal de palacio, sin que nada pudiera vincularla al crimen.

Amo, conozco a Feulecharo y le creo incapaz de asesinar al duque. Puede que el rey se excediera en su magnanimidad al no permitir que los dos amantes, Droythir y

Uoljeval, fueran interrogados por Ralinge (aunque tengo entendido que los llevaron a la cámara de tortura y les explicaron el uso de los instrumentos) pero no creo que pudiera sacárseles más información fidedigna o de utilidad.

Es muy posible que Polchiek prefiriera que se encontrara un chivo expiatorio y dicen que Quettil se mostró furioso en privado durante varias lunas, pero aparte de confiscarle a su comandante de la Guardia dos pequeñas fincas, no pudo hacer gran cosa. Polchiek había llenado el baile de guardias y había hecho todo lo que cabía exigirle para impedir que ocurriera nada malo.

Feulecharo tuvo suerte, creo, de ser el tercer hijo de uno de los barones más ricos de Walen. De haber sido de cuna más humilde, en lugar del tercero en la línea de sucesión de un título nada desdeñable, puede que hubiera tenido que disfrutar de la hospitalidad de maese Ralinge. Pero así las cosas, se aceptó generalmente que el buen nombre de su familia hacía impensable que tuviera que ver más de lo que él mismo decía con el asesinato del duque.

16

El guardaespaldas

–Ojalá pudiera ir, caballero DeWar. ¿No podéis pedírselo a mi padre? Él piensa que sois listo.

DeWar puso cara de azoramiento. Perrund le dirigió una sonrisa indulgente. Desde su pulpito, el eunuco Stike, obeso y ceñudo, miró hacia allí. DeWar llevaba botas de montar. Tenía la cabeza cubierta por un sombrero y en el sofá, a su lado, junto a un par de alforjas, había una gruesa capa negra. El Protector había decidido que era hora de tomar personalmente el mando de las titubeantes operaciones de Ladenscion.

–Es mejor que te quedes aquí, Lattens –dijo DeWar al niño, y estiró la mano para desordenarle el cabello rojizo–. Tienes que ponerte bien. Estar enfermo es como ser atacado, ¿sabes? Tu cuerpo es como una gran fortaleza que ha sido invadida. Has repelido a los enemigos y se han dado a la fuga, pero tienes que recuperarte, reunir tus fuerzas y reconstruir las murallas, reparar las catapultas, limpiar los cañones y reabastecer las armerías. ¿No te das cuenta? Tu padre solo podrá ir a la guerra si piensa que esa gran fortaleza no está amenazada. Así que es tu deber. Seguir cuidándote. Ponerte bien.

»Claro que tu padre preferiría quedarse aquí contigo si pudiera, pero también es como un padre para todos sus hombres, ¿sabes? Necesitan su ayuda y su dirección. Por eso tiene que ir con ellos. Tú debes quedarte y ayudarle con la guerra poniéndote mejor, reparando la gran fortaleza. Es tu deber como soldado. ¿Crees que podrás hacerlo?

Lattens miró a los cojines sobre los que estaba sentado. Perrund volvió a colocarle en su sitio los rizos. El niño jugueteaba con un hilillo de oro suelto de la esquina de un cojín.

–Sí –dijo con una vocecilla y sin levantar la mirada–. Pero la verdad es que me gustaría ir con padre y contigo, esa es la verdad. –Levantó la mirada hacia DeWar–. ¿Seguro que no puedo ir?

–Me temo que no –dijo DeWar con voz queda.

El niño suspiró pesadamente y bajó la mirada de nuevo. DeWar sonrió a Perrund, quien estaba mirando al pequeño.

–Oh –dijo la concubina–. Vamos, señor. ¿Es este el general Lattens que ganó la guerra de las catapultas? Debéis cumplir con vuestro deber, general. Vuestro padre volverá en poco tiempo. Y el caballero DeWar. –Le dedicó una sonrisa a este último.

–Todos los indicios apuntan –dijo DeWar– a que la guerra puede haber terminado cuando lleguemos allí. Así ocurre a veces con las guerras. –Jugueteó un momento con su gran sombrero encerado, antes de dejarlo sobre la capa negra. Se aclaró la garganta–. ¿Os he contado la historia de cuando Hiliti y Sechroom se separaron? ¿Cuando Sechroom se marchó para hacerse misionera?

Por un momento Lattens pareció no haberlo oído, pero entonces rodó sobre el costado, dejó de murmurar y dijo:

–No, creo que no.

–Bueno, un día los dos amigos tuvieron que separarse. Sechroom se había decidido a convertirse en soldado misionera, para llevar el mensaje de Prodigia a tierras lejanas y enseñar a la gente lo equivocado de sus viejas costumbres. Hiliti había tratado de convencerla de que no lo hiciera, pues seguía creyendo que se equivocaba, pero su amiga se mostró diamantina en su decisión.

–¿Cómo?

–No se dejó convencer.

–Ah.

–Un día –continuó DeWar–, poco antes de la partida de Sechroom, fueron a uno de sus lugares especiales, en una isla. Aquella isla era un lugar muy inhóspito, al que la gente iba para alejarse de las riquezas de Prodigia. Allí no había ríos de vino y agua de azúcar, ni árboles que daban aves ya cocinadas, ni montañas de perfume, ni montones de carbón dulce, ni...

–¿La gente quería alejarse del carbón dulce? –preguntó Lattens con incredulidad.

–Sí, y no volar más, y dejar de tener jofainas que daban agua caliente y todos sus deseos satisfechos. La gente es así de rara, Lattens. Concédeles todas las comodidades y empezarán a suplicar una vida más dura.

Lattens frunció el ceño al oír esto, pero no protestó más. Era obvio que pensaba que todos los habitantes de Prodigia, o quizá solo los adultos, estaban mal de la cabeza.

–Sechroom y Hiliti –dijo DeWar– fueron a la isla para tomarse una especie de vacaciones de todos los lujos a los que estaban acostumbrados. Dejaron atrás a todos

sus sirvientes y hasta los amuletos y joyas mágicas que los protegían de todos los peligros y que les permitían llamar a los dioses, y se quedaron allí, en aquel lugar remoto, solos con sus propios recursos. Había fruta para comer y agua para beber y se construyeron un refugio con las hojas gigantes de los árboles. Habían traído arcos y flechas y también un par de cerbatanas que disparaban dardos envenenados. Las habían hecho antes de irse de vacaciones y se sentían bastante orgullosos de ellas. Usaron los arcos y las cerbatanas para ir a cazar algunos de los animales de la isla, aunque estos no eran tan cooperativos como los animales a los que estaban acostumbrados y no querían que los mataran, cocinaran y devoraran, así que se les daba bastante bien despistar a la gente, sobre a todo a gente como ellos dos, que eran unos cazadores bastante inexpertos.

»Un día, Sechroom y Hiliti habían tratado de encontrar animales para dispararles sus dardos envenenados sin ningún éxito, y regresaban a su cabaña discutiendo y enfadados. Los dos estaban muy aburridos y hambrientos, lo que probablemente contribuya a explicar por qué estaban tan furiosos y por qué estaban echándose mutuamente la culpa del fracaso de la cacería. Sechroom pensaba que Hiliti era demasiado agresivo y quería matar los animales por simple diversión, porque estaba orgulloso de sus habilidades como luchador, mientras que este pensaba en secreto que Sechroom, a quien no le gustaba matar, había estado haciendo ruido deliberadamente para que los animales a los que estaban persiguiendo supieran que estaban allí y echaran a correr.

»El camino de regreso los llevó por un arroyo de paredes empinadas que cruzaba un puente natural hecho con un tronco. Aquel día había estado lloviendo bastante –esa era otra de las razones por las que se sentían fatal y estaban discutiendo mucho– y el arroyo que cruzaba el tronco bajaba en avalancha.

–¿Y eso qué es?

–Eso es que estaba crecido, lleno de agua. Así que se dispusieron a cruzar el puente del árbol. Hiliti pensaba que era mejor que cruzaran de uno en uno, pero ya habían empezado a hacerlo, con él por delante, así que pensó que si se volvía ahora y le decía a Sechroom que diera media vuelta y esperara, ella se enfadaría aún más de lo que ya estaba, y no dijo nada.

»Bueno, pues resulta que el árbol cedió. Llevaba allí muchos años, pudriéndose sin duda, y la lluvia había reblandecido las dos orillas, así que cuando apoyaron todo su peso sobre él, obviamente decidió que había llegado el momento de abandonar la lucha y sucumbir sin más, esto es, ceder a la gravedad y caer al arroyo.

»Así que cayó dando vueltas, se partió en mitad de la caída y, por si acaso, arrastró también montones de ramas, algunas rocas y una buena cantidad de tierra.

–¡Oh, no! –dijo Lattens con una mano en la boca–. ¿Qué les pasó a Sechroom y Hiliti?

–Cayeron junto con el árbol. Hiliti tuvo más suerte, porque el trozo del árbol en el que se encontraba tardó más tiempo en partirse, y pudo agarrarse a él y arrojarse a la orilla antes de que el tronco se fuera al agua. Terminó cayendo al agua de todos modos, pero no le pasó nada.

–¿Y Sechroom?

–Sechroom no tuvo tanta suerte. La parte del tronco en la que se encontraba debió de rodar mientras caía, o puede que fuera ella la que lo hiciese, porque terminó debajo, atrapada bajo el agua.

–¿Se ahogó? –Lattens parecía muy preocupado y tenía las dos manos en la boca. Empezó a chuparse el pulgar.

Perrund lo rodeó con el brazo y le apartó delicadamente las manos de la boca.

–Venga, venga, no olvides que esto pasa justo antes de que Sechroom se marche para hacerse soldado misionera.

–Sí, pero ¿qué ocurrió? –preguntó el niño ansiosamente.

–Sí –dijo Perrund–. ¿Y por qué no flotó el tronco?

–La mayor parte de él seguía en las empinadas orillas del arroyo –le dijo DeWar–. El extremo que estaba hundido en el agua y mantenía atrapada a Sechroom no era suficientemente grande para permanecer a flote. En cualquier caso, Hiliti vio que una de las botas de su prima sobresalía del agua, al otro lado del tronco, y se agitaba. Nadó hacia allí sorteando las rocas para tratar de llegar hasta Sechroom, pues se había dado cuenta de que estaba atrapada. Se sumergió. La poca luz que había le permitió ver que Sechroom se debatía desesperadamente y trataba de sacar la pierna de debajo del tronco, pero sin conseguirlo, porque era muy grande y pesado. Mientras estaba allí observando, las últimas burbujas del aire que Sechroom tenía en los pulmones salieron de su boca y se alejaron en la poderosa corriente. Hiliti volvió a salir a la superficie, tomó aire, volvió a zambullirse, pegó su boca a la de Sechroom y le insufló aire en los pulmones para que pudiera resistir un poco más.

»También trató de levantar el tronco que tenía a su amiga atrapada, pero era demasiado pesado. Entonces se le ocurrió que si podía encontrar una palanca lo bastante fuerte y lo bastante larga, tal vez pudiese sacar la pierna de Sechroom, pero tardaría un buen rato en hacerlo y para entonces su amiga habría vuelto a quedarse casi sin aire. Salió a por más aire y volvió a sumergirse. Una vez más, las burbujas estaban saliendo de la boca de su amiga y, una vez más, Hiliti compartió con ella su aire.

»A estas alturas, Hiliti se había dado cuenta de que no podrían seguir así mucho más tiempo. El agua estaba tan fría que estaba arrebatándoles las fuerzas y el calor, y él mismo estaba empezando a sentirse entumecido y medio asfixiado.

»Entonces se acordó de las cerbatanas. La corriente se había llevado la suya al caer, pero al zambullirse la primera vez había visto la de Sechroom, aún colgada de

su espalda y parcialmente atrapada debajo de ella. Se sumergió de nuevo, volvió a insuflarle aire en la boca y a continuación agarró la cerbatana de su compañera y tiró de ella con todas sus fuerzas hasta que logró sacársela de debajo. Tuvo que regresar a la superficie para respirar, pero volvió a bajar, señaló la cerbatana y Sechroom se la metió en la boca.

»Sin embargo, la situación no estaba resuelta aún. Sechroom escupió la cerbatana porque estaba llena de agua. Hiliti la llevó a la superficie, sacó el agua, tapó el extremo con la mano y volvió a bajar.

»Finalmente, Sechroom podía respirar. Hiliti esperó a que inhalara unas cuantas veces para asegurarse de que, de momento, estaba bien y entonces salió del arroyo en busca de una palanca. Unos segundos después encontró una rama lo bastante recta y sólida como para hacer el trabajo, o al menos eso esperaba él, volvió a meterse en el agua y se zambulló de nuevo, introdujo la rama debajo del caído tronco y la encajó sobre una roca.

»Bueno, el caso es que al final lo consiguió. La palanca estuvo a punto de romperse, y el tronco, al moverse, lastimó la pierna herida de Sechroom, pero al menos la liberó y flotó hasta la superficie, donde Hiliti pudo sacarla del agua y la arrastró hasta la orilla. La cerbatana se perdió corriente abajo.

»A Hiliti le costó muchísimo llevar a su amiga hasta la parte superior de la orilla, porque, como es natural, ella, con una pierna rota, no podía hacer casi nada.

–¿Y tuvieron que amputársela? –preguntó Lattens, que temblaba de inquietud en su asiento y miraba con los ojos muy abiertos.

–¿Qué? Oh, no. No. Bueno, el caso es que al final Hiliti logró subirla a lo alto de la orilla. Estaba tan exhausto que tuvo que dejar a su amiga allí y regresar solo al campamento, pero allí había... una fogata para hacer señales, que encendió para atraer la atención de sus amigos, que vinieron a rescatarlos.

–¿Así que Sechroom se salvó? –preguntó el niño.

DeWar asintió.

–En efecto. Todos dijeron que Hiliti era un héroe, y después de que a Sechroom se le curara la pierna, pero antes de que se marchara para convertirse en misionera, regresó a la isla en la que había ocurrido todo y registró el arroyo de arriba abajo a partir del lugar en el que se había desplomado el tronco, hasta que encontró las dos cerbatanas, varadas entre las rocas, en diferentes puntos del arroyo. Cortó un trozo del extremo de la suya y otro de la que le había salvado la vida, las engarzó en un pequeño anillito y se las regaló a Hiliti en la fiesta de despedida que le dieron sus amigos la noche antes de marcharse. Era su forma de decir que lo que les había ocurrido en el otro río, cuando Hiliti había dejado que cayera al agua junto a la cascada, ¿te acuerdas?, estaba olvidado, de que Sechroom había perdonado a su amigo, y ambos lo entendieron. El pequeño anillo de madera era un poco grande para

llevarse en el dedo, por desgracia, pero Hiliti le dijo a Sechroom que lo guardaría siempre como un tesoro, cosa que hizo, ha hecho y, hasta donde sabe la gente, sigue haciendo hoy en día.

–¿Y dónde se fue Sechroom? –preguntó Lattens.

–¿Quién sabe? –dijo DeWar abriendo las manos–. Puede que viniese aquí. Hiliti y ella conocían el Imperio, y también Haspidus. Habían hablado sobre ellos, y discutido. Hasta donde sabemos, podría haber estado aquí.

–¿Y alguna vez regresó a ver a su amigo? –preguntó Perrund mientras colocaba al niño sobre su regazo. Lattens volvió a tratar de zafarse.

DeWar sacudió la cabeza.

–No –dijo–. Algunos años después de que se marchase, Hiliti lo hizo también, y perdió completamente el contacto con Prodigia y con toda la gente que conocía allí. Aunque Sechroom hubiese regresado ya, Hiliti no se habría enterado. Se exilió de las comodidades de Prodigia para siempre. Sechroom y Hiliti no volvieron a verse.

–Qué pena –dijo Perrund. Tenía la voz grave y la expresión apesadumbrada–. No volver a ver nunca a la familia y a los amigos.

–Bueno –empezó a decir DeWar, pero entonces, al levantar la mirada, vio que uno de los ayudas de campo del Protector le hacía una seña desde la puerta. Le alborotó el cabello a Lattens, se puso lentamente en pie y recogió su sombrero, sus alforjas y su capa–. Me temo que no tenemos más tiempo, joven general. Debéis despediros de vuestro padre. Mirad.

UrLeyn, ataviado con un espléndido traje de monta, entró a grandes zancadas en la estancia.

–¿Dónde está mi muchacho? –gritó.

–¡Padre! –Lattens corrió hacia él y se arrojó en sus brazos.

–¡Uuf! ¡Vaya, pues sí que estás cogiendo peso! –Volvió la mirada hacia DeWar y Perrund y les guiñó un ojo. Se sentó con el muchacho en un sofá cercano a las puertas y le dio un abrazo.

Perrund se levantó junto a DeWar.

–Bueno, señor. Debéis prometerme que cuidaréis bien tanto del Protector como de vos mismo –dijo acercándole el rostro. Sus ojos brillaban–. Quedaría desolada si os ocurriera algo a alguno de los dos, y por muy valiente que seáis, espero que no lo seáis tanto como para arriesgaros a afrontar mi ira.

–Haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que regresamos los dos sanos y salvos –le dijo DeWar. Se colgó la capa de un brazo y el sombrero y las alforjas del otro, luego se pasó las bolsas al hombro y se puso el sombrero a la espalda, colgado del cuello por la cuerda.

Perrund contempló este desplazamiento de impedimenta con una especie de tristeza divertida. Entonces lo detuvo cogiéndole las manos.

–Ten cuidado –dijo en voz baja. Hecho lo cual, fue a sentarse en un sitio desde el que podía ver a UrLeyn, y este podía verla a ella.

DeWar la miró un momento, allí sentada, con la espalda muy recta enfundada en el vestido rojo, el rostro calmado y bellísimo, y entonces se volvió a su vez y se encaminó a las puertas.

17

La doctora

Amo, como es natural, se acabó por dar con un culpable para el asesinato del duque Walen. No podía ser de otro modo. La muerte de un personaje tan importante no podía quedar impune. Tan seguro como que ha de encontrarse un heredero para un título de importancia que ha quedado vacante, un suceso como este deja un agujero en el tejido de la sociedad que ha de repararse con la vida de otra persona. Es un vacío que ha de succionar algún alma, y el alma en este caso fue la de un pobre loco de la ciudad de Mizui que, con apariencia de total felicidad e incluso realización, se lanzó voluntariamente a su interior.

Se llamaba Berridge, un antiguo buhonero de cierta edad a quien en toda la ciudad se tenía por loco. Vivía bajo el puente de la ciudad, junto con un puñado de desgraciados como él, y dedicaba su tiempo a mendigar en las calles o a merodear por el mercado en busca de comida abandonada o podrida. Cuando se hizo pública la muerte del duque Walen en Mizui, al día siguiente del baile de máscaras, Berridge se presentó en la oficina del alguacil e hizo una confesión completa.

Esto no provocó gran sorpresa en el alguacil, puesto que Berridge, de manera rutinaria, se atribuía la responsabilidad de cualquier asesinato llevado a cabo en la ciudad o sus proximidades para el que no existiera un sospechoso evidente, e incluso la de algunos cuyos autores no podían ser más obvios. Sus afirmaciones de culpabilidad en cierto juicio, realizadas a pesar del hecho de que el marido de la muerta, conocido por su crueldad, había sido encontrado en estado de embriaguez comatosa en la misma habitación, cerrada con llave, que el cadáver de su señora, y con el arma homicida aún en la mano, habían causado gran hilaridad entre aquella parte de la población que trata los tribunales reales como si fueran una variedad de teatro gratuito.

En circunstancias normales, a Berridge lo habrían arrojado a la calle sin que el alguacil diese el menor crédito a sus aseveraciones. En este caso, sin embargo, y debido a la gravedad del crimen y al hecho de que, aquella misma mañana, el duque Quettil había dejado claro ante el alguacil la profundidad de su irritación por la sucesión de dos asesinatos irresolutos en su jurisdicción en tan corto espacio de tiempo, el alguacil se lo pensó dos veces antes de descartar automáticamente las palabras del loco.

Para inmensa sorpresa y satisfacción de Berridge, las autoridades decidieron encarcelarlo en la prisión de la ciudad. El alguacil envió una nota al duque Quettil en la que le informaba de la prontitud de la acción, aunque tuvo la honestidad de hacer mención al hecho de que estas confesiones eran una costumbre típica de Berridge, lo que sugería que era poco probable que fuera el verdadero culpable.

El comandante Polchiek informó al alguacil de que de momento debía dejar a Berridge en la prisión. Y como quiera que transcurriera media luna sin que se realizaran progresos en el descubrimiento del asesino, el duque ordenó al alguacil que iniciara las pesquisas sobre las afirmaciones de Berridge.

Había pasado tiempo más que de sobra para que tanto Berridge como todos sus compañeros de puente olvidasen lo que había hecho ninguno de ellos el día y la noche del baile de máscaras, pero Berridge insistió en que había salido de la ciudad, subido a la colina del palacio, entrado en los aposentos del duque y asesinado al buen caballero en su cama (afirmación que se apresuró a modificar en beneficio de la credibilidad de su historia al enterarse de que el duque había sido asesinado en una habitación contigua al salón de baile, estando todavía despierto).

Cuando lo llevaron ante el duque en persona para ser interrogado por el asesinato del otro duque, Berridge era un despojo flaco, calvo y tembloroso cuyos ojos se movían de un lado a otro, aparentemente con completa independencia el uno del otro. No paraba de farfullar, pero no articulaba casi ninguna palabra inteligible, y al parecer había confesado no solo el asesinato del duque Walen, sino también el del rey Beddun de Tassasen, el del emperador Puiside y el del padre del rey Quience, Drasine, además de atribuirse la responsabilidad exclusiva por la lluvia de rocas ardientes que había aniquilado naciones enteras y provocado el final de la era imperial.

Berridge fue quemado en la picota de la plaza de la ciudad. El heredero del duque, su hermano, encendió la pira en persona, aunque no antes de hacer que estrangularan al pobre desgraciado, para ahorrarle la agonía del fuego.

El resto de nuestra estancia en las colinas de Yvenage transcurrió de manera relativamente apacible. Durante algún tiempo, flotó en el palacio una atmósfera de preocupación e incluso de sospecha, que fue disipándose de manera gradual. No hubo

más muertes inexplicables y asombrosas. El tobillo del rey se curó. Volvió a cazar y volvió a caerse de la montura, aunque esta vez sin hacerse nada más grave que algunos arañazos. En general, su estado de salud pareció mejorar, puede que por influencia del aire puro de las montañas.

La doctora descubrió que tenía poco que hacer. Paseaba y cabalgaba por las colinas, a veces acompañada por mí, y otras, por insistencia suya, sola. Pasaba mucho tiempo en la ciudad de Mizui, donde se dedicaba a tratar huérfanos y otros miserables en el hospital de los pobres, a comparar notas con las matronas y a discutir sobre remedios y pociones con los boticarios locales. Conforme se prolongaba en el tiempo nuestra estancia en Yvenir, empezaron a llegar a la ciudad algunos heridos de la guerra de Ladenscion, y la doctora trató a algunos de ellos lo mejor que pudo. En sus intentos de reunirse con los demás médicos de la ciudad, en cambio, no la acompañó el éxito, al menos hasta que, con el permiso del rey, los invitó a la sala del consejo, donde su majestad celebró una pequeña reunión antes de salir de cacería.

Sin embargo, consiguió menos de lo que había esperado, creo yo, en su intento de convencerlos de que cambiaran sus métodos, que encontraba aún más atrasados y potencialmente peligrosos para sus pacientes que los de sus colegas de Haspide.

A pesar del evidente buen estado de salud del rey, la doctora y él parecían buscar toda clase de excusas para seguir viéndose. El rey decía estar preocupado por su peso, un problema que había aquejado a su padre durante los últimos años de su vida, así que pidió a la doctora que le confeccionara una dieta. A aquellos de nosotros que pensábamos que engordar era señal inequívoca de que uno estaba bien alimentado, tenía poco trabajo y había alcanzado una edad superior a la media, esto nos pareció algo insólito, aunque puede que la cosa demostrase que los rumores que aseguraban que la doctora le había llenado la cabeza de ideas extrañas contenían algo de verdad.

Las malas lenguas aseguraban también que la doctora y su majestad pasaban demasiado tiempo juntos. Hasta donde yo sé, no hubo nada íntimo entre ellos en todo este tiempo. Había estado al lado de mi señora todas las veces en las que había atendido al rey, salvo un par de ocasiones en las que mi estado de salud me había impedido abandonar la cama, pero incluso en tales casos, me había encargado diligentemente de descubrir a través de mis compañeros ayudantes, así como de otros criados, lo que hacían el rey y ella.

Me satisface decir que no ocurrió nada sin que yo me enterara y que he informado de todo cuanto podría haber interesado a mi amo hasta la fecha.

El rey mandaba llamar a la doctora la mayoría de las tardes, y si no tenía ningún problema evidente, flexionaba de manera ostentosa los hombros y aseguraba que sentía cierta rigidez en alguno de ellos. La doctora se prestaba de buen grado a esta charada, y frotaba con diversos aceites la piel broncínea de la espalda del rey y le daba masajes en la columna, la espalda y la nuca con las palmas de las manos y los

nudillos. Algunas veces, en estas ocasiones, conversaban en voz baja, pero lo más frecuente era que estuvieran en un silencio roto solo por los esporádicos gruñidos que emitía su majestad cuando ella soltaba algún nudo de musculatura especialmente tenso. Yo, como es natural, también guardaba silencio, pues no quería romper el hechizo que parecía flotar en aquellas ocasiones sobre la luz de las velas y, afligido por una extraña y dulce melancolía, observaba con envidia cómo aquellos dedos fuertes y finos, untados de aceites perfumados, trabajaban la carne rendida del rey.

–Pareces cansada esta mañana, doctora –dijo el rey mientras ella estaba dándole un masaje en la parte alta de la espalda. Estaba tumbado en su gran cama, bajo el dosel, desnudo de cintura para arriba.

–¿De veras, señor?

–Sí. ¿Qué has estado haciendo? –El rey la miró directamente–. No te habrás echado un amante, ¿verdad, Vosill?

La doctora se ruborizó, cosa que no le sucedía a menudo. Creo que siempre que he visto un suceso así ha sido en presencia del rey.

–No, señor –dijo.

El rey apoyó la barbilla en las manos.

–Pues quizá deberías, doctora. Eres una mujer hermosa. Estoy seguro de que si lo decidieras, encontrarías un buen candidato.

–Su majestad me adula.

–No, simplemente digo la verdad, como seguro que sabes.

–Me inclino ante vuestra opinión, señor.

El rey se volvió hacia mí y me miró directamente.

–¿No crees, eh...?

–Oelph –dije tragando saliva–. Señor.

–Bueno, Oelph –dijo el rey con las cejas enarcadas–. ¿No crees que estoy en lo cierto? ¿No te parece la doctora un buen partido? ¿No podría llamar la atención de cualquier hombre normal?

Tragué saliva. Me volví hacia la doctora, quien me devolvió la mirada con una expresión que lo mismo podía ser amenazante que suplicante.

–Estoy convencido, señor –empecé–, de que la doctora es de lo más agradable, majestad, señor –murmuré, consciente de que ahora era yo el que se había ruborizado.

–¿Agradable? ¿Eso es todo? –El rey se echó a reír sin dejar de mirarme–. ¿Pero no piensas que es atractiva, Oelph? ¿Atractiva, bella, hermosa, preciosa?

–Estoy seguro de que es todo eso que decís, señor –dije mirándome los pies.

–Ahí lo tienes, doctora –dijo el rey mientras volvía a apoyar la barbilla en las manos–. Hasta tu joven ayudante está de acuerdo conmigo. Piensa que eres atractiva.

Así que, doctora, ¿vas a echarte un amante o no?

–Creo que no, señor. Un amante me privaría de un tiempo que podría necesitar para dedicaros a vos.

–Oh, últimamente me encuentro en plena forma y estoy seguro de que podría prescindir todas las tardes de ti el tiempo suficiente para un buen revolcón o dos.

–La generosidad de vuestra majestad me abruma –repuso la doctora con voz seca.

–Ya estás otra vez, Vosill. Tu dichoso sarcasmo. Mi padre decía que cuando una mujer empieza a mostrarse sarcástica con sus superiores es señal inequívoca de que no está recibiendo lo que toda mujer se merece.

–Indudablemente era un pozo de sabiduría, señor.

–Ya lo creo –convino el rey–. Creo que hubiese dicho que necesitas un buen revolcón. Por tu propio bien. Au –dijo al sentir cómo se apoyaba la doctora en su columna sobre el dorso de la mano–. Cuidado, doctora. Sí. Podrías decir que es algo medicinal o, al menos... eh... ¿Cuál es la palabra esa?

–¿Irrelevante? ¿Insultante? ¿Impertinente?

–Terapéutico. Eso es. Terapéutico.

–Ah, esa palabra.

–Ya sé –dijo el rey–. ¿Y si te ordeno tomar un amante, Vosill, por tu propio bien?

–La preocupación de vuestra majestad por mi bienestar es digna de encomio.

–¿Obedecerías a tu rey, Vosill? ¿Tomarías un amante si te lo ordenara?

–Me preocuparía qué garantías serían necesarias para demostrar a plena satisfacción de mi rey que había cumplido sus órdenes, señor.

–Oh, me bastaría con tu palabra, Vosill. Y, además, estoy seguro de que cualquier hombre que te llevase a la cama no tardaría ni un instante en empezar a jactarse de ello.

–¿De veras, señor?

–Sí. Salvo que poseyera una esposa especialmente celosa y rencorosa. Pero, ¿lo harías?

La doctora adoptó una expresión reflexiva.

–Supongo que podría decidir al candidato yo misma, señor.

–Oh, claro, doctora. No tengo la menor intención de hacer de Celestino para ti.

–Entonces, sí, señor. Por supuesto. A la máxima brevedad.

–¡Bien! Entonces tendré que pensar si lo hago.

A estas alturas yo ya había levantado la mirada del suelo, aunque seguía ruborizado. La doctora me miró y esbocé una sonrisa insegura. Ella se rió en silencio.

–¿Y si lo hicierais, señor –preguntó–, y yo me negara?

–¿Que te negaras a obedecer una orden directa de tu rey? –preguntó su majestad con una especie de espanto genuino.

–Bueno, aunque estoy totalmente a vuestro servicio y consagrada a vos en todos

los aspectos, señor, creo que no soy, en el sentido riguroso de la palabra, uno de vuestros súbditos. Soy ciudadana de la república insular de Drezen y aunque estoy satisfecha, y de hecho honrada, de servir a vuestras órdenes y bajo la jurisdicción de vuestras leyes, no creo estar obligada a obedecer hasta el último de vuestros caprichos, al menos no tanto como alguien nacido en Haspidus o de unos padres que fueran subditos de vuestro reino.

El rey lo meditó unos instantes.

–¿No me dijiste una vez que habías barajado la posibilidad de estudiar derecho en lugar de medicina, doctora?

–Creo que sí, señor.

–Ya me parecía. Bueno, si fueras uno de mis súbditos y me desobedecieras de manera expresa, te haría encarcelar hasta que cambiases de idea, y si no lo hicieras, lo lamentaría mucho por ti, porque por muy trivial que pueda ser el asunto en sí, la voluntad del rey debe ser obedecida siempre, y esa es una cuestión que no admite excepciones.

–No obstante, no soy uno de vuestros súbditos, señor. ¿Cómo responderíais entonces a mi intransigencia?

–Supongo que tendría que ordenarte que abandonaras mi reino, doctora. Tendrías que regresar a Drezen o irte a otro sitio.

–Eso me entristecería mucho, señor.

–Y a mí. Pero, como puedes ver, no tendría elección.

–Por supuesto que no, señor. Así que rezaré para que no me ordenéis tal cosa, porque en caso de hacerlo, tendría que elegir entre rendirme a un hombre o el exilio.

–En efecto.

–Una difícil elección para una persona que es, como vos mismo habéis señalado con la penetrante precisión que os caracteriza, señor, tan celosa de su intimidad y tan tozuda como yo.

–Me alegra que finalmente estés tratando el asunto con la gravedad que merece, doctora.

–En efecto. ¿Y qué hay de vos, si se me permite preguntar?

–¿Cómo? –dijo el rey levantando bruscamente la cabeza.

–Las intenciones de vuestra majestad por lo que se refiere al matrimonio son tan trascendentes como trivial sería mi elección de amante. Solo estaba preguntándome si habríais pensado mucho sobre el particular, ya que estamos hablando del tema.

–Creo que en realidad estamos abandonando el tema del que yo creía que hablábamos.

–Os ruego mil perdones, majestad. Pero, ¿tenéis la intención de casaros pronto, señor?

–Creo que eso no es asunto tuyo, doctora. Eso solo concierne a la corte, a mis

consejeros, a los padres de las princesas susceptibles de ser elegidas, a las demás damas de elevada alcurnia a las que pudiera convenirme estar emparejado y a mi persona.

–Sin embargo, como vos mismo habéis señalado, señor, la salud y el comportamiento de una persona pueden verse profundamente afectados por la falta de... liberaciones sensuales. Lo que podría tener sentido para la fortuna política de un Estado podría resultar catastrófico para el bienestar de un rey si, por poner un ejemplo, tuviera que casarse con una mujer fea.

El rey volvió la cabeza hacia ella con una expresión divertida.

–Doctora –dijo–. Me casaré con quien considere que debo casarme por el bien de mi reino y de mis herederos. Si eso quiere decir casarse con una mujer fea, que así sea. –Sus ojos parecieron centellear–. Soy el rey, Vosill. La posición acarrea ciertos privilegios que tal vez hayas oído mencionar. Dentro de unos límites bastante generosos, puedo disfrutar de quien me plazca, y eso no va a cambiar por el hecho de que tome esposa. Te garantizo que podría casarme con la princesa menos agraciada del mundo sin que eso supusiera la menor diferencia en la frecuencia o calidad de mis «liberaciones sensuales». –Una gran sonrisa se dibujó en sus facciones.

La doctora puso cara de desconcierto.

–Pero si habéis de tener herederos, señor... –empezó a decir.

–Entonces me aseguraré de estar en un estado de embriaguez que me permita soportar el trance sin llegar a incapacitarme, de que las ventanas estén bien cerradas y hayan apagado ya las velas y luego me dedicaré a pensar en cualquier otra persona hasta que el proceso haya llegado a su conclusión satisfactoria, mi querida doctora –dijo el rey con una sonrisa de satisfacción en el rostro mientras volvía a apoyar la barbilla en la mano–. Mientras la señora sea fértil, no tendré que sufrirlo demasiado a menudo, ¿no te parece?

–La verdad es que no podría decirlo, señor.

–Pues entonces acepta mi palabra, y la de todas las mujeres que me han dado descendencia... masculina en la mayoría de las ocasiones, debería añadir.

–Muy bien, señor.

–Además, no voy a ordenarte que te eches un amante.

–Os estoy sumamente agradecida, señor.

–Oh, no lo hago por ti, Vosill. Lo que pasa es que siento simpatía por cualquiera al que pudieras escoger para el puesto. No dudo que la parte principal de la ocasión sería suficientemente placentera, pero después... Que la Providencia proteja al pobre desgraciado, tendría que sufrir tu desconcertante conversación. ¡Auu!

Creo, pues, que solo queda un incidente digno de mención relacionado con nuestra estancia en el palacio de Yvenir. Fue algo de lo que solo me enteré más tarde,

algún tiempo después de haber regresado a Haspide, cuando la noticia quedó considerablemente eclipsada por otros acontecimientos.

Amo, la doctora, como ya os he dicho, salía a menudo sin compañía a pasear o a cabalgar por las colinas. En ocasiones se marchaba al amanecer de Xamis y permanecía fuera hasta su puesta. Esto se me antojaba un comportamiento tan excéntrico como a todos los demás, e incluso cuando la doctora tenía el sentido común de pedirme que la acompañara, sus motivos seguían confundiéndome. Lo más raro de todo eran las caminatas. Caminaba horas y horas, como una vulgar campesina. Llevaba consigo libros pequeños, y no tan pequeños, que había adquirido a gran coste en Haspide, llenos de dibujos, pinturas y descripciones de la fauna y la flora de la región, y observaba ensimismada a los pájaros e insectos que se cruzaban en nuestro camino, con una intensidad que parecía antinatural si tenemos en cuenta que no tenía la menor intención de cazarlos.

Las salidas montadas eran menos enervantes, aunque tengo la impresión de que solo recurría a las cabalgaduras cuando el viaje que se había propuesto hacer era demasiado largo para llevarlo a cabo a pie (pues no quería pasar las noches fuera).

A pesar de la perplejidad que me inspiraban estas excursiones y el fastidio que me provocaba el verme obligado a caminar durante un día entero, acabé por disfrutar de ellas. Tanto la doctora como mi amo contaban con que estuviera a su lado en tales ocasiones, por lo que sentía que no estaba haciendo otra cosa que cumplir con mi deber.

Caminábamos o cabalgábamos en silencio, o entretenidos con conversaciones sobre nimiedades, o sobre medicina, historia, o un centenar de cosas más, nos deteníamos para comer, para observar a algún animal o disfrutar de las vistas, consultábamos los libros y tratábamos de decidir si los animales que estábamos mirando eran los que se describían allí o si el autor del tratado se había excedido en su imaginación, tratábamos de descifrar los toscos mapas que la doctora había copiado en la biblioteca, parábamos a los leñadores o los furtivos para preguntarles por el camino, recogíamos plumas, flores, piedrecillas, conchas y cáscaras de huevo y finalmente terminábamos por regresar al palacio sin haber hecho nada de auténtico provecho, aunque debo reconocer que, al menos yo, con el corazón lleno de júbilo y la cabeza invadida por una especie de salvaje deleite.

Pronto empecé a lamentar que no me llevara consigo en todas las excursiones y al regresar a Haspide me reconvine amargamente por no haber llegado a hacer algo que había barajado muchas veces en Yvenir cuando la doctora salía en una de sus expediciones solitarias. Que no era otra cosa que ir tras ella, seguir sus pasos y vigilarla en silencio.

De lo que me enteré, meses más tarde, en Haspide, fue de que dos de mis compañeros se tropezaron casualmente con ella en una de las ocasiones en las que

había salido sola. Eran Aumost y Puomiel, pajes del barón Sermil y el príncipe Khres, respectivamente, y dos sujetos a los que conocía poco y que, a decir verdad, nunca me habían gustado demasiado. Ambos tenían reputación de pendencieros, tramposos y canallas, y desde luego no se privaban de presumir de las cabezas que habían partido, los criados a los que habían desplumado a las cartas y los éxitos que habían cosechado con las chicas de la ciudad. Se rumoreaba que, el año anterior, Puomiel había dejado a otro paje al borde de la muerte después de que el joven se quejara a su amo de que su compañero estaba robándole. Ni siquiera había sido una pelea justa. El muy canalla había atacado al otro por la espalda y lo había dejado inconsciente. Y lo peor de todo es que ni siquiera se molestaba en negarlo, pues supongo que pensaba que así le tendríamos aún más miedo. Aumost era ligeramente menos desagradable que él, pero, y sobre este punto el consenso era general, solo porque carecía de imaginación.

Su historia era que, una noche especialmente calurosa en que habían salido al poco del crepúsculo, se encontraban cerca del palacio. Volvían a Yvenir con algunas aves en las alforjas, felices por su éxito e impacientes por llevarse lo cobrado al estómago. Entonces tropezaron con un xule real, un animal que ya de por sí es muy raro, y que encima, según dijeron, era totalmente blanco. Se movía por el bosque como un fantasma pálido y veloz. Soltaron las alforjas, prepararon los arcos y lo siguieron tan sigilosamente como les fue posible.

Ninguno de ellos debía de haber pensado en lo que iban a hacer si se encontraban en posición de abatir a la bestia. No podían decirle a nadie que la habían cazado, porque la caza del xule es una prerrogativa real y el tamaño del animal les habría impedido llevarlo a algún carnicero poco honrado, aun suponiendo que hubiesen podido encontrar a uno lo bastante valiente como para desafiar la ira del rey. Pero a pesar de todo fueron tras él, arrastrados por un instinto depredador que tal vez llevemos todos en nuestro interior.

No llegaron a alcanzarlo. Al acercarse a un lago rodeado de árboles que se encontraba en las colinas, el animal se asustó de repente, echó a correr y al cabo de unos segundos se encontraba fuera del alcance del más afortunado de los disparos.

Los dos pajes, que habían coronado un pequeño altozano con el tiempo justo de ver cómo ocurría esto desde detrás de los arbustos, quedaron descorazonados al ver que el animal se les escapaba. Pero este sentimiento quedó anulado casi al instante por lo que vieron a continuación.

Una mujer increíblemente hermosa y totalmente desnuda salió andando del lago y miró en la dirección que el xule real había tomado para escapar.

Ahí, pues, estaba la causa que había impulsado al animal a huir a tal velocidad, y además, tal vez, una presa más digna de ser cazada y disfrutada. La mujer era alta y de piel morena. Tenía unas piernas muy largas y un vientre demasiado plano para ser

realmente hermoso, pero sus senos, aunque no muy voluminosos, parecían firmes y erguidos. Ni Auomst ni Puomiel la reconocieron al principio. Pero era la doctora. Apartó la mirada del lugar en el que el xule se había perdido entre los arbustos, volvió a entrar en el agua y empezó a nadar con la facilidad de un pez en dirección a los dos jóvenes.

Llegó a la orilla justo debajo del lugar en el que se encontraban. Allí era, comprendieron entonces, donde había dejado su ropa. Salió del agua y, de espaldas a ellos, empezó a secarse con las manos.

Los dos hombres se miraron. No tuvieron que decir nada. Allí había una mujer, sola. No tenía escolta, ni acompañante, y, hasta donde los dos sabían, no tenía marido ni campeón en la corte. O, en realidad, no se les ocurrió que sí que lo tenía, y que era un defensor sin igual ni superior. El pálido cuerpo que se exponía frente a ellos los excitaba aún más que el que acababan de perder de vista y un instinto aún más profundo que el de la caza se había apoderado de sus corazones y había extinguido todo pensamiento racional de sus mentes.

Estaba muy oscuro entre los árboles que rodeaban el estanque y los pájaros, alertados por la huida del xule, cantaban por todas partes, lo que cubriría sus pasos al aproximarse a ella, por torpes que fueran.

Podían dejarla inconsciente, o sorprenderla y taparle los ojos. En otras palabras, no llegaría a verlos, así que podrían violarla sin miedo a ser descubiertos y castigados. El hecho de que el xule los hubiese llevado hasta aquí parecía una señal de los antiguos dioses del bosque. Quien los había atraído era una criatura casi mítica. La oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar.

Puomiel sacó una bolsa de monedas que ya en el pasado había utilizado como porra. Aumost asintió.

Salieron a hurtadillas de los matorrales y avanzaron sigilosamente entre las sombras y los pocos árboles que los separaban de ella.

La mujer estaba canturreando en voz baja. Terminó de secarse con un pequeño pañuelo, que a continuación se enrolló a la cabeza. Cuando se inclinó para recoger su camisa, las nalgas fueron como dos pálidas lunas. De espaldas todavía a los dos hombres, que ahora se encontraban a pocos pasos de ella, levantó la prenda por encima de su cabeza y la dejó caer sobre su cuerpo. Durante unos momentos estaría, y estuvo, ciega, mientras el vestido terminaba de ponerse sobre su cuerpo. Aumost y Puomiel comprendieron que era el momento. Se abalanzaron sobre ella. Sintieron que la mujer se ponía tensa al oírlos. Puede que su cabeza empezara a girar, atrapada aún entre los pliegues de la camisa.

Despertaron con las cabezas doloridas en la oscuridad de una noche sin más luz que la que daban Foy y Jairly, brillantes como dos ojos reprobantes, sobre las

apacibles y tranquilas aguas del estanque.

La doctora había desaparecido. Los dos pajes tenían sendos chichones del tamaño de un huevo en la nuca. Alguien les había arrebatado los arcos y, lo que resultaba aún más curioso, había retorcido las hojas de sus cuchillos y hecho un nudo con ellas.

Nadie pudo entenderlo. Ferice, el aprendiz del herrero, juró que hacer eso con el metal era casi imposible. Él había tratado de doblar de una manera parecida unos cuchillos similares a los de Aumost y Puomiel y solo consiguió que se rompieran casi al instante. El único modo de retorcerlos de aquella manera era calentarlos al rojo vivo y luego manipularlos, y aun así no era nada fácil. Añadió que había recibido más de un rapapolvo del maestro armero por haber realizado experimentos parecidos, para que aprendiera a no malgastar armas valiosas.

Algunas de las sospechas recayeron sobre mí, aunque en aquel momento no lo supe. Aumost y Puomiel asumieron que había ido con la doctora, para protegerla y con su conocimiento, o para espiarla sin él. Solo el testimonio de Feulecharo, al que Jollisce y yo habíamos estado ayudando a hacer inventario de las posesiones del duque Walen mientras ocurría todo aquello, me salvó de una paliza.

Cuando, finalmente, acabé por enterarme de lo que había ocurrido, no supe qué pensar, salvo que ojalá hubiera estado allí, como guardián o como espía. Habría luchado hasta la muerte con aquellos dos rufianes para salvaguardar el honor de la doctora, pero al mismo tiempo habría traicionado el mío de buen grado por vislumbrar una sola vez lo que ellos habían visto.

18

El guardaespaldas

Teóricamente, se supone que la ciudad de Niarje se encuentra a seis días a caballo de Crough, capital de Tassasen. El Protector y el contingente de tropas frescas que encabezaba llegaron allí en cuatro, agotados tras los largos días pasados en las sillas. Se decidió que descansarían en la ciudad mientras esperaban a que los alcanzaran las piezas de artillería pesada y las máquinas de asedio y a que llegaran noticias frescas sobre la marcha de la guerra. Estas noticias no tardaron en aparecer, en la forma de mensajes codificados del duque Ralboute, y no eran buenas.

Las fuerzas de los barones estaban mejor instruidas, equipadas y avitualladas de lo que se había anticipado. Las ciudades tardaban en someterse por el hambre. La mayoría de ellas contaba con fortificaciones recientes. Las tropas que las defendían no eran la típica chusma, sino que, según todos los indicios, habían recibido una rigurosa instrucción. Los partisanos hostigaban las líneas de abastecimiento del Protectorado, saqueaban campamentos, tendían emboscadas a los convoyes, robaban y utilizaban los cargamentos de armas, y obligaban a proteger las caravanas de avituallamiento con tropas que tendrían que haber estado en el frente. El general Ralboute había estado a punto de ser asesinado o capturado en una audaz incursión nocturna que se había lanzado desde la asediada ciudad de Zhirt. Solo la suerte y una desesperada refriega habían impedido el desastre. El propio general había tenido que desenvainar la espada y de no ser por un ayuda de campo, habría tenido que unirse a la lucha.

Siempre se dice que una de las situaciones con las que todo comandante sueña para su enemigo, y teme para sí, es la de la pinza. Así que solo cabe imaginar lo que sintió UrLeyn cuando se vio en semejante trance en Niarje, no como consecuencia de un ataque enemigo, sino por los mensajes que se le habían enviado. Las noticias

sobre el pésimo estado de la guerra en Ladenscion llegaron medio día antes que otras procedentes de la dirección contraria, que eran, si cabe, aún peores, y también concernían al empeoramiento de un estado.

UrLeyn pareció encogerse sobre sí mismo. La mano que sostenía la carta cayó a un lado y la propia carta descendió flotando hacia el suelo.

El Protector se sentó pesadamente en el asiento que ocupaba a la cabecera de la mesa de la vieja mansión ducal del centro de Niarje. DeWar, que se encontraba justo detrás de él, se inclinó y recogió la carta. La dejó, plegada de nuevo, junto al plato del general.

–¿Señor? –preguntó el doctor BreDelle. Los demás compañeros de cena del Protector, oficiales del ejército todos ellos, miraron a su señor con preocupación.

–El niño –dijo UrLeyn al doctor en voz baja–. Sabía que no debería haberme marchado. O que tendría que haberos dejado con él, doctor.

BreDelle lo miró fijamente un momento.

–¿Cómo se encuentra?

–A las puertas de la muerte –dijo UrLeyn mirando la carta. Se la entregó al doctor, quien la leyó.

–Otro ataque –dijo. Se limpió la boca con la servilleta–. ¿Queréis que vuelva a Crough, señor? Partiré con las primeras luces del alba.

El Protector permaneció un momento con la vista clavada en la mesa, sin mirar nada concreto. Entonces pareció despertar.

–Sí, doctor. Y yo os acompañaré. –Dirigió una mirada de disculpa a sus oficiales–. Caballeros –dijo alzando la voz y enderezando la espalda –. Debo pediros que de momento continuéis hacia Ladenscion sin mí. Mi hijo no se encuentra bien. Confiaba poder contribuir a nuestra eventual victoria tanto como vosotros, pero me temo que si me quedara aquí, mi corazón y mis pensamientos estarían volviendo constantemente a Crough. Me temo que os llevaréis toda la gloria, a menos que conspiréis para prolongar la guerra. Os ruego que me perdonéis y que entendáis la debilidad paterna de un hombre que, a mi edad, en realidad ya debería ser abuelo.

–¡Por supuesto, señor!

–¡Estoy seguro de que todos lo entendemos, señor!

–Haremos todo lo posible para que os sintáis orgulloso de nosotros, señor.

Las declaraciones de apoyo y comprensión continuaron. DeWar recorrió los rostros de los jóvenes, ambiciosos y serios nobles que conformaba la oficialidad superior, con un presentimiento sombrío.

–¿Perrund? ¿Eres tú?

–Sí, joven señor. Pensé en venir a haceros compañía un rato.

–Perrund, no veo.

–Está muy oscuro. El doctor piensa que os recuperaréis antes si no os da la luz.

–Lo sé, pero sigo sin ver nada. Cógeme la mano, ¿quieres?

–No debéis preocuparos. La enfermedad parece terrible cuando se es joven, estas cosas pasan.

–¿De verdad?

–Por supuesto.

–¿Volveré a ver?

–Pues claro que sí. No tengáis miedo.

–Pues estoy muy asustado.

–Vuestro tío ha escrito a vuestro padre para contarle vuestro estado de salud imagino que volverá muy pronto. De hecho, estoy segura de ello. Él nos prestará parte de su fuerza. Se llevará todo el miedo. Ya lo veréis.

–¡Oh, no! Tiene que ir a la guerra. Por mi culpa vuelve a casa cuando tendría que estar en la guerra, para traernos la victoria.

–Calmaos, calmaos. No podíamos ocultarle vuestra enfermedad. ¿Qué habría pensado de nosotros? Querrá asegurarse de que estáis bien. Querrá veros, Y me imagino que traerá consigo al doctor BreDelle.

–¿Y al caballero DeWar?

–Y al caballero DeWar. Allá donde va vuestro padre, va él.

–No recuerdo lo que ha pasado. ¿Qué día es hoy?

–El tercero de la vieja luna.

–¿Qué pasó? ¿Me puse a temblar como en el teatro de sombras?

–Sí. Vuestro profesor nos contó que estabais tratando de saltaros la clase de matemáticas cuando os caísteis del asiento. Corrió a buscar a la niñera y luego llamaron al doctor AeSimil. Es el médico de vuestro tío RuLeuin y del general YetAmidous, y es muy bueno. Casi tanto como el doctor BreDelle. Dice que os pondréis bien en poco tiempo.

–¿Sí?

–Sí. Y parece un hombre honesto y digno de confianza.

–¿Es mejor que el doctor BreDelle?

–Oh, el doctor BreDelle debe de ser mejor, porque es el médico de vuestro padre, y vuestro padre se merece lo mejor, por el bien de todos nosotros.

–¿De verdad crees que regresará?

–Estoy segura de ello.

–¿Me cuentas un cuento?

–¿Un cuento? Me parece que no me sé ninguno.

–Pero todo el mundo se sabe algún cuento. ¿No te contaban cuentos cuando eras pequeña...? ¿Perrund?

–Sí. Sí, seguro que sí. Sí, me sé un cuento.

–Oh, bien... ¿Perrund?

–Sí. Muy bien. A ver. Érase una vez... Érase una vez una niña pequeña.

–¿Sí?

–Sí. Era una niña muy fea y sus padres no la querían nada.

–¿Y cómo se llamaba?

–¿Cómo se llamaba? Se llamaba... Alba.

–Alba. Qué nombre más bonito.

–Sí. Por desgracia, ella no lo era tanto, como ya he dicho. Vivía en una ciudad que odiaba, con unos padres a los que despreciaba. La obligaban a hacer toda clase de cosas que creían que debía hacer, cosa que ella detestaba, y la mayor parte del tiempo la tenían encerrada. La obligaban a vestir con harapos, nunca le compraban zapatos para los pies ni cintas para el pelo y no la dejaban jugar con los demás niños. Y nunca le contaban cuentos.

–¡Pobre Alba!

–Sí, era una niña muy desgraciada, ¿verdad? La mayoría de las noches lloraba antes de dormir y rezaba a los viejos dioses y a la Providencia para que la sacaran de aquella infelicidad. De haber sido por ella, se habría escapado, pero como sus padres la tenían encerrada, nunca tenía ocasión de hacerlo. Pero entonces, un día, llegó una feria a la ciudad, con actores y escenarios y tiendas y malabaristas y acróbatas y tragafuegos y lanzadores de cuchillos y fortachones y enanos y hombres con zancos y todos sus criados y animales. Alba estaba fascinada por la feria y quería ir a verla para pasar al menos un rato de felicidad, pues tenía la sensación de que lo que hacía todo el día no era vivir, pero sus padres no le dejaron salir. No querían que se entretuviera viendo todas las actuaciones y espectáculos maravillosos de la feria y temían que si la gente veía que tenían una niña tan fea se reirían de ellos y hasta puede que le ofrecieran a la niña que los abandonara para unirse a su espectáculo de fenómenos de la naturaleza.

–¿Tan fea era?

–Puede que no tanto, pero a pesar de todo, no querían que nadie la viera, así que la encerraron en un escondrijo que habían preparado en la casa. La pobre Alba lloró y lloró y lloró. Pero lo que sus padres no sabían era que la gente de la feria enviaba a sus actores por las calles de las ciudades que visitaban a hacer buenas obras, como ayudar a alguien a cortar la leña, a limpiar un patio, para que la gente se sintiera en deuda con ellos y fuera a ver el espectáculo. Esto también lo hicieron en el pueblo de Alba, y los padres de la niña, como eran tan malos, no pudieron dejar pasar la oportunidad de conseguir que alguien trabajara gratis para ellos.

»Invitaron a los actores a sus casas y les pidieron que se la limpiaran, aunque, como es natural, estaba ya bastante limpia, porque Alba había hecho la mayor parte del trabajo. Mientras estaban limpiando, y dejando pequeños regalos por todas partes,

porque eran personas muy buenas y muy generosas, un payaso, creo, y un tragafuegos y un lanzador de cuchillos oyeron los gritos de la pobre Alba en su secreta prisión, y la liberaron, la animaron con sus cabriolas y payasadas y fueron muy amables con ella. Por primera vez en su vida, Alba se sintió apreciada y querida, y lloró de alegría. Sus malvados padres la habían encerrado en la bodega, y al ver lo que había pasado escaparon, avergonzados por haberse portado tan mal.

»Los actores de la feria le devolvieron la vida a Alba. Hasta empezó a sentirse menos fea y pudo vestirse mejor de lo que sus padres le dejaban, y encontrarse limpia y bien. Puede, pensó, que no estuviera destinada a ser fea e infeliz toda su vida, como había creído siempre. Puede que fuera hermosa y su vida se llenara de felicidad. De algún modo, estar con los actores le hacía sentirse hermosa, y empezó a comprender que eran ellos los que la habían hecho así, que hasta entonces había sido fea solo porque la gente le decía que lo era y ya no era así. Era algo como de magia.

»Alba decidió que quería unirse a la feria e irse con los actores, pero estos, muy apenados, le dijeron que no podían dejar que lo hiciera, porque entonces la gente podría pensar que eran personas de esas que se llevan a las niñas pequeñas de sus casas, y su buen nombre se vería afectado. Le dijeron que debía quedarse y buscar a sus padres. Ella se dio cuenta de que lo que decían era cierto, y como ahora se sentía fuerte, capaz de cualquier cosa, viva y hermosa, pudo despedirse de ellos cuando los bondadosos cómicos se marcharon para llevar su amabilidad y felicidad a otra ciudad. ¿Y sabes qué?

–¿Qué?

–Que encontró a sus padres, y después de aquel día se portaron muy bien con ella. Luego conoció a un chico muy bueno y muy bien parecido, y se casó con él y tuvo montones de hijos y fueron felices para siempre. Y además de esto, un día volvió a encontrarse con la feria y se unió a ella para pagarles a los actores su bondad.

»Y esta es la historia de Alba, una niña fea e infeliz que se volvió preciosa y feliz.

–Mmm. Ha sido un cuento bastante bueno. Me pregunto si el caballero DeWar tendrá más historias de Prodigia. Son un poco raras, pero las cuenta con la mejor intención. Creo que ahora debería irme a dormir. Tengo... ¡Oh!

–Ah, perdona.

–¿Qué ha sido eso? ¿Agua? En la mano...

–Solo ha sido una lágrima de felicidad. Era un cuento muy feliz. Siempre me hace llorar. Eh, ¿qué estáis...?

–Sí, sabe a sal.

–Oh, sois un embaucador, joven maese Lattens. ¡Mira que beberse las lágrimas de una dama! Soltadme la mano. Tengo que... Ahí. Eso está mejor. Ahora dormid. Vuestro padre estará aquí enseguida, os lo aseguro. Os mandaré a la niñera para que se asegure de que estáis bien arropado. Oh, ¿queréis esto? ¿Es vuestro chupete?

–Sí, gracias, Perrund. Buenas noches.

–Buenas noches.

La concubina Yalde llevó fruta y vino al baño, donde YetAmidous, RuLeuin y ZeSpiole flotaban en las lechosas aguas. Terim y Herae, concubinas del mismo rango que Yalde, estaban sentadas, totalmente desnudas, junto a la piscina, Terim tenía las largas piernas metidas en el agua, mientras que Herae se cepillaba su larga melena negra.

La concubina dejó la bandeja con el cuenco de las frutas y la jarra cerca del codo de YetAmidous y luego se quitó el holgado vestido que se había puesto para ir a los cuartos de la servidumbre y se introdujo en el agua. Los ojos de los otros dos hombres siguieron sus movimientos, pero ella los ignoró. Se acercó flotando a YetAmidous y le sirvió vino.

–Así que nuestro pequeño interludio de poder está acercándose a un final inesperadamente prematuro –dijo ZeSpiole. Sacó una mano del agua y acarició el bronceado tobillo de la pierna de Terim. La concubina bajó la mirada y le sonrió, pero él no se dio cuenta. Terim y Herae eran de Ungrina y hablaban solo su lengua natal y el imperial. Los hombres estaban conversando en tassasenio.

–Puede que eso no sea tan malo –dijo RuLeuin–. El Protector le dijo a BiLeth que despachara conmigo mientras estuviera fuera y estoy harto de escuchar pontificar a ese necio sobre menudencias diplomáticas. Parte de mí espera que UrLeyn regrese.

–¿Pensáis que va a hacerlo? –preguntó YetAmidous, y su mirada pasó de RuLeuin a ZeSpiole. Aceptó la copa de vino que le ofrecía Yalde y, al apurarla, vertió unas gotas de vino en las aguas traslúcidas que rodeaban su amplio pecho.

–Eso me temo –dijo ZeSpiole.

–¿Te lo temes? –dijo RuLeuin–. Pero...

–Oh, no porque esté tan apegado a una tercera parte temporal de una sombra de su poder –dijo ZeSpiole–, sino porque no creo que eso sea lo mejor para Tassasen.

–Las tropas pueden seguir sin él, la mayoría al menos, ¿no? –dijo RuLeuin.

–Sería mejor que se trajera algunos soldados consigo –dijo YetAmidous al comandante de la Guardia–. Puede que haya dejado tres lugartenientes, pero no contamos casi con tropas, y cuando se acaban las buenas palabras, son los soldados y las espadas los que hacen el poder. Apenas tengo hombres suficientes para guarecer las murallas.

–El Protector siempre ha dicho que un pueblo que, en general, está satisfecho con su gobierno y sus gobernantes, necesita pocos alguaciles y ningún soldado –dijo ZeSpiole.

–Eso es fácil de decir cuando tienes varios barracones llenos de soldados que piensan lo mismo –repuso YetAmidous–. Pero supongo que te has dado cuenta de que

somos nosotros quienes hemos recibido el privilegio de poner a prueba la teoría de nuestro señor, y no él.

–Oh, el pueblo está contento –dijo ZeSpiole–. Por el momento.

RuLeuin lo miró de soslayo.

–¿Nuestros espías están seguros de eso, entonces?

–No se espía al pueblo –le informó ZeSpiole–. Más bien, se establecen canales de comunicación que llegan hasta el hombre de la calle. Mis guardias se mezclan con gente de todas clases. Comparten sus casas, sus calles, sus tabernas y sus puntos de vista.

–¿Y no oyen cuchicheos? –preguntó YetAmidous con escepticismo mientras le acercaba la copa a Yalde para que se la llenara.

–Oh, oyen cuchicheos constantemente. El día que dejen de oírse, sabré que la revuelta es inminente. Pero la gente se queja de un impuesto u otro, o de que el Protector tiene un harén inmenso cuando un trabajador honrado apenas puede encontrar esposa, o de la vida de lujos que llevan algunos de los generales del Gran Edil –dijo ZeSpiole mientras aceptaba una fruta de Terim con una gran sonrisa.

RuLeuin también sonrió.

YetAmidous bebió con avidez.

–Así que podemos estar seguros de que el populacho no representa un peligro inmediato –dijo–. Pero, ¿y las demás fronteras? Las guarniciones han sido reducidas al mínimo, o incluso más. ¿De dónde sacaremos los refuerzos si estalla la guerra en otro sitio?

–El problema de Ladenscion no durará eternamente –dijo RuLeuin, aunque parecía preocupado–. Las tropas volverán a casa. Con los refuerzos y las nuevas máquinas en Niarje, Simalg y Ralboute no deberían tardar mucho en obtener la victoria.

–Eso mismo nos dijeron al principio –les recordó YetAmidous–. Tendríamos que haber ido todos. Tendríamos que haber atacado a los barones con todas las fuerzas disponibles. –El general cerró el puño y lo descargó sobre el agua con un chapoteo. Yalde se limpió el agua jabonosa de los ojos. YetAmidous bebió un trago y luego lo escupió–. ¡Está aguado! –le dijo a la concubina, y vació la copa encima de su cabeza. Luego se echó a reír, secundado por los otros dos. El vino se le metió en los ojos a Yalde, pero inclinó la cabeza. YetAmidous le metió la cabeza en el agua y luego la dejó salir.

–Toma. –Volvió a depositar la copa en sus manos. Ella la limpió con una servilleta y la rellenó con la jarra.

–Puede que eso resulte obvio para todos ahora –dijo ZeSpiole–. Pero no lo era entonces, para ninguno de nosotros. Todos coincidimos en que Simalg y Ralboute tenían hombres más que de sobra para hacer el trabajo.

–Bueno, pues no ha sido así –dijo YetAmidous antes de catar el vino dándole varias vueltas en su boca–. El Protector no debería haber encomendado una misión tan importante a esos inútiles. ¡Hombres de noble cuna, sin duda! No son mejores que nosotros. Lo han hechizado con su alcurnia. Hacen la guerra como niños, como mujeres. Pasan demasiado tiempo parlamentando can esos barones, cuando lo que deberían hacer es atacarlos. Y hasta cuando luchan, lo hacen como si les diera miedo que la espada se les manche de sangre. Demasiada delicadeza y muy poca fuerza bruta. Todo son argucias y estratagemas. Yo no tengo tiempo para ese tipo de tonterías. A esos barones hay que atacarlos de frente, de manera sencilla.

–La sencillez ha sido siempre tu rasgo más característico, YetAmidous –dijo RuLeuin–. Creo que mi hermano, si alguna vez ha albergado alguna duda sobre tu estilo militar, ha sido por su elevado coste en vidas de soldados.

–Oh, ¿y eso es un coste? –dijo YetAmidous con un ademán de la mano que no sujetaba la copa–. La mayoría de ellos son un hatajo de haraganes sacados del arroyo que, de todos modos, habrían muerto muy pronto. Todos esperan regresar cargados de botín. Normalmente, lo único que traen son las enfermedades que les han contagiado las rameras. Una muerte en batalla, un lugar en la historia, el recuerdo de una canción victoriosa... es más de lo que esa chusma merece. Son una herramienta muy tosca y hay que usarlos con la misma tosquedad, no con ese afeminamiento de fintas y maniobras. Es mejor atacar frontalmente y acabar de una vez. Esos caballeros tan nobles son una deshonra para el oficio de la guerra. –YetAmidous lanzó una mirada a las dos chicas que se habían sentado en la orilla de la piscina, y luego a Yalde–. A veces me pregunto –dijo en voz baja a los otros dos hombres– si no habrá algún otro motivo en la incapacidad de los duques para terminar esta guerra.

–¿Cómo? –dijo RuLeuin con el ceño fruncido.

–Yo asumo, al igual que el Protector, que están haciendo todo lo posible –dijo ZeSpiole–. ¿A qué os referís, general?

–A que tal vez nos estén tomando a todos por tontos, señor. Los duques Ralboute y Simalg están más próximos a los barones de Ladenscion que a nosotros.

–No habláis desde un punto de vista físico, claro –dijo RuLeuin, con una sonrisa pero también un brillo de temor en los ojos.

–¿Eh? Sí. Están demasiado cerca. ¿No os dais cuenta? –preguntó mientras apartaba su corpachón del borde de la piscina–. Se marchan a la guerra, piden cada vez más tropas, demoran y demoran las operaciones, sufren contratiempos, pierden hombres y máquinas y nos vienen con excusas y peticiones de ayuda, nos piden que saquemos tropas de la capital y de las demás fronteras, con lo que dejamos el camino expedito para cualquier bastardo que quiera atacarnos por otro sitio. ¿Quién sabe qué jugarreta podrían haber hecho si el Protector llega a ponerse al mando? Es posible que la muerte del niño salve la vida del padre. Si es que es su padre, claro.

–YetAmidous –dijo RuLeuin–. Cuidado. El niño no tiene por qué morir. Y, además, no tengo la menor duda de que soy su tío a través de mi hermano. Los generales Ralboute y Simalg se han mostrado siempre como oficiales leales del Protectorado. Se unieron a nuestra causa mucho antes de que su éxito estuviera asegurado y podría decirse que arriesgaron más que cualquiera de nosotros al hacerlo, pues ya tenían gran poder y prestigio, que pusieron en peligro al apoyarnos. –Entonces se volvió hacia ZeSpiole en busca de apoyo.

ZeSpiole estaba ocupado con una fruta en la que había enterrado la mayor parte de su mandíbula inferior. Levantó la mirada hacia los otros dos hombres y expresó su sorpresa con las cejas.

YetAmidous desechó las palabras del hermano del Protector con un ademán.

–Eso está muy bien, pero el hecho es que en Ladenscion no lo han hecho tan bien como se esperaba. Nos dijeron que obtendrían la victoria en unas pocas lunas. UrLeyn también lo pensaba. Hasta yo creí que la tarea estaba al alcance de su mano, si se aplicaban a ella y lanzaban sus tropas al ataque. Pero su comportamiento ha sido vergonzoso. No han tomado ciudades y han perdido máquinas de asedio y artillería. Su avance ha sido frenado por todos los arroyos, todas las colinas, y todos los malditos setos y flores del campo. Yo solo me pregunto por qué. ¿Por qué lo están haciendo tan mal? ¿Cuál puede ser la explicación, si no se trata de algo deliberado? ¿No podría tratarse de una conspiración? ¿No podrían haberse entendido con el enemigo para atraernos a nosotros y a nuestros hombres lejos de nuestras fronteras, solicitar al Protector que se ponga al mando de las operaciones y luego asesinarlo?

RuLeuin volvió a mirar a ZeSpiole de soslayo.

–No –dijo YetAmidous–. Creo que no es el caso, y no se gana nada hablando así. Dame más vino –dijo a Herae.

ZeSpiole le sonrió.

–Debo decir, Yet –dijo–, que tu talento para la sospecha casi iguala al de DeWar.

–¡DeWar! –resopló YetAmidous–. Otro en el que nunca he confiado.

–¡Oh, esto está empezando a rozar lo ridículo! –dijo RuLeuin. Apuró su copa, se sumergió bajo el agua y, después de salir, sacudió la cabeza e hinchó los carrillos.

–¿Qué puede estar planeando nuestro amigo DeWar en tu opinión, Yet? –preguntó ZeSpiole con una sonrisa–. Es imposible que desee la muerte de nuestro Protector, porque lo ha salvado de una muerte cierta en varias ocasiones, la última de ellas cuando nosotros dos estuvimos más cerca de enviarlo a los brazos de la Providencia de lo que ha estado nunca ningún asesino. A ti mismo te faltó un palmo para clavarle un virote en toda la cabeza.

–Apuntaba a ese orte –dijo YetAmidous con el ceño fruncido–. Y también me faltó muy poco para darle. –Volvió a estirar el brazo de la copa en dirección a Yalde.

–Estoy seguro de ello –dijo ZeSpiole–. Mi propio disparo pasó más lejos de su

objetivo. Pero no nos has dicho qué sospechas albergas con respecto a DeWar.

–No confío en él, nada más –dijo YetAmidous con una voz que evidenciaba un auténtico malhumor.

–Pues a mí me preocuparía más que él no confiara en ti, Yet, viejo amigo –dijo ZeSpiole mirándolo a los ojos.

–¿Qué? –balbuceó YetAmidous.

–Bueno, podría tener la sensación de que habías intentado matar al Protector aquel día, durante la cacería, junto al arroyo –dijo ZeSpiole con voz queda y preocupada–. Podría estar vigilándote, ¿sabes? Si yo fuera tú, pensaría en ello. Es un sabueso astuto y tortuoso. Se acerca a sus presas silenciosamente y tiene unos colmillos tan afilados como navajas. No me gustaría ser el objeto de sus sospechas, te lo aseguro. Vaya, pasaría todo el tiempo temiendo no despertar al día siguiente.

–¿Cómo? –rugió YetAmidous. Arrojó a un lado la copa, que cayó sobre las aguas lechosas. Se incorporó, temblando de furia.

ZeSpiole miró a RuLeuin, que lucía una expresión de ansiedad. El comandante de la Guardia echó la cabeza atrás y rompió a reír.

–¡Oh, Yet! ¡Qué fácil es engañarte! Estoy burlándome de ti, hombre. Podrías haber matado a UrLeyn un centenar de veces. Conozco a DeWar. No cree que seas un asesino, ¡so burro! Toma. Cómete una fruta. –Recogió un níspero y lo lanzó sobre las aguas al otro hombre, quien la cogió y, tras un momento de confusión, se echó a reír también y se zambulló de nuevo con estruendosas carcajadas.

–¡Ja! ¡Pues claro! Ah, juegas conmigo como si fuera un tonto, ZeSpiole. ¡Yalde! –dijo–. Esta agua está helada. Dile a los criados que traigan más agua caliente. ¡Y ve a buscar más vino! ¿Dónde está mi copa? ¿Qué has hecho con ella?

La copa, hundida en el baño delante de él, había dejado una mancha de vino en las lechosas aguas que parecía un reguero de sangre.

19

La doctora

El verano pasó. En nuestro país era una estación relativamente suave, pero sobre todo en las colinas de Yvenir, donde las brisas eran agradablemente frescas o tolerablemente cálidas. Durante buena parte del tiempo, Seigen se unió a Xamis más allá del horizonte durante las noches, primero con cierto retardo, mientras nosotros completábamos la primera parte de la Gran Rondalla, luego casi a la par con su hermana mayor, durante aquellas lunas extrañas y llenas de sucesos trascurridas en Yvenir, y al fin por delante de ella, en lapsos de tiempo cada vez más grandes, durante el resto de nuestra estancia, que, felizmente, concluyó sin más incidentes significativos.

Cuando llegó el momento de empaquetar lo que había que empaquetar y guardar lo que era necesario guardar, la salida de Seigen precedía a la del mayor de los soles en una campanada larga, más o menos, lo que proporcionaba a las colinas un prolongado amanecer, repleto de sombras marcadas y alargadas, en el que el día parecía solo iniciado a medias, algunos pájaros cantaban y otros no, y los minúsculos puntos de luz que eran las estrellas fugaces podían verse de vez en cuando en el cielo violeta si las lunas estaban ausentes o a poca altura.

El regreso a Haspide se llevó a cabo con la pompa y el ceremonial acostumbrados. Hubo menos banquetes, ceremonias, investiduras, desfiles triunfales por puertas recién inauguradas, procesiones dignificadas por arcos recientemente construidos, largos discursos por parte de pomposos funcionarios, elaboradas ceremonias de entrega de regalos, actos formales de concesión de premios, condecoraciones, títulos, tanto antiguos como modernos y toda clase de asuntos, todos ellos agotadores pero también, según me aseguró la doctora (para mi sorpresa, hasta cierto punto), necesarios en el sentido de que ese tipo de rituales comunitarios,

junto al uso de los símbolos compartidos, contribuían a cimentar nuestra sociedad. Si acaso, me dijo una vez, a Drezen le hacía falta un poco más de eso.

En el camino de regreso a Haspide, en medio de todo este ceremonial –en su mayor parte, sigo insistiendo, puro ornato vacío–, el rey estableció concejos municipales en numerosas ciudades, instituyó nuevos gremios profesionales y concedió a varios condados y pueblos el estatus privilegiado de burgo. En todas estas medidas no contó con la aprobación entusiasta de los duques y nobles de las provincias implicadas, pero él parecía más decidido a endulzar la medicina para aquellos que podían verse perjudicados por esta redistribución de las responsabilidades y a controlarlos de lo que se había mostrado en el camino de ida, y no menos decidido, con su natural jovialidad, a salirse con la suya, no solo porque era el rey, sino porque sabía que estaba haciendo lo que debía y antes de que pasara mucho tiempo la gente se daría cuenta de ello.

–¡Pero no hay ninguna necesidad de esto, señor!

–Ah, pero la habrá.

–Sire, ¿cómo podemos estar seguros de ello?

–Podemos estarlo como lo estamos de que los soles volverán a salir después de haberse puesto, Ulresile.

–En efecto, señor. Pero sin embargo, esperamos a que los soles hayan salido para levantarnos. Lo que vos proponéis equivale a preparar el día en mitad de la noche.

–Algunas cosas han de prepararse con más antelación que otras –dijo el rey al joven duque con mirada de jovial resignación.

El joven duque Ulresile había optado por acompañar a la corte a Haspide. A lo largo del verano, había desarrollado considerablemente sus capacidades de conversación y opinión, comparadas con las que mostrara cuando lo conocimos en el Jardín Oculto de la parte trasera del palacio de Yvenir. Puede que solo fuera el resultado de un proceso de maduración especialmente acelerado, pero yo creo más bien que esta nueva expresividad se debía en gran parte al hecho de haber vivido en el mismo sitio que la corte real durante una estación entera.

Estábamos acampados en la llanura Toforbiana, situada aproximadamente a medio camino de Yvenir y Haspide. Ormin, Ulresile, y el nuevo duque Walen, junto con el chambelán Wiester y una pléyade de criados, se encontraban en compañía del rey en la parte exterior del pabellón real, donde la doctora estaba vendándole las manos a su majestad. Las altas astas de bandera se combaban bajo la brisa, cálida y cargada con el olor de las cosechas, y las sombras de los estandartes reales que ondeaban en todas las esquinas de aquel espacio hexagonal se movían sinuosamente sobre las alfombras que se habían tendido sobre la tierra cuidadosamente alisada.

Nuestro monarca iba a entablar un combate formal a bastonazos con el viejo dios

de la ciudad de Toforbis, representado como un ciempiés de extravagante coloración, al que daría vida un centenar de ciudadanos metidos en un largo dosel cubierto. El interés del espectáculo radicaba en presenciar la lucha entre un hombre y el toldo de una tienda, aunque se tratase de una tienda móvil, alargada, cubierta de escamas pintadas y dotada de una cabeza gigantesca de ave con colmillos en el pico, pero era uno de los rituales que había que soportar por respeto a las costumbres locales y para mantener contentos a los dignatarios regionales.

El duque Ulresile observaba las manos de la doctora, mientras estas daban vueltas y vueltas alrededor de los dedos y las palmas de las manos reales.

–Pero, señor –dijo–, ¿por qué prepararlo con tanta antelación? ¿No podría verse como una necedad...?

–Porque esperar más sería una necedad aún mayor –dijo el rey con tono paciente–. Si uno planea atacar al alba, no espera al alba para despertar a las tropas. Empieza a organizarías en plena noche.

–Duque Walen, sois de la misma opinión que yo, ¿no es así? –dijo Ulresile con tono de exasperación.

–Yo creo que no tiene sentido discutir con el rey, aunque sus decisiones parezcan desacertadas a los mortales de condición menor como nosotros –dijo el nuevo duque Walen.

El nuevo duque era, en todos los sentidos, digno sucesor de su hermano, cuya muerte sin herederos directos había garantizado que el título fuera a parar a un pariente, cuyo resentimiento por haber nacido, según sus propios cálculos, un año tarde, solo era comparable a la valía que él mismo se atribuía. Era un individuo de aspecto avinagrado que daba la impresión de ser, si tal cosa es posible, aún más viejo que el viejo duque.

–¿Y vos, Ormin? –preguntó el rey–. ¿También pensáis que estoy precipitándome demasiado?

–Puede que un poco, señor –dijo Ormin con expresión dolorida–. Pero es difícil evaluar estas cosas con precisión. Sospecho que solo se puede saber si uno ha hecho bien después de pasado un lapso de tiempo considerable. A veces son nuestros hijos los que descubren las virtudes y los defectos de nuestras decisiones. En realidad, es un poco como plantar un árbol. –Musitó esta última frase con una expresión de leve sorpresa por sus propias palabras.

Ulresile lo miró con el ceño fruncido.

–Los árboles crecen, duque. Lo que nosotros estamos haciendo es talar el bosque a nuestro alrededor.

–Sí, pero con la madera podremos construir casas, puentes, naves... –dijo el rey con una sonrisa–. Y los árboles vuelven a crecer. A diferencia de las cabezas, he de decir.

Ulresile apretó los labios.

–Creo que lo que el duque quiere decir –dijo Ormin– es que tal vez estemos procediendo con cierta precipitación en estas... alteraciones. Corremos el riesgo de eliminar, o al menos recortar en exceso, el poder de la estructura nobiliaria existente antes de que exista otra estructura lo bastante sólida, capaz de soportar el peso. Tengo que confesar que, al menos por mi parte, temo que los burgueses de algunas de las ciudades de mi provincia no hayan terminado de asumir la idea de hacerse con la responsabilidad de la transferencia de la propiedad de la tierra, por ejemplo.

–Y, sin embargo, llevan generaciones comerciando con el grano, los animales o los productos de sus propios oficios –dijo el rey mientras levantaba la mano izquierda, que la doctora acababa de terminar de vendar. La examinó detenidamente, como si estuviera buscando algún defecto–. Sería un poco raro que, solo porque en el pasado su señor tuviera el poder de decidir quién debía cultivar qué, o dónde debía vivir cada uno, fueran incapaces de tomar sus propias decisiones al respecto. De hecho, es posible que descubráis que ya han estado haciéndolo, solo que de una manera que podríamos llamar informal, sin vuestro conocimiento.

–No, son gente sencilla, señor –dijo Ulresile–. Puede que un día estén preparados para adoptar esa responsabilidad, pero ese día aún no ha llegado.

–¿Sabíais –dijo el rey con tono serio– que cuando mi padre murió, yo no creía estar preparado para adoptar la responsabilidad que recayó sobre mis hombros?

–Oh, vamos, señor –dijo Ormin–. Sois demasiado modesto. Por supuesto que lo estabais, y eso ha quedado sobradamente demostrado con innumerables pruebas desde entonces. De hecho, lo habéis demostrado de manera expeditiva, diría yo.

–Pues yo creo que no lo estaba –dijo el rey–. Y, desde luego, no creía estarlo en aquel momento, y además estoy seguro de que si hubieras recabado la opinión de los duques y demás nobles de la corte en aquel momento y hubiesen podido decir lo que realmente pensaban, y no lo que mi padre quería oír, habrían dicho que yo no era un hombre a la altura de la responsabilidad. Y, lo que es más, yo habría estado de acuerdo con ellos. Sin embargo, mi padre murió, me vi obligado a subir al trono y, a pesar de saber que no estaba preparado, lo hice lo mejor que pude. Aprendí. Me convertí en rey porque me comporté como tal, no solo por ser el hijo de mi padre y porque me hubiesen dicho con antelación que un día llegaría a serlo.

Ormin respondió a estas palabras con un asentimiento de cabeza.

–Estoy seguro de que todos hemos entendido el punto de vista de vuestra majestad –dijo Ulresile mientras Wiester y un par de criados ayudaban al rey a ponerse las pesadas túnicas ceremoniales. La doctora se apartó para dejar que metieran los brazos de nuestro monarca en las mangas y, una vez hecho esto, procedió a completar los vendajes de la mano derecha.

–Creo que tenemos que ser valientes, amigos míos –dijo el duque Ormin a Walen

y Ulresile–. El rey tiene razón. Vivimos en una nueva era y debemos tener el valor de adoptar nuevas formas de comportamiento. Puede que las leyes de la Providencia sean eternas, pero su aplicación en el mundo cambia con el paso de los tiempos. El rey no se equivoca al confiar en el sentido común de los campesinos y artesanos. Poseen gran experiencia práctica en muchas cosas. No deberíamos subestimar su capacidad por el mero hecho de que sean de humilde cuna.

–En efecto –dijo el rey al tiempo que se erguía y echaba la cabeza hacia atrás para dejar que le peinaran la cabellera y se la recogieran en una cola de caballo.

Ulresile miró a Ormin como si estuviera a punto de escupir.

–La experiencia práctica está muy bien para un hombre que hace mesas o tiene que controlar una recua de bestias para tirar de un arado –dijo–. Pero aquí estamos hablando de gobernar provincias y en ese tema somos los únicos que poseemos experiencia.

La doctora admiró el trabajo realizado en las manos del rey y retrocedió un paso. La brisa trajo una perceptible fragancia de flores y cereal molido sobre las combadas paredes de tela de nuestro patio de armas provisional.

El rey dejó que Wiester le pusiera los gruesos guantes en las manos y le anudara los cordones. Otro criado dejó delante de él unas botas de aspecto recio y rica decoración y guió cuidadosamente sus pies hasta su interior.

–En ese caso, mi querido Ulresile –dijo–, tendréis que enseñar a los burgueses de las ciudades lo que sabéis, o de lo contrario ellos cometerán errores que nos empobrecerán a todos, porque creo que podemos esperar que estas mejoras produzcan un incremento de las cosechas. –El rey sorbió por la nariz un par de veces.

–Estoy seguro de que la parte de ese incremento correspondiente a los duques será muy apreciada, en caso de llegar a materializarse –dijo el duque Ormin con la expresión de alguien que espera el azote del viento en la cara–. Yo mismo la apreciaré, sin duda. Oh, sí.

El rey lo miró rápidamente, con los ojos entornados, como si estuviera a punto de estornudar.

–Entonces seguro que estás preparado para ser el primero en poner en práctica las reformas en tu provincia, Ormin.

Ormin parpadeó y luego sonrió. Hizo una reverencia.

–Será un honor, señor.

El rey aspiró hondo y luego sacudió la cabeza y juntó las manos lo mejor que pudo. Lanzó una mirada victoriosa a Ulresile, quien observaba a Ormin con una expresión de espanto y asco.

La doctora se arrodilló junto a su maletín. Pensé que se disponía a ayudarme a guardar los diferentes instrumentos, pero lo que hizo fue sacar un pañuelo limpio y levantarse delante del rey justo antes de que este estornudara con tanta fuerza que le

arrancó el cabello de las manos al criado que lo estaba peinando y lanzó el peine sobre la alfombra de brillantes colores que teníamos delante.

–Si me lo permitís, señor –dijo la doctora. El rey asintió. Wiester parecía incómodo. Él todavía estaba sacando el pañuelo.

La doctora sostuvo delicadamente el pañuelo bajo la nariz del rey y dejó que este se sonara. Dobló la tela y a continuación, usando otra de las esquinas, le dio unas leves pasaditas en los ojos, que se habían humedecido.

–Gracias, doctora –dijo él–. ¿Y qué piensas *tú* de nuestras reformas?

–¿Yo, señor? –dijo la doctora con cara de sorpresa–. Eso no es asunto mío.

–Vamos, Vosill –dijo el rey–. Tienes opinión sobre todo lo demás. Pensaba que estarías más a favor que nadie. Vamos, seguro que estarás contenta. Es algo parecido a lo que tenéis en tu precioso Drezen, ¿no? Lo has mencionado con enojosa frecuencia anteriormente. –Frunció el ceño. El duque Ulresile no parecía muy feliz. Vi que miraba de soslayo a Walen, quien también parecía preocupado. El duque Ormin no parecía estar escuchando, aunque su rostro exhibía también una expresión de sorpresa.

La doctora dobló lentamente el trapo.

–He hablado de muchas cosas para comparar el lugar que decidí abandonar con el lugar al que decidí venir –dijo, con una parsimonia idéntica a la que estaba aplicando a la tarea de doblar el trapo.

–Estoy seguro de que nada de cuanto nosotros podemos hacer estaría a la altura de las elevadas expectativas de la señora –dijo el duque Ulresile, con algo que sonó a amargura, o a desprecio incluso–. Eso lo ha dejado muy claro.

La doctora esbozó una fugaz sonrisilla, parecida a un guiño y entonces preguntó al rey:

–Señor, ¿puedo marcharme ahora?

–Por supuesto, Vosill –dijo el rey con cara de sorpresa y preocupación. Mientras ella se volvía, su majestad levantó las manos enguantadas y unos criados le trajeron el bastón con incrustaciones de plata y oro que utilizaría para enfrentarse al falso monstruo. En la distancia sonaron unos cuernos y se alzó un griterío jubiloso–. Gracias –le dijo a mi señora. Ella se volvió un instante, se inclinó rápidamente y luego se marcho. Yo la seguí.

Mi amo ya sabe lo que ocurrió cuando la sorpresa que el viejo duque Walen había estado casi un año preparando se abatió finalmente sobre la doctora, pero a pesar de ello diré algunas palabras sobre el suceso, a fin de completar la imagen que he esbozado hasta el momento.

Hacía solo dos días que la corte había regresado a Haspide. Yo aún no había terminado de desempaquetar todas las pertenencias de la doctora. Iba a celebrarse una

recepción diplomática en el salón principal y se había requerido la presencia de mi señora. Ni ella ni yo sabíamos quién había hecho tal requerimiento. Aquella mañana salió temprano diciendo que iba a uno de los hospitales a los que hacía visitas regulares antes de que partiéramos en la Gran Rondalla de aquel año. Me dijo que me quedara en casa y continuara poniendo en orden nuestros aposentos. Sé que mi amo tenía a uno de sus hombres siguiéndola, que descubrió que, en efecto, fue al hospital de las mujeres y atendió a algunas de las enfermas allí confinadas. Yo dediqué el tiempo a sacar redomas y frascos de cristal de cajones de embalaje llenos de paja y a elaborar una lista de los ingredientes frescos que necesitaríamos a lo largo del próximo medio año para preparar las pociones y remedios de la doctora.

Regresó a casa algún tiempo después de la tercera campanada de la mañana, se bañó, se puso un atuendo más formal y después la acompañé al salón principal.

No alcanzo a recordar si reinaba un aire de expectación especial en el lugar, pero sí que estaba abarrotado, con centenares de cortesanos, diplomáticos extranjeros, cónsules, nobles, comerciantes y gente diversa por todas partes, sin duda enfrascados en sus propios asuntos y totalmente convencidos de que eran más importantes que los de los demás y merecían, en caso de que la necesitaran, la atención personal del rey. Desde luego, la doctora no dio la menor señal de prever que algo extraño o inesperado estuviese a punto de suceder. Si parecía distraída era porque quería terminar de ordenar sus aposentos, su estudio y su taller y volver a poner en orden su maquinaria alquímica. Mientras nos dirigíamos al salón, me hizo anotar varios ingredientes y materias primas que, había recordado de repente, necesitaría en un futuro próximo.

–Ah, mi querida doctora –dijo el duque Ormin mientras se abría paso en medio de un grupo exóticamente ataviado de extranjeros que parloteaban en una jerigonza incomprensible–. Me han dicho que ha venido alguien a veros.

–¿De veras? –preguntó ella.

–Sí –repuso Ormin. Por una vez, estaba muy erguido, y descollaba sobre la mayoría de las cabezas de aquel gentío–. Nuestro nuevo duque Walen y... ah, el comandante Adlain mencionaron algo al respecto. –Entornó los ojos, con la mirada perdida en la distancia–. No lo oí todo, y parecían... Ah, ahí están. Allí. –El duque saludó con la mano y luego miró a la doctora–. ¿Estabais esperando a alguien?

–¿Esperando a alguien? –repitió la doctora mientras el duque nos conducía hacia una esquina del salón.

Nos acercamos al comandante de la Guardia. No oí lo que se dijeron a continuación la doctora y el duque Ormin, porque estaba observando a Adlain, quien estaba hablando con un par de hombres de mirada severa, tan grandes que daban miedo, y armados con mandobles. Al ver que nos aproximábamos, el comandante les hizo un gesto con la cabeza y ellos se retiraron unos pasos.

–Doctora –dijo el comandante Adlain con una actitud abierta y amistosa mientras colocaba un brazo a un lado de la doctora, como si se dispusiera a rodearle los hombros, lo que obligó a mi señora a volverse hacia un lado–. Buenos días. ¿Cómo estáis? ¿Habéis desempacado ya vuestras cosas? ¿Volvéis a estar felizmente instalada?

–Estoy bien, señor. Aún no hemos terminado de organizamos. ¿Y vos?

–Oh, yo... –El comandante de la Guardia miró hacia atrás y una expresión de sorpresa asomó a su cara–. Ah. Aquí está Ulresile. ¿Y quién es ese?

La doctora y él se volvieron hacia el duque Ulresile y un hombre alto y de piel broncínea, de mediana edad, vestido con una ropa holgada de aspecto curioso y tocado con un pequeño tricornio. El duque Ulresile sonreía con extraña avidez. Tras él se encontraba el nuevo duque Walen, con la cabeza gacha y los negros ojos entrecerrados.

El extraño de la piel broncínea tenía una nariz bastante prominente y, apoyada sobre ella, una extraña estructura de metal, con dos trozos de cristal del tamaño de una moneda engarzados, uno delante de cada ojo. Se la quitó con una mano como si fuera un sombrero (el sombrero se lo dejó en la cabeza) e hizo una profunda reverencia. Creí que se le iba a caer el sombrero, pero al parecer estaba sujeto en el sitio por tres alfileres con piedras preciosas.

Después de erguirse de nuevo, el sujeto se dirigió a la doctora en una lengua muy diferente a cualquier otra que hubiese escuchado antes, llena de extrañas variaciones tonales y ruidos guturales.

Ella le dirigió una mirada vacía. La expresión amistosa del hombre pareció vacilar un momento. El duque Walen entornó los ojos. La sonrisa de Ulresile se ensanchó un poco más y tomó aliento.

Entonces la doctora sonrió, alargó las manos y cogió las del desconocido. Se echó a reír, sacudió la cabeza y de su boca salió un chorro de sonido que sonó muy parecido al del desconocido. En medio de aquel expeditivo parloteo, capté las palabras «Drezen» (que sonó más bien como «Drech-tsen»), «Pressell», «Vosill» y, en varias ocasiones, algo que sonaba como «Koo-doon». Los dos permanecieron allí, intercambiando sonrisas radiantes y hablando con un continuo derroche de sonidos extraños, sin dejar de asentir y sacudir la cabeza. Vi que la sonrisa en la cara del duque Ulresile se marchitaba lentamente, como una flor recién arrancada. La expresión arisca y velada del nuevo duque Walen no varió. El comandante Adlain lo observaba todo con expresión fascinada y con una minúscula sonrisa en los labios, mientras alternaba alguna que otra mirada con Ulresile.

–Oelph –oí decir a la doctora, y se volvió hacia mí–. Oelph –volvió a decir, y alargó una mano en mi dirección. Seguía muy sonriente–. ¡Este es el *gaan* Kuduhn, de Drezen! *Gaan* Kuduhn –le dijo al extranjero–. *Bla, bla* Oelph (así me sonó a mí) –

le dijo. Recordé que la doctora me había explicado que un *gaan* era una especie de diplomático a tiempo parcial.

El espigado y broncíneo caballero volvió a quitarse el artefacto de la nariz y se inclinó ante mí.

–*Ehstoy ehncantado* de *conocerla,* Welph –dijo lentamente en algo parecido al haspidiano.

–¿Cómo estáis, caballero Kuduhn? –dije, con otra reverencia.

La doctora se lo presentó también al duque Ormin. El *gaan* conocía ya a Walen, a Ulresile y al comandante de la Guardia.

–El *gaan* viene de una isla del mismo archipiélago que la mía –dijo la doctora. Parecía emocionada y un poco alterada–. El antiguo duque Walen lo invitó aquí desde Cuskery para hablar de la posibilidad de entablar relaciones comerciales. Tomó una ruta muy diferente a la mía, pero parece haber tardado casi tanto tiempo como yo en llegar. Ha estado fuera de allí mucho tiempo, así que no trae muchas noticias nuevas, ¡pero es maravilloso volver a oír hablar en drezení! –Se volvió de nuevo hacia él mientras decía–: Creo que voy a intentar persuadirlo para que se quede y establezca una auténtica embajada. –Volvió a hablar en aquel galimatías.

Ulresile y Walen se miraron. El comandante Adlain levantó la mirada hacia el techo del gran salón un instante y luego emitió un pequeño silbido.

–En fin, caballeros –les dijo a los tres duques–. Creo que aquí estamos un poco de más, ¿no os parece?

El duque Ormin emitió un distraído «mmm». Los otros dos fulminaron a la doctora con la mirada y miraron al *gaan* Kuduhn con algo que parecía decepción, aunque en el caso del duque Walen no requirió de modificación alguna de su expresión habitual.

–Por muy fascinante que pueda ser esta conversación en una lengua extranjera, tengo otros asuntos que atender –dijo Adlain–. Si me disculpáis... –Se despidió de los duques con un gesto de cabeza y se alejó, no sin antes hacer una seña a los dos fornidos capitanes de la guardia, que se marcharon tras él.

–Duque Walen, duque Ulresile –dijo la doctora sin dejar de sonreír–. Muchas gracias. Os agradezco muchísimo que hayáis pensado en presentarme al *gaan* sin perder un instante.

El nuevo duque Walen guardó silencio. Ulresile pareció tragarse una respuesta amarga.

–Un placer, señora.

–¿El *gaan* tiene prevista una audiencia con su majestad? –preguntó ella.

–No, no está prevista –dijo Ulresile.

–En tal caso, ¿os importa que os lo arrebate un rato? Tenemos tantas cosas de que hablar...

Ulresile inclinó la cabeza y esbozó una sonrisilla tensa.

–Por supuesto. Como si estuvierais en vuestra casa.

Amo, pasé una campanada y media con la doctora y su nuevo amigo en una alcoba de la galería del patio de los Cantos, y no aprendí nada nuevo, aparte de que los nativos de Drezen hablan como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento y que a veces toman su vino con agua y un poco de azúcar. El *gaan* Kuduhn tenía una audiencia con el rey aquella tarde y pidió a la doctora que hiciera de intérprete para él, puesto que su imperial era poco mejor que su haspidiano. Ella accedió gustosa.

Aquella tarde, fui a ver al boticario Shavine para comprar productos químicos y otras cosas para el taller de la doctora. Cuando me marché, mi señora estaba vistiéndose y preparándose con enorme cuidado para la audiencia del *gaan* Kuduhn. Estaba radiante. Al preguntarle si me necesitaría, me respondió que no hasta la noche.

Hacía un día excelente, muy cálido. Emprendí la larga caminata hasta la botica y al atravesar los muelles me acordé de aquella noche de tormenta, medio año atrás, cuando había estado buscando a los niños a los que habíamos enviado a comprar hielo. Recordé a los niños de la abarrotada y mugrienta habitación de la casa del barrio pobre y la terrible fiebre que se había llevado a la pequeña enferma a pesar de todos los esfuerzos de la doctora.

Los muelles olían a pescado, a alquitrán y a mar.

Cargado con una cesta de tarros de arcilla y tubos de cristal, embalados en paja, paré en una taberna. Probé a echarle un poco de agua y de azúcar al vino, pero el resultado no fue de mi agrado. Estuve algún tiempo allí sentado, sin más, contemplando la calle por la ventana abierta. Volví a palacio alrededor de la cuarta campanada de la tarde.

La puerta de los aposentos de la doctora estaba abierta. Eso no era habitual. Vacilé un momento antes de seguir adelante, invadido de repente por una sensación de temor. Al entrar, vi que había un par de botas cortas de vestir y una media capa formal en el suelo del salón. Dejé la cesta con los productos químicos y los ingredientes sobre la mesa y me dirigí al taller, donde se oía una voz.

La doctora estaba allí, sentada y con los pies apoyados en la mesa del taller, con los talones descalzos sobre una resma de papeles, las piernas expuestas hasta las rodillas y el cuello de su traje desabrochado hasta el pecho. El largo cabello pelirrojo le caía suelto sobre la espalda. Uno de los pebeteros colgados del techo describía pequeños círculos alrededor de su cabeza, seguido por un rastro de humo con olor a especias. El gastado y viejo cuchillo descansaba sobre el banco, junto a su codo. Ella

tenía una copa en la mano. Su cara estaba colorada alrededor de los ojos. Tuve la impresión de que había estado hablando sola. Se volvió hacia mí y me clavó una mirada acuosa.

–Ah, Oelph –dijo.

–¿Señora? ¿Os encontráis bien?

–Eh... La verdad es que no, Oelph. –Levantó una jarra–. ¿Te apetece un trago?

Miré a mi alrededor.

–¿Queréis que cierre la puerta?

Pareció meditarlo un momento.

–Sí –dijo–. Cerrar la puerta parece estar en el orden del día. ¿Por qué no? Luego vuelve y tomaremos un trago. Es muy triste beber sola.

Fui a cerrar la puerta, busqué una copa y llevé otra silla al taller para sentarme con ella. Me sirvió un poco de licor en la copa.

Miré el recipiente. El líquido no olía a nada.

–¿Qué es esto, señora?

–Alcohol –dijo ella–. Casi puro. –Lo olió–. Aunque tiene un *bouquet* muy intrigante.

–Señora, ¿no es esta la destilación que nos prepara el boticario real?

–La misma –dijo ella antes de tomar un trago de su copa.

Le di un sorbito a la mía, me puse a toser y traté de no vomitar el líquido.

–Un poco fuerte, ¿no? –dije con voz ronca.

–Como tiene que ser –repuso ella con voz taciturna.

–¿Qué pasa, señora?

Me miró. Tras un momento, dijo:

–Soy una mujer muy estúpida, Oelph.

–Señora, sois la mujer más inteligente y sabia que he conocido nunca, y de hecho, una de las personas más inteligentes y sabias que he conocido jamás.

–Eres demasiado bueno, Oelph –dijo con la mirada perdida dentro de su copa–. Pero a pesar de eso, sigo siendo una tonta. Nadie es listo en todos los sentidos. Es como si todos tuviéramos que ser unos estúpidos en algo. Yo me he comportado como una estúpida con el rey.

–¿Con el rey, señora? –pregunté, preocupado.

–Sí, Oelph. Con el rey.

–Señora, estoy convencido de que el rey, que es una persona considerada y comprensiva, no os tendrá en cuenta lo que hayáis podido hacer. Seguro que la ofensa, si es que lo ha sido, es mucho más importante para vos que para él.

–Oh, no ha sido una ofensa, Oelph, solo... una estupidez.

–Me cuesta creerlo, señora.

–Y a mí. Pero es un hecho.

Tomé el más ínfimo de los tragos de mi copa.

–¿Podéis contarme lo que ha ocurrido, señora?

Me dirigió de nuevo una mirada vacilante.

–¿Me prometes que mantendrás lo que te cuente en...? –empezó a decir, y debo confesar que el corazón se me vino abajo al escuchar estas palabras. Pero sus siguientes palabras me salvaron de una extensión aún mayor de mi perjurio y mi traición, o una avalancha gratuita de confesiones propias–. Oh, no –dijo mientras sacudía la cabeza y se frotaba la cara con la mano que no sujetaba la copa–. No, da igual. La gente se enterará si el rey quiere. Y es lo mismo. ¿A quién le importa?

No dije nada. La señora se mordió el labio inferior y luego tomó otro trago. Me sonrió con tristeza y dijo:

–Le he dicho al rey lo que siento por él, Oelph –dijo, y suspiró. Se encogió de hombros, como si quisiera decir «bueno, ahí lo tienes».

Bajé la mirada hacia el suelo.

–¿Y qué es, señora? –pregunté con voz queda.

–Pensaba que lo habrías deducido, Oelph –dijo.

Me di cuenta de que también yo me estaba mordiendo el labio inferior. Tomé un trago, por hacer algo más que nada.

–Estoy seguro de que ambos amamos al rey, señora.

–Todo el mundo ama al rey –respondió ella amargamente–. O dice que lo ama. Es lo que se supone que deben sentir, y lo que están obligados a sentir. Yo siento otra cosa. Algo que no se puede demostrar sin incurrir en una terrible demostración de estupidez y falta de profesionalidad, cosa que yo he hecho. Tras la audiencia con el *gaan* Kuduhn... ¿Sabes que creo que ese viejo bastardo de Walen creía que me estaba tendiendo una trampa? –se interrumpió. Yo volví a toser. No estaba acostumbrado a oír palabras malsonantes en boca de la doctora. Me provocaba una gran desazón–. Sí –dijo–. Creo que pensaba que no soy... que soy... Bueno, el caso es que fue después de la audiencia con el *gaan*. Estábamos solos, él y yo. Le dolía el cuello. No sé –dijo con tono de miseria–. Puede que estuviera alterada por haber conocido a alguien de mi hogar.

De repente se echó a llorar, y al levantar la cabeza, vi que estaba inclinándose hacia delante y tenía la cabeza cerca de las rodillas. Dejó violentamente la copa sobre el banco y se sujetó la cabeza con las manos.

–Oh, Oelph –susurró–. He hecho cosas tan horribles...

Me quedé mirándola, mientras me preguntaba a qué, en el nombre de la Providencia, podía estar refiriéndose. Ella sorbió por la nariz, se limpió la cara con la manga y alargó la mano hacia la copa. Vaciló un instante al pasar junto a la vieja daga y entonces cogió la copa y se lo llevó a los labios.

–No puedo creer que lo haya hecho, Oelph. No puedo creer que se lo haya dicho.

¿Y sabes lo que me respondió él? –preguntó con una sonrisa desesperanzada y vacilante. Sacudí la cabeza.

–Me dijo que lo sabía, por supuesto. ¿Acaso pensaba que era un estúpido? Y, oh, se sentía halagado, pero que responderme sería aún más imprudente por su parte de lo que lo había sido por la mía hacer la declaración. Además, a él solo le gustan las mujeres bonitas, exquisitas, delicadas y sin ningún cerebro, solo se siente cómodo con ellas. Eso es lo que le gusta. Nada de astucia, ni de inteligencia, y desde luego nada de instrucción. –Resopló–. Vacuidad. Eso es lo que quiere. ¡Un bonito rostro como fachada para una cabeza hueca! ¡Ja! –Apuró lo que le quedaba en la copa y luego, al rellenarla con la jarra, vertió un poco de licor sobre su vestido y sobre el suelo–. Si serás cretina, Vosill... –masculló para sí.

La sangre se me había helado al escuchar sus palabras. Sentí ganas de abrazarla, de acercarme a ella, de cogerla entre mis brazos... Y al mismo tiempo deseé encontrarme en cualquier otro lugar que no fuera aquel.

–Bueno, si lo que quiere es estupidez... Oh, ¿no ves la ironía, Oelph? –dijo–. La única cosa realmente estúpida que he hecho desde que llegué aquí ha sido decirle que lo amo. Ha sido una absoluta, total, completa y definitiva demostración de imbecilidad y, a pesar de ello, no ha sido bastante. Él quiere una anulación del intelecto a jornada completa. –Miró dentro de su copa–. No puedo decir que lo culpe por ello. –Bebió. Empezó a toser y tuvo que dejar la copa en el banco. La base tropezó con la daga y el recipiente se inclinó y cayó al suelo, donde se hizo añicos y derramó el alcohol sobre los tablones. La señora bajó los pies del banco, los colocó debajo de la silla en la que estaba sentada y, con las manos en la cabeza, encogió el cuerpo y se echó a llorar.

–Oh, Oelph –lloró–. ¿Qué he hecho? –Empezó a balancearse adelante y atrás en su asiento, con la cara enterrada en las manos y sus largos dedos alrededor de su cabellera rojiza, como los barrotes de una jaula–. ¿*Qué* he hecho? ¿Qué he hecho?

Yo estaba aterrorizado. No sabía qué hacer. Me había sentido tan maduro, tan adulto, tan capaz y controlado durante las dos últimas estaciones... Pero ahora volví a sentirme como un niño, totalmente incapaz de saber cómo responder frente al dolor y la congoja de un adulto.

Titubeé, dominado por la creciente y espantosa certeza de que lo que hiciera a continuación, fuera lo que fuese, sería un error, un completo error, y que sufriría por ello más tiempo y con mayor intensidad que la doctora, pero finalmente, mientras ella seguía columpiándose adelante y atrás y gemía de forma lastimera para sí, dejé la copa en el suelo, me levanté de mi asiento y me arrodillé a su lado. Alargué una mano y la posé delicadamente sobre su hombro. No reaccionó. Dejé que mi mano siguiera sus movimientos de balanceo y luego la extendí sobre sus hombros. Por alguna razón, al tocarla de aquella manera, se me antojó más pequeña de lo que siempre me había

parecido.

Ella seguía sin pensar que hubiese cometido ninguna terrible trasgresión por haberla tocado, así que, haciendo acopio de valor, la cogí por la nuca, me acerqué a ella y la rodeé con los dos brazos. La abracé, detuve delicadamente sus movimientos, percibí la calidez de su cuerpo y probé el dulce aroma de su aliento. Ella se dejó abrazar.

Estaba haciendo lo que había imaginado apenas momentos antes, lo que había imaginado durante el último año, algo que nunca, nunca pensé que pudiera llegar a ocurrir, algo con lo que había soñado noche tras noche, estación tras estación, y algo que había esperado, y aún esperaba, que condujera a un abrazo todavía más íntimo, por mucho que me hubiese parecido, y aún me pareciese, de una imposibilidad casi absurda.

Sentí que la tensión de su cuello se relajaba. Me rodeó con los brazos. La cabeza me daba vueltas. Su rostro, cálido y humedecido por las lágrimas, estaba ahora junto al mío. Me atreví a volver mi cara hacia la suya, a aproximar mi boca a sus labios.

–Oh, Oelph –me dijo con la cabeza pegada a mi hombro–. No es justo utilizarte de este modo.

–Podéis utilizarme como gustéis, señora –dije atropellándome con las palabras. Capté un delicado perfume que despedía su cuerpo cálido, un aroma delicado que los vapores del alcohol no lograban ocultar y que resultaba infinitamente más embriagador–. ¿Tan...? –empecé a decir, pero entonces tuve que detenerme para tragar saliva–. ¿Tan terrible es correr el riesgo de revelarle a una persona los sentimientos que albergamos por ella, aunque sospechemos que no los comparte? ¿Es que eso está mal, señora?

Se apartó suavemente de mí. Su rostro, cubierto de lágrimas, con los ojos hinchados e inyectados en sangre, seguía siendo terriblemente hermoso. Su mirada me perforó.

–Eso nunca es malo, Oelph –dijo con tina voz muy suave. Estiró los brazos y me tomó las dos manos–. Pero no estoy más ciega que el rey. Ni más capacitada que él para ofrecer reciprocidad.

Por un momento, me pregunté estúpidamente lo que quería decir con eso antes de comprenderlo, y entonces una terrible tristeza se abatió poco a poco sobre mi alma, como si hubiesen echado una especie de mortaja sobre mi interior y estuviera posándose con afligida e implacable certeza sobre todas mis esperanzas y sueños y los erradicara para siempre.

Se llevó una mano a mi mejilla. Sus dedos seguían siendo cálidos, firmes y delicados al mismo tiempo y su piel, lo juro, despedía un olor muy dulce.

–Te tengo un enorme aprecio, querido Oelph.

Oí estas palabras y sentí que el corazón se me ensombrecía más aún.

–¿Sí, señora?

–Por supuesto. –Se apartó de mí y miró los restos de la destrozada copa–. Por supuesto que sí. –Volvió a sentarse y aspiró hondo, se pasó una mano por el pelo, se alisó el traje y trató de abrocharse los botones del cuello. Sus dedos no la obedecían. Desde muy lejos, sentí el impulso de ayudarla, o más bien, de ayudarla con una tarea diferente, pero finalmente acabó por rendirse y se limitó a sujetar el largo cuello con la mano. Me miró a la cara mientras se secaba las lágrimas con los dedos.

–Creo que necesito dormir, Oelph. ¿Me disculpas?

Levanté mi copa del suelo y la dejé sobre la mesa del taller.

–Naturalmente, señora. ¿Puedo hacer algo?

–No. –Sacudió la cabeza–. No, no puedes hacer nada. –Apartó la mirada.

20

El guardaespaldas

–Le conté al niño una historia mía.

–¿Sí?

–Sí. Un montón de mentiras.

–Bueno, todas las historias lo son, en cierto modo.

–Esta era algo peor. Era una historia real transformada en una mentira.

–Sentirías que había una razón para hacerlo.

–Sí, así es.

–¿Y qué razón era esa?

–Que quería contar la historia, pero no podía contársela tal cual a un niño. Es la única historia que conozco digna de ser contada, la historia en la que más pienso, la que vivo una y otra vez en mis sueños, la que siento que debe ser contada, pero un niño no podría entenderla, y aun en el caso de que pudiera, contársela habría sido algo inhumano.

–Mmmm. No me recuerda a ninguna de las historias que me has contado.

–¿Quieres que lo haga ahora?

–Parece una historia dolorosa.

–Lo es. Y puede que demasiado dolorosa de escuchar, también.

–¿Quieres contármela?

–No lo sé.

El Protector regresó a su palacio. Su hijo aún vivía, aunque su vínculo con la vida parecía tenue y frágil. El doctor BreDelle reemplazó al doctor AeSimil pero no tuvo más éxito en el diagnóstico de lo que aquejaba al niño, ni tampoco en el tratamiento. Lattens entraba y salía en estados de inconsciencia. A veces era incapaz de reconocer

a su padre o a su niñera, y en otras ocasiones se incorporaba en la cama y decía que se encontraba mucho mejor, casi del todo bien. Sin embargo, estos períodos de lucidez y aparente recuperación se espaciaban cada vez más en el tiempo, y el niño pasaba cada vez más tiempo en la cama, dormido o en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, con los ojos cerrados, los miembros temblorosos, murmurando para sí, dando vueltas y convulsionándose como si tuviera un ataque. Casi no comía y solo podía beber agua y zumo de frutas muy diluido.

DeWar seguía temiendo que estuvieran envenenándolo de alguna manera sutil. Dispuso, con el Protector y el superintendente de una casa de huérfanos, que un par de gemelos fueran llevados a palacio para hacer de catadores para el niño. Los dos pequeños, idénticos, tenían un año menos que él. Eran débiles de nacimiento, además de que una infancia muy difícil les había dejado una constitución delicada y propensa a pequeñas afecciones. Sin embargo, empezaron a medrar mientras él seguía debilitándose, y se terminaban gustosamente todas las comidas que él apenas probaba, hasta el punto de que un observador casual, al comparar las cantidades consumidas, habría llegado a la conclusión de que era él quien cataba la comida de ellos.

Durante los primeros días tras su precipitado regreso a Crough, UrLeyn y quienes lo rodeaban se habían aislado de todo lo referente a Ladenscion y había una frustrante falta de noticias nuevas sobre la marcha de la guerra. El general recorría el palacio de un lado a otro, incapaz de concentrarse en nada, y no encontraba solaz ni siquiera en el harén. Las chicas más jóvenes, en particular, solo lograban fastidiarlo con sus torpes intentos de animarlo y pasaba más tiempo con Perrund que con ellas, sencillamente charlando la mayoría de las ocasiones.

Se organizó una cacería, pero el Protector la canceló antes de que empezara, temiendo que pudiera alejarlo demasiado tiempo del palacio y de la cama de su hijo enfermo. Trató de distraerse con los asuntos de Estado, pero fue incapaz de encontrar paciencia para los cortesanos, los representantes de las provincias o los dignatarios extranjeros. Pasaba cada vez más tiempo en la biblioteca del palacio, leyendo libros de historia y relatos sobre las vidas de los héroes de antaño.

Cuando al fin llegaron noticias de Ladenscion, eran equívocas. El ejército había conseguido tomar otra ciudad, pero las pérdidas en hombres y máquinas de asedio eran elevadas. Algunos barones habían sugerido la posibilidad de permanecer vinculados a Tassasen como vasallos teóricos, sometidos al pago de un tributo simbólico, pero conservando la independencia adquirida con su rebelión. Como los generales Ralboute y Simalg sabían perfectamente que esta solución no sería del agrado del Protector, pedían más soldados. De hecho, esperaban que la noticia se hubiese cruzado en el camino con los refuerzos que, a buen seguro, estarían ya en marcha hacia allí, por lo que esta última petición resultaba redundante. El mensaje

llegó por medio de una carta cifrada y no contenía gran cosa digna de debate o discusión, pero a pesar de todo, UrLeyn reunió al consejo de guerra entero en la sala de los mapas. DeWar fue invitado a asistir, pero se le ordenó que guardara silencio.

–¿No sería mejor que te alejaras un poco, hermano?

–¿Que me alejara? ¿Cómo? ¿En un viaje por las provincias? ¿De visita a una tía del campo? ¿Qué quiere decir eso de «alejarme un poco»?

–Quiero decir que quizá lo mejor sería que estuvieras en otra parte –dijo RuLeuin con el ceño fruncido.

–Lo mejor, hermano –dijo UrLeyn–, sería que mi hijo se recuperara rápida y completamente, que la guerra de Ladenscion terminara inmediatamente con una victoria total y que mis consejeros dejaran de hacer sugerencias estúpidas.

DeWar esperaba que RuLeuin hubiese captado la irritación del tono de su hermano y se contuviera, pero este continuó:

–Bueno, en tal caso –dijo–, lo único que se puede hacer, que no lo mejor, es que te marches a Ladenscion. Para tomar las riendas de la guerra y tener menos tiempo para las preocupaciones que te está causando la enfermedad del muchacho.

DeWar, sentado justo detrás de UrLeyn a la cabecera de la mesa de los mapas, pudo ver que algunos de los presentes miraban a RuLeuin con una expresión de desaprobación e incluso leve desdén.

UrLeyn sacudió la cabeza furiosamente.

–Por la gran Providencia, hermano, ¿por quién me tomas? ¿Es que acaso nos criaron a alguno de los dos con tal carencia de sentimientos? ¿Acaso tú puedes conectar y desconectar tus emociones? Yo no, y miraría con la máxima de las sospechas a cualquier hombre que asegurara que es capaz de hacerlo. No sería un hombre, sino una máquina. Un animal. Providencia, hasta los animales tienen sentimientos. –Recorrió con la mirada a todos los presentes en la mesa, como si estuviera desafiándolos a hacer una afirmación de semejante frialdad–. No puedo dejar al niño así. Ya lo intenté, como tal vez recuerdes, y tuve que regresar. ¿Preferirías que me marchara y pasara día y noche preocupado? ¿Querrías que me fuera a Ladenscion dejando mi corazón aquí, y que me pusiera al mando de las operaciones sin poder prestarle toda mi atención a la tarea?

Finalmente, RuLeuin pareció darse cuenta de que era mejor guardar silencio. Apretó los labios y se dedicó a estudiar el mapa que tenía delante.

–Estamos aquí para hablar de lo que ha de hacerse con esta condenada guerra –dijo UrLeyn con un ademán hacia el mapa de Tassasen desplegado en el centro de la gran mesa–. Las condiciones de mi hijo me obligan a permanecer en Crough, pero por lo demás no tienen influencia alguna en esta reunión. Agradeceré que no volváis a mencionar el tema. –Fulminó con la mirada a RuLeuin, quien continuaba con los ojos clavados en el mapa y los labios apretados–. Y ahora, ¿alguien tiene algo útil que

decir?

–¿Qué se puede decir, señor? –dijo ZeSpiole–. Estas últimas noticias no revelan gran cosa. La guerra continúa. Los barones quieren conservar lo conseguido. Estamos demasiado lejos como para hacer gran cosa. A menos que accedáis a lo que piden los rebeldes.

–Eso no es de mucha más ayuda que lo anterior –dijo UrLeyn al comandante de la Guardia con tono de impaciencia.

–Podemos enviar más tropas –dijo YetAmidous–. Pero yo no lo recomendaría. Ya nos quedan muy pocas en la capital y las demás provincias están casi vacías.

–Es cierto, señor –dijo VilTere, un joven comandante provincial al que se había llamado a la capital con una compañía de artillería ligera. El padre de VilTere había sido camarada de UrLeyn en la guerra de sucesión y el Protector lo había invitado a la reunión–. Si utilizamos demasiadas tropas para castigar a los barones, otros podrían sentirse alentados a imitar su ejemplo por la ausencia de fuerzas en las provincias.

–Si castigamos a los barones con la suficiente severidad –dijo UrLeyn–, es posible que esos «otros» se den cuenta de que semejante curso de acción es una necedad.

–En efecto, señor –dijo el comandante provincial–, pero primero debemos hacerlo y ellos deben enterarse.

–Se enterarán –dijo UrLeyn con voz torva–. He perdido la paciencia con esta guerra. No aceptaré otra cosa que una victoria total. No se entablarán más negociaciones. Informaré a Simalg y Ralboute de que lo único que deben hacer es capturar a los barones y, una vez que lo hayan hecho, enviarlos aquí como vulgares ladrones, solo que mejor custodiados. Han de tratarlos con la máxima severidad.

BiLeth puso cara de consternación. UrLeyn se percató de ello.

–¿Sí, BiLeth? –preguntó.

El ministro de Asuntos Exteriores palideció aún más.

–Es... –empezó a decir–. Eh... bien...

–¿Qué ocurre, hombre? –gritó UrLeyn. El ministro de Asuntos Exteriores dio un respingo en su asiento y su larga cabellera entrecana ondeó un instante.

–¿Estáis...? ¿Está el Protector del todo...? La cuestión, señor, es que...

–¡Por la gran Providencia, BiLeth! –rugió UrLeyn–. No irás a llevarme la contraria, ¿verdad? Por fin has encontrado una pizca de valor, ¿eh? Me pregunto de qué remoto infierno la has sacado.

BiLeth empalideció.

–Suplico al Protector que me perdone. Solo me atrevería a rogarle que reconsiderara la idea de tratar a los barones de esa manera –dijo, con una expresión entre desesperada y angustiada en el rostro enjuto.

–¿Y cómo cono debería tratar a esos bastardos? –preguntó UrLeyn con voz baja pero temblorosa de desprecio–. Nos declaran la guerra, nos toman por tontos, llenan nuestro país de viudas... –Dio un puñetazo en la mesa que hizo que los bordes del mapa se levantaran–. ¿Cómo, en el nombre de todos los viejos dioses, se supone que tengo que tratar a esos hijos de puta?

BiLeth parecía a punto de echarse a llorar. Hasta DeWar lo sentía un poco por él.

–Pero, señor –dijo el ministro con una vocecilla–, algunos de ellos están emparentados con la familia real de Haspide. Hay cuestiones de etiqueta diplomática que deben respetarse al tratar con la nobleza, aunque sea una nobleza levantisca. Si conseguimos capturar a uno solo de ellos y lo tratamos bien, es posible que lo atraigamos a nuestro lado. Comprendo...

–Comprendéis muy pocas cosas, señor mío, según se ve –dijo UrLeyn con voz rebosante de desprecio. BiLeth pareció encogerse en su asiento–. No pienso seguir discutiendo de cuestiones de etiqueta –dijo escupiendo esta última palabra–. Es evidente que esa chusma ha estado burlándose de nosotros. Se comportan como una mujer seductora, nuestros orgullosos barones. Como una coqueta. Sugieren que podrían llegar a rendirse si los tratamos un poco mejor, que serán nuestros si los cortejamos un poco más, si encontramos en nuestros corazones y nuestros bolsillos lo necesario para hacerles unos pocos regalos más, algunas muestras de estima más. Sí, y en ese caso nos abrirán las puertas, nos ayudarán con sus amigos más pertinaces, y al fin veremos que toda la resistencia ofrecida hasta el momento no ha sido más que una farsa, una bonita lucha que han tenido que librar por el bien de su honor virginal. –Volvió a aporrear la mesa–. ¡Pues no! ¡Es la última vez que nos toman el pelo! ¡Lo próximo que tomaremos serán sus cabezas, entregadas al verdugo como si fueran vulgares asesinos y luego incineradas en público!

YetAmidous dio una palmada sobre la mesa y se levantó de su asiento.

–¡Bien dicho, señor! ¡Ese es el espíritu que nos hace falta!

ZeSpiole observó cómo se encogía BiLeth un poco más en su asiento, e intercambió una mirada con RuLeuin, quien se volvió hacia el suelo. El comandante de la Guardia apretó los labios y estudió el mapa. Los demás oficiales presentes –generales de menor rango, consejeros y ayudantes de campo– se entretuvieron de diversas formas, pero ninguno de ellos se atrevió a mirar directamente al Protector ni a decir nada que contradijera sus opiniones.

UrLeyn contempló sus rostros con una expresión de burlona admonición.

–Bueno, ¿es que no hay nadie que tome partido por mi ministro de Asuntos Exteriores? –dijo con un ademán dirigido a la menguante figura que era BiLeth–. ¿Ha de permanecer solo y sin ayuda en esta campaña?

Nadie dijo nada.

–¿ZeSpiole? –preguntó el general.

El comandante de la Guardia levantó la mirada.

–¿Señor?

–¿Crees que tengo razón? ¿Tendría que negarme a entablar más negociaciones con los barones rebeldes?

ZeSpiole inhaló profundamente.

–Creo que amenazar a los barones, tal como habéis dicho, puede resultar fructífero, señor.

–Y, si conseguimos capturar a uno de ellos, ¿debemos proceder como he propuesto?

ZeSpiole estudió el gran ventanal en forma de abanico de la pared opuesta, donde la luz del sol se reflejaba sobre el cristal y las piedras semipreciosas.

–La idea de ver a uno de esos barones humillados no me disgusta, señor. Y, tal como habéis dicho, en esta ciudad hay tantas viudas que sus gritos de júbilo ahogarían los aullidos del prisionero.

–¿No ves una falta de templanza en una acción así? –preguntó UrLeyn con tono comedido–. ¿Un poco de imprudencia, una impetuosidad cruel que podría volverse contra nosotros?

–Es una posibilidad, tal vez –dijo ZeSpiole con una pizca de inseguridad.

–¿Una «posibilidad», «tal vez»? –dijo UrLeyn imitando la voz del comandante de la Guardia–. ¡Debemos estar por encima de eso, comandante! Esta es una cuestión importante, una cuestión que exige la reflexión más grave. No podemos mostrarnos frivolos, ¿verdad? O quizá sí. Puede que estéis en desacuerdo. ¿Lo estáis, comandante?

–Estoy de acuerdo en que debemos pensar con detenimiento lo que vamos a hacer, señor –dijo ZeSpiole con voz y actitud muy serias.

–Bien, comandante –dijo UrLeyn con aparente sinceridad–. Me alegra haber podido extraer un retazo de determinación de vos. –Miró a todos los demás–. ¿Alguna otra idea que deba escuchar? –Todas las cabezas bajaron.

DeWar empezaba a dar gracias a que el Protector no hubiese pensado en volverse hacia él y pedirle sus opiniones. De hecho, aún temía que lo hiciera. Tenía la sospecha de que nada de lo que pudiera decir mejoraría el humor del general.

–¿Señor? –dijo VilTere. Todos los ojos se volvieron hacia el joven comandante provincial. DeWar esperaba que no fuera a decir ninguna estupidez.

UrLeyn lo fulminó con la mirada.

–¿Sí, señor mío?

–Señor, por desgracia, yo era demasiado joven para ser soldado durante la guerra de sucesión, pero he oído de labios de muchos comandantes, cuya opinión respeto y bajo cuyas órdenes he servido, que vuestro juicio siempre se ha demostrado acertado y vuestras decisiones, preclaras. Todos me han dicho que aun cuando albergaban

dudas con respecto a vuestros decretos, confiaron en vos, y esa confianza tuvo su recompensa. No estarían donde están, ni estaríamos aquí nosotros –y en este punto el joven comandante miró a los demás– de no haber sido así.

Los demás rostros de la mesa estudiaron el de UrLeyn en busca de una respuesta antes de reaccionar.

El Protector asintió lentamente.

–Quizá debería molestarme –dijo– que sea el más joven y más recientemente llegado de los presentes el que tiene mejor opinión sobre mis facultades.

DeWar creyó detectar un sentimiento de alivio cauteloso por toda la mesa.

–Estoy seguro de que todos pensamos igual, señor –dijo ZeSpiole con una mirada indulgente a VilTere y otra cauta a UrLeyn.

–Muy bien –dijo UrLeyn–. Consideraremos qué tropas de refresco podemos enviar a Ladenscion y ordenaremos a Simalg y Ralboute que reanuden la guerra contra los barones, sin cuartel ni negociaciones. Caballeros. –Con estas palabras, y un leve gesto de asentimiento, se levantó y se marchó. DeWar fue tras él.

–Entonces deja que te cuente algo más parecido a la verdad.

–¿Solo parecido?

–A veces la verdad es insoportable.

–Poseo una constitución resistente.

–Sí, pero me refería a insoportable para el narrador, no para el espectador.

–Ah. Bueno. En ese caso, cuéntame lo que puedas.

–Oh, no es gran cosa, ahora que lo pienso. Y es una historia vulgar. Muy vulgar. Cuanto menos te cuente, más te parecerá que podrías haberla escuchado en un centenar, un millar, diez millares de bocas diferentes, o más.

–Tengo el presentimiento de que no va a ser una historia feliz.

–En efecto. Todo lo contrario. Es una historia sobre mujeres, mujeres jóvenes, especialmente, atrapadas en una guerra.

–Ah.

–¿Ves? Una historia así apenas necesita ser contada. Los ingredientes implican el artículo terminado, y el método de su elaboración, ¿verdad? Son los hombres los que hacen las guerras, las guerras que se libran tomando pueblos, aldeas y ciudades, donde las mujeres se ocupan de la casa, y cuando el lugar en el que viven es conquistado, ellas también lo son. Su honor se convierte en parte del botín y sus cuerpos son igualmente invadidos. Su territorio es tomado. Así que mi historia no difiere de la de esas decenas de miles de mujeres, sea cual sea su tribu o su nación. En mi caso, es la cosa más importante que me ha ocurrido. Fue el fin de mi vida, y lo que ves ante ti es como un fantasma, un espíritu, una mera sombra, algo insustancial.

–Perrund, por favor. –Alargó el brazo hacia ella en un gesto que no requería

respuesta y que no pretendía terminar en un contacto. Fue más bien un ademán de simpatía, hasta de súplica–. Si te hace tanto daño, no tienes por qué continuar por mí.

–Ah, ¿pero es que te lastima, DeWar? –preguntó ella, y había un afilado dardo de amargura y acusación en la voz–. ¿Te avergüenza? Sé que me estimas, DeWar. Somos amigos. –Estas dos frases se articularon con demasiada rapidez para que él reaccionara–. ¿Te sientes mal por mí o por ti? La mayoría de los hombres no querrían saber lo que han hecho sus camaradas, no querrían enterarse de lo que son muy capaces. ¿Prefieres no pensar en esas cosas, DeWar? ¿O te excita secretamente la idea?

–Señora, el tema no me proporciona el menor placer.

–¿Estás seguro, DeWar? Y si lo estás, ¿crees que hablas en nombre de la mayoría de los de tu sexo? Pues, ¿no se supone que las mujeres deben resistirse incluso a aquellos antes los que se rendirían gustosamente, para que cuando se enfrenten a una violación más brutal el hombre no pueda estar seguro de que su resistencia y sus protestas no fueron meras afectaciones de cara a la galería?

–Debes saber que no somos todos iguales. Y aunque aceptásemos que todos los hombres poseen unos... impulsos básicos, no todos cedemos a ellos, ni les tenemos el menor respeto, ni siquiera en secreto. No puedo expresar lo mucho que lamento oír lo que te ocurrió...

–Pero si no lo has oído, DeWar. No has oído nada. Has supuesto que me violaron. Que no me mataron. Esto, por sí solo, habría bastado para matar a la chica que yo era y reemplazarla con una mujer, una mujer amargada, una mujer furiosa, o deseosa de quitarse la vida, o las vidas de aquellos que la habían violado, o una mujer simplemente loca.

»Creo que me habría enfurecido y amargado, y creo que habría odiado a todos los hombres, pero también creo que habría sobrevivido y me habría dejado convencer por los hombres buenos que conocía en mi propia familia y en mi pueblo, y tal vez por un hombre especialmente bueno que habría estado para siempre en mis sueños, de que no todo estaba perdido y de que el mundo no era un lugar tan espantoso.

»Pero nunca tuve la oportunidad de recuperarme, DeWar. Me hundieron de tal modo en la desesperación que hasta perdí la noción del espacio y fui incapaz de encontrar la superficie. Lo que me ocurrió es lo de menos, DeWar. Presencié cómo mataban a mi padre y a mis hermanos, después de que ellos hubieran tenido que presenciar cómo eran violadas una vez tras otra mi madre y mis hermanas por una noble y numerosa compañía de oficiales de alto rango. ¡Oh! ¡Agachas la cabeza! ¿Acaso mi lenguaje te molesta? ¿Te he ofendido? ¿He violado tus oídos con mis vulgares palabras de soldado?

–Perrund, tienes que creer que lamento lo que te ocurrió...

–¿Y por qué ibas a lamentarlo? No fue culpa tuya. No estabas allí. Me aseguras

que lo desapruebas, así que, ¿por qué ibas a sentirlo?

–Yo estaría amargado en tu lugar.

–¿En mi lugar? ¿Cómo iba a ser eso, DeWar? Tú eres un hombre. De haber estado allí, habrías sido uno de los violadores, uno de los que apartaron la mirada o lo celebraron después con sus camaradas.

–Si hubiese sido un niño de tu misma edad...

–Ah, así que puedes compartir lo que me ocurrió. Ya veo. Qué bien. Es un consuelo.

–Perrund, dime lo que quieras. Cúlpame si eso te sirve de algo, pero, por favor, tienes que creer que yo...

–¿Creer qué, DeWar? Creo que lo sientes por mí, pero tu simpatía me escuece como la sal de una lágrima en una herida, porque soy un fantasma orgulloso. Oh, sí, un fantasma muy orgulloso. Soy una sombra enfurecida, y culpable también, pues he acabado por admitir en mi fuero interno que me siento resentida por lo que le pasó a mi familia porque me hace daño, porque me criaron para esperar que todo se hiciera por mí.

»Yo amaba a mis padres y a mis hermanas a mi manera, pero no era un amor desinteresado. Los amaba porque ellos me amaban y me hacían sentir especial. Era su niña, su criatura única. Por culpa de su devoción y su protección, no aprendí ninguna de las lecciones que los niños suelen aprender, sobre el mundo real, sobre la forma en que los niños son utilizados en él, hasta la mañana en la que todas las ilusiones que albergaba me fueron arrancadas y me vi obligada a afrontar la verdad.

»Me había acostumbrado a esperar lo mejor de todo. Había terminado por creer que el mundo me trataría siempre como había hecho en el pasado y que aquellos a los que amaba estarían allí siempre para amarme a cambio. La furia que siento por lo que le pasó a mi familia se debe en parte a esas expectativas, a la profanación y aniquilación de esas hermosas certezas. He ahí mi culpa.

–Perrund, esa no es razón para sentirse culpable. Lo que sientes es lo que cualquier niño decente siente al percatarse de lo egoísta que ha sido cuando era más pequeño, un egoísmo que es innato en la infancia, sobre todo cuando ha sido una infancia llena de amor. Este momento de comprensión llega, se vive con intensidad y luego se hace a un lado. Lo que ocurre es que tú no has podido superarlo por culpa de lo que te hicieron aquellos hombres, pero...

–¡Oh, para, para! ¿Crees que no sé todo eso? ¡Lo sé, pero soy un fantasma, DeWar! Lo sé pero no puedo sentir, no puedo aprender, no puedo cambiar. Estoy atrapada, estoy clavada en aquel momento, en aquel suceso. Estoy condenada.

–Nada de lo que yo pueda hacer o decir cambiará lo que te pasó, Perrund. Solo puedo escuchar, solo puedo hacer lo que tú me permitas hacer.

–¿Oh, acaso te atormento? ¿Es que te he convertido en una víctima, DeWar?

–No, Perrund.

–No, Perrund. No, Perrund. Ah, DeWar, el lujo de poder decir que no.

Él cayó a su lado entonces, medio de rodillas, medio en cuclillas, muy cerca de ella pero sin llegar a tocarla, con una rodilla junto a la de la concubina, con el hombro junto a su cadera, con las manos al alcance de las manos de ella. Estaba lo bastante cerca como para oler su perfume, para sentir el calor de su cuerpo, para percibir el aliento cálido que salía trabajosamente por su nariz y su boca entreabierta, para que una lágrima caliente cayera sobre su puño cerrado y rociara sus mejillas de diminutas gotitas. Mantuvo la cabeza gacha y cruzó las manos sobre la rodilla levantada.

El guardaespaldas DeWar y la concubina Perrund se encontraban en uno de los lugares más recónditos del palacio. Era un antiguo escondrijo situado en uno de los pisos inferiores, un espacio del tamaño de un armario que conducía a una de las salas públicas de la mansión original sobre la que se había erigido el gran edificio.

Conservadas por razones más sentimentales que prácticas por el primer monarca de Tassasen, y por una especie de indiferencia por todos sus sucesores, las habitaciones que tanto habían impresionado al primer rey habían sido consideradas demasiado pequeñas e indignas por las posteriores generaciones, y en la actualidad se utilizaban solo como almacenes.

La diminuta alcoba se había utilizado en su día para espiar. Desde allí se podía escuchar lo que pasaba en la sala contigua. A diferencia del cuartillo del que DeWar había emergido para atacar al asesino de la Compañía del Mar, este no estaba concebido para un centinela, sino para un noble, así que podía sentarse allí, conectado únicamente a la sala pública por un agujerillo en la mampostería –oculto a buen seguro tras un tapiz o una pintura– y escuchar lo que sus invitados decían sobre él.

Perrund y DeWar habían acabado allí después de que ella le pidiera que le enseñara aquellas partes del palacio que hubiese descubierto durante los vagabundeos que sabía que solía realizar. Al ver aquella minúscula habitación había recordado de repente el compartimiento secreto de su casa en el que sus padres la habían ocultado al llegar los saqueadores, durante la guerra de sucesión.

–Si supiera quiénes eran esos hombres, DeWar, ¿serías mi campeón? ¿Vengarías mí honor? –le preguntó.

DeWar levantó la mirada hacia ella. Sus ojos parecían extraordinariamente brillantes en la penumbra de aquel escondrijo.

–Sí –dijo–. Si supieras quiénes eran. Si estuvieras segura. ¿Me pedirías que lo hiciera?

Ella sacudió la cabeza furiosamente. Se limpió las lágrimas con la mano.

–No. Y, de todos modos, aquellos a los que pude identificar ya están muertos.

–¿Quiénes eran?

–Hombres del rey –dijo mientras apartaba la mirada de DeWar como si quisiera

hablar por el agujerillo desde el que aquel noble del pasado había espiado a sus invitados–. Hombres del viejo rey. Uno de sus comandantes, un barón, y sus hombres. Habían dirigido el asedio y la toma de la ciudad. Parece ser que eran sus favoritos. Quienquiera que fuese su espía les había dicho que en la casa de mi padre estaban las chicas más bonitas. Fueron allí primero y mi padre trató de ofrecerles dinero para que se marcharan. Se lo tomaron a mal. ¡Un mercader ofreciéndole dinero a un noble! –Se miró el regazo, donde descansaba la mano sana, todavía humedecida por las lágrimas, junto a la otra en su cabestrillo–. Acabé por averiguar sus nombres, todos nobles, en cualquier caso. Murieron en la guerra. Cuando me enteré de la muerte de los primeros, traté de decirme que me sentía bien, pero la verdad es que no. No podía. No sentí nada. Aquel día decidí que estaba muerta por dentro. Que habían plantado la muerte en mi interior.

DeWar esperó un largo rato antes de decir, en voz baja:

–Y sin embargo estás viva, y has salvado la vida de quien puso fin a la guerra y trajo un gobierno mejor. Ya no tienen derecho a...

–Ah, DeWar, los fuertes siempre tienen derecho sobre los débiles, y los ricos sobre los pobres, y los poderosos sobre aquellos que carecen de poder. Puede que UrLeyn haya puesto las leyes por escrito y haya cambiado algunas de ellas, pero las leyes que nos convierten en animales corren por dentro. Los hombres se disputan el poder, se pavonean, hacen desfiles, impresionan a sus iguales con sus posesiones y toman a todas las mujeres que pueden. Nada de eso ha cambiado. Puede que ahora usen armas en lugar de manos y dientes, puede que utilicen a otros hombres y que expresen su dominación por medio del dinero, en lugar de otros símbolos de poder y majestad, pero...

–Y sin embargo –insistió DeWar– sigues viva. Y hay gente que te tiene el máximo aprecio y que siente que su vida es mejor por el hecho de haberte conocido. ¿No dirías que has encontrado una forma de paz y tranquilidad aquí, en el palacio?

–En el harén del jefe –dijo ella, aunque con algo que sonaba más a un desdén medido que a la furia que antes había contenido su voz–. Como una lisiada a la que se conserva por simpatía en la colección de hembras para el macho dominante de la manada.

–Oh, vamos. Puede que actuemos como animales, en especial los hombres. Pero no somos animales. Si lo fuésemos, no nos avergonzaríamos de actuar así. Y además, algunos no actúan así, y son el ejemplo que se debe seguir. ¿Dónde está el amor en el lugar en el que dices estar ahora? ¿No te sientes siquiera un poco amada, Perrund?

Ella alargó el brazo en un gesto rápido y le puso la mano en la mejilla, donde la dejó descansar con la misma facilidad y naturalidad que si fuesen dos hermanos, o un marido y una mujer unidos desde hacía mucho tiempo.

–Tal como dices, DeWar, la vergüenza deriva de la comparación. Sabemos que

podríamos ser generosos, compasivos y buenos, y que es posible comportarse de ese modo, pero algo en nuestra naturaleza nos lo impide. –Esbozó una sonrisa pequeña y vacía–. Sí, siento algo que me parece amor. Algo que recuerdo, algo de lo que puedo discutir y sobre lo que puedo meditar y teorizar. –Sacudió la cabeza–. Pero no es algo que yo conozca.. Soy como una ciega que habla sobre el aspecto que tiene un árbol, o una nube. El amor es algo de lo que guardo un vago recuerdo, del mismo modo que un niño que perdió la vista de pequeño podría recordar el sol, o el rostro de su madre. Conozco el afecto de mis compañeras, las demás esposas putas, DeWar, y percibo tu afecto, e incluso te correspondo con algo del mío. Tengo un deber para con el Protector, del mismo modo que él siente que lo tiene conmigo. Así las cosas, estoy satisfecha. Pero, ¿amor? Eso es para los vivos y yo estoy muerta.

Se puso en pie antes de que él pudiera decir nada.

–Y ahora, por favor, llévame de regreso al harén.

21

La doctora

No creo que la doctora pensara que pasaba algo raro. Sé que no sospechaba nada. El *gaan* Kuduhn parecía haber desaparecido tan deprisa como había llegado, en un barco que partió para el lejano Chuenruel el día después de que lo conociéramos, lo que entristeció un poco a mi señora. Hubo, me di cuenta después, al recordarlo, algunos indicios de que el palacio estaba preparándose para recibir a un contingente nutrido de nuevos invitados –un incremento de la actividad en algunos pasillos, puertas que no solían usarse y que de repente volvían a abrirse, habitaciones que se aireaban– pero ninguno de ellos resultó especialmente evidente, y la telaraña de rumores que conectaba a todos los sirvientes, ayudantes, aprendices y pajes aún no había reaccionando a lo que estaba sucediendo.

Era el segundo día de la segunda luna. Mi señora estaba de visita en el barrio Intocable, donde en su día se recluía a los pobres, los extranjeros, los furtivos y la gente enferma. Aún distaba mucho de ser un lugar salubre, pero al menos ya no estaba amurallado y custodiado. Era allí donde el maestro alquimista y metalista (al menos según su propia definición de sí mismo) Chelgre tenía su tienda.

Aquel día la doctora se había levantado muy tarde y durante una campanada, más o menos, había tenido aspecto de encontrarse en un estado lamentable. Suspiraba profunda y frecuentemente, apenas me decía nada y en cambio musitaba a menudo para sí, tenía dificultades para mantenerse erguida y una terrible palidez cubría su cara. Sin embargo, se sacudió los efectos de la resaca con asombrosa rapidez y, aunque permaneció callada durante el resto de la mañana y la tarde, por lo demás pareció volver a la normalidad después de un desayuno tardío, terminado el cual salimos hacia el barrio Intocable.

Lo que habíamos hablado la noche pasada ni lo mencionamos. Creo que ambos

estábamos un poco avergonzados por nuestra sinceridad, así que acordamos, de manera tácita, pero para satisfacción de ambos, no hablar sobre el particular.

Maese Chelgre se mostraba tan extraño y singular como de costumbre. Como es natural, era un hombre muy conocido en la corte, tanto por su pelo desordenado y su apariencia andrajosa, como por sus habilidades con los cañones y la oscura pólvora. A efectos de este relato no hay por qué decir más. Además, la doctora y él no hablaron de nada que yo entendiera.

Regresamos a la quinta campanada de la tarde, a pie, pero escoltados por un par de muchachos del barrio que empujaban un pequeño carromato cargado con paja y recipientes de arcilla llenos de productos químicos e ingredientes para lo que, empezaba a sospechar yo, iba a ser una larga estación de experimentos y pociones.

Recuerdo que en aquel momento me sentía levemente resentido por ello, pues estaba convencido de que me vería involucrado en lo que quiera que la doctora tuviese previsto, y que estos trabajos se añadirían a las tareas domésticas cuya realización ella había terminado, como es lógico, por declinar en mi persona. En mis manos, sospechaba, recaería la mayor parte de las mediciones, las moliendas, las combinaciones, las diluciones, los lavados, los rallados, los pulimentados y el resto de los procesos que esta nueva ronda de experimentos requeriría. Proporcionalmente tendría menos tiempo para pasar con mis camaradas, jugando a las cartas o flirteando con las doncellas de la cocina, entretenimientos que, debo decir, habían cobrado una cierta importancia para mí a lo largo del último año.

Aun así, supongo que podría decirse que en algún rincón de mi alma, me alegraba en secreto de que la doctora me necesitara y estaba deseando fervientemente que me asignara alguna tarea crucial en sus experimentos. Eso significaría, a fin de cuentas, que estaríamos juntos, trabajando como un equipo, como iguales, encerrados en su estudio y su taller, durante muchas e intensas tardes y noches, concentrados en una meta común. ¿No podía esperar que surgiera un afecto mayor en tan íntimas circunstancias, ahora que ella conocía mis sentimientos? Había sido rechazada de manera tajante por aquel a quien amaba, o al menos aquel a quien creía que amaba, mientras que la manera en que había declinado mi declaración de interés se me había antojado más una demostración de recato que una prueba de hostilidad o incluso indiferencia.

A pesar de lo cual, no podía evitar sentir un cierto grado de irritación con respecto a los ingredientes que los dos mozos acarreaban delante de nosotros aquella tarde. Cómo he lamentado aquel sentimiento en tiempos posteriores. Qué incierto era en realidad el futuro que había imaginado para nosotros.

Un viento cálido parecía empujarnos desde la plaza del mercado hacia la puerta de la Ampolla, cuyas alargadas sombras salieron a nuestro encuentro. Entramos en el palacio. La doctora pagó a los dos muchachos y varios criados vinieron para

ayudarme a llevar los recipientes, cajas y cajones a nuestros aposentos. Yo cargué con un sólido tarro que sabía lleno de ácido, molesto por la idea de tener que compartir unas mismas habitaciones abarrotadas con sus compañeros y él. La doctora había dicho algo sobre pedir que construyeran un fogón con chimenea junto a la mesa de trabajo, para que los vapores pudieran evacuarse con más facilidad, pero yo sospechaba que pasaría las siguientes lunas con los ojos escocidos y la nariz dolorida, además de las manos cubiertas de pequeñas quemaduras y la ropa repleta de agujerillos del tamaño de una cabeza de alfiler.

Llegamos a los aposentos de la doctora justo cuando Xamis estaba poniéndose. Los cajones y recipientes se distribuyeron por toda la habitación, los criados recibieron nuestro agradecimiento y algunas monedas, y la doctora y yo encendimos las lámparas y nos pusimos a guardar todas las provisiones no comestibles ponzoñosas que le había comprado a maese Chelgre.

Alguien llamó a la puerta al poco de la séptima campanada. Al abrir, me encontré con un criado al que no reconocí. Era más alto y un poco mayor que yo.

–¿Oelph? –dijo con una sonrisa–. Toma. Una nota del C.G. –Depositó en mi mano un papel sellado dirigido a la doctora.

–¿Quién? –pregunté, pero él ya se había dado media vuelta y se alejaba por el pasillo. Me encogí de hombros.

La doctora leyó la nota.

–Tengo que reunirme con el comandante de la Guardia y el duque Ormin en el ala de los Pretendientes. –Miró las cajas que quedaban por guardar–. ¿Te importa acabar esto, Oelph?

–Por supuesto que no, señora.

–Creo que es evidente dónde va todo. Cada cosa donde siempre. Si ves algo que no te suena, déjalo en el suelo. Trataré de volver lo antes posible.

–Muy bien, señora.

Se abrochó la camisa hasta el cuello, se olió una de las axilas (una de esas cosas que yo encontraba totalmente impropias de una dama e incluso inquietantes, pero que ahora recuerdo con una especie de nostalgia casi dolorosa) y luego se encogió de hombros, se puso una chaquetilla corta y se encaminó a la puerta. La abrió, pero entonces volvió, miró entre el desorden de paja, tapas de cajas, bramante y sacos que ocupaba el suelo, recogió la vieja daga que había usado para cortar (o más bien serrar) las cuerdas de las cajas y se marchó silbando. La puerta se cerró tras ella.

No sé qué me llevó a mirar la nota que había recibido la doctora. La había dejado sobre una de las cajas abiertas, y cuando estaba sacando la paja de otra cercana, el pliegue de papel de color crema atrajo mi atención. Pasados unos segundos, y tras una mirada rápida a la puerta, cogí la nota y leí lo que decía. Poco más que lo que la doctora me había dicho. Volví a leerla.

Doctora Vosill, tened la amabilidad de reuniros con el D. Ormin y el C. G. Adlain en el ala de los Pretendientes para una audiencia privada.

P. G. R. Adlain.

Que la Providencia guarde al rey, sí. Miré las últimas palabras unos instantes. El nombre que cerraba la nota era el del Adlain, claro está, pero la letra no se parecía a la suya, que yo conocía bien. Por supuesto, es muy probable que la nota se hubiese dictado, o que la hubiese redactado y escrito Epline, el paje de Adlain, siguiendo las instrucciones de su amo. Pero yo creía conocer también la letra de este, y tampoco era la de la nota. No puedo asegurar que pensara ninguna otra cosa ni que mis pensamientos llegaran más lejos.

Podría esgrimir un sinfín de razones para explicar lo que hice a continuación, pero la verdad es que no sé cuál fue, a menos que se me permita citar al instinto. Aunque llamar instinto a aquel impulso básico sería dignificarlo. En aquel momento se me antojó más un capricho, o incluso una especie de deber trivial. Ni siquiera puedo decir que tuviera miedo o experimentase una premonición. Simplemente, lo hice.

Me había preparado para seguir a la doctora desde el principio de mi misión. Contaba con que un día se me ordenara que la siguiera a la ciudad en alguna de las ocasiones en las que no me llevaba consigo, pero hasta el momento mi amo nunca me había pedido tal cosa. Yo había asumido que se lo había encargado a otras personas, más experimentadas y duchas en tales menesteres, y con cuyas caras la doctora estuviera menos familiarizada. De modo que, al apagar las lámparas, cerrar la puerta y salir tras ella, en cierto sentido no estaba haciendo más que algo que durante mucho tiempo había sabido que acabaría por hacer. Dejé la nota en el mismo sitio en el que la había encontrado.

El palacio parecía en calma. Supongo que la mayor parte de la gente estaba preparándose para la cena. Subí hasta el piso de las buhardillas. Los criados que tuvieran las puertas de la habitación abiertas estarían muy ocupados en aquel momento, y probablemente nadie me viera al pasar. Además, por aquel camino se llegaba antes al ala de los Pretendientes. Para ser alguien que no pensaba en lo que estaba haciendo, estaba actuando con notable sagacidad.

Descendí a los oscuros confines del Patio Pequeño por la escalera de servicio y rodeé la esquina de la antigua ala norte (que ahora forma parte del ala sur del palacio) bajo la luz de Foy, Iparine y Jairly. En las ventanas de la sección principal del palacio brillaban unas lámparas que me iluminaron el camino unos pasos, antes de que su luz quedara eclipsada por la fachada oscura del ala norte. Al igual que el ala de los

Pretendientes, esta no solía usarse durante la mayor parte del año, salvo para grandes ceremonias de Estado. El ala de los Pretendientes estaba también cerrada y a oscuras, salvo por una serpentina de luz que se colaba por una rendija de la puerta principal. Al aproximarme, aunque me mantuve oculto en la densa penumbra que creaba el muro del ala norte, me sentí expuesto bajo el solitario e inquisitivo ojo de Jairly.

Cuando el rey estaba en palacio, se suponía que debía haber patrullas regulares, incluso en aquellas zonas donde normalmente no había nadie. Hasta el momento no había visto ni un solo centinela, y ni tenía la menor idea de la frecuencia de sus rondas ni sabía si realmente vigilaban aquella parte del palacio, pero la posibilidad de que la guardia apareciera por allí me ponía aún más nervioso de lo que hubiese debido estar. ¿Qué tenía que esconder? ¿Acaso no era un criado fiel y un devoto súbdito de su majestad? Y sin embargo, allí estaba, arrastrándome a hurtadillas por las sombras.

Para utilizar la entrada principal al ala de los Pretendientes habría tenido que cruzar otro patio a la luz de las tres lunas, pero aunque no hubiese sido así, lo cierto es que no quería utilizar aquella entrada. Entonces encontré algo que recordaba: un pasillo que discurría bajo el ala norte hasta un pequeño patio porticado del interior. Había unas puertas al otro extremo, apenas visibles en la oscuridad del pasadizo, pero estaban abiertas. El estrecho patio estaba en silencio y tenía algo de fantasmal. Las pilastras pintadas de la galería parecían unos centinelas envarados y pálidos con la mirada clavada en mí. Tomé el pequeño túnel del otro lado del patio, cuya puerta tampoco estaba cerrada con llave y, tras doblar un recodo hacia la izquierda, me encontré en la parte trasera del ala de los Pretendientes, a la sombra de las tres lunas, con la fachada de madera del edificio, alta, vacía y oscura, sobre mí.

Me quedé allí un momento, preguntándome cómo iba a entrar, y luego eché a andar a lo largo de la fachada hasta encontrar una puerta. Pensé que estaría cerrada, pero cuando probé a abrirla, descubrí que no era así. ¿Cómo era posible? Tiré lentamente de la puerta de madera esperando que chirriara, pero no lo hizo.

La oscuridad en el interior era completa. La puerta se cerró tras de mí con un ruido sordo. Tuve que abrirme camino a tientas, con una mano en la pared de la derecha y la otra extendida delante de mí. Debían de ser los aposentos de la servidumbre. Bajo mis pies, el suelo era de piedra desnuda. Dejé atrás varias puertas. Estaban todas cerradas, salvo una de ellas, que daba acceso a un armario grande y vacío cuyo olor acre y ácido me indujo a pensar que se había usado para guardar jabón. Me golpeé la mano contra una de las estanterías y estuve a punto de maldecir en voz alta.

Tras salir de nuevo al pasillo, llegué a una escalera de madera. Subí sigilosamente y llegué a una puerta. Por debajo de ella se colaba un retazo de luz casi imperceptible, tanto, que uno solo reparaba en su presencia cuando no miraba directamente en su

dirección. Giré con mucho cuidado el picaporte y abrí una rendija menos ancha que una mano.

Al final de un amplio corredor con el suelo cubierto de alfombras y cuadros en las paredes, se encontraba la fuente de luz, una habitación situada al otro extremo, cerca de la puerta principal. Oí un grito, algo que sonó como a unos pies que se arrastraban, y luego un segundo grito. Sonaron unos pasos en la distancia, la luz de la puerta cambió un instante, y entonces apareció allí una figura. Era un hombre, eso es lo único que puedo decir con seguridad. Echó a correr por el pasillo, en línea recta hacia mí.

Tardé un momento en comprender que tal vez estuviese dirigiéndose a la puerta tras la que me escondía yo. En aquel tiempo, recorrió la mitad de la distancia, más o menos. Había en él algo salvaje y desesperado que me llenó de terror.

Me volví y bajé de un salto las oscuras escaleras, pero aterricé mal y me lastimé el tobillo izquierdo. Corrí cojeando hacia donde creía recordar que estaba la puerta del armario. Mis manos recorrieron la pared con desesperación por un momento hasta encontrar la puerta y entonces la abrí y me arrojé dentro al mismo tiempo que un fuerte ruido y una luz tenue anunciaba que el hombre había abierto de par en par la puerta de arriba. Unos pasos pesados bajaron precipitadamente las escaleras.

Me pegué a los estantes. Alargué la mano hacia la puerta para bloquearla, pero estaba fuera de mi alcance. El hombre debió de tropezar con ella, porque hubo un fuerte ruido y un grito de dolor y rabia. La puerta del armario se cerró de un portazo y me quedé encerrado en la oscuridad. Una segunda puerta, más pesada, se cerró en alguna parte y una llave crujió en un cerrojo.

Abrí la puerta del armario. Algo de luz bajaba por las escaleras. Oí algunos ruidos procedentes de allí, pero lejos. Puede que fuera una puerta que se cerraba. Volví a subir las escaleras y me asomé al corredor por la puerta entreabierta. Al final del pasillo, la luz volvió a cambiar cerca de la entrada principal. Me dispuse a echar a correr de nuevo, pero no apareció nadie. En cambio, sonó un grito ahogado. Un grito de mujer. Un terrible miedo se apoderó de mí y me adentré en el pasillo.

Había avanzado cinco o seis pasos cuando las puertas del otro lado del pasillo se abrieron de par en par e irrumpió un grupo de guardias con las espadas desenvainadas. Dos de ellos se detuvieron y me miraron, mientras el resto se encaminaba hacia la puerta de donde salía la luz.

–¡Tú! ¡Ven aquí! –gritó uno de los guardias mientras me apuntaba con la espada.

Desde la habitación iluminada llegaron unos gritos y una voz aterrada de mujer. Caminé con piernas temblorosas hacia los guardias. Me cogieron del cuello y me metieron a la fuerza en la sala, donde la doctora estaba sujeta por dos guardias, con los brazos a la espalda y pegada a una de las paredes. Estaba gritándoles algo.

El duque Ormin yacía inmóvil en el suelo, en medio de un enorme charco de

sangre negra. Le habían rebanado el cuello. Un fino y liso astil de metal asomaba por encima de su corazón. El astil era la empuñadura de un fino cuchillo hecho totalmente de metal. Lo reconocí. Era uno de los escalpelos de la doctora.

Creo que perdí el habla por un tiempo. Y también el sentido del oído, me temo. La doctora seguía gritando. Entonces me vio y me gritó también, pero no pude entender lo que decía. Me habría derrumbado de no haberme sujetado los dos guardias. Uno de los soldados se arrodilló a un lado del cadáver. Tuvo que hacerlo junto a la cabeza del duque para no pisar el charco de sangre, que seguía propagándose por el suelo de madera. Le abrió un ojo al duque Ormin.

La parte de mi cerebro que aún funcionaba me informó de que si estaba buscando signos de vida era un necio, habida cuenta de la cantidad de sangre que se veía en el suelo y la forma estacionaria del escalpelo que sobresalía de su pecho.

El guardia dijo algo. Tengo la sensación de que era «muerto» o algo por el estilo, pero no lo recuerdo.

Entonces empezaron a entrar más guardias en la habitación, hasta que estuvo tan abarrotada que dejé de ver a la doctora.

Se nos llevaron de allí. No recuperé el sentido del oído ni la capacidad del habla hasta que llegamos a nuestro destino, en el palacio principal: la sala de torturas, donde el interrogador jefe del duque Quettil, maese Ralinge, estaba esperándonos.

Amo, supe entonces que tendrías que perdonarme. Puede que no mereciera el perdón, según el plan original, puesto que aquella nota, supuestamente enviada por ti, utilizaba la palabra «privada», que implicaba que la doctora debía ir sola, sin mi compañía, para que yo no pudiera ser acusado también de lo que quiera que recayese sobre sus hombros. Pero la había seguido y no había tenido la prudencia de hablarle a nadie de mis temores.

Tampoco se me había ocurrido la idea de plantarme en medio cuando el hombre que debía de ser el auténtico asesino del duque Ormin vino corriendo por el pasillo. No, lo que hice fue emprender la huida, bajar las escaleras y esconderme en un armario. E incluso cuando él chocó contra la puerta, me quedé allí, pegado a los estantes del armario, aterrado por la posibilidad de que mirara al interior y me encontrase. Así que era cómplice de mi propia caída, comprendí mientras me llevaban a rastras a la sala que la doctora y yo habíamos visitado por última vez la noche que nos hiciera llamar maese Nolieti.

Mi señora, en aquellos momentos, estuvo magnífica.

Caminaba erguida, con la espalda recta y la cabeza en alto. A mí tuvieron que arrastrarme, porque las piernas habían dejado de responderme. Quiero pensar que de

haber tenido fuerzas habría gritado, habría chillado y me habría resistido, pero estaba demasiado aturdido. Había una expresión de resignación y derrota en la cara orgullosa de la doctora, pero no de pánico ni de terror. En cuanto a mí, no soy tan ingenuo como para pensar que aparentara otra cosa que lo que en realidad sentía, es decir, un terror abyecto que me provocaba accesos de temblores y convulsiones y convertía mis miembros en gelatina.

¿Me avergüenza decir que me ensucié los pantalones? Creo que no. Maese Ralinge era un conocido virtuoso del dolor.

La cámara de torturas.

Pensé que estaba muy bien iluminada. Las paredes estaban cubiertas de antorchas y velas. Supongo que a Ralinge le gustaba ver lo que estaba haciendo. Nolieti prefería una atmósfera más oscura y amenazante.

Yo estaba preparándome para denunciar a la doctora y todas sus obras. Miré el potro, la jaula, el baño, el brasero, la losa, los atizadores, las pinzas y el resto del equipo, y mi amor, mi devoción y mi honor se transformaron en agua y se escurrieron alrededor de mis tobillos. Diría lo que tuviera que decir para salvarme.

La doctora estaba condenada, de eso estaba seguro. Nada que yo pudiera hacer o decir la salvaría. Sus acciones se habían orquestado para preparar esta acusación. La sospechosa nota, el insólito escenario del encuentro, la ruta de escape preparada para el auténtico asesino, la conveniente aparición de la guardia en el momento justo y en tan gran número, hasta el hecho de que maese Ralinge tuviera una mirada tan brillante y pareciera alegrarse tanto de vernos, y tuviese todo preparado, con las lámparas y el brasero encendidos..., todo esto revelaba un preparativo, una conspiración. La doctora había sido arrastrada hasta allí por gente que ostentaba un enorme poder y por consiguiente no había nada que yo pudiera hacer para salvarla de su destino o mitigar en medida alguna su sufrimiento.

A aquellos que lean esto y piensen «bueno, yo habría hecho cuanto estuviera en mi mano para reducir su tormento», les suplico que lo piensen de nuevo, porque nunca los han llevado a rastras hasta una cámara de tortura, cuyos instrumentos estuvieran esperándolos. Y cuando uno ve eso, solo puede pensar en la forma de impedir que se utilicen contra él.

Arrastraron a la doctora, sin que ella ofreciera la menor resistencia, hasta un desagüe situado en el suelo, donde la obligaron a arrodillarse mientras le cortaban el pelo y le afeitaban la cabeza. Esto pareció irritarla mucho, porque se puso a chillar y a gritar. Maese Ralinge se encargó en persona de la tarea, de una forma cuidadosa, casi amorosa. Cada vez que cortaba un mechón de cabello de la cabeza de la doctora, se lo llevaba a la nariz y lo olía lentamente. Mientras tanto, a mí me encerraron en una jaula de hierro que me obligaba a estar de pie.

No puedo recordar lo que gritaba la doctora ni lo que decía maese Ralinge. Sé que

se intercambiaron algunas palabras, nada más. La variopinta colección de dientes desparejados del maestro torturador resplandecía a la luz de las velas.

Ralinge pasó una mano por la cabeza de la doctora, y al llegar a un punto, encima de la oreja izquierda, sus dedos se detuvieron y él se acercó para mirar con mayor detenimiento, mientras musitaba algo con su suave voz que fui incapaz de comprender, pero luego ordenó que la desnudaran y la colocaran sobre la cama de hierro que había junto al brasero. Mientras dos de los guardias que la habían llevado hasta aquel lugar terrorífico se encargaban de cumplir su orden, el torturador, lentamente, se desanudaba y quitaba el grueso delantal de cuero y empezaba a desabrocharse los pantalones de una manera parsimoniosa y reverente. Observó cómo los dos guardias –cuatro después, dado que la doctora ofreció una tremenda resistencia– desnudaban a mi señora.

Y así pude ver lo que siempre había deseado ver, lo que había imaginado en cientos y cientos de vergonzosas y lánguidas ensoñaciones.

La doctora, desnuda.

Y no significó nada para mí. Ella luchaba, tiraba, se debatía, trataba de defenderse con patadas, puñetazos y mordiscos, con la piel cubierta de sudor por el agotamiento, el rostro acalorado por las lágrimas y enrojecido por el miedo y la furia. No era ningún sueño salaz. Aquello no era una mórbida visión de belleza sin par. Allí no había más que una mujer que estaba a punto de ser violada de las maneras más básicas y repulsivas, y luego torturada, y luego, finalmente, asesinada. Ella lo sabía tan bien como yo, y tan bien como Ralinge y sus dos ayudantes, y tan bien como los guardias que se encontraban allí con nosotros.

¿Y cuál era mi más ferviente esperanza en aquel momento?

Que no supiesen de mi devoción hacia ella. Si pensaban que me era indiferente, puede que solo tuviera que escuchar sus gritos. Pero si llegaban a creer, por un instante, siquiera por una fracción de segundo, que la amaba, las normas de su profesión les obligarían a cortarme los párpados para que presenciara todos sus tormentos.

Le arrancaron la ropa y la tiraron a una esquina, junto a un banco. Hubo un chasquido. Maese Ralinge contempló a la doctora, atrapada, totalmente desnuda, en la estructura metálica. Miró su propio miembro, lo acarició y le indicó a los guardias que se marcharan. Esto pareció decepcionarlos y aliviarlos a un tiempo. Uno de los ayudantes de Ralinge cerró la puerta de la cámara tras ellos. Al acercarse a mi señora, en el rostro de Ralinge apareció una sonrisa brillante, radiante, casi esplendorosa.

La ropa de la doctora terminó de asentarse donde había caído.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al acordarme de cómo había pasado revista a su atuendo al salir de sus habitaciones, y cómo había decidido volver y recoger esa estúpida e inútil daga desafilada que llevaba consigo siempre que se acordaba. ¿De

qué le servía ahora?

Maese Ralinge pronunció las primeras palabras que puedo recordar con claridad desde que la doctora leyera en alto la nota en nuestras habitaciones, media campanada –un siglo entero– antes.

–Lo primero es lo primero, señora –dijo. Se subió a la cama de hierro en la que habían maniatado a la doctora, con el miembro erecto agarrado en una mano.

La doctora lo miró a los ojos con calma. Hizo un chasquido con la lengua y su rostro adoptó una expresión de decepción.

–Ah –dijo de forma totalmente prosaica–. Así que lo decís en serio. –Y sonrió. ¡Sonrió!

Entonces dijo algo que pareció una orden, en una lengua que yo no conocía. No era la lengua que había utilizado con el *gaan* Kuduhn el día antes. Era un idioma diferente. De un sitio completamente diferente, pensé mientras lo oía y cerraba los ojos –porque no podía soportar la idea de presenciar lo que iba a ocurrir a continuación–, más lejano aún que Drezen. Un idioma de ninguna parte.

Y bien, ¿qué ocurrió a continuación?

Cuántas veces he tratado de explicarlo, cuántas veces he tratado de encontrarle algún sentido. Ya no para los demás, sino para mí.

Mis ojos –como espero que se puede entender, considerando los sentimientos que he tratado de expresar a lo largo de este diario– estaban cerrados en ese momento. Así que, simplemente, no vi lo que ocurrió durante los instantes siguientes.

Oí un sonido parecido a un zumbido. Un sonido parecido a la caída de una cascada, un sonido parecido a una bocanada de aire, parecido a una flecha que pasa rozándonos la oreja. Luego un largo jadeo que más tarde comprendí que debieron de ser dos, pero en cualquier caso una prolongada exhalación; y luego un ruido sordo, un impacto parecido a un puñetazo, de –he deducido retrospectivamente– aire y carne y hueso y... ¿el qué? ¿Más hueso? ¿Metal? ¿Madera?

Metal, creo.

¿Quién sabe?

Una sensación extraña y mareante me embargó. Puede que estuviera un rato inconsciente. No lo sé.

Cuando desperté, si es que desperté, me encontré con algo imposible.

La doctora se encontraba sobre mí, con su larga camisa blanca. No tenía pelo, claro. Le habían afeitado la cabeza. Parecía totalmente diferente. Como de otro mundo.

Estaba desatando mis ataduras.

Su expresión era fría y tranquila. Su rostro y su cráneo estaban salpicados de rojo.

El techo, sobre la cama de hierro en la que había estado maniatada, estaba también teñido de rojo. Allá donde dirigiera la mirada, había más sangre. Parte de ella

goteaba aún del banco cercano. Miré al suelo. Maese Ralinge estaba allí. O la mayor parte de él. Su cuerpo, hasta la parte baja del cuello, yacía sobre el suelo. Todavía temblaba. ¿Qué había sido del resto? En fin, había suficientes trozos de color rojo, rosa y gris por toda la cámara para hacerse una idea aproximada de lo que debía de haberle ocurrido a su cuello y su cabeza.

Simplemente, era como si una bomba hubiese explotado en su interior. Vi media docena de dientes de tamaños y colores diferentes esparcidos por el suelo, como metralla.

Los ayudantes de Ralinge se encontraban cerca, en un solo charco de sangre cada vez más grande, con las cabezas casi separadas del cuerpo. Solo una tira de piel conectaba aún la de uno de ellos con sus hombros. Su rostro estaba vuelto hacia mí y tenía los ojos abiertos.

Juro que parpadearon, una vez. Luego, lentamente, se cerraron.

La doctora me liberó.

Algo se movió en el dobladillo de su camisa suelta. Entonces el movimiento cesó.

Parecía tan tranquila, tan segura... Y al mismo tiempo tan muerta, tan superada por los acontecimientos... Volvió la cabeza a un lado y dijo algo en un tono que mantengo hasta el día de hoy que era de resignación y derrota, de amargura incluso. Algo zumbaba por el aire.

–Debemos encerrarnos para salvarnos, Oelph –me dijo. Me puso una mano sobre la boca–. Si es que todavía es posible.

Cálida, seca y fuerte.

Estábamos en una celda. Una celda dentro de las paredes de la cámara de torturas y separada de esta por una rejilla de barrotes de hierro. Por qué nos había metido allí, no lo sé. Había vuelto a vestirse. Yo me había quitado la ropa rápidamente mientras ella no miraba, me había limpiado lo mejor que había podido, y luego me había vestido de nuevo. Mientras tanto, ella había recogido el pelo que Ralinge le había afeitado de la cabeza. Lo miró con aire nostálgico mientras pasaba sobre el cuerpo del maestro torturador y luego arrojó los brillantes y rojos mechones al brasero, donde crepitaron, chisporrotearon, echaron humo y finalmente prendieron con un olor espantoso.

Sin decir nada, había cerrado la puerta de la cámara antes de meternos a los dos en aquella pequeña celda, cerrar la puerta desde dentro y arrojar las llaves al banco más próximo. Luego se había sentado tranquilamente en el suelo de paja sucia, se había rodeado las rodillas con los brazos y había dirigido una mirada vacía a la carnicería del exterior de la celda.

Yo me agazapé a su lado, con mi rodilla junto a su bota, de cuyo borde superior sobresalía la antigua daga. El aire olía a mierda, a pelo quemado y a algo intenso que

decidí que debía de ser sangre. Estuve un poco mareado durante un rato. Traté de concentrarme en cosas triviales y me vi totalmente incapaz de encontrar ninguna. La vieja y maltrecha daga de la doctora había perdido la última de las pequeñas cuentas que rodeaban la parte superior de su pomo, bajo la piedra traslúcida. Pensé que así parecía más pulcra, más simétrica. Aspiré profundamente por la boca para escapar de los olores de la cámara de torturas y luego me aclaré la garganta.

–¿Qué... qué ha pasado, señora? –pregunté.

–Tendrás que contar lo que creas que debes contar, Oelph. –Su voz sonaba completamente cansada y vacía–. Yo contaré que los tres se pelearon por mí y se mataron unos a otros. Pero la verdad es que no importa mucho. –Me miró. Sus ojos parecieron taladrarme. Tuve que apartar la mirada–. ¿Qué viste, Oelph? –preguntó.

–Tenía los ojos cerrados, señora. De verdad. Oí... algunos ruidos. Viento. Un zumbido. Un golpe seco. Creo que perdí el conocimiento un rato.

Asintió y esbozó una fina sonrisa.

–Bueno, qué conveniente.

–¿No tendríamos que haber intentado escapar, señora?

–No creo que hubiésemos llegado muy lejos, Oelph –dijo–. Hay otro camino, pero debemos ser pacientes. Todo está en marcha.

–Si vos lo decís, señora –dije. De repente, se me llenaron los ojos de lágrimas. Ella se volvió hacia mí y sonrió. Estaba muy rara con ese pelo. Parecía un niño. Alargó un brazo, me atrajo hacia sí y me dio un abrazo. Apoyé la cabeza sobre su hombro. Ella hizo lo mismo en el mío y nos balanceamos adelante y atrás, como una madre con su hijo.

Seguíamos así cuando la puerta de la cámara se abrió de par en par e irrumpieron los guardias. Se detuvieron, se quedaron un instante mirando los tres cuerpos tirados en el suelo y luego vinieron corriendo hacia nosotros. Yo me encogí, convencido de que nuestro tormento iba a reanudarse en cualquier momento. Los guardias parecieron aliviados de vernos, cosa que me resultó sorprendente. Un sargento recogió las llaves del banco en el que la doctora los había tirado, nos liberó y nos dijo que nos necesitaban de inmediato, porque el rey se estaba muriendo.

22

El guardaespaldas

El hijo del protector aún se aferraba a la vida. Las convulsiones y su falta de apetito habían dejado a Lattens tan débil que apenas era capaz de levantar la cabeza para beber. Durante varios días, su estado mejoró un poco, pero entonces recayó y pareció volver a encontrarse a las puertas de la muerte.

UrLeyn estaba angustiado. Los criados decían que recorría sus aposentos hecho una furia, arrancando las sábanas, tirando los tapices, rompiendo los ornamentos y muebles y cortando los retratos con un cuchillo. Empezaron a limpiarlos desperfectos cuando fue a visitar a Lattens, pero al regresar, UrLeyn los echó de allí y a partir de entonces prohibió que nadie entrara en su cuarto.

El palacio parecía un lugar terrible, desierto, su atmósfera contaminada por la furia impotente y la desesperación de un hombre destrozado. UrLeyn permaneció todo este tiempo en sus desordenados aposentos, de los que solo salía cada mañana y cada tarde para visitar a su hijo, y cada noche para ir al harén, donde se acostaba, normalmente con Perrund, con la cabeza apoyada en su regazo o sobre su pecho mientras ella le acariciaba el pelo hasta que se quedaba dormido. Pero esta paz nunca duraba mucho, y pronto se removía en su sueño, gritaba y despertaba, y entonces se levantaba y regresaba a sus habitaciones, envejecido y ojeroso, devorado por la desesperación.

El guardaespaldas DeWar dormía en un jergón, en el pasillo de la puerta de sus aposentos. Pasaba la mayor parte del día recorriendo este pasillo de un lado a otro, meditando y esperando a que UrLeyn hiciera una de sus raras apariciones.

El hermano del Protector, RuLeuin, fue a verlo. Esperó pacientemente en el pasillo con DeWar, y entonces, cuando UrLeyn salió de su cuarto y se encaminó a paso vivo a la habitación de su hijo, RuLeuin se situó a su lado junto con DeWar y

trató de hablarle, pero UrLeyn lo ignoró y le dijo a DeWar que no dejara que nadie lo molestase hasta que él mismo lo dijera. El guardaespaldas transmitió esta orden a YetAmidous, ZeSpiole e incluso el doctor BreDelle.

YetAmidous no creyó lo que le decían. Pensó que DeWar estaba tratando de mantener al general aislado de todos ellos.

Un día se plantó en el pasillo, como si quisiera desafiar a DeWar a tratar de desalojarlo. Cuando se abrieron las puertas de los aposentos de UrLeyn, YetAmidous hizo a un lado el brazo extendido de DeWar, se aproximó al Protector y dijo:

–¡General! ¡Tengo que hablar con vos!

Pero UrLeyn se limitó a mirarlo desde la entrada y luego, sin decir palabra, cerró la puerta desde dentro antes de que YetAmidous pudiera llegar. La llave giró en la cerradura. YetAmidous se quedó unos momentos junto a ella, furioso, y entonces dio media vuelta y se marchó, ignorando a DeWar.

–¿De veras no queréis ver a nadie, señor? –preguntó DeWar un día, mientras se dirigían al cuarto de Lattens.

Pensó que UrLeyn no respondería, pero al cabo de un instante este dijo:

–No.

–Tienen que hablar de la guerra con vos, señor.

–¿Sí?

–Sí, señor.

–¿Cómo va la guerra?

–No muy bien, señor.

–Bueno, no muy bien. ¿Y qué más da eso? Diles que hagan lo que haya que hacer. A mí ya no me preocupa.

–Con todo el respeto, señor...

–Tu respeto por mí se expresará de ahora en adelante hablando solo cuando te hable yo, DeWar.

–Señor...

–¡Señor! –dijo UrLeyn. Giró sobre sus talones y forzó al otro hombre a retroceder hasta que tuvo la espalda pegada a la pared–. Guardaréis silencio hasta que os ordene hablar u os haré expulsar del edificio. ¿Lo entendéis? Podéis responder sí o no.

–Sí, señor.

–Muy bien. Eres mi guardaespaldas. Puedes guardarme las espaldas. Nada más. Vamos.

La guerra, en efecto, no iba nada bien. En el palacio todo el mundo sabía que no se habían tomado más ciudades y, de hecho, las fuerzas de los barones habían recuperado una. Si el mensaje con la orden de capturar a los rebeldes había logrado llegar a su destino, entonces esta no estaba siendo obedecida o era imposible de cumplir. Las tropas desaparecían en las tierras de Ladenscion y parecía que solo

regresaban aquellos heridos que podían caminar, con historias de confusión y terror. Los ciudadanos de Crough empezaron a preguntarse cuándo podrían volver los hombres que se habían marchado a la guerra y a quejarse de los impuestos adicionales que se habían establecido con motivo de ella.

Los generales que se encontraban en el frente pedían más tropas, pero ya casi no quedaban. La guardia de palacio se había dividido en dos, y con una de las mitades se había formado una compañía de piqueros que se había mandado a la guerra. Hasta los eunucos de la guardia del harén habían sido obligados a alistarse. Los generales y demás funcionarios que trataban de administrar el país y dirigir la guerra mientras UrLeyn permanecía aislado no sabían qué hacer. Se rumoreaba que el comandante ZeSpiole había sugerido que lo único que podía hacerse era llamar de regreso a las tropas, quemar la parte ocupada de Ladenscion y dejárselo a los malditos barones. También se decía que cuando había expresado esta opinión, en la misma mesa donde UrLeyn había celebrado su último consejo de guerra media luna antes, el general YetAmidous había dejado escapar un terrible rugido y, tras ponerse en pie de un salto y desenvainar la espada, había jurado que cortaría la lengua del próximo que traicionara los deseos de UrLeyn y sugiriera una cobardía parecida.

Una mañana, DeWar acudió al harén y solicitó que lo atendiera *lady* Perrund.

–Caballero DeWar –dijo ella, sentada en un sofá. Él se sentó en otro, al otro lado de una mesita.

Señaló con un ademán la caja de madera y el tablero que había sobre la mesa.

–Pensé que podíamos jugar una partida de *La disputa del líder*. ¿Te apetece?

–Mucho –dijo Perrund. Desplegaron el tablero y colocaron las piezas.

–¿Qué noticias hay? –preguntó ella mientras empezaban a jugar.

–Del niño, nada nuevo –respondió DeWar con un suspiro–. La niñera dice que anoche durmió un poco mejor, pero apenas reconoce a su padre y cuando habla, lo que dice no tiene sentido. Con respecto a la guerra, sí hay noticias, pero no son buenas. Los últimos informes eran confusos, pero parece que tanto Simalg como Ralboute están retirándose. Si se tratase de un simple repliegue, podría haber esperanzas, pero la naturaleza de los informes me induce a pensar que en realidad se trata de una desbandada en toda regla, o algo que se le parece mucho.

Perrund se lo quedó mirando, con los ojos abiertos de par en par.

–Providencia. ¿Tan mal están las cosas?

–Me temo que sí.

–¿Tassasen está en peligro?

–Espero que no. Los barones no tienen los recursos suficientes para invadirnos, y tendrían que quedar tropas suficientes para montar una defensa adecuada en caso de que lo hicieran, pero...

–Oh, DeWar, suena muy mal. –Lo miró a los ojos–. ¿Lo sabe UrLeyn?

DeWar sacudió la cabeza.

–No quiere saber nada. Pero YetAmidous y RuLeuin están hablando de esperar en la puerta del cuarto de Lattens esta tarde y exigirle que los escuche.

–¿Crees que lo hará?

–Creo que es posible. Pero también es posible que huya al verlos, que ordene a los guardias que los echen, o que los aparte sin hacerles caso o que los ataque. –Cogió su protector y le dio varias vueltas entre los dedos antes de devolverlo a su lugar en el tablero–. No sé lo que hará. Espero que los escuche. Espero que vuelva a comportarse con normalidad y reasuma el gobierno, que es lo que tendría que hacer. No puede seguir mucho tiempo así sin que los miembros de la junta militar empiecen a pensar que estaríamos mejor sin él. –Miró a Perrund a los ojos–. No puedo hablar con él –le dijo. Pensó que hablaba como un niño pequeño–. Literalmente, lo tengo prohibido. Si creyera que puedo decirle algo, lo haría, pero ha amenazado con retirarme del puesto si hablo sin su permiso expreso y creo que es capaz de hacerlo. Así que si quiero seguir protegiéndolo, debo permanecer en silencio. Sin embargo, alguien debe decirle a qué estado han llegado las cosas. Si YetAmidous y RuLeuin no tienen éxito esta tarde...

–¿Debería intentarlo yo, esta noche? –dijo Perrund con voz tensa.

DeWar bajó la mirada un instante y luego volvió a levantarla hacia ella.

–Siento tener que pedírtelo, Perrund. Solo puedo pedírtelo. Ni siquiera me atrevería a hacerlo si la situación no fuese desesperada. Pero lo es.

–Puede que no quiera escuchar a una concubina lisiada, DeWar.

–En este momento, Perrund, no hay nadie más. ¿Lo intentarás?

–Por supuesto. ¿Qué debo decirle?

–Lo que te he dicho. Que la guerra está a punto de perderse. Que Ralboute y Simalg están retrocediendo y que, aunque cabe la posibilidad de que se trate de una retirada ordenada, todo indica que no es así. Que la junta militar está descontenta con él, que sus miembros no pueden decidir lo que hay que hacer y que lo único en lo que están de acuerdo es en que un líder que no lidera no sirve de nada. Debe recuperar su confianza y su respeto antes de que sea demasiado tarde. La ciudad, y hasta el país entero, está empezando a darle la espalda. Cunde el descontento y corren rumores catastróficos y está empezando a extenderse una peligrosa nostalgia por lo que la gente llama «los viejos tiempos». Dile todo lo que pueda soportar, o todo cuanto tengas valor para decirle, señora, pero ten cuidado. Ya le ha levantado la mano a sus servidores, y no estaré allí para protegerte ni protegerlo a él.

Perrund lo miró con serenidad.

–Es muy difícil lo que me pides, DeWar.

–Lo es. Y siento tener que pedírtelo a ti, pero la situación es crítica. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, solo tienes que pedirlo, y lo haré si esta en mi mano.

Perrund aspiró hondo. Miró el tablero. Con una sonrisa vacilante, hizo un ademán hacia las piezas que los separaban y dijo:

–Bueno, podrías mover.

DeWar esbozó una sonrisa pequeña y triste, idéntica a la de ella.

23

La doctora

La doctora y yo nos encontrábamos en el embarcadero. A nuestro alrededor, el revuelo acostumbrado de los muelles, y sumado a él, la confusión localizada que normalmente acompaña a la partida de una nave grande en un largo viaje. El galeón *Arado de los mares* levaría anclas con la próxima marea en menos de media campanada, y los últimos suministros estaban subiéndose a bordo, mientras a nuestro alrededor, entre los rollos de cabo, los barriles de brea, las vallas plegadas y las carretillas vacías, se vivían tristes escenas de despedida. La nuestra, por supuesto, era una de ellas.

–Señora, ¿no podéis quedaros? ¿Seguro? –le supliqué. Las lágrimas resbalaban miserablemente por mis mejillas, delante de todos.

El rostro de la doctora estaba cansado, resignado y en calma. Había una luz quebrada y remota en sus ojos, como el reflejo de unos fragmentos de hielo o de cristal en los rincones oscuros de una habitación lejana. Llevaba el sombrero calado sobre la cabeza afeitada. Pensé que nunca me había parecido tan hermosa. El día era precioso, soplaba un viento cálido y un sol brillaba a cada lado del cielo, como sendos puntos de vista opuestos y desiguales. Yo era Seigen para su Xamis. La desesperada luz de mi deseo de convencerla se veía completamente anulada por el generoso resplandor de su deseo de marchar.

Me cogió las manos. Aquellos ojos de mirada rota me observaron con cariño una última vez. Traté de secarme las lágrimas con parpadeos, pues, ya que no iba a volver a verla, que por lo menos la imagen que guardara de ella fuese vivida y clara.

–No puedo, Oelph. Lo siento.

–¿Y no puedo ir yo con vos, señora? –dije, con tono aún más mísero. Era mi última y más desesperada baza. La única cosa que estaba decidido a no decir bajo

ningún concepto, porque era algo obvio y patético, y estaba absolutamente condenado al fracaso. Sabía que iba a marcharse desde hacía media luna, más o menos, y durante todo este tiempo había hecho todo lo que había podido para convencerla de que se quedara, aun sabiendo que su marcha era inevitable y que ninguno de mis argumentos tendría ningún peso, al menos comparados con lo que ella consideraba su fracaso. Durante todo ese tiempo, lo que siempre quise decir fue «¡pues si tienes que irte, llévame contigo!».

Pero era algo demasiado triste, demasiado predecible. Por supuesto que lo diría, y por supuesto que ella me rechazaría. Aún era un muchacho, y ella era una mujer llena de madurez y sabiduría. ¿De qué le serviría si iba con ella, salvo para recordarle lo que había perdido, cómo había fracasado? Me miraría y vería al rey, y nunca me perdonaría por no ser él, por recordarle que, a pesar de haberle salvado la vida, había perdido su amor.

Yo sabía que si decía tal cosa me rechazaría, así que había tomado la decisión de no pedírsela bajo ningún concepto. Sería el único retazo de dignidad que conservara. Pero una parte inflamada de mi mente dijo «¿y si responde que sí? ¡Puede que esté esperando que se lo pidas! Es posible (dijo la voz seductora, demente, ingenua, dulce de mi interior) que en realidad te ame, y que no desee otra cosa que llevarte consigo a Drezen. Puede que ella no quiera pedírtelo porque significaría separarte de todo lo que conoces, quizá para siempre, para no volver jamás».

Así que, tonto de mí, se lo pedí y ella se limitó a apretarme la mano y sacudir la cabeza.

–Te dejaría venir si fuera posible, Oelph –dijo en voz baja–. Es muy amable de tu parte querer acompañarme. Atesoraré en mi interior el recuerdo de tu bondad. Pero no puedo pedirte que vengas conmigo.

–¡Iría a cualquier sitio con vos, señora! –exclamé con los ojos llenos de lágrimas. Me habría arrojado a sus pies para abrazarme a sus piernas de haber podido ver con claridad. Lo que hice fue bajar la cabeza y sollozar como un niño–. Por favor, señora, por favor, señora –supliqué, incapaz ya hasta de decir lo que quería: que se quedase o me dejase acompañarla.

–Oh, Oelph, no quería llorar –dijo, y entonces me cogió entre sus brazos y me apretó con fuerza.

Al fin en sus brazos, pegado a ella, con permiso para rodearla con los míos, para sentir su calor y su fuerza, para envolver su firme suavidad y aspirar el dulce perfume de su piel. Apoyó la barbilla en mi hombro, y yo la mía en el suyo. Entre sollozos, sentí que temblaba. Estaba llorando también. La última vez que había estado tan cerca de ella, a su lado, con mi cabeza en su hombro y la suya en el mío, había sido en la cámara de tortura de palacio, media luna antes, cuando los guardias habían irrumpido con la noticia de que nos necesitaban porque el rey estaba muriéndose.

El rey estaba muriéndose, sí. Una terrible enfermedad se había abatido sobre él desde no se sabía dónde, y se había desplomado en medio de una cena celebrada en honor del duque Quettil, que había llegado repentinamente y en secreto. El rey Quience estaba en mitad de una frase cuando había dejado de hablar, había levantado la mirada y se había puesto a temblar. Con los ojos en blanco, había caído sobre el asiento, inconsciente, y su copa de vino había caído al suelo.

Skelim, médico de Quettil, se encontraba allí. Tuvo que sacarle la lengua de la garganta, porque de lo contrario se habría ahogado allí mismo. Pero una vez hecho esto, el cuerpo quedó allí, en el suelo, inconsciente, temblando espasmódicamente mientras todo el mundo se agolpaba a su alrededor. Según parece, el duque Quettil trató de tomar el mando y ordenó que se apostaran guardias por todas partes. El duque Ulresile se contentó con mirar mientras el nuevo duque Walen permanecía en su asiento, gimoteando. El comandante Adlain apostó una guardia en la mesa del rey para asegurarse de que nadie tocaba el plato ni la copa de su majestad, por si alguien había tratado de envenenarlo.

En medio de este revuelo, llegó un criado con la noticia de que el duque Ormin había sido asesinado.

Mis pensamientos, curiosamente, se vuelven hacia este personaje cada vez que trato de imaginar la escena. Un criado no tiene casi nunca la posibilidad de llevar noticias realmente importantes a gente de posición elevada, y recibir el encargo de comunicar un suceso tan extraordinario como que uno de los favoritos del rey le ha quitado la vida a un duque es algo así como una especie de privilegio. Pero entonces, descubrir que las noticias que uno lleva son relativamente insignificantes en comparación con los acontecimientos que están desarrollándose, debe de ser algo mortificante.

En los días posteriores me mostré más diligente de lo habitual en sonsacar, con toda la sutileza de que fui capaz, a los criados que se encontraban presentes en el salón aquella velada, y todos coincidieron en que se dieron cuenta, en aquel mismo momento, de que algunos de los invitados a la cena no reaccionaban como cabía esperar a la noticia, presumiblemente a causa del repentino mal del rey. Fue casi, se aventuraron a decir, como si el comandante de la Guardia y los duques Ulresile y Quettil la hubiesen estado esperando.

El doctor Skelim ordenó que llevaran al rey a su cama. Una vez desvestido, inspeccionó su cuerpo en busca de alguna marca que indicase que le habían lanzado un dardo envenenado o lo habían infectado con algún pequeño corte. No encontró nada.

El pulso del rey era lento, y decrecía un poco más a cada segundo que pasaba. Solo aumentaba por breves segundos cuando le sobrevenía algún ataque. El doctor

Skelim anunció entonces que, salvo que pudiera hacerse algo, el corazón del rey dejaría de latir en el plazo de una campanada. Se confesó perplejo por lo que estaba sucediéndole a su majestad. Un criado sin resuello le trajo el maletín de su cuarto, pero los pocos tónicos y estimulantes que pudo administrarle (poco más eficaces que unas sales, según me enteré, especialmente porque no hubo manera de conseguir que Quience tragara nada) no tuvieron el menor efecto.

El doctor consideró la posibilidad de sangrar al rey, la única medida que no se había intentado hasta el momento, pero, en el pasado, se había demostrado sobradamente que sangrar a alguien con el corazón débil tenía justo los efectos contrarios a los deseados, y en esta ocasión, por fortuna, el deseo de no empeorar las cosas se impuso a la necesidad de que pareciera que se estaba haciendo algo. El doctor ordenó que le prepararan algunas infusiones exóticas, aunque confesó que no tenía grandes esperanzas de que resultaran más eficaces que los compuestos que ya había administrado.

Fuisteis vos, amo, el que propusisteis que se llamara a la doctora Vosill. Según me han contado, el duque Ulresile y el duque Quettil os llevaron a un aparte y se produjo una terrible discusión. El duque Ulresile abandonó la habitación hecho una furia y luego le arrebató la espada a uno de sus criados con tal descuido que al pobre desgraciado le costó un ojo y un par de dedos. Me parece admirable que os mantuvierais firme en aquellas circunstancias. Se envió un contingente de guardias de palacio a la cámara de interrogatorios, con la orden de llevarse a la doctora de allí, por la fuerza si era necesario. Me han contado que mi señora entró tranquilamente en la terrible confusión que era la cámara real, donde se habían reunido los nobles, los criados y, según parece, la mitad del palacio, para llorar y gritar.

Ella me había enviado, escoltado por un par de guardias, a sus habitaciones, en busca de su maletín. Sorprendimos allí a uno de los criados del duque Quettil y a otro guardia del palacio. Ambos se pusieron muy nerviosos al vernos. El hombre del duque tenía en la mano un trozo de papel que reconocí al instante.

Nunca, creo, me he sentido tan orgulloso de mí por nada de lo que haya podido hacer como por lo que hice en aquel momento, puesto que aún albergaba en mi interior el temor de que mi ordalía solo hubiese sido pospuesta. Estaba temblando y sudando por lo que había presenciado, me atormentaba el recuerdo de la cobardía y debilidad de mi comportamiento en la cámara de torturas, sentía vergüenza por la traicionera reacción que había tenido mi cuerpo y la cabeza me daba vueltas.

Lo que hice fue arrebatarle la nota al criado de Quettil.

–¡Eso es propiedad de mi señora! –siseé y di un paso al frente con una expresión de furia en el semblante. Cogí la nota de la mano del hombre. Él me miró sin entender, y miró a continuación la nota, que me apresuré a guardar en la camisa. Abrió la boca para decir algo. Me volví, aún temblando de furia, hacia los dos

guardias que me habían acompañado allí–. ¡Escoltad a esta persona fuera de estas habitaciones inmediatamente! –dije.

Era, claro está, un riesgo por mi parte. En medio de todo aquel revuelo, no estaba muy claro si, técnicamente, la doctora y yo seguíamos siendo prisioneros, así que los guardias podían haber decidido también que eran mis vigilantes y no mis escoltas, que era lo que se deducía de mi forma de tratarlos. Modestamente, me gustaría pensar que pudieron reconocer algo honesto y transparente en mi justa indignación, y eso los indujo a hacer lo que les había ordenado.

El hombre del duque puso cara de espanto, pero hizo lo que se le ordenaba. Me abroché la chaqueta para asegurar la nota, busqué el maletín de la doctora y regresé apresuradamente a la cámara real, en compañía de mis escoltas.

La doctora había puesto al rey de lado. Estaba arrodillada junto a su cama y le acariciaba la cabeza con aire distraído mientras respondía a las preguntas que Skelim le lanzaba constantemente. (Una reacción a algo en la comida, probablemente, le dijo. Grave, sí, pero no un veneno).

Vos también estabais allí, amo, con los brazos cruzados, cerca de la doctora. El duque Quettil, en un rincón, miraba con hostilidad a mi señora.

La doctora sacó un pequeño frasco tapado de la bolsa, lo colocó bajo la luz y lo agitó.

–Oelph, esta es la solución salina número veintiuno, de hierbas. ¿Sabes cuál es?

Pensé un momento.

–Sí, señora.

–Vamos a necesitar más, que esté seca, en el plazo de dos campanadas. ¿Recuerdas como se prepara?

–Sí, creo que sí, señora. Puede que tenga que consultar vuestras notas.

–Muy bien. Estoy segura de que esos dos guardias te ayudarán. Manos a la obra, pues.

Me volví para marcharme, pero antes me detuve y le entregué la nota que había arrebatado al hombre del duque.

–Tomad esto, señora –dije, y me fui rápidamente antes de que tuviera tiempo de preguntarme qué era.

Me perdí el revuelo organizado cuando la doctora le cerró la nariz con dos dedos a su majestad y le tapó la boca con una mano hasta conseguir casi que se pusiera azul. Vos, amo, contuvisteis a los demás, pero entonces empezasteis a preocuparos también, y estabais a punto de ordenarle que lo soltara a punta de espada, cuando ella soltó la nariz del rey e introdujo el polvo que contenía el frasco en sus fosas nasales. La solución parecía sangre seca, pero no lo era. El rey aspiró profundamente y la absorbió por la nariz.

La mayoría de quienes se encontraban en la habitación respiraron entonces por

primera vez desde hacía un buen rato. Por un momento, no ocurrió nada. Entonces, según me han contado, los ojos del rey parpadearon y se abrieron. Vio a la doctora y sonrió, y luego estornudó y tuvieron que ayudarlo a incorporarse.

Se aclaró la garganta, clavó una mirada indignada en la doctora y dijo:

–Vosill, por los cielos del Infierno, ¿qué te has hecho en el pelo?

Creo que la doctora sabía que no necesitaría más cantidad de la solución salina veintiuno, de hierbas. Lo había hecho para asegurarse de que no nos llevaban ante el rey y, una vez seguros de que habíamos conseguido curarlo de su mal, volvieran a llevarnos a la sala de tortura. Quería que la gente pensase que el tratamiento requerido era más complicado que aquel sencillo pellizco de polvo.

Empero, yo regresé a nuestros aposentos con la escolta de dos guardias y preparé el equipo necesario para preparar más polvo. Hasta con la ayuda de los dos hombres –y resultó una experiencia refrescante el dar yo las órdenes en lugar de recibirlas– dos campanadas era un plazo muy corto para producir cualquier cantidad de aquella sustancia. Pero al menos de este modo tuve algo que hacer.

Solo después me enteré del estallido del duque Quettil en la cámara real. El sargento de la guardia que nos había liberado habló en voz baja con vos, amo, poco después de que el rey regresara a la tierra de los vivos. Me han contado que parecisteis desconcertado por un momento, pero entonces os acercasteis, cariacontecido, al duque Quettil para informarle de la suerte de su torturador jefe y sus dos ayudantes.

–¡Muerto! ¿Muerto? ¡Maldita sea, Adlain, no dais una a derechas! –fueron las palabras exactas del duque, según todos los testimonios. El rey lo fulminó con la mirada. La doctora permaneció impasible. Todo el mundo se lo quedó mirando. El duque trató de golpearos y dos de vuestros hombres, que actuaron, creo, sin pensar, tuvieron que sujetarlo. El rey inquirió lo que estaba pasando.

La doctora, entretanto, estaba examinando el trozo de papel que yo le había entregado.

Era la nota que supuestamente le habíais enviado y que había accionado la trampa que había acabado con la vida del duque Ormin y que, en teoría, había de costarle la suya. El rey ya sabía por boca de mi señora que Ormin estaba muerto, y que alguien había tratado de hacerla pasar por culpable. Seguía sentado en la cama, con la mirada perdida mientras trataba de asimilar las noticias. La doctora no le había dado aún los detalles de lo que supuestamente había ocurrido en la cámara de tortura, y de momento solo había dicho que la habían soltado antes de que comenzara el interrogatorio.

Le mostró la nota. Su majestad os llamó y vos confirmasteis que no era vuestra letra, aunque se trataba de una falsificación bastante conseguida.

El duque Quettil aprovechó la oportunidad para exigir que alguien pagara por el asesinato de sus hombres, pero yo creo que se precipitó, porque esto sacó a colación la cuestión de su presencia allí. La expresión del rey fue ensombreciéndose a medida que comprendía lo que estaba ocurriendo y en varias ocasiones tuvo que decirle a algunos de los presentes, que estaban tratando de interrumpir a otros, que se callaran, para poder formarse una idea clara del asunto. Según me han contado, el duque Quettil con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada, intentó, llegado un momento, coger a la doctora por la muñeca y apartarla del rey, quien la rodeó con el brazo y os ordenó que mantuvierais al duque alejado.

Yo no estuve presente en todo cuanto ocurrió durante la siguiente media campanada. Lo que conozco me fue contado por otros, así que el relato debe entregar el peaje que paga la información al pasar por las mentes y los recuerdos de otros. Aun así, sin haber estado allí, creo que se produjo una reconstrucción de los hechos, en especial por parte de vos, aunque es probable que el duque Quettil lograra finalmente calmarse lo bastante como para volver a considerar las cosas de manera racional y aceptar el mapa de los sucesos que estabais trazando, aun sin contribuir demasiado a su cartografía.

La cosa es que se culpó de lo ocurrido al duque Ulresile. La letra de la nota era suya. Los guardias de palacio juraron que el duque les había dado órdenes, supuestamente respaldado por vos. Avanzada la noche, uno de los hombres de Ulresile fue arrastrado a presencia del rey, sollozando, y confesó que había robado el escalpelo de la doctora de sus aposentos aquella misma mañana y que había matado al duque Ormin y luego había escapado por una puerta trasera del ala de los Pretendientes, poco antes de que la doctora entrara por la puerta principal. Aquí tuve la ocasión de desempeñar mi papel y testifiqué que podía ser perfectamente el mismo hombre al que había visto correr en el oscuro pasillo del ala de los Pretendientes.

El hombre mentía con respecto al escalpelo, claro está. Solo uno de los instrumentos había desaparecido, y era el que yo había robado dos estaciones antes, el día que visitamos el hospital de los pobres. Por descontado, lo deposité en vuestras manos, amo, aunque no en el mismo sentido en que luego se depositaría en el cuerpo del duque Ormin.

Entretanto, la guardia no había logrado impedir que el duque Ulresile abandonara el palacio. Creo que un hombre más maduro se habría dado cuenta de que tratar de escapar equivalía a una confirmación de las sospechas dirigidas a él, pero puede que no se le ocurriera comparar su situación y sus posibles acciones con las de alguien tan vulgar como el pobre y fallecido Unoure. En cualquier caso, parece ser que alguien le había dicho que el rey estaba muy enfadado, aunque se trataba de un simple malentendido, malentendido que el duque Quettil y vos, amo, necesitarais algún tiempo para aclarar, por lo que durante ese tiempo sería absolutamente perentorio que

se ausentara de la corte.

El rey dejó muy claro que se tomaría realmente a mal cualquier nuevo intento de mancillar el buen nombre de la doctora y vos le prometisteis que no se ahorrarían esfuerzos para aclarar los puntos oscuros que aún restaban de aquel caso.

Aquella noche apostaron dos centinelas de la guardia del propio rey en la puerta de nuestros aposentos. Yo dormí a pierna suelta en mi celda hasta que me despertó una pesadilla. Creo que la doctora durmió de un tirón. Por la mañana parecía encontrarse bien. Completó el afeitado de su cabeza y el resultado final fue mucho más pulcro que el de maese Ralinge.

Yo la ayudé en este menester, en su dormitorio, ella sentada en una silla, con una toalla alrededor de los hombros y una jofaina sobre las rodillas llena de agua jabonosa caliente y una esponja. Aquella mañana teníamos que presentarnos en la cámara real para dar cuenta pormenorizada de los sucesos de la pasada noche.

–¿Qué ocurrió, señora? –le pregunté.

–¿Cuándo y dónde? –repuso ella mientras se humedecía el cráneo con la esponja y luego se rasuraba la cabeza con un escalpelo, precisamente un escalpelo, antes de pasármelo para que yo terminara el trabajo.

–En la cámara de interrogatorios, señora. ¿Qué les pasó a Ralinge y a los otros dos?

–Que se pelearon por mí, Oelph. ¿No te acuerdas?

–No, señora –susurré con una mirada a la puerta que había más allá de su taller. Estaba cerrada, al igual que la que había detrás y la que había detrás de esta, pero a pesar de ello yo seguía sintiendo pánico, así como una especie de culpa angustiada–. Vi que maese Ralinge estaba a punto de...

–De violarme, Oelph. Por favor, Oelph. Ten cuidado con ese escalpelo –dijo, y me cogió de la muñeca. Apartó ligeramente mi mano de su cráneo rasurado y volvió la cabeza con una sonrisa–. Sería una enorme ironía sobrevivir a una falsa acusación de asesinato, librarse por los pelos de una tortura atroz y acabar herida por tu mano.

–¡Pero, señora...! –exclamó, y no me avergüenza reconocer que fue un verdadero chillido, porque seguía convencido de que no era posible estar rodeado por tan fatales acontecimientos y tan poderosos enemigos y no acabar sufriendo un final espantoso–. ¡No tuvieron tiempo de discutir! ¡Estaba a punto de poseeros! Providencia, lo vi. Cerré los ojos un latido antes de que... ¡No hubo tiempo!

–Querido Oelph –dijo la doctora sin soltarme la muñeca–. Debes de haberlo olvidado. Estuviste inconsciente un rato. Tenías la cabeza ladeada, el cuerpo flácido y un reguero de saliva en la barbilla, me temo. Los tres hombres discutieron como locos mientras tú dormías, y entonces, justo después de que los dos que habían acabado con Ralinge se mataran el uno al otro, volviste a despertar. ¿No te acuerdas?

La miré a los ojos. Su expresión me resultó imposible de interpretar. De repente me acordé de la máscara espejada que había llevado en el baile del palacio de Yvenir.

–¿Es eso lo que debo recordar, señora?

–Sí, Oelph, lo es.

Dirigí la vista hacia el escalpelo y la superficie, brillante como un espejo, de la hoja.

–¿Pero cómo conseguisteis quitaros las ataduras, señora?

–Bueno, es que, en su apresuramiento, maese Ralinge no cerró bien una de ellas –dijo la doctora mientras me soltaba la muñeca y volvía a agachar la cabeza–. Un terrible desliz desde el punto de vista profesional, pero puede que comprensible dadas las circunstancias.

Suspiré. Recogí la esponja enjabonada y la estrujé un poco sobre la parte trasera de su cabeza.

–Ya veo, señora –dije con tristeza, y terminé de afeitarle la cabeza.

Decidí, mientras lo estaba haciendo, que tal vez fuera cierto que mi memoria estaba jugándome malas pasadas, porque al bajar la mirada hacia las piernas de la doctora, pude ver la empuñadura de su vieja daga en el borde de la bota y allí, como de costumbre, perfectamente visible en el borde del pomo, se encontraba la piedrecilla de color pálido que había creído ver ausente el día anterior, en la cámara de tortura.

Creo que ya sabía entonces que las cosas no volverían a ser como antes. Aun así, cuando la doctora, al regresar de una visita al rey dos días más tarde, me dijo que le había pedido abandonar el puesto de médico real, sentí una auténtica conmoción. Me quedé allí mirándola, en medio de las cajas y cajones aún por desembalar que ella había seguido comprando a los boticarios y alquimistas de la ciudad.

–¿Abandonar, señora? –pregunté estúpidamente.

Asintió. Al verle los ojos, pensé que había estado llorando.

–Sí, Oelph. Creo que es lo mejor. Llevo demasiado tiempo lejos de Drezen. Y el rey parece encontrarse, en términos generales, en buen estado de salud.

–¡Pero si estaba a la puerta de la muerte no hace ni dos noches! –grité, incapaz de creer las palabras que estaba oyendo y lo que significaban.

Ella esbozó una de sus pequeñas sonrisas.

–Creo que eso no volverá a ocurrir.

–Pero dijisteis que la causa era... ¿Cómo lo llamasteis...? ¡Una galvanización alotrópica de la sal! ¡Maldita sea, mujer, podría...!

–¡Oelph!

Creo que fue la única vez que nos hablamos con ese tono. Yo me encogí como una vejiga pinchada. Bajé la vista al suelo.

–Perdón, señora.

–Estoy segura –me dijo con firmeza– de que no volverá a ocurrir.

–Sí, señora –musité.

–Será mejor que vayas guardando de nuevo todo esto.

Una campanada después, cuando estaba en lo más profundo de mi miseria, empaquetando cajas, cajones y sacos, vinisteis a buscarla, amo.

–Me gustaría hablar con vos en privado, señora –dijisteis a la doctora.

Ella me miró. Me quedé allí, acalorado, sudoroso, con la ropa llena de paja de embalaje.

Dijo:

–Creo que Oelph puede quedarse, ¿verdad, comandante de la Guardia?

La mirasteis unos instantes, según recuerdo, y entonces vuestra expresión severa se fundió como la nieve.

–Sí –dijisteis y os sentasteis en una silla que, casualmente, no tenía encima ninguna caja ni el contenido de una–. Sí, creo que puede quedarse. –Le sonreisteis. Ella acababa de darse uno de sus baños y estaba anudándose una toalla a la cabeza. Recuerdo haber pensado, estúpidamente: «¿Por qué estará haciendo eso?». No tenía pelo que secar. Llevaba una ropa holgada que hacía que su cabeza rasurada pareciera muy pequeña, salvo cuando se ponía la toalla. Quitó un par de cajas de un asiento y se sentó.

Tardasteis un momento en encontrar una postura cómoda sin que la espada os estorbara. Entonces dijisteis:

–Tengo entendido que habéis pedido abandonar el servicio del rey.

–Es cierto, comandante de la Guardia.

Asentisteis un momento.

–Puede que sea lo mejor.

–Oh, seguro que lo es. Oelph, no te quedes ahí como un pasmarote –dijo mirándome–. Sigue con el trabajo, por favor.

–Sí, señora –musité.

–Me encantaría saber lo que ocurrió en la cámara aquella noche.

–Estoy segura de que ya lo sabéis, comandante de la Guardia.

–Y yo estoy igualmente seguro de lo contrario, señora –dijisteis con un suspiro de resignación–. Un hombre más supersticioso pensaría que se trata un caso de brujería.

–Pero vos no sois uno de esos.

–En efecto. Soy un ignorante, pero no un estúpido. Tengo que decir que me preocuparía más si la cosa continuara sin explicación y vos siguierais aquí, pero ya

que decís que os marcháis...

–Sí. De vuelta a Drezen. Ya he encontrado pasaje en un barco... ¿Oelph?

Un frasco de agua destilada se me había caído de las manos. No se había roto, pero había hecho mucho ruido.

–Perdón, señora –dije mientras trataba de contener las lágrimas. ¡Un barco!

–¿Creéis que vuestra estancia aquí ha sido un éxito, doctora?

–Así es. El rey se encuentra en mejor estado de salud que cuando llegué. Solo por eso, si se me permite atribuirme parte del mérito, me siento... realizada.

–Sin embargo, me imagino que os alegraréis de regresar con los vuestros.

–Sí, estoy segura de que os lo imagináis.

–En fin, tengo que marcharme –dijisteis mientras os poníais en pie. Y luego añadisteis–: Qué curioso, todas esas muertes en Yvenir, luego el buen duque Ormin, y esos tres hombres...

–¿Curioso, señor?

–Tantos cuchillos, o dagas, o lo que sea. No se han encontrado. Me refiero a las armas.

–Sí. Es curioso.

Os volvisteis al llegar a la puerta.

–Lo que pasó la otra noche, en la sala de interrogatorios, fue algo muy malo.

La doctora no dijo nada.

–Me alegro de que salierais... indemne. Daría mucho por saber cómo lo conseguisteis, pero no cambiaría el conocimiento por el resultado. –Sonreisteis–. Me atrevo a decir que volveremos a vernos, doctora, pero por si no fuera así, permitidme que os desee un buen viaje de regreso a casa.

Y así, media luna después, la doctora y yo nos encontrábamos en los muelles, abrazados el uno al otro y conscientes de que nada de lo que yo pudiera hacer serviría para que se quedara o me permitiera acompañarla, y de que nunca volveríamos a vernos.

Me apartó delicadamente.

–Oelph –dijo mientras sorbía por la nariz y se limpiaba las lágrimas–. No olvides que el doctor Hilbier tiene una visión más formal que la mía. Lo respeto, pero...

–Señora, no olvidaré nada de lo que me habéis enseñado.

–Bien. Bien. Toma. –Introdujo una mano en su chaqueta. Me entregó un sobre lacrado–. He abierto una cuenta para ti con el clan Mifeli. Este es el poder. Puedes usar los beneficios como te parezca, aunque confío en que dediques una parte a los experimentos que te he enseñado...

–¡Señora!

–... pero el capital, según mis instrucciones, solo se te entregará cuando alcances el título de Doctor. Te aconsejaría que lo usaras para comprar una casa y un establecimiento, pero...

–¡Señora! ¿Una cuenta? ¿Qué? Pero, ¿cómo, dónde? –dije, genuinamente asombrado. Ya me había dejado todo lo que pensaba que podía serme útil, hasta el límite de lo que cabía en una de las habitaciones de mi nuevo mentor, el doctor Hilbier, de su reserva de medicinas y materias primas.

–Es el dinero que me dio el rey –dijo–. No lo necesito. Es todo tuyo. Además, en el sobre está la llave de mi diario. Contiene las notas y descripciones de todos mis experimentos. Úsalo como mejor te parezca.

–¡Oh, señora!

Me cogió la mano y me la estrechó.

–Sé un buen doctor, Oelph. Y un buen hombre. Y ahora, vamos –dijo con una carcajada desesperadamente triste y poco convincente–, dejemos de llorar antes de que nos deshidratemos por completo, ¿eh? Vamos a...

–¿Y si llego a convertirme en doctor, señora? –pregunté, con más frialdad y calma de la que habría creído posible en un momento así–. ¿Y si llego a convertirme en doctor y uso parte del dinero para seguir vuestros pasos y viajar a Drezen?

Había empezado a volverse. Se detuvo y miró los tablones de madera del embarcadero.

–No, Oelph. No... No creo que esté allí. –Levantó la mirada y esbozó una sonrisa valiente–. Adiós, Oelph. Mucha suerte.

–Asió, señora. Gracias.

Siempre te amaré.

Pensé estas palabras y podría haberlas pronunciado, hasta puede que estuviera a punto de hacerlo, pero al final no lo hice. Puede que dejar algo sin decir, aunque no fuese lo que había pensado al principio, me permitiese conservar una pizca de amor propio.

Recorrió lentamente la primera mitad de la empinada pasarela y entonces levantó la cabeza, alargó el paso, enderezó la espalda, subió a bordo del gran galeón y su sombrero oscuro desapareció detrás de la telaraña negra de los cabos sin echar una sola mirada atrás.

Yo regresé a la ciudad caminando despacio, con la cabeza gacha, la nariz cubierta de lágrimas y el corazón en un puño. Varias veces pensé en volverme para mirar, pero en todas ellas me dije que la nave no habría partido aún. Y ni un solo instante perdí la

esperanza de escuchar el sonido de unas botas que corrían sobre el suelo, o el doble ruido sordo de una silla de porte, o el traqueteo de un carruaje de alquiler, el resoplido del tiro y por fin su voz.

Sonó el cañonazo que marcaba la campanada. Su eco recorrió la ciudad y los pájaros, graznando y piando, levantaron el vuelo en grandes y atropelladas bandadas negras, pero ni aun entonces me volví, porque pensé que estaba en la parte equivocada de la ciudad para ver el puerto y los muelles, y así, cuando finalmente levanté la mirada, me di cuenta de que me había adentrado demasiado en la ciudad y me encontraba casi en la plaza del mercado. Desde allí no podría ver el galeón, ni siquiera la parte alta de las velas.

Regresé corriendo por donde había venido. Pensé que llegaría tarde, pero me equivocaba y cuando pude volver a divisar el puerto, allí estaba el gran navío, desplazando su bulbosa y regia figura hacia la entrada del puerto con la ayuda de dos alargados remolcadores repletos de remeros. El puerto estaba aún abarrotado de gente que se despedía de los pasajeros, y la tripulación se había congregado cerca de la proa del galeón. No pude ver a la doctora en la nave.

¡No pude verla en la nave!

Corrí hacia el puerto como un poseso, en su busca. Miré todas las caras, estudié todas las expresiones, traté de analizar todas las zancadas y todas las poses, pues en mi demencia enamorada había llegado a creer realmente que ella había decidido abandonar el barco y quedarse, quedarse conmigo, y aquella aparente separación era solo una broma cruelmente prolongada y todavía, después de haber dejado la nave, había decidido disfrazarse para continuar el juego un poco más.

El galeón salió a alta mar casi sin yo darme cuenta y los remolcadores, al otro lado de la entrada, cortaron las amarras y regresaron remando sobre el oleaje mientras la majestuosa embarcación largaba sus velas de color crema y se prendía de los vientos.

Luego, la gente empezó a marcharse del muelle, hasta que al final solo quedaron un par de mujeres llorosas, una de pie, sola y encogida, con el rostro tapado por las manos, y la otra acurrucada, con un rostro de mirada vacía orientado hacia el cielo, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que ella rompiera el silencio.

... Y yo, con la vista clavada en el espacio que separaba los dos faros y la línea lejana que era la circunferencia irregular del Lago Cráter, más allá. Y allí me quedé, y allí vagabundeé, aturdido y perplejo, sacudiendo la cabeza y musitando para mí mismo. Traté de marcharme varias veces, pero no pude hacerlo y regresé arrastrando los pies a los muelles, hostigado por el traicionero rielar de las aguas que habían dejado que se me escapara, azotado por el viento que se la estaba llevando más lejos con cada latido de mi corazón y el suyo, y atendido por los cáusticos graznidos de las aves marinas que volaban en círculos sobre mi cabeza y los quedos y

desesperanzados sollozos de las mujeres.

24

El guardaespaldas

El guardaespaldas DeWar despertó de un sueño en el que volaba. Permaneció en la oscuridad los pocos momentos que tardó en despertar del todo, en recordar dónde estaba, quién era, lo que era y lo que le había estado ocurriendo.

El peso del conocimiento de todo lo que había ido mal últimamente recayó sobre él como una docena de capas de malla arrojadas una a una sobre su cama. Hasta emitió un pequeño gemido al rodar sobre su estrecho camastro y tumbarse con un brazo detrás de la cabeza y la mirada perdida en la negrura.

La guerra de Ladenscion se había perdido. Era tan simple como eso. Los barones habían conseguido todo lo que siempre habían pedido y más, por la fuerza. Los duques Simalg y Ralboute estaban de regreso a casa con los maltrechos y desesperanzados restos de sus ejércitos.

Lattens se había acercado un paso más a la muerte y lo que quiera que tuviese se había mostrado inaccesible a todos los remedios probados por los médicos.

El día anterior, UrLeyn había participado en un consejo de guerra, una vez que había terminado por enterarse de la magnitud de la catástrofe de Ladenscion por medio de un sinfín de informes y mensajes codificados, pero había permanecido todo el tiempo con la mirada clavada en la superficie de la mesa y sin articular otra cosa que algún que otro monosílabo. Había mostrado algo más de animación, e incluso una sombra de su antiguo yo, al culpar sin paliativos a Simalg y Ralboute por la debacle, pero incluso esta explosión había parecido, hacia el final, carente de fuerzas y forzada, como si el Protector ya no fuera capaz de mantener ni su cólera.

Se había decidido que no podía hacerse gran cosa. Los ejércitos regresarían y se haría lo que se pudiese por los enfermos y heridos. Habría que fundar un nuevo hospital para ello. El ejército se reduciría al mínimo necesario para la defensa de

Tassasen. Ya se habían producido perturbaciones en un puñado de ciudades, pues el pueblo, que hasta entonces se había limitado a murmurar contra los nuevos impuestos establecidos para costear la guerra, al enterarse de que todos sus sacrificios habían sido en vano, había montado en cólera. Habría que bajar los impuestos para calmar al populacho, de modo que varios proyectos tendrían que ser suspendidos o abandonados. En algún momento, una vez que las cosas se hubiesen calmado, habría que entablar negociaciones con los barones victoriosos, a fin de regularizar las cosas.

UrLeyn asintió a todo esto sin que aparentemente le interesara nada de ello. Los demás podían ocuparse. Dejó el consejo para volver junto a la cama de su hijo.

Seguía sin dejar que la servidumbre entrara en sus apartamentos, donde pasaba casi todo el tiempo. Todos los días estaba una o dos campanadas en el cuarto de Lattens. Solo visitaba el harén de forma errática, y a menudo se limitaba a hablar con las concubinas mayores y especialmente con *lady* Perrund.

DeWar sintió una mancha de humedad en la almohada, donde su mejilla había descansado durante la noche. Se volvió de costado y tocó de manera ausente el pliegue en el que debía de haber babeado mientras dormía. *Qué indignos nos volvemos en nuestro sueño*, pensó mientras frotaba entre los dedos el húmedo triángulo de tejido. Puede que se hubiese chupado el dedo mientras dormía, pensó. ¿Sería así? ¿Hacía eso la gente? Puede que los niños...

Salió de la cama, se puso el pantalón dando saltos y soltando maldiciones, se abrochó el cinto de la espada, recogió la camisa al tiempo que abría la puerta de una patada, corrió entre las sombras que el amanecer temprano proyectaba en su pequeño cuarto y salió al pasillo, donde los sorprendidos criados estaban apagando las velas. Corrió como una exhalación, con el ruido sordo de sus pasos sobre los tablones de madera. Se puso la camisa como pudo.

Estaba buscando un guardia para decirle que lo siguiera, pero no había ninguno a la vista. Al doblar el recodo que lo llevaría hacia la habitación de Lattens, tropezó con una sirviente que llevaba una bandeja de desayuno y la tiró al suelo. Le gritó una disculpa sin dejar de correr.

Había un guardia en la puerta de Lattens, adormilado en una silla. DeWar derribó el asiento de una patada y le gritó al hombre que lo siguiera mientras cruzaba la puerta.

La niñera levantó los ojos desde la ventana junto a la que había estado leyendo. Con los ojos abiertos de par en par, miró el pecho desnudo de DeWar, que la camisa abierta dejaba ver. Lattens yacía inmóvil en su cama. En una mesilla situada junto a su cabeza había una jofaina y una tela. La niñera pareció encogerse un poco al ver que DeWar se acercaba a la cama a grandes zancadas. DeWar oyó que el guardia lo seguía. Volvió la cabeza un segundo y dijo:

–Sujétala. –Señaló con un gesto de la cabeza a la niñera, quien se puso pálida. El

guardia, inseguro, se movió hacia ella.

DeWar se colocó junto al niño. Le tocó el cuello y sintió un débil pulso. Aferrado al puño del niño estaba el jirón de tela amarilla que era su chupete. DeWar se lo quitó con toda la delicadeza que pudo, y una vez hecho esto, se volvió hacia la niñera. El guardia se encontraba a su lado y la tenía agarrada por la muñeca.

La niñera abrió los ojos de par en par. Con el brazo que no estaba sujeto, empezó a golpear al guardia, quien tras un forcejeo, logró controlarla e inmovilizarla. Ella trató entonces de emprenderla a puntapiés, pero el guardia le dio la vuelta, le estiró el brazo a la espalda y tiró de él hasta que la mujer se retorció y gritó, con el rostro a la altura de sus rodillas.

DeWar inspeccionó el extremo gastado del chupete mientras el guardia lo miraba, asombrado, y la mujer lloraba entrecortadamente. Probó a pasar levemente la lengua por el material. Sabía a algo. Era un sabor dulce y un poco acre al mismo tiempo. Escupió en el suelo y luego se apoyó sobre una rodilla para situarse a la altura de la cara colorada de la niñera. Sostuvo el chupete frente a la cara de la mujer.

–¿Es así como habéis estado envenenando al niño, señora? –preguntó en voz baja.

La mujer miró con los ojos bizcos el trozo de tela. La punta de su nariz goteaba lágrimas y mocos. Al cabo de unos instantes, asintió.

–¿Dónde está la solución?

–Eh... Bajo la silla de la ventana –dijo con voz temblorosa.

–Que no se mueva de ahí –ordenó DeWar al guardia. Se acercó a la ventana, tiró los cojines del asiento pegado a la pared, abrió la tapa de madera y metió la mano dentro. Empezó a sacar juguetes y algunas prendas hasta encontrar un pequeño tarro opaco. Se lo llevó a la niñera.

–¿Es esto?

La mujer asintió.

–¿De dónde ha salido?

La niñera sacudió la cabeza. DeWar sacó el puñal. Ella gritó, y se debatió en los brazos del guardia, hasta que este volvió a apretar, y entonces se quedó allí, colgada de ellos, jadeante. DeWar le acercó el puñal a la nariz.

–¡*Lady* Perrund! –gritó la niñera–. *Lady* Perrund.

DeWar se quedo helado.

–¡*Lady* Perrund! ¡Ella me da los tarros! ¡Lo juro!

–No me lo creo –dijo DeWar. Hizo una seña al guardia, quien levantó un poco más el brazo de la mujer. Esta chilló de dolor.

–¡Es la verdad! ¡La verdad! ¡Es la verdad! –gritó.

DeWar se sentó en cuclillas. Miró al guardia y sacudió la cabeza una vez. El hombre volvió a relajar los brazos. El llanto de la mujer sacudía su retorcido cuerpo de un lado a otro. DeWar guardó el cuchillo y frunció el ceño. Otros dos hombres de

uniforme irrumpieron ruidosamente en la habitación, con las espadas en la mano.

–¿Señor? –dijo uno de ellos mientras recorría la escena con la mirada.

DeWar se puso en pie.

–Proteged al niño –dijo a la pareja que acababa de entrar–. Llevádsela al comandante ZeSpiole –ordenó al que sujetaba a la niñera–. Decidle que han envenenado a Lattens y ella es la responsable.

Se metió la camisa mientras se dirigía rápidamente hacia los aposentos de UrLeyn. Otro guardia, alertado por el revuelo, se le acercó corriendo. DeWar lo envió con el hombre que llevaba la niñera a ZeSpiole.

Había otro guardia en la puerta de UrLeyn. DeWar enderezó la espalda. Empezaba a lamentar no haberse puesto toda la ropa. Tenía que ver a UrLeyn a toda costa, al margen de las órdenes que hubiese dado, y la ayuda del guardia podía ser vital para entrar. Asumió el que esperaba que fuese su tono más autoritario.

–¡Firmes! –gritó. El guardia obedeció como impulsado por un resorte–. ¿Está el Protector en sus aposentos? –inquirió con el ceño fruncido y un gesto dirigido a la puerta.

–¡No, señor! –gritó el guardia.

–¿Dónde está?

–¡Señor, ha ido al harén, creo, señor! ¡Dijo que no hacía falta informaros, señor!

DeWar miró la puerta cerrada un momento. Hizo ademán de dar la vuelta y marcharse por donde había venido y entonces se detuvo.

–¿Cuánto hace que se fue?

–¡Una media campanada, señor!

DeWar asintió y se marchó. Al llegar a la esquina, echó a correr. Dos guardias más se unieron a él cuando los llamó. Se dirigieron al harén.

Las puertas dobles del vestíbulo de las tres cúpulas golpearon las paredes de los dos lados al abrirse. Había un par de concubinas en la suavemente iluminada estancia, hablando con sus familiares y compartiendo un pequeño desayuno. Todo el mundo guardó silencio al abrirse las puertas. El jefe de eunucos, Stike, dormitaba en su elevado pulpito, cerca del centro de la habitación, como una montaña soñolienta. El sopor se escurrió de su rostro y sus cejas se juntaron y arrugaron mientras las puertas recobraban su posición natural después del impacto. DeWar cruzó la habitación a la carrera, en dirección a las dos puertas que conducían al harén propiamente dicho, seguido de cerca por los dos guardias.

–¡No! –rugió el jefe de los eunucos. Se levantó y empezó a bajar trabajosamente las escaleras.

DeWar llegó a las puertas y trató de abrirlas. Estaban cerradas a cal y canto. Stike se le acercó bamboleándose y agitando un dedo en el aire.

–¡No, caballero DeWar! –exclamó–. ¡No se puede entrar ahí! ¡Nunca, en ningún

caso, pero sobre todo cuando el Protector se encuentra dentro!

DeWar miró a los dos guardias que lo habían seguido.

–Sujetadlo –les dijo. Stike gritó al ver que trataban de cumplir la orden. El eunuco era sorprendentemente fuerte y cada uno de sus brazos, tan grueso como la pierna de un hombre normal, logró derribar a un guardia antes de que consiguieran inmovilizarlo. Gritó pidiendo ayuda mientras DeWar registraba su túnica blanca en busca de las llaves que sabía que guardaba en alguna parte. Las cortó del cinturón del gigante y probó una, y luego una segunda, antes de que la tercera encajara en la cerradura y se abrieran las puertas.

–¡No! –chilló Stike, y estuvo a punto de zafarse de los guardias. DeWar lanzó una mirada rápida en derredor, pero no había nadie que pudiera ayudarlo. Sacó la llave y se la llevó, junto con todas las demás, al interior del harén. Tras él, los dos guardias luchaban por contener la poderosa furia del jefe de eunucos.

DeWar nunca había estado allí antes. Sin embargo, había visto planos del palacio, así que sabía dónde estaba, aunque ignorase dónde podía estar UrLeyn.

Atravesó a la carrera un pasillo que conducía a otras puertas. Los gritos de angustia y las protestas de Stike resonaban aún en sus oídos. Tras la puerta había un patio redondo, iluminado suavemente por un único domo de yeso situado a gran altura. En el centro burbujeaba una fuente y el suelo estaba cubierto de sofás y asientos. Las chicas, en diversos estados de desnudez, se levantaron o incorporaron la espalda, dando gritos y chillidos, al ver a DeWar. Un eunuco que estaba saliendo de allí por una galería lateral, lo vio y lanzó un grito. Agitó los brazos y se le acercó corriendo, pero al ver que tenía una espada frenó su carrera y se detuvo.

–*Lady* Perrund –dijo DeWar rápidamente–. *Lady* Perrund.

El eunuco miraba la punta de la espada como si estuviera hipnotizado, porque estaba solo a un par de pasos de él. Levantó una mano temblorosa hacia la pálida cúpula del techo.

–Están dentro –dijo con un susurro quedo y tembloroso–, en el último piso, señor, el pequeño patio.

DeWar miró a su alrededor y vio las escaleras. Corrió hacia ellas y las subió hasta el último piso. Había unas diez puertas allí, pero al otro lado del pozo del patio se veía una entrada más amplia, que formaba un pasillo truncado con unas puertas dobles al final. Con la respiración entrecortada ya, corrió por la galería hasta alcanzar el corto pasillo y las puertas gemelas. Estaban cerradas. La segunda llave que probó las abrió.

Se encontró en otro patio interno coronado por una cúpula. Este solo tenía un piso, y las columnas que sustentaban la techumbre y el domo de yeso traslúcido eran de una línea más delicada que las del patio principal. También tenía una fuente y un estanque en el centro, y a primera vista parecía desierto. La fuente tenía la forma de

tres doncellas entrelazadas, delicadamente esculpidas en mármol blanco. DeWar percibió un movimiento tras las pálidas formas de la fuente. Más allá, al otro lado del patio, detrás de las columnas, había una puerta entreabierta.

La fuente tintineaba. Era el único sonido que se oía en el amplio espacio circular. Unas sombras se movían sobre el suelo de mármol pulido, cerca de la fuente. DeWar echó una mirada atrás y luego siguió adelante.

Lady Perrund estaba arrodillada junto al estanque, donde estaba lavándose las manos lenta y metódicamente. La mano sana acariciaba y lavaba la otra, que flotaba justo debajo de la superficie del agua, como el miembro de un niño ahogado.

Vestía un fino vestido de color rojo. Era traslúcido y la luz de la brillante cúpula de yeso caía sobre su desordenado cabello rubio y perfilaba sus hombros, sus senos y sus caderas en el interior del vaporoso tejido. En lugar de levantar la mirada cuando apareció DeWar al otro lado de la fuente, se concentró en lavarse las manos hasta que estuvo satisfecha. Sacó el miembro inutilizado del agua y lo colocó delicadamente a su lado, donde quedó, inerte, fino y pálido. Lo cubrió con la fina gasa roja del vestido. Entonces se volvió lentamente y miró a DeWar, quien se había aproximado hasta pocos pasos, con la cara pálida, y una expresión terrible y llena de temor.

Pero ella siguió sin decir nada. Lentamente, su mirada se volvió hacia la puerta abierta que había tras ella, al otro lado de las que DeWar había utilizado para entrar.

El guardaespaldas se movió con rapidez. Con un empujón del pomo de la espada, abrió la puerta y miró al interior de la habitación. Se quedó allí algún tiempo. Entonces retrocedió, hasta que sus hombros se encontraron con una de las columnas que sujetaban el techo. La espada colgaba de su mano. Bajó la cabeza hasta que la barbilla quedó en contacto con el pecho de su camisa blanca.

Perrund lo observó un segundo y luego se volvió. Todavía arrodillada, se secó las manos lo mejor posible en su fino vestido, con la mirada clavada en el borde del cuenco de la fuente, a poca distancia de sus ojos.

DeWar apareció a su lado, junto a su mano marchita, los pies descalzos junto a su pantorrilla. La espada bajó lentamente hasta quedar apoyada en el borde de mármol del cuenco de la fuente y luego, con sonido chirriante, se deslizó hacia la nariz de ella. Se inclinó y se detuvo bajo su barbilla. El metal estaba frío. Una leve presión la obligó a levantar el rostro hasta encontrarse con la mirada de DeWar. La espada permaneció apoyada en su garganta, fría, fina y afilada.

–¿Por qué? –le preguntó. Había, vio ella, lágrimas en sus ojos.

–Por venganza, DeWar –dijo lentamente. Había pensado que si podía articular palabra, su voz temblaría y se rompería enseguida, hasta que solo quedara de ella un sollozo, pero en cambio se mantuvo firme y calmada.

–¿Por qué?

–Por matar a mi familia y matarme a mí, y por violar a mi madre y a mis

hermanas. –Pensó que su voz sonaba mucho menos afectada que la de él. Parecía razonable, como si aquello no le importara demasiado, se dijo.

Él estaba allí plantado, mirándola con la cara llena de lágrimas. Su pecho subía y bajaba dentro de la camisa desabrochada. La espada que le tocaba la garganta, en cambio, no se movía.

–Eran hombres del rey –dijo él con un hilo de voz. Las lágrimas seguían cayendo.

Ella quiso sacudir la cabeza, aunque temía que el menor movimiento le cortase la piel del cuello. Pero eso lo haría él de todos modos dentro de poco, si tenía suerte, así que probó a hacerlo. La presión de la hoja en su garganta no disminuyó, pero no llegó a cortarle.

–No, DeWar. No fueron los hombres del rey. Fueron sus hombres. Él. Sus hombres. Sus sicarios, los más próximos, y él.

DeWar la miró. Las lágrimas estaban remitiendo. Le habían empapado la camisa por debajo de la barbilla.

–Fue todo tal como te lo conté, DeWar, con la única diferencia de que fueron el Protector y sus amigos, no uno de los antiguos nobles que seguía siendo leal al rey. UrLeyn me mató, DeWar. ¡Pensé que debía devolverle el favor! –Abrió los ojos de par en par y dejó que su mirada recayera sobre la espada que tenía delante–. ¿Puedo pedirte que seas rápido, por nuestra antigua amistad?

–¡Pero si tú lo salvaste! –gritó DeWar. La espada siguió sin apenas moverse.

–Esas eran mis órdenes, DeWar.

–¿Órdenes? –dijo con incredulidad.

–Cuando ocurrió lo que le ocurrió a mi familia, me marché. Una noche encontré un campamento y me ofrecía unos soldados a cambio de comida. Me tomaron todos, y me dio igual, porque sabía que ya estaba muerta. Pero uno de ellos, que era muy cruel, quiso hacerlo de una forma que yo no quería, y descubrí que para alguien que está muerto es muy fácil matar. Pensé que me matarían para castigarme por su muerte, y de haber sido así, puede que hubiese sido mejor para todos nosotros, pero en lugar de hacerlo, uno de los oficiales me llevó consigo. Me condujeron a una fortaleza situada más allá de la frontera, en el Haspidus exterior, guarnecida principalmente por los hombres de Quience, pero mandada por algunos leales al viejo rey. Me trataron bien y me instruyeron en las artes del espionaje y el asesinato. –Perrund sonrió.

De haber estado viva, pensó, las rodillas, apoyadas en las frías y blancas baldosas de mármol, le dolerían un poco a estas alturas, pero estaba muerta así que no le importaba. El rostro de DeWar estaba cubierto de lágrimas. Sus ojos hinchados parecían a punto de salírsele de las órbitas.

–Pero el rey Quience en persona me ordenó que esperara –le dijo–. UrLeyn debía morir, pero no en la cúspide de su fama y su poder. Se me ordenó que hiciera lo que

pudiese por mantenerlo con vida hasta que su ruina fuera completa.

Esbozó una sonrisa minúscula, vergonzosa, y movió el rostro una fracción de milímetro hacia su brazo marchito.

–Hice lo que se me ordenó, y en el proceso me situé más allá de toda sospecha.

Había una expresión de horror total en la cara de DeWar. Era, pensó ella, como mirar el rostro de alguien que ha muerto de agonía y desesperación.

No había visto, ni había querido ver, la cara de UrLeyn. Había esperado hasta que, tras darle la noticia que dijo acabar de recibir, se sumiese en una especie de ataque de llanto y enterrase la cara en la almohada, y entonces se había incorporado, había levantado un pesado vaso de alabastro con la mano sana y lo había descargado sobre su cráneo. Las lágrimas habían cesado. UrLeyn no se había movido ni había emitido sonido alguno. Por si acaso, le había rebanado el cuello, pero lo había hecho montada a horcajadas sobre su espalda, sin mirarle la cara una sola vez.

–Quience estaba detrás de todo ello –dijo DeWar. Su voz sonaba estrangulada, como si fuera él, y no ella, quien tuviese una espada apoyada en la garganta.

–No lo sé, DeWar, pero imagino que sí. –Lanzó una mirada lánguida a la punta de la espada–. DeWar. –Lo miró a los ojos con una expresión dolorida y suplicante–. No puedo contarte nada más. El veneno fue entregado por manos inocentes en el hospital de los pobres, donde yo lo recibí. Nadie que yo conozca sabía lo que era ni para qué iba a utilizarse. Si has cogido también a la niñera, ya tienes la conspiración entera. No hay nada más que contar. –Hizo una pausa–. Ya estoy muerta, DeWar. Por favor, si no te importa, acaba el trabajo. De repente me siento muy cansada. –Dejó que los músculos que sujetaban la cabeza se relajaran y su barbilla bajó hasta la hoja. Esta, y a través de ella DeWar, cargaba ahora con todo el peso de su cabeza y de sus recuerdos.

El metal, cálido ahora, descendió lentamente, y Perrund tuvo que sujetarse para no caer y golpearse con el borde de la fuente. Levantó la mirada hacia DeWar, que tenía también la cabeza baja y estaba envainando la espada.

–¡Le dije que el niño había muerto, DeWar! –gritó con voz furiosa–. ¡Le mentí antes de aplastar su repugnante cráneo y luego corté su cuello de viejo asqueroso! –Se puso trabajosamente en pie, entre las protestas de todas sus articulaciones. Se acercó a DeWar y lo cogió del brazo con su mano sana–. ¿Vas a dejarme en manos de los guardias y los torturadores? ¿Es esa tu decisión?

Lo zarandeó, pero él no respondió. Entonces bajó la mirada y vio el arma más cercana, su alargado puñal. Lo sacó de la vaina. DeWar, alarmado, se apartó dos rápidos pasos de ella, pero podría haber impedido que lo cogiera y no lo había hecho.

–¡Entonces lo haré yo misma! –dijo, y se llevó velozmente el cuchillo a la garganta. El brazo de DeWar se movió a la velocidad del rayo. Perrund vio unas chispas delante de su cara. La mano empezó a escocerle casi antes de que sus ojos y

su mente percibiesen lo que había ocurrido. El cuchillo que le había arrebatado de la mano chocó contra la pared y cayó al suelo de mármol con un tintineo metálico. La espada volvía a estar en la mano del guardaespaldas.

–No –dijo, y avanzó hacia ella.

Epílogo

Me doy cuenta, después de haber escrito esto, de lo poco que podemos llegar a saber de nada.

El futuro es, por su propia naturaleza, inescrutable. Podemos predecir muy poco y, en cualquier caso, con muy poca fiabilidad; y cuanto más tratamos de anticipar lo que aún no ha ocurrido, más estúpidos comprendemos después que hemos sido... con la ventaja de la visión retrospectiva. Hasta el más claramente predecible de los sucesos, el que parece destinado a producirse, puede resultar esquivo. Cuando yo era niño y cayeron las rocas del cielo, ¿no creían millones de personas la noche antes que los soles volverían a salir, como siempre, a la mañana siguiente? Y entonces llovió fuego del cielo, y para países enteros, los soles no salieron aquel día, y de hecho, para millones de personas no volverían a hacerlo.

En cierto modo, el presente no es más seguro, porque, ¿qué sabemos en realidad de lo que está ocurriendo ahora mismo? Solo aquello que sucede en nuestro entorno inmediato. En condiciones normales, el horizonte es el límite de nuestra capacidad de captar el momento, y el horizonte está muy lejos, así que los sucesos deben ser muy importantes para que podamos percibirlos. Además, en nuestro mundo moderno, el horizonte no es en realidad el borde de la tierra o el mar, sino el seto que tenemos más cerca, o la muralla de la ciudad, o la pared de la habitación en la que nos encontramos. Los mayores sucesos suelen producirse en otros sitios. En el mismo instante en que las rocas y el fuego empezaron a caer del cielo, cuando la mitad del mundo despertó en medio del caos, al otro lado del mundo todo marchaba bien, y tuvo que pasar casi una luna para que unas curiosas nubes oscurecieran el cielo.

Cuando un rey muere, la noticia puede tardar una luna entera en llegar a los últimos confines de su reino. Y puede tardar años en hacerlo a países situados al otro lado del océano, e incluso, en algunos sitios, quién sabe, podría dejar de ser una noticia a medida que viaja, para convertirse en historia contemporánea, apenas digna de mencionarse en una conversación de viajeros, de modo que la muerte que sacudió un reino y derribó una dinastía solo llega siglos después, como un pequeño párrafo en un libro de historia. Así que el presente, repito, no está, al menos en cierto modo, más a nuestro alcance que el futuro, porque para saber lo que está ocurriendo en un momento determinado necesitamos que pase el tiempo.

¿El pasado, entonces? Seguro que ahí podemos encontrar certezas, porque una vez que algo ha ocurrido, no puede dejar de haber ocurrido, no puede cambiarse. Puede haber descubrimientos nuevos que arrojen nueva luz sobre algo, pero la cosa en sí no puede alterarse. Debe permanecer fija, segura y definida y, gracias a ello, introducir un poco de certidumbre en nuestras vidas.

Y sin embargo, con qué poca frecuencia se ponen de acuerdo los historiadores. Leed el relato de una guerra contado por un bando y luego por el otro. Leed la biografía de un gran hombre relatada por uno de sus enemigos, y luego su propia versión. Providencia, hablad con dos criados de un mismo suceso ocurrido aquella misma mañana en la cocina y es muy posible que os encontréis con dos relatos bien diferentes, con diferentes culpables y diferentes agraviados y en los que lo que parecía obvio se vuelve imposible y viceversa.

Un amigo cuenta una historia en la que dos de vosotros os visteis involucrados de un modo que difiere de la realidad, pero que resulta más divertida, u os deja en mejor lugar, así que no decís nada, y luego otros la transmiten, alterada de nuevo, y antes de que pase mucho tiempo podéis encontraros contando una historia que sabéis a ciencia cierta que nunca ocurrió.

Aquellos de nosotros que escribimos un diario descubrimos en ocasiones que hemos –sin malicia, propósito ni embellecimiento algunos– recordado algo de manera errónea. Podemos haber consagrado una gran parte de nuestras vidas a esbozar un relato perfectamente objetivo de un suceso del pasado, del que estamos muy seguros y que creemos recordar muy bien, y de pronto, al encontrarnos con el relato escrito por nosotros mismos en el mismo momento del suceso, descubrir que las cosas no fueron tal como las recordábamos.

Así que, quizá, no podemos estar seguros de nada.

Y sin embargo, tenemos que vivir. Tenemos que aplicarnos a la tarea del mundo. Para hacerlo, tenemos que recordar el pasado, tratar de prever el futuro y afrontar las demandas del presente. Y seguimos adelante, de algún modo, aunque en el proceso –quién sabe si para conservar un retazo de nuestra cordura– nos convenzamos de que el pasado, el presente y el futuro son mucho más inteligibles de lo que son en realidad.

¿Qué ocurrió, pues?

He pasado el resto de mi vida volviendo a los mismos instantes, sin recompensa.

Creo que no ha habido un solo día en que no pensara en aquellos momentos, en la cámara de tortura del palacio de Efernze, en la ciudad de Haspide.

No estaba inconsciente, de eso estoy seguro. La doctora solo logró convencerme de ello durante algún tiempo. Una vez que se marchó, y yo me recuperé de mi dolor, fue creciendo mi certeza de que el lapso de tiempo que yo creía que había trascurrido era exactamente el que había trascurrido. Ralinge estaba en la cama de hierro, preparado para tomarla. Sus ayudantes se encontraban a pocos pasos de distancia, no recuerdo cuántos. Cerré los ojos para ahorrarme el espantoso momento y entonces el aire se llenó de ruidos extraños. Unos momentos después –unos cuantos latidos como mucho, apostaría la vida por ello–, estábamos todos allí, ellos tres violentamente asesinados y la doctora y yo libres de nuestras ataduras.

¿Cómo? ¿Qué pudo moverse con tal celeridad para hacer tales cosas? O, ¿qué truco de la mente pudo conseguir que se las hicieran a sí mismos? ¿Y cómo es que ella estaba tan serena en los momentos posteriores? Cuanto más recuerdo el interludio trascurrido entre las muertes de los torturadores y la llegada de los guardias, cuando estuvimos encerrados en aquella pequeña celda, más crece mi certeza de que ella sabía que, de alguna manera, acabaríamos por salvarnos, que de repente el rey se encontraría a las puertas de la muerte y vendrían a buscarla para que lo salvarla. Pero, ¿cómo podía saberlo con tanta seguridad?

Puede que Adlain estuviera en lo cierto y fuese obra de brujería. Puede que la doctora tuviera un guardaespaldas invisible, capaz de dejar chichones como huevos en las cabezas de dos canallas y de meterse detrás de nosotros en las mazmorras para asesinar a los asesinos y quitar a la doctora sus cadenas. Es la más racional de las respuestas, aunque al mismo tiempo también es la más absurda. O puede que sí que me desvaneciera, perdiera el conocimiento, quedara inconsciente o como queráis llamarlo. Puede que mi certeza ande errada.

¿Qué queda por contar? Dejadme pensar...

El duque Ulresile murió escondido, en la provincia de Brotechen, pocos meses después de que la doctora se marchara. Fue un simple corte con un plato roto, según dicen, que le ocasionó un envenenamiento de la sangre. El duque Quettil murió poco después, también, de una enfermedad degenerativa que afectaba a sus extremidades y las necrosó: El doctor Skelim no pudo hacer nada.

Yo me convertí en doctor.

El rey Quience gobernó otros cuarenta años y gozó de un excepcional estado de salud hasta el momento de su muerte.

Dejó solo hijas, así que ahora tenemos una reina. La verdad es que me resulta menos raro de lo que habría pensado.

Últimamente han empezado a llamar al padre de nuestra Reina, Quience el Bueno o, en ocasiones, Quience el Grande. Me atrevo a augurar que cuando alguien llegue a leer esto, una de las dos formas se habrá impuesto.

Fui su médico personal durante sus últimos quince años y las enseñanzas de la doctora y mis propios descubrimientos me convirtieron, según todos, en el mejor médico del reino. Hasta puede que en el mejor del mundo, porque cuando, en parte gracias a los esfuerzos diplomáticos del *gaan* Kuduhn, se establecieron relaciones más estrechas y fiables con la república insular de Drezen, descubrimos que, aunque nuestros amigos de las antípodas rivalizaban con nosotros, e incluso nos superaban, en muchos aspectos, no estaban tan avanzados en el campo de la medicina, ni de hecho, en ningún otro, como la doctora había insinuado.

El *gaan* Kuduhn se instaló entre nosotros y se convirtió en una especie de padre

para mí. Más tarde pasó a ser un gran amigo, y estuvo una década como embajador en Haspidus. Hombre generoso, hábil y resuelto, en una ocasión me confesó que solo había una cosa a la que había aplicado toda su inteligencia sin obtener frutos, y era encontrar a la doctora, o siquiera averiguar de dónde, exactamente, había venido.

Nunca pudimos preguntárselo a ella, pues había desaparecido.

Una noche, en el mar de Osk, el *Arado de los mares* navegaba a sotavento frente a una pequeña hilera de islas deshabitadas, en dirección a Cuskery. Entonces, una de esas apariciones de vivo color verde que los marineros llaman fuegos fatuos empezó a revolotear alrededor del velamen. Al principio se quedaron todos boquiabiertos, pero luego empezaron a temer por sus vidas, porque aparte de que el fuego fatuo era mucho más brillante e intenso que cualquier otro que hubieran visto en el pasado, el viento arreció de repente y amenazó con desgarrar las velas, derribar los mástiles o incluso hacer zozobrar al gran galeón.

El fuego fatuo desapareció tan repentinamente como había aparecido, y el viento revirtió a su fuerza anterior. Uno a uno, todos los presentes, salvo los que estaban de guardia, regresaron a sus camarotes. Uno de los pasajeros comentó que no había podido despertar a la doctora para que saliera a ver el espectáculo, aunque nadie le dio mucha importancia en ese momento. El capitán le había enviado una nota aquella noche para invitarla a cenar, pero ella había declinado la invitación aludiendo a una indisposición debida a circunstancias especiales.

A la mañana siguiente descubrieron que había desaparecido. Su puerta estaba cerrada por dentro y hubo que echarla abajo. Los ojos de buey estaban abiertos, pero eran demasiado pequeños para que una persona saliese por ellos. Según parece, todas sus pertenencias, o al menos gran parte de ellas, seguían en el camarote. Estaban empaquetadas y se suponía que había que enviarlas a Drezen, pero, como cabía esperar, se extraviaron durante la travesía.

Cuando el *gaan* Kuduhn escuchó todo esto, junto a mí, casi un año después, decidió que era perentorio informar a su familia de lo que le había ocurrido y del mucho bien que había hecho en Haspidus, pero no obstante todas sus pesquisas en la isla de Napthilia y la ciudad de Pressel, incluidas algunas que hizo en persona en una visita, y a pesar de las numerosas ocasiones en las que pareció estar a punto de dar con sus allegados, sus esfuerzos se vieron frustrados y nunca pudimos dar con nadie que hubiese conocido a la mujer que nosotros llamábamos doctora Vosill. No obstante, creo que fue una de las pocas decepciones que se llevó a su lecho de muerte tras la que fue, en conjunto, una vida extraordinariamente fructífera y productiva.

El viejo comandante Adlain sufrió mucho hacia el final de su vida. Creo que lo que lo consumió fue algo parecido a la enfermedad crónica que había aquejado al esclavista Tunch, muchos años atrás.

Yo alivié su dolor, pero al final fue demasiado para él. Mi antiguo amo me dijo

que, tal como yo siempre había sospechado, él era el oficial que me había rescatado de las ruinas de la casa de mis padres en la ciudad de Derla, pero que me había llevado a un orfanato acosado por la culpa, pues también había matado a mi padre y a mi madre y quemado su casa. Ahora, dijo desde las profundidades de la agonía que lo aferraba, sin duda yo querría matarlo.

Decidí no creerlo, e hice lo que pude por acelerar su final, que llegó, por suerte, menos de una campanada después. Supongo que debía de haber perdido la cabeza, porque de haber creído un solo momento lo que me había dicho, puede que le hubiese dejado sufrir.

También antes de morir, Adlain me suplicó, consciente de que estaba en su lecho de muerte, que le contara lo que había ocurrido realmente en la cámara de tortura aquella noche. Con una sonrisa, dijo que si Quience no hubiese convertido la cámara en una bodega poco después de la marcha de la doctora, se habría sentido tentado de ordenar que me interrogaran allí, solo para descubrir la verdad. Supongo que estaba bromeando. Me entristeció decirle que ya le había contado, en mis informes, todo lo ocurrido hasta el límite de mi conocimiento y de mis habilidades descriptivas.

No sé si me creyó o no.

Así que ahora he llegado a viejo, y yaceré en mi lecho de muerte en pocos años. El país está en paz, reina la prosperidad e incluso se extiende algo que la doctora habría llamado, creo, el progreso. En mi persona recae el inmenso privilegio de ser el primer rector de la universidad de Medicina de Haspide. También he cargado con el satisfactorio peso de ser el tercer presidente del Real Colegio de Médicos, así como, en los últimos años, de servir como consejero municipal, cuando estuve al mando del Comité de supervisión de la construcción del Hospital de Caridad del rey y del Hospicio de los Libertos. Me enorgullece que alguien de tan humilde cuna haya podido servir a su rey y a sus conciudadanos de tantas maneras diferentes durante una época de tal modernización para el reino.

Sigue habiendo guerras, como es natural, pero desde hace mucho tiempo no se libran en la vecindad de Haspidus. Concretamente, desde los tres conflictos conocidos como las Disputas Imperiales, de las que no salió gran cosa aparte de librar al resto del mundo del yugo imperial para que pudiese prosperar a su manera. Creo que nuestra marina libra alguna batalla de vez en cuando, pero como estas se producen muy lejos y generalmente nos alzamos con la victoria, no sé si cuentan como una guerra. Si nos remontamos más en el tiempo, hubo que enseñarles a los barones de Ladenscion que quien los ayudó a oponerse a un señor podría tomarse a mal que despreciasen toda autoridad. Hubo guerra civil en Tassasen, como todo el mundo sabe, tras la muerte de UrLeyn el Regicida, y el rey YetAmidous fue un mal gobernante, aunque el joven rey Lattens (bueno, ya no es tan joven, lo admito, pero a

mí me lo sigue pareciendo) enderezó bastante bien las cosas y ha tenido un reinado próspero, aunque apacible, hasta nuestros días. Dicen que es una especie de erudito, cosa que no está mal en un rey, siempre que no se lleve a exceso.

Pero eso ocurrió hace mucho tiempo. Todo ello.

El relato de la concubina Perrund, que conforma el contrapunto al mío y he incluido aquí sin casi modificaciones, salvo las absolutamente necesarias para contener los excesos de ornamentos en los que se extraviaba en ocasiones su prosa, me dediqué a buscarlo tras haber leído una versión en forma de obra de teatro que descubrí en la biblioteca de un bibliófilo de Haspide.

Decidí terminar su relato donde termina porque es en ese punto donde más divergen las dos versiones. En la primera que leí, bajo la forma de un drama en tres actos, el guardaespaldas DeWar la atravesaba con su espada para vengar la muerte de su señor, y luego regresaba a su casa en los Reinos Medio Ocultos, donde se revelaba su verdadera identidad, la de un príncipe que había sido exiliado por su padre como consecuencia de un desgraciado pero honorable malentendido. Se producía una reconciliación en el lecho de muerte del padre, engalanada con bonitos discursos, y luego DeWar reinaba felizmente durante muchos años. Reconozco que este es el final más edificante.

La versión redactada supuestamente por la propia mano de la señora –y que, según ella misma, solo puso por escrito para contestar a las mentiras sensacionalistas de la versión dramatizada– difícilmente podría haber sido más diferente. En ella, el guardaespaldas cuya confianza acababa de traicionar y a cuyo amo había asesinado con toda crueldad, la tomó de la mano (de la que apenas acababa de limpiarse la sangre del asesinado) y se la llevó del harén. A los soldados que esperaban, consumidos por el nerviosismo, en el exterior, les dijeron que UrLeyn se encontraba bien, aunque profundamente dormido, al fin, tras haberse descubierto la naturaleza del mal que aquejaba su hijo.

DeWar dijo que llevaría a la concubina Perrund a las habitaciones del comandante ZeSpiole para confrontar su versión con la de la niñera que la había acusado. Falsamente, sospechaba él. Se disculpó ante el jefe de los eunucos y le devolvió sus llaves. Ordenó a algunos de los guardias presentes que se quedaran allí y al resto que regresaran a sus puestos. Luego se llevó a *lady* Perrund, sin violencia pero con firmeza.

El mozo que les dio las monturas fue el único que los vio salir de palacio, aunque varios ciudadanos de intachable conducta los vieron franquear las puertas de la ciudad poco después.

Aproximadamente al mismo tiempo que ellos atravesaban a galope tendido la puerta norte de la ciudad, Stike trató de abrir la puerta del patio pequeño, en el piso superior del harén.

La llave no encajaba bien en la cerradura, en la que parecía haber algo alojado.

La echaron abajo. El cuerpo extraño, insertado en la cerradura después de cerrarla, resultó ser un trozo de mármol con forma de pequeño dedo, arrancado a una de las doncellas de la fuente que ocupaba el centro del estanque del patio.

El cuerpo de UrLeyn fue descubierto en su dormitorio. Su sangre saturaba las sábanas. El cadáver estaba helado.

A DeWar y Perrund nunca los cogieron. Tras varias aventuras de las que no ha quedado registro escrito, llegaron a Mottelocci, en los Reinos Medio Ocultos, lugar donde, sorprendentemente, nadie conocía a DeWar, pero que él conocía a la perfección y en el que no tardó mucho en labrarse una reputación.

Se establecieron como mercaderes y más adelante fundaron un banco. Perrund escribió el relato en el que he basado mi historia. Se casaron y sus hijos –y, según parece, también sus hijas– continúan dirigiendo una empresa de comercio que, al parecer, compite con la de nuestros Mifeli. El símbolo de la compañía es un simple anillo parecido a una sección de caña cortada. (Este símbolo es la mitad de la que, según creo, no es la única correspondencia entre ambos relatos, pero considerando las implicaciones de este hecho insólito para esta vieja cabeza, he dejado en manos del lector el encontrar por sí mismo las semejanzas, extraer sus propias conclusiones y trazar su propio camino de especulaciones).

Y en cualquier caso, según se dice, DeWar y Perrund murieron en las montañas, en una avalancha acaecida en las montañas, hace cinco años. La nieve y el hielo de las implacables cordilleras es ahora su única tumba; pero como fallecieron tras la que parece haber sido una vida en común próspera y feliz, he de repetir que prefiero la última versión de su destino, aunque no exista ninguna prueba que la sustente.

Y ahora creo que ha llegado el fin de mi relato dividido. Estoy seguro de que ha quedado mucho por decir, mucho que podría haberse añadido de haberse sabido –de haber sabido yo– un poco más, o haberse descubierto algún detalle más, pero, como he señalado hace poco, a veces (en realidad, probablemente siempre) hay que contentarse con lo que se tiene.

Mi mujer regresará pronto del mercado. (Sí, me casé, y la amo ahora como siempre lo he hecho, por ella misma, no por mi amor perdido, aunque tengo que admitir que se parece un poco a la buena doctora). Se ha llevado a dos de nuestros nietos a comprar regalos y cuando vuelvan tengo que jugar con ellos. Ahora que soy tan mayor ya casi no trabajo, pero sigue habiendo una vida que vivir.